

G. LORA

**FORMACION DE LA
CLASE OBRERA
BOLIVIANA**

EDICIONES

MASAS

1980

FORMACION

DE LA

CLASE OBRERA

ADVERTENCIA

El texto que va a leerse ha sido elaborado en el Seminario que sobre el tema dirigió Guillermo Lora en la Facultad de Sociología de la UMSA (1978) y en el que participaron los siguientes alumnos:

Abrego Guadaíupe, Aguirre Alvaro, Alvarez Arsenio, Anze Rosario, Bacherer Juan Pablo, Brieger Heldi, Camacho María Eugenia, Cladera E. Emma, Cruz Hoz de Vila María de la, Cueto Jorge, Gaya Edgar, Getino Elena, Huanca Mamani Juan, Huanca Wenceslao, Luna Fredy, Luna Guido, Lupa Abraham, Pooley Bertha, Sapiencia Sonia, Sejas Adrián, Talavera Rosa, Vargas Omar, Vargas Rosmary.

INDICE

Capítulo I

La clase obrera en el siglo XIX

a) Referencia económico-política	8
Proteccionismo y librecambismo	12
El belcismo	14
El movimiento liberal	16
b) El movimiento obrero	20

Capítulo II

El liberalismo de 1900 a 1932

a) Referencia económico-política	25
Incorporación a la economía mundial	25
Otras concesiones al imperialismo	30
El ejército y la escuela	33
Política internacional	35
Industria fabril	36
b) El movimiento obrero	37
El liberalismo y las organizaciones obreras	37
La independencia de clase	41

Primeros congresos obreros	44
El movimiento socialista	45
El socialismo "universitario"	52
Conciencia de clase y partido político	53
Nivel de la conciencia de clase en este período	56

Capítulo III

La clase obrera en el lapso de 1932 a 1943

a) Referencia económico-política	60
La guerra del Chaco y la economía	60
Reformas de la pos-guerra	63
La política en la pos-guerra	64
Estructuración del trotskysmo	66
FSB. El movimiento izquierdista	69
Naturaleza del ejército	71
El "socialismo militar"	72
El stalinista PIR	78
El MNR o nacionalismo burgués	81
La masacre de Catavi	82
La restauración	82
Actividad del trotskysmo	84

b) El movimiento obrero	86
Las oscilaciones de las masas	90
Las masas y su dirección tradicional	91
La clase obrera sin dirección	92
Evolución de la conciencia clasista	93

Capítulo IV

La clase obrera en el período que va de 1943 a 1952

a) Referencia económico-política	96
El golpe de Estado de diciembre de 1943	99
Táctica de la reacción frente al nacionalismo	100
Oposición del stalinismo	102
Reacción de las masas	103
El PSOB	104
Frente Democrático Anti-fascista	108
La contra-revolución de 1946	109
b) El movimiento obrero	
El nacionalismo hacia la conquista de las masas	111
La oposición obrera	113
El 21 de julio y la Tesis de Pulacayo	116
La Tesis de Pulacayo y la evolución política	124

Capítulo V

El movimiento obrero entre 1952 a 1979

a) Referencia económico-política	129
La Triangular	133
La reforma agraria	134
Política contradictoria	135
La revolución de 1952	136
El nacionalismo cede ante la presión del imperialismo	138
El gorilismo	140
La caducidad del nacionalismo y la izquierda	141
Papel del POR	144
Noviembre de 1964	148
Fascismo y democracia	149
b) El movimiento obrero	
La COB	150
¿Por qué el proletariado no conquistó el poder?	151
La conciencia clasista de la COB	153

CAPÍTULO I

LA CLASE OBRERA EN EL SIGLO XIX

a) Referencia económico-política

El modo de producción dominante en el siglo XIX o durante gran parte de él, puede calificarse como precapitalista. De una manera general, el campo predominaba sobre la ciudad. La contribución indígenal cubría la mayor parte del presupuesto ¹. En el agro la producción se basaba en el trabajo servil de los pongos. En las ciudades el peso decisivo del artesanado era indiscutible, no solamente en el plano económico, sino que, además, conformaba el contingente electoral y político determinante.

Sin embargo, esta economía precapitalista, que se reflejaba en la extrema pequeñez del mercado interno, en la ausencia de la unidad nacional y del Gran Estado Nacional, etc., no pudo escapar a la influencia del capitalismo, cuya expresión más acabada era la metrópoli inglesa. Al país se le presentó económicamente la disyuntiva de aferrarse a la producción basada en la técnica heredada de la colonia (los obrajes y el trabajo servil) o el de entroncarse en la economía capitalista. Lo correcto es decir que Bolivia fue incorporada a la economía capitalista mundial desde fuera.

El capitalismo vivía su etapa librecambista y de franco ascenso. En esta etapa no estaba cerrada la posibilidad de que las semicolonias pudiesen sobrepasar en su desarrollo a las metrópolis. El hecho de que Bolivia hubiese sufrido un enorme retardo en su incorporación a la economía mundial, determinó la pérdida de la posibilidad de su pleno desarrollo económico en el marco capitalista.

El Alto Perú fue básicamente minero; pero, la producción de la plata, el renglón más importante de la industria extractiva, cayó a sus índices más bajos al promediar la

¹ Luis Peñaloza, "Historia Económica de Bolivia, La Paz, Bolivia, 1953:

Períodos	Contribución	Contribución	Presupuesto
1832	695.113	972.582	1.536.354
1845-46	792.000	990.000	1.977.139
1847-48	828.000	1.028.000	2.131.298
1851-52	919.000	1.092.616	2.093.016
1860	812.890	1.139.626	2.224.286
1865	867.244	1.171.710	2.134.808

guerra de la Independencia".² José María Dalence³ dice al respecto: "Es cierto que hoy día (1848) se hallan nuestros asientos de oro y plata muy decaídos de su antigua opulencia y nombradía, de manera que no representan ya sino la sombra de lo que fueron... Nuestros abuelos, al labrar las vetas, no guardaron ninguna regla, no emplearon ningún arte, no practicaron ninguna obra preliminar que tendiese a prolongar la duración de la labor, o ahorrar los jornales en la extracción del mineral, o del agua; así es que luego que ésta se presentaba, o abandonaban la mina, que era lo regular, o comenzaban nuevos trabajos costosos para labrar pozos y socavones por donde desopilarla... Escaseó la gente de trabajo, faltó azogue desde el año de 1802; sobrevino la terrible seca del año 1804 y luego la hambre y la peste. La riquísima provincia de Lipez quedó yerma; los noventa ingenios mayores de Potosí se redujeron a trece y los de Oruro a ocho"⁴.

Los pequeños empresarios mineros de esta época eran, al mismo tiempo, latifundistas, que utilizaban a sus pongo desnutridos en las labores mineras, era fuerza de trabajo servil que a la larga se convirtió en un obstáculo para el aumento de la productividad. El capitalismo lo destruyó despiadadamente y creó al proletariado.

Durante los primeros decenios de la República la producción industrial de Moxos, estructurada por los jesuitas durante la Colonia, continuó siendo la más importante. Casto Rojas⁵ considera que en 1840 la producción de Moxos y Chiquitos en artículos de algodón alcanzó a 22.000 pesos y nos dice que antes había llegado a 60.000. Cochabamba fue también, durante la Colonia, un importante centro fabril y en la República su lenta agonía se prolongó por muchos decenios. "El año 1840 no había librado a consumo más de 240.000 varas de tocuyo, y el total de sus artefactos de algodón apenas alcanzaba a unos 35.000 pesos" (Rojas). El economista constata que la decadencia fabril iba a pasos gigantescos, sin que lograran detenerla las protecciones fiscales contraídas a sólo el régimen aduanero⁶, La explicación de este fenómeno, si se tiene en cuenta que la producción fabril estaba destinada únicamente al mercado interno, de dimensiones

² Luis Peñaloza, "HISTORIA ECONÓMICA DE BOLIVIA", La Paz, Bolivia, 1953.

Años	Pesos	Años	Pesos
1.800-6	21.186.460	1.821-26	9.060.787
1.806-11	16.288.590	1.826-31	9.784.620
1.816-11	9.749.350	1.841-46	9.788.640

³ José María Dalence, "Bosquejo Estadístico de Bolivia", La Paz, 1975.

⁴ "En Potosí y su Cercado existían 26 minas de plata en actual, trabajo y más de 1.800 despobladas. En Porco 33 en abandonadas 1.519; en Chayanta 8 en trabajo y 130 abandonadas; en Chichas 22 en trabajo y 650 dejadas; en Lipez 2 en trabajo y 760 despobladas. En Oruro y su Cercado había 11 minas de plata en trabajo y 1.215 despobladas fuera de las de oro, cuyo número no puede bajar de 200; en Poopó 15 de plata en trabajo y 316 dejadas..." (Bosquejo Estadístico de Bolivia).

⁵ Casto Rojas, "HISTORIA FINANCIERA DE BOLIVIA", La Paz, 1977.

⁶ Dalence da las siguientes cifras en pesos sobre la producción fabril, que ocupaba a 9.000 personas:

Tejidos de algodón... 66.539; tejidos de lana, 38.681; pieles curtidas, 81.728; obras da alfarería 138.000; obras da loza y vidrio, 43.500; materiales de construcción, 93.539; jabón y almidón, 215.783; azúcar y miel 69.223; aguardiente y vino, 362.792; mistelas, 4.160; chicha, 579.244; salinas, 109.400; pólvora, 34.504; carbón, 243.600; sales de artesa, 1.351.500; cigarros de hoja y papel, 120.745. Total, 3.958.907.

casi invariables, tiene que buscarse en la creciente, aunque lenta invasión de las mercancías venidas de las metrópolis capitalistas, que para llegar al mercado seguían los caminos más insospechados, particularmente los del contrabando⁷.

Las ciudades eran básicamente centros administrativos y no urbes creadas alrededor de la producción industrial. Las máquinas, que permitirán la aparición de las grandes fábricas, no lograron aún sustituir al trabajo manual con herramientas. La producción en el país era artesanal. Es una de las características del capitalismo no solamente la separación del campo de la ciudad y la subordinación del primero a esta última, sino la aparición de las ciudades modernas que conocemos como grandes concentraciones obreras y centros productores de mercancías. Marx apuntó: "Tres siglos necesitó Alemania para instaurar la primera división del trabajo en gran escala: la separación del campo y de la ciudad. Al cambiar en este respecto las relación entre el campo y la ciudad, fue transformada la sociedad entera". En otro lugar añade: "La base fundamental de toda división del trabajo en su pleno desarrollo, tal como la implanta el cambio de productos, es el divorcio entre el campo y la ciudad. Puede decirse que toda la historia económica de la ciudad se cifra en esa separación"⁸. La penetración imperialista ha dado nacimiento a las modernas ciudades bolivianas y a los grandes campamentos mineros.

Los núcleos más avanzados de la clase dominante eran aquellos que se asentaban en la producción minera. Los escasos capitales que se utilizaban, de igual manera que la fuerza de trabajo, eran extraídos del latifundio, lo que determinaba sus extremas limitaciones. Estos pequeños empresarios dieron una particular respuesta al acuciante problema de la insuficiencia de tecnología y de capitales para poder sacar adelante a la minería. De una manera natural esta capa social, tan íntimamente ligada a la explotación de los siervos, creyó que su porvenir radicaba en ligarse estrechamente con la ciencia y el capital internacionales. La inicial búsqueda de apoyo en los inversionistas foráneos determinará las particularidades que se observan en la formación de la clase dominante boliviana. No siempre han seguido esa ruta las burguesías de los diferentes países latinoamericanos. La peruana, recorrió un camino

7 Información de Rojas: "El número de telares para el tejido del algodón, según los datos del censo de 1846, alcanzaba a 389... Los telares de lana eran más numerosos, como que ellos respondían a las necesidades de un consumo generalizado de tejidos de lana en la indumentaria de la clase indígena y de la clase, populares. Había en aquella época unos 3.572 telares de sistema primitivo... la industria del jabón estaba muy generalizada y relativamente adelantada". En 1846 se censaron 8.442 pequeños establecimientos. "Pudo prosperar la industria de la pólvora que tenía gran mercado en los trabajos mineros. Con este pensamiento del congreso prohibió la importación del artículo extranjero, lo mismo que de los fósforos, prohibición que debía tener efecto una vez implantadas grandes fábricas nacionales... Al examinar la vida económica en aquellas primeras épocas, se llega al convencimiento de que el país se bastaba a sí mismo ... Casi no había una industria, un producto industrial o agrícola, que no tuviera vida propia en el primer cuarto de siglo de la República. Los artículos nacionales, fruto de una industria embrionaria, no eran sin duda una maravilla de perfección; pero respondían satisfactoriamente a las necesidades del país y sus precios estaban al alcance de todos".

8 C. Marx, "MISERIA DE LA FILOSOFÍA", "EL CAPITAL"

particular, según datos que proporciona Bonilla ⁹, los comerciantes del vecino país tuvieron una gran oportunidad para enriquecerse cuando el Mariscal Castilla dio por terminado el contrato con la casa comercial inglesa Giws para el

monopolio de venta en el mercado británico de toda la producción de guano y entregó el negocio a los comerciantes criollos, que se asociaron bajo el nombre de compañías de consignatarios nacionales. Pero el poder estatal no dio el tiempo suficiente para la formación de una poderosa burguesía: a su turno Piérola, en 1869, "les arrebató esta concesión para entregarla al francés Augusto Dreyfus". Aquí es posible descubrir una fricción, al menos en potencia, entre el capitalismo foráneo y los sectores comerciales nativos.

La masa campesina estaba compuesta por los siervos (pongos) de los latifundios, por los comunarios y los agregados, que habían podido soportar la opresión en la Colonia y también en los momentos iniciales de la República, ejercitada por los sectores que poseían pequeñas parcelas. Únicamente las huestes colombianas de Bolívar y las tropas de Castellí, levantaron como estandarte la liberación de la masa campesina. En esa época era posible constatar que los campesinos aymaras y quechuas mostraban, acusados rasgos de naciones oprimidas; sin embargo, ni siquiera los liberales más atrevidos osaron plantear la autodeterminación en favor de ellos. La idea predominante era la constitución de un poderoso Estado unitario. Las corrientes federalistas no tenían nada que ver directamente con la separación de las nacionalidades oprimidas, para ellas tendencia inexistente. En definitiva, la democracia era considerada como propia de la élite opresora.

Pese a la secular opresión y explotación de la masa campesina, ésta era ya conservadora porque tenía intereses en el pasado y en el presente de la sociedad.

El artesanado va a conocer, en el siglo XIX, períodos de prosperidad económica y jugará un rol social y político de primera importancia; con todo, estaba interesado en perpetuar la producción pre-capitalista heredada de la Colonia, era, pues, también conservador.

Una cosa es que los sectores de la clase dominante del país se hubiesen orientado hacia la formación de sociedades con los capitalistas del exterior y otra muy diferente que en el país hubiesen existido condiciones y tiempo para transformar la producción artesanal y de los obreros en las grandes fábricas.

También es muy diferente la voluntaria orientación de los mineros bolivianos hacia la búsqueda de tecnología y capitales extranjeros (se podría decir hacia la búsqueda de la cultura foránea), de la inevitable presión de las mercancías producidas por el capitalismo que golpeaban las puertas del país sin que nadie las llamasen. Puede ser que esta presencia de productos salidos de las máquinas hubiese obligado a alguna capa de la clase dominante a asirse, como de una tabla de salvación, del capitalismo foráneo. Entre nosotros no hubo resistencia a la invasión del capitalismo, porque la extrema debilidad económica de los nativos trocó esa posible resistencia en resignado sometimiento.

⁹ Heraclio Bonilla, "GUANO Y BURGUESÍA EN EL PERÚ", Lima, 1974

Es verdad que desde dentro de las fronteras bolivianas, hubo una repulsa, que a veces se tradujo en multitudinarias convulsiones políticas, al lienzo venido desde Inglaterra. Esta resistencia no era más que la expresión del afán desesperado por sobrevivir de la producción pre-capitalista, no era propiamente la resistencia de los industriales criollos o de quienes estaban en trance de convertirse en tales. La protesta era conservadora y no progresista.

Proteccionismo y librecambismo

El choque entre la producción heredada de la Colonia y la capitalista, que a veces seguía los caminos más tortuosos para expresarse, se tradujo en la constante pugna entre proteccionismo y librecambismo que caracterizó a todo el siglo XIX. Este choque constituye el transfondo de la historia boliviana, la motiva y la justifica.

El proteccionismo, que según Casto Rojas se limitaba "sólo al régimen aduanero"¹⁰, no fue ideado para facilitar la transformación de la escasa producción artesanal en maquinizada, sino para perpetuar la tecnología precapitalista, intentando autoabastecer al país. Para esto fue preciso luchar contra la aparición de nuevos productos y necesidades, que como una epidemia, invadían desde el exterior. Las tarifas elevadas, con las que se gravaron las importaciones, favorecían a una producción de poco volumen y de mala calidad. Hay que aclarar que no se trataba de la competencia entre mercancías de origen capitalista, competencia necesaria para el desarrollo del sistema que parte de la producción maquinizada, sino de la ya definida competencia entre el régimen basado en la servidumbre y la producción individual, y el capitalismo. No puede confundirse el proteccionismo que busca preservar de la ruina al precapitalismo, con las medidas protectoras destinadas a fortalecer al capitalismo nativo de la competencia destructora de las mercancías venidas de la metrópoli.

Los analistas han perdido los estribos al constatar que el proteccionismo arrastró detrás de sí a las multitudes, a los trabajadores del siglo XIX (no al proletariado) y a los campesinos. De esta manera, no pocos movimientos populares de la época estuvieron guiados por motivaciones conservadoras y no revolucionarias. Las direcciones políticas de tales multitudes, que apasionadamente exigían la implantación de medidas de protección aduanera en favor de la producción nacional, no eran capas de una incipiente o poderosa burguesía nacional (éstas se habían ubicado en la trinchera enemiga), sino la expresión social de la producción pre-capitalista.

De la misma manera que uno no debe limitarse a señalar qué se produce, sino explicar cómo se produce, esto para determinar el tipo de sociedad que se analiza, también es insuficiente puntualizar si se trata o no de movimientos populares, sino que urge puntualizar qué clase social los dirige, a fin de determinar si su orientación es revolucionaria o no.

La pasión de las multitudes sustentó a gobiernos populares proteccionistas, que vanamente pretendieron impedir que Bolivia se incorporase al capitalismo mundial. Estas corrientes políticas se aferraron en permanecer apegadas a la tierra, fueron una expresión nacionalista, inclusive en los aspectos cultural y económico, exaltaron

10 Casto Rojas, op. cit.

los valores nacionales y ancestrales, sentando así los cimientos de las corrientes indigenistas. El rechazo a las mercancías y al capital foráneos se tradujo en el repudio a la cultura extranjera, extremo que se repetirá una y otra vez en el futuro.

Es cierto que teóricamente no se puede negar que el obraje puede transformarse en la fábrica capitalista. Mas, esta conclusión es una simple generalización, porque hace falta todavía señalar en qué condiciones puede esta posibilidad trocarse en realidad.

Guillermo Lora sostiene que en el caso concreto boliviano esa transformación no fue posible por la carencia de tiempo ¹¹. El concepto de sí había o no tiempo para tal transformación es relativo y debe ser tomado en cuenta con referencia a una determinada época. Fue la presencia del capitalismo en un alto grado de desarrollo y en su etapa ascendente la que acortó los plazos para el desarrollo autónomo de Bolivia. Cuando el capitalismo comenzó a rondar por nuestras fronteras y sus mercancías se filtraron al interior del país, quedó cerrada la posibilidad de la lenta transformación del obraje en la fábrica o la concentración de la producción artesanal en manos de los comerciantes para su exportación. De una manera imperiosa, desde ese momento, la clase dominante de Bolivia tenía que definir su destino con referencia al capitalismo internacional. Esta referencia era la que determinaba si una política económica era o no progresista.

La política proteccionista fue necesariamente estatista, pues se vio obligada a intervenir en los negocios privados de quienes pugnaban por vaciar la riqueza monetaria y los recursos naturales en la gran corriente internacional del capitalismo. El Estado se hizo rescatador y exportador de la producción minera y se impuso autoritariamente frente a quienes querían realizar sus negocios de manera directa en el mercado internacional.

El librecambismo repitió los principios universales de la libertad de comercio y de empresa, pero lo hizo porque expresaban a cabalidad las condiciones propicias para el desarrollo de la minería y del comercio en manos privadas y del capitalismo foráneo.

En Latinoamérica, por tanto en el Alto Perú, existían antecedentes librecambistas. Los sectores sociales de avanzada lucharon tercamente contra la Corona española para abrir los puertos del continente a todas las corrientes comerciales del mundo, objetivo que concluyó siendo materializado.

Claro que el librecambismo boliviano fue ajustadamente una réplica y sin atenuantes de lo que se decía, se pensaba y se quería en las metrópolis europeas. Los liberales criollos, como todo el país por otra parte, debutaron demasiado tarde cuando sus iguales europeos ya se habían repartido el mundo conforme a su propio poderío y lo estaban transformando a su imagen y semejanza. Los bolivianos no tuvieron más remedio que seguir ajustadamente lo que se decía en el exterior, se convirtieron, y esto en todos los aspectos, en europeizantes. En contraposición, los proteccionistas, que encarnaban las tendencias conservadoras, esto en un sentido histórico, enarbolaron la defensa de la cultura nacional y de la tradición. Para ellos, y en esto no estaban equivocados, la cultura era todo lo que nos había legado el pasado. El proteccionismo, que necesariamente adoptó la forma de estatista, se convirtió en una cobertura de las corrientes nacionalistas. Es oportuno señalar que el nacionalismo de comienzos

11 Guillermo Lora, "HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO", La Paz, 1967.

del siglo XIX, inclusive el que se levantó contra las huestes comandadas por Bolívar y Sucre en defensa de la autodeterminación, cobró un carácter reaccionario, esto porque se apoyó en las formas económico-sociales precapitalistas y porque pugnó por mantenerlas como tales. Su misma esencia le obligó a exteriorizarse socialmente a través de las clases que tenían sus intereses materiales, el modo de producción que representaban y su vida social imbricados en la estructura económica que venía del pasado.

El belcismo

La forma más acabada y belicosa del proteccionismo, del estatismo, del nacionalismo cultural y político, que pregonaba el autarquismo, se dio en el general Manuel Isidoro Belzu, o mejor, en el belcismo que se proyectó mucho más allá de la existencia del caudillo.

Belzu, poco importan las razones secundarias y coyunturales que determinaron su actitud, levantó a los artesanos de las pequeñas ciudades administrativas y a los campesinos para cobrar fortaleza política y necesariamente actuó en defensa de los intereses de las clases sociales mayoritarias, que de ninguna manera apuntaban hacia al progreso histórico del país. Una parte de la clase dominante, aquella que cifraba sus esperanzas en el monopolio estatal, se transformó en la expresión política de las poderosas corrientes proteccionistas. Campesinos y artesanos luchaban, alistados en las filas del belcismo, contra el gamonalismo y también contra los gérmenes liberales que pugnaban por abrir las puertas del país a las mercancías y a los capitales foráneos. No otro era el trasfondo de la apasionada lucha política de la época. Las pasiones, las virtudes y los defectos de los caudillos adquirirían proyección histórica si lograban identificarse con estas grandes corrientes del desarrollo histórico.

Belzu dio expresión política y social, a través de la movilización bullente de las multitudes, a lo que era un poderoso impulso por encerrar al país en sus propias fronteras, buscando ciertamente en ese estrecho marco mejorar la situación material de la mayoría nacional. La efectivización de esta política habría significado el aislamiento del país, esto por algún tiempo, de la gran transformación capitalista que estaba viviendo el mundo. El progreso estaba señalado por el capitalismo en ascenso, que importaba un franco y acelerado desarrollo de las fuerzas productivas. Las corrientes conservadoras eran aquellas que se oponían a tal progreso, aunque se apoyasen en la mayoría nacional.

Una parte, ciertamente que la más reducida, de la clase dominante, que también tenía sus intereses en la despiadada explotación de los campesinos, creyó que su propio destino estaba ligado a la posibilidad de encontrar el apoyo en los capitales y en la tecnología europeos. Las posibilidades de su inmediata prosperidad económica aparecían estrechamente vinculadas a la libre circulación de las mercancías lanzadas por la maquinofactura. De una manera casi natural apareció la actividad que un poco más tarde distinguirá a la burguesía compradora.

Esta capa de la clase dominante se trocó librecambista en economía, liberal en política y europeizante en todos los aspectos. La especie de que los

teóricos y los caudillos políticos del liberalismo se limitaron únicamente a declamar los principios liberales difundidos desde tierras extrañas, sin que tuviesen ninguna relación con el desarrollo económico del país, carece de sentido. Las ideas políticas traducen, a su modo, determinadas corrientes del desarrollo económico, del choque de las fuerzas productivas contra ciertas relaciones de producción. La especie de que se trataba de una simple declamación de fórmulas abstractas no debe ser tomada al pie de la letra, porque siempre esa "declamación" expresa o encubre intereses económicos concretos.

Los principios del liberalismo que enarbolaron los enemigos de Belzu no fueron más que la expresión del empeño que realizaba un poderoso sector de la clase dominante para incorporar a Bolivia a la economía mundial de una manera total, y franca, no solamente bajo la forma de ocasional venta de las materias primas producidas en el marco tecnológico de la colonia en los mercados de los países que estaban más allá de los mares. Los liberales, y en este sentido sus discursos partían de la realidad, estaban empeñados en transformar cómo se producían esas materias primas. El contenido de su política, que respondía a los grandes principios del liberalismo burgués, no era otro que la pugna que libraban por introducir el progreso económico, siguiendo los canales de la producción capitalista.

En esta medida eran los liberales y no los belcistas, los que apuntaban hacia el progreso, hacia la asimilación de la cultura europea, que no podía menos que buscar destruir la herencia ancestral del autoctonismo; eran, en una palabra, europeizantes por necesidad.

Los amos del mundo habían ya impuesto una división internacional del trabajo: las grandes metrópolis debían funcionar como descomunales fábricas que alimentasen de mercancías a los mercados y a las fuentes de materias primas del contorno colonial y semicolonial.

Los liberales bolivianos, que ya habían trocado la jerga de la tierra con el contrabandeado casimir inglés y que se aprestaban a abandonar las herramientas primitivas para reemplazarlas por las máquinas, elaboraron toda una teoría que justificaba la imposición de los intereses de la metrópoli y conspiraba contra los nacionales, aquella, que pretendía ser original, no era más que el eco de lo que se decía en Londres y en París, en sentido de que la misma naturaleza había determinado que Bolivia debía limitarse a ser un eficiente productor y exportador de materias primas y que debía abandonar la absurda pretensión de convertirse en país industrial empeñado en competir con los grandes centros capitalistas. No faltan quienes, inclusive en nuestros días, persisten en estos argumentos. Los liberales no buscaron mantenerse al margen de la economía mundial, sino que demandaron se les otorgase un modestísimo sitio en ella, para poder beneficiarse, también modestamente, de los avances que había logrado el capitalismo. Toda esta orientación no podía menos que traducirse en perfectas fórmulas liberales y que pueden sintetizarse en los enunciados de libertad de empresa y de comercio, de atenuación del estatismo y de menor monto de los gravámenes aduaneros.

El movimiento liberal

En la superestructura política se apuntaba hacia la puesta en pie de la política liberal y de una democracia burguesa, esta vez no sólo al modo europeo, sino preferentemente dentro del lineamiento norteamericano, pero en definitiva burgueses. Sin embargo, había una limitación material para el posible desarrollo generoso de la democracia formal: ésta debía nutrirse de una acentuada pobreza y limitarse a la minoría ciudadana, marginando a los moradores de la gleba, que prácticamente conformaban todo el país. No lo dijeron, pero flotaba en todos los enunciados políticos que la masa campesina, la mayoría nacional, estaba muy lejos de poder llegar al alto nivel de la ciudadanía; que no era más que materia prima de la que podía extraerse beneficios económicos, pero no ideas ni capacidad de decisión políticas. Esta vez los intereses de clase ofuscaron a los teóricos, que no pudieron ver que la terca y antiquísima rebelión campesina constituía el telón de fondo del desarrollo histórico. Pero habían además otros obstáculos que se oponían a que las fórmulas liberales -que más que fórmulas son ficciones jurídicas- se materializaran: la voluntad popular expresada a través de la pureza del sufragio, la división del Estado en tres poderes independientes e iguales entre sí, el carácter de fiel de la balanza entre los intereses en pugna que se atribuía a aquel, etc., chocaban con la carencia de una gran producción capitalista -amplio mercado interno, unidad nacional, etc.- capaz de generar no sólo a la masa votante y a una amplia clase media enriquecida, sino a los propios partidos políticos en la acepción moderna del término: organizaciones multitudinarias y permanentes estructuradas alrededor de un programa político, indispensables para dar preeminencia y estabilidad al parlamento, que bien o mal puede aparecer como el lugar donde se resuelven los destinos nacionales y como el tribunal llamado a doblegar la arbitrariedad del Poder Ejecutivo, que es tal porque concentra en sus manos la capacidad compulsiva del Estado.

La miseria económica boliviana se tradujo, de manera inevitable, en el caudillismo; el caudillo era partido, programa y voluntad de decisión al mismo tiempo. Los grandes partidos y sus programas no aparecen en cualquier momento, como una simple traducción de enunciados que pueden tomarse de los folletos de propaganda, corresponden a las particularidades que adquiere la lucha de clases como consecuencia del desarrollo capitalista. Hay que subrayar que la democracia no es más que una forma gubernamental del Estado burgués, de la dictadura de la clase dominante y no otra cosa. Por estas razones Bolivia no conoció un pleno desarrollo democrático, con todas sus limitaciones e imposturas, durante el siglo XIX y tampoco lo conocerá ahora ni mañana, mientras se mantenga en pie el orden social burgués.

En los planteamientos de los liberales se puede descubrir que, de una manera consciente, se buscaba únicamente la transformación capitalista de la minería, convertida en fuente principal de las exportaciones de materias primas. Los pequeños empresarios mineros consideraban que sus latifundios debían permanecer roturados por el arado de madera y el trabajo servil, que formaban parte de una actividad subsidiaria y como apoyo a la minería, puesto que sus productos, en momento alguno, podrían competir en el mercado mundial.

Eso mismo estaba haciendo el capitalismo en todos los rincones del planeta. Unas veces contando con la complicidad de los sectores "progresistas" de las clases dominantes (el entrecomillado es oportuno porque eran progresistas a medias) y otras derrotándolos, el capital internacional fue penetrando en ciertos sectores de la economía de los países periféricos, para transformarlos, proceso inseparable de la destrucción física de los modos de producción precapitalistas; pero, al mismo tiempo manteniendo el atraso en el resto de la economía. Aquí tomó pie la "teoría" del desarrollo paralelo de dos civilizaciones en Bolivia (en realidad se trata del capitalismo atrasado de economía combinada, considerado como una unidad). Como ha demostrado todo el desarrollo histórico, esta es la forma particular en que el capitalismo no sólo transforma a las regiones a las que llega, sino también en que las incorpora a su seno. Con todo, durante el siglo XIX el capitalismo estaba en su etapa de ascenso y por eso podía permitir que los países coloniales pudiesen trocarse en grandes metrópolis manufacturera. El capitalismo mundial seguía tales rutas para engullirse a los países que se encontraban en un bajo nivel de desarrollo económico y no simplemente para mantenerlos al margen de él, buscando contactos ocasionales o el desarrolló independiente de las semicolonias. Esto que era una tendencia económica mundial aparece teóricamente traducida en lo que dijeron o escribieron los liberales nativos.

Las leyes internas y más poderosas del capitalismo lo impulsan no únicamente a penetrar en todos los rincones del planeta, sino a obligar a los países que caían en sus garras a moverse conforme a los intereses metropolitanos. El capitalismo de gran capacidad expansiva se da en los países atrasados como economía contrahecha, deformada como desarrollo combinado. Las disputas políticas, habidas en Bolivia en el siglo pasado y en el presente, demuestran que es esto lo que no se comprendía: se estaba teorizando acerca de un porvenir que ya era realidad.

El primer núcleo liberal, si pasarnos por alto a algunos teóricos de la época de la independencia, fue el constituido por los rojos que tan sistemáticamente se opusieron y conspiraron contra el general Manuel Isidoro Belzu. Elaboraron un cuerpo de ideas para oponerse al proteccionismo y a sus derivaciones económicas y estatales. Este núcleo va a ser el punto de partida de todas las corrientes y organizaciones liberales. Una de sus expresiones más acabadas, al menos durante la primera mitad del siglo XIX, fue el doctor José María Linares, quien sintetizó en su persona los planteamientos liberales y la práctica dictatorial. Así se anticipó a toda la tragedia política que invariablemente protagonizaron los demócratas nativos de Bolivia, tomando el término no en su acepción racial. Los enunciados teóricos de la democracia formal se tradujeron en su negación, inclusive en la dictadura, al enfrentarse con la tozuda realidad.

Las corrientes liberales o librecambistas protagonizaron una larga batalla, sembrada de conspiraciones y de golpes de Estado, de movilizaciones multitudinarias y de sangrías periódicas de los explotados; antes que de victorias o de derrotas electorales, se trató del empleo de la violencia para imponer la doctrina sintetizada en el slogan de "el orden dentro de la ley", para vencer a los proteccionistas, que se resistían a ser extirpados.

La lucha de clases se expresó como lucha entre librecambistas y proteccionistas y los primeros, cuya victoria se resumió en el propósito de marginar los cuartelazos del acontecer político, de someter a los caudillos a los mandatos de la Constitución,

no tuvieron más remedio que soliviantar a las masas para poder llegar hasta el poder. La actividad parlamentaria, que tan apasionadamente impulsó el liberalismo, se limitó a expresar en leyes los propósitos que ya habían sido impuestos por las bayonetas. Así, de manera tangible; se pudo constatar que el derecho no es más que la voluntad de la clase dominante traducida en ley.

El Partido Liberal fue organizado como tal el año de 1883. El documento ideológico básico fue expuesto por el general Eliodoro Camacho. Programáticamente y también para los protagonistas, no era más que la prolongación de lo que dijeron e hicieron los Rojos de la época de Belzu. El que el programa-discurso del general Eliodoro Camacho aparezca fechado el año de 1885, demuestra que el esplendor del liberalismo coincidió con la incorporación de Bolivia a la economía mundial capitalista y, por tanto, con la afirmación de la minería (modo de producción capitalista) como el sector básico de la economía nacional.

Los liberales fueron calificados como los jacobinos de la época, esto por sus ideas anticlericales y por presentarse como librepensadores (afirmaron la actividad de la rriasonería). Como partido debutó participando en las elecciones de 1884, en las que la pugna fundamental se dio entre los constitucionalistas o conservadores, los demócratas y los liberales, cada uno de los cuales presentó sus propios candidatos. Los seguidores de Camacho estaban empeñados en probar la validez de sus enunciados democratizantes. De manera muy sugerente la lucha principal giró alrededor de la pugna entre dos poderosos mineros de la época: el conservador Aniceto Arce y el "demócrata" Gregorio Pacheco. Los principios teóricos del liberalismo sucumbieron bajo el peso del poderío de los empresarios mineros enriquecidos, que de una manera abierta sustituyeron los programas y las argumentaciones con el cohecho. La compra de los votos, que se la hizo en forma abierta como si se tratase de cualquier mercancía, vino a demostrar que la pretensión de sentar las bases de una amplia democracia formal carecía de verdaderos fundamentos materiales. Sin embargo, loa liberales al oponer la tesis de la pureza del sufragio; como el fundamento del gobierno representativo, a las prácticas corruptoras del cohecho, lograron fortalecerse como partido y apuntar hacia el poder.

Los liberales se organizaron y desarrollaron alrededor de las ideas del federalismo, que entroncaban en el pasado político del país.

La unidad nacional constituye una de las tareas democráticas que la incapaz burguesía criolla no ha podido cumplir hasta ahora. Poderosas tendencias centrífugas debilitan al gobierno central, considerado por las regiones atrasadas demasiado absorbente y causa principal de sus desgracias. El federalismo entre nosotros fue una de las expresiones políticas del atraso del país y se lo consideraba uno de los caminos que podía conducir a la prosperidad y desarrollo económico a las diferentes regiones. El Partido Liberal no ideó el federalismo, sino que tuvo el acierto táctico de tomarlo del medio ambiente e imprimirle la necesaria coherencia.

Los liberales concluyeron concentrando a su alrededor a los sectores mayoritarios de la población, lo que importó que se movilizasen detrás de las ideas librecambistas. Lo más notable radica en que el Partido Liberal no llegó al poder con ayuda del sufragio universal, sino a través de una conmoción social y de la guerra civil cruenta, realizadas no sólo al margen del ordenamiento jurídico, sino contra éste.

La revolución de 1899-1900 es el segundo ensayo que hace la clase dominante en su intento de cumplir las tareas democráticas, cuya indefinida postergación no ha permitido que en Bolivia hubiesen podido desarrollarse plenamente la burguesía nacional y la democracia. La extrema debilidad del planteamiento en sentido de que un gobierno es legítimo si emerge de la voluntad popular, expresada a través del voto, quedó evidenciada a la luz de la revolución federal.

El federalismo en manos de los revolucionarios de fines del siglo XIX no fue otra cosa que la expresión encubierta de la tendencia de los gérmenes de la burguesía comercial radicados en el Norte del país y de ciertas capas de la minería relacionadas con aquellos, hacia el predominio político total. El desarrollo económico y político había preparado las condiciones que tornaron inevitable el cambio del eje económico y político del Sur, tradicional asentamiento de la aristocracia terrateniente, hacia el Norte, que ya se perfilaba como la sede de osados empresarios o comerciantes. Es esta realidad la que se tradujo en las fórmulas liberales del federalismo.

Tanto los artesanos de las ciudades como los campesinos fueron soliviantados por los agitadores liberales que insinuaron a los primeros la promesa de bienestar económico y social y a los hombres del agro la devolución de las tierras que les habían sido usurpadas a lo largo de la historia. Sería erróneo sostener que la conmoción social que se vivió fue resultado exclusivo de la labor agitativa de los liberales, esa agitación pudo dar sus frutos porque interpretó el creciente malestar económico-social que los gobiernos conservadores no pudieron remediar. La aguda miseria en el campo y la inestabilidad económica y social del artesanado (así se expresó el choque de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción imperantes) fueron las causas verdaderas de la conmoción social. Se colocó en el tapete de la actualidad la urgencia de superar el atraso del país a través de la materialización de las tareas democráticas incumplidas dentro de la democracia burguesa. En este período es ya posible constatar la existencia de gérmenes proletarios, particularmente en la minería. Sin embargo, su incipiente desarrollo, no sólo en el plano de la conciencia de la clase sino inclusive físicamente, no les permitió expresarse y actuar como fuerza política decisiva; se movieron, junto al artesanado, bajo la dirección del liberalismo. Colquechaca, la famosa mina de plata en ese entonces, rápidamente se convirtió en baluarte de las huestes de Camacho y se proyectó como una permanente amenaza contra la aristocrática Sucre.

Las fuerzas plebeyas que se levantaron en 1899 encarnaban la tendencia de las fuerzas productivas que pugnaban por destruir los modos de producción precapitalistas para poder desarrollarse. El liberalismo era su expresión política pero éste para poder proyectarse como gobierno democrático representativo habría precisado del capitalismo un elevado grado de desarrollo autónomo. Fenómeno que no se dio, porque el propio liberalismo actuó deliberadamente como canal de penetración del imperialismo, que al controlar la economía del país concluía convirtiéndose en amo del débil Estado boliviano y sustituyendo, en cierta medida, a la burguesía nativa. Esta realidad se tradujo en la imposibilidad de estructurar un poderoso Estado nacional, que no habría podido menos que traducirse en regímenes gubernamentales democráticos y entonces sí la pureza del sufragio pregonada por el liberalismo habría encontrado terreno abonado para poder fructificar generosamente. De aquí se puede sacar la conclusión de que el liberalismo aparece muy tarde y que no tuvo ya tiempo para desarrollar su genio político. Así se explica por qué la prematura decadencia de esta corriente política y su incontenible disgregación tuviesen como eje central

las disputas alrededor de la tangible frustración de la pureza del sufragio, pese a que el fenómeno estaba circunscrito a una minoría de la población, que tuvo que pasar por el cernidor de los intereses de la clase dominante.

La revolución federal fue ganada por las masas insurreccionadas contra el ejército y gobierno conservadores. No podría explicarse esta actuación de los oprimidos con sólo referirla a la prédica del liberalismo acerca de las bondades de la democracia y del régimen federal, sólo puede ser analizada a la luz de sus propios intereses y del malestar económico y social reinantes. Los campesinos, particularmente, se levantaron en armas, organizaron guerrillas y demostraron poseer una descomunal ferocidad en la lucha, porque estaban seguros de que se encaminaban a reconquistar la tierra, a saciar su ancestral sed de las parcelas en las cuales poder sembrar. La minoría liberal pudo trocarse en fuerza política mayoritaria porque logró concentrar los intereses dispares de las masas oprimidas a través de la promesa de subvertir el orden establecido.

En la revolución federal se impuso, de manera indirecta, la avanzada del capitalismo internacional sobre el pasado que pervivía por medio de la despiadada explotación de los siervos; lo que no importó la abolición de la servidumbre, prueba de que la clase dominante se perfiló como una verdadera feudal-burguesía que no logró diferenciarse nítidamente del pasado pre-capitalista.

Alguna vez se ha argumentado que feudal-burgués era todo un contrasentido, esto porque amalgamaba dos términos contradictorios; se olvidó que la clase dominante al trocarse en auxiliar de la penetración imperialista no rompió de inmediato todas sus vinculaciones con el gamonalismo. A su modo, fije la expresión social de la coexistencia de diferentes modos de producción, rasgo diferencial de la economía combinada.

El Partido Liberal que llegó al Palacio Quemado apoyándose en las armas primitivas de los guerrilleros rurales, la bravura de las masas plebeyas de la ciudad e inclusive de la poco significativa minoría de los obreros mineros, no tardó en dejar a un lado sus promesas y utilizó al Ejército para obligar a los campesinos a retornar al pongueaje. Se afirmó como puntal de la penetración del capitalismo internacional, es decir como fuerza antinacional; la obra gubernamental que realizó estuvo en función de este objetivo. Por esto mismo actuó contra los intereses generales de Bolivia, esto pese a que se planteó de manera seria el objetivo de cumplir las tareas democráticas. Ya veremos que no se trata únicamente de plantear la superación del atraso, sino de materializar este objetivo.

b) El movimiento obrero

Partimos del convencimiento de que las organizaciones artesanales, que dominaron todo el siglo XIX y llegaron a proyectarse hasta los primeros decenios después de 1900, han sido totalmente extrañas y opuestas a los sindicatos obreros modernos, que tienen que considerarse una auténtica creación del proletariado.

Los gremios comprendían a todos los componentes del taller artesanal, organizados con miras a reglamentar la producción. El sindicato apareció como una organización de resistencia a la prepotencia y explotación capitalistas, como un frente único de

quienes concurren a la fábrica.

La decadencia de los gremios coincide con el fin de la Colonia. En este hecho incidió la virtual victoria de la libertad de comercio en los mares que rodeaban al continente americano; influencia que llegó hasta la altiplanicie y la cordillera productora de plata.

Como quiera que la República comenzó asentándose en la producción basada en la técnica heredada del coloniaje, el gremialismo artesanal conoció un vigoroso resurgimiento, particularmente gracias al apoyo que le prestaron los proteccionistas, interesados fundamentalmente en alcanzar una relativa estabilidad política con ayuda de las masas de trabajadores.

Manuel Isidoro Belzu ha ingresado a la historia como el gobernante que impulsó la organización de los gremios, su fortalecimiento económico y la superación profesional y cultural de los artesanos. Son remarcables sus medidas destinadas a fomentar y ampliar los alcances de la educación popular; dictó decretos creando escuelas de artes y oficios. El periodismo obrero llegó a florecer y se confundió con los pasquines que tenían como tema central las alabanzas al caudillo.

El punto culminante de este movimiento se tradujo en la constitución de la Junta Central de Artesanos y en la creación de un banco destinado a alentar financieramente a la pequeña producción de la época. A la prosperidad económica correspondió la preeminencia social y política de los artesanos. Los gremios poderosos, las únicas organizaciones obreras de ese entonces, daban fortaleza a los gobiernos que sabían ganarse su apoyo. Los artesanos no solamente eran carne de barricada, sino que también cumplían el papel de contingente electoral y de pretexto para justificar la ficción democrática de que la soberanía reside en el pueblo.

Seguramente los caudillos del belcismo consideraban que su movimiento político se impondría, en definitiva, sobre el liberalismo gracias al apoyo y belicosidad de los artesanos y del campesinado. Sin embargo, los librecambistas, que abiertamente conspiraban contra la producción autóctona, contaron a su turno con el apoyo de los gremios y, como ya hemos indicado, los liberales en el momento mismo en que se preparaban para lanzarse a la conquista del poder se fortalecieron con la movilización de estos obreros del siglo XIX.

Al finalizar este período, que puede ser calificado como la prehistoria del movimiento obrero contemporáneo, se va a conocer el florecimiento del mutualismo, de las sociedades de socorros mutuos, constituidas fundamentalmente por artesanos. Su función básica era la de otorgar prestaciones sociales, y proteger a los trabajadores y a sus familiares. En las reglamentaciones de estas entidades puede encontrarse en cierta manera el antecedente más próximo de la legislación social.

De la misma manera que los gremios, el mutualismo fue, al mismo tiempo, organización de los trabajadores e instrumento político de la clase dominante que se convirtió, en realidad, en escenario de la brava lucha que libraron proteccionistas y librecambistas por arrastrar detrás de sí a las masas plebeyas.

Los gremios y las sociedades de socorros mutuos se van a proyectar, y esto por largo tiempo, como fantasmas sobre las organizaciones sindicales del porvenir, influencia que concluyó deformando a estas últimas. Por decenios se buscó, por ejemplo, que los sindicatos sustituyesen al Estado en la dictación y materialización de normas protectoras de la vida y de las condiciones de trabajo del obrero. Nuestros primeros sindicatos copiaron parte de los reglamentos de los gremios, esto para viabilizar su funcionamiento. El sindicalismo horizontal correspondió al período artesanal de nuestro movimiento obrero del siglo XX.

La lección más importante que se desprende de este pasado enseña que el movimiento artesanal y sus organizaciones típicas no pudieron trocarse automáticamente en sindicalismo, pese a que algunos rasgos de aquel, ciertamente que desvirtuados, persistieron en el movimiento proletario. Sindicato y gremio son dos organizaciones radicalmente diferentes y contrapuestas porque corresponden a dos clases sociales y a dos modos de producción también diferentes.

En la historia de los países altamente desarrollados, desde el punto de vista capitalista, los sindicatos no se desarrollaron en el vientre del gremio artesanal, sino que aparecieron luego de que la revolución burguesa destruyó a éste, por ser un serio obstáculo opuesto al desarrollo de la producción capitalista. En Bolivia no se produjo la clásica revolución burguesa debido a que el capitalismo no alcanzó a desarrollarse en el seno de la sociedad colonial, y, por lo tanto, no conoció la violenta destrucción física de los gremios. Esta circunstancia, que corresponde al atraso del país, ha determinado el predominio de la opinión de que los sindicatos surgieron de los gremios o de que todo se redujo a que estos últimos cambiaron su rótulo. Sin embargo, también en nuestro país hubo necesidad de eliminar los grilletes artesanales que pugnaban por inmovilizar a la fuerza de trabajo, sólo que esta tarea se cumplió de manera gradual y en un lapso considerable.

Otra conclusión que emerge de este hecho es la evidencia de que el artesanado, ni en sus períodos de esplendor ni de decadencia, pudo desarrollar consecuentemente una propia política clasista y que siguió a tal o cual sector de la clase dominante, a veces a polos totalmente contrapuestos, que inclusive marchaban ostensiblemente a destruir lo. privilegios artesanales, como es el caso de los liberales. Este fenómeno merece ser explicado.

Constituye un grueso error identificar al trabajador artesano con el proletario, que es el obrero de la época capitalista. El maestro artesano es trabajador y patrón, esto por ser pequeño propietario de los medios de producción. Los obreros del siglo XIX sólo alcanzaron a apuntalar a la burguesía y en momento alguno pretendieron convertirse en clase gobernante o acaudillar a los campesinos detrás de su propia política. Estas limitaciones son consecuencia de la forma particular en la que los artesanos concurren al proceso de la producción.

A diferencia del proletariado desposeído de la propiedad de las máquinas (conforman la gran propiedad privada burguesa), el artesano es un pequeño propietario de las herramientas, de la materia prima, etc. El proletario, gracias al inusitado desarrollo de las fuerzas productivas, trueca en social su trabajo y el producto de éste. Contrariamente, el artesano realiza un trabajo individual y puede decir que el producto que sale de sus manos ha sido completamente elaborado por él. El proletario es el protagonista de la producción masiva maquinizada, mientras que el artesano

no puede emanciparse de la minuciosa reglamentación de la pequeña producción. En resumen, se trata de dos formas diferentes de la producción de la vida social de los trabajadores y que corresponden a dos épocas también diferentes.

El artesano, pequeño productor y dueño de sus herramientas, es un pequeño burgués y actúa así en la producción y en la política, que no es más que la expresión, superestructural de determinado desarrollo de las fuerzas productivas y de la relación de éstas con determinadas relaciones de producción (forma de propiedad imperante).

Nuestros artesanos han escrito con su sangre y su heroísmo muchas de las páginas de nuestra historia, pero en ningún momento han logrado señalar su propio camino que conduzca hacia el progreso de la sociedad. Si tomamos en cuenta que el artesanado corresponde al feudalismo, vemos que el progreso siguió el camino de la sustitución de aquel orden social por el capitalismo. Esta transformación cualitativa de la sociedad no importó la afirmación del artesanado o su transformación en clase dominante, sino, más bien, su destrucción física para ser reemplazado por el proletariado. En la medida en que los gremios lucharon por preservar la integridad del taller artesanal, definieron su carácter conservador, estaban empeñados en prolongar la supervivencia del pasado y no tenían ninguna perspectiva que defender en el futuro. Por estas razones el artesanado no desarrolló una política independiente de clase y en el momento de su agonía se abandonó en brazos del liberalismo, que estaba destinado, a la larga a destruirlo. También debe subrayarse que el artesanado es un sector de la clase media heredada del pasado y condenada a desaparecer. No tiene una total similitud con la nueva clase media creada por las necesidades de funcionamiento de la producción capitalista.

Durante gran parte del siglo XIX la masa artesana se fue desplazando sucesivamente del extremo proteccionista al librecambista y viceversa. Durante el florecimiento del mutualismo nos encontramos en presencia de la lucha franca y simultánea entre liberales y conservadores por organizar, movilizar y usar en su propio provecho al movimiento artesanal. El liberalismo pujante se apoyó en la sociedad de socorros mutuos para potenciarse mucho más como caudillo popular, y poder difundir su ideología en medio de la masa ciudadana. Los conservadores, representados por grupos clericales, entre los que jugaron un rol preponderante los controlaron y supieron mantener por algún tiempo bajo su control a los obreros del siglo XIX.

Como hemos indicado, la victoria del liberalismo estaba asegurada de antemano y el artesanado concluyó siendo arrastrado masivamente por ese movimiento. Como se verá más adelante, las corrientes socialistas se filtraron en el país usando los canales de la intelectualidad liberal, sobre todo el de los profesores y universitarios. La masa del primer auditorio de los pocos liberales socializantes de la época estuvo constituida por artesanos. Una sociedad de gremialistas tuvo la iniciativa de auspiciar el funcionamiento de una universidad popular.

El socialismo de los liberales estaba cortado a medida de los artesanos. Las corrientes europeas de avanzada se achataron indefectiblemente al pasar por el cerebro de los ideólogos de tierra adentro, que en ningún momento se atrevieron a romper con la clase dominante. El socialismo quedó reducido a un reformismo intrascendente que hablaba de la justicia social como de una abstracción y cuya acción quedaba reducida a la propuesta de dictar leyes de protección social. En este estrecho marco, los pocos

artesanos, intelectualizados y que políticamente se alimentaron en el liberalismo podían pasar hasta de "socialistas". Pero aclaremos que éstos no tenían la intención de buscar una sociedad que partiese de la destrucción de la propiedad privada, sino de reglamentar adecuadamente las relaciones, para ellos eternas, entre explotados y explotadores. Va a ser necesaria la presencia del proletariado como clase para que el socialismo se trueque de reformista en revolucionario. Entonces los liberales ya no podrán impunemente colocarse el rótulo de reformadores socialistas.

CAPÍTULO II

EL LIBERALISMO: DE 1900 A 1932

a) Referencia económico política

Incorporación a la economía mundial

Durante las últimas décadas del siglo XIX pasado y principios del siglo XX, Bolivia se incorpora a la economía mundial y así define su fisonomía de país capitalista atrasado, cuyo rasgo más importante es, precisamente, la economía combinada.

La ley del desarrollo desigual, es la más general en la historia de las diferentes sociedades, dramáticamente acentuada durante el capitalismo, adquiere en los países atrasados la forma de economía combinada. De esta manera se han concretizado en Bolivia las leyes generales -de la economía mundial, que tiene que considerarse como una unidad superior, colocada por encima de las economías nacionales.

El término de economía combinada corresponde a León Trotsky, que la define como la yuxtaposición de las formas más primitivas del desarrollo de la humanidad y las expresiones más acabadas del capitalismo. Se puede decir entonces que se trata de la presencia lado a lado de los más diversos modos de producción en un país, formando una unidad e inter-relacionándose entre ellos.

Este proceso tiene lugar en la época de decadencia de la explotación de la plata y el comienzo del auge de la explotación del estaño. La declinación mundial de la cotización del metal argentífero comienza en los años 70 del siglo pasado.

Durante la primera mitad del siglo XIX la onza de plata se vendió entre 59 y 62 peniques, habiendo comenzado a caer a partir de 1865. El uso creciente del papel moneda y los descubrimientos de yacimientos auríferos en California de Estados Unidos de Norte América, precipitaron el cambio del patrón plata por el del oro, acontecimientos que se reflejaron de manera inmediata en el bimetalismo que rigió temporalmente en el país.

El aumento de los usos del estaño en la industria y el relegamiento a un segundo plano de la plata en el mercado mundial, obligaron a volcar los capitales, ya en ese momento esencialmente foráneos, hacia la entonces incipiente industria del estaño. La era del estaño importa la preeminencia nítida de la industria minera con referencia a toda la economía nacional y constituye el índice que señala la subordinación del campo a la ciudad, una de las características del régimen capitalista, como ya se tiene indicado.

Adquiere una gran importancia el que la incorporación de Bolivia a la economía capitalista mundial coincida con la transformación del capitalismo librecambista en monopolista o imperialismo, que tiene que entenderse básicamente como una economía exportadora de capital financiero (fusión de capital bancario e industrial).

Las características de la economía y de la política, quedarán profundamente marcadas por el gran retraso que se observa en la incorporación de Bolivia a la economía capitalista mundial; perdió la oportunidad de poder aprovechar esa palanca para pasar de su situación de extremo atraso a la condición de una gran metrópoli capitalista, esto porque se asimila al capitalismo cuando éste ya ingresa francamente a su etapa de declinación. Nuestro país se ve obligado a sufrir las consecuencias de la decadencia capitalista y una de ellas es la opresión ejercitada por el imperialismo.

A Bolivia podría aplicarse sin ninguna corrección lo que Marx escribió acerca de los males por doble partida que soportan los países de insuficiente desarrollo capitalista: "En todas las esferas restantes, pesa sobre nosotros, como sobre los demás países continentales de la Europa Occidental, no solamente el desarrollo de la producción capitalista, sino su insuficiente desarrollo. Además de las miserias modernas, nos oprime toda una serie de miserias heredadas, procedentes del hecho de seguir vegetando entre nosotros formas de producción antiguas ya caducas que acarrear un conjunto de relaciones sociales y políticas anacrónicas. No sufrimos sólo a causa de los vivos, sino a causa de los muertos. "Le mort saisit le vif" ¹².

El capitalismo en general y sobre todo el imperialismo, tiene sus particulares métodos de penetración. Concentra fuerzas sobre los sectores de la economía de un país que interesan a la metrópoli y los transforman de una manera radical, esto aunque sobrevivan algunos rasgos del pasado. Al mismo tiempo, mantiene en su atraso al resto de la economía, principalmente porque se apoya en la clase social dominante asentada en los modos de producción precapitalistas. Los analistas toman únicamente este aspecto de la relación entre imperialismo y semicolonias, que es el que aflora más visiblemente.

En el transcurso se encuentra un fenómeno de mayor importancia, que determina la particular forma en la que algunos países llegan al capitalismo. Nos referimos a la existencia de dos caminos por los cuales los países se han integrado a este sistema: el desarrollo económico lento e interno que conduce a una sociedad burguesa y la invasión del capitalismo totalmente formado, venido de la metrópoli.

Esta segunda forma de incorporación de un país a la economía mundial, que se puede considerar cumplida a latigazos, se realiza teniendo presente únicamente los intereses de la metrópoli y no los del desarrollo integral de la economía nacional del país atrasado. Su primera consecuencia es una deformación del país atrasado y sometido, esto si se toma como modelo el desenvolvimiento de las metrópolis. Pero, ya no será más que una deformación, si tomamos en cuenta que el capitalismo en las regiones de tardía incorporación a la economía mundial no puede menos que darse de una manera particular, que no otra cosa son las peculiaridades nacionales.

Es un rasgo esencial del capitalismo su tendencia a penetrar en todos los rincones del planeta -obedece a la necesidad de obtener mayores tasas de ganancia- y a imponer autoritariamente sus leyes generales allí donde pone los pies. Estas leyes generales actúan y se refractan a través del trasfondo económico-social primitivo de los países rezagados y esa refracción permite que aparezcan los rasgos nacionales diferenciales. Los países atrasados solamente conocen al capitalismo bajo su forma de economía combinada; no existen ya ni tiempo ni condiciones materiales para que

12 Carlos Marx-Engels, "OBRAS ESCOGIDAS", Tomo II, Moscú, 1973.

puedan ingresar a un proceso de capitalismo integral y de rasgos clásicos.

La economía combinada boliviana resume, por un lado, todo nuestro proceso histórico y, por otro, la forma particular y tardía en que fuimos incorporados a la economía capitalista mundial, por la presión económica foránea y la victoria política de los sectores sociales pro-capitalistas. Sólo en esta medida la fuerza invasora pudo concretizarse en auténticas particularidades nacionales, que no podemos ignorarlas en momento alguno.

Las diferentes tendencias políticas y sociológicas se configurarán en torno a la polémica acerca de la naturaleza del atraso del país y de la relación existente o no entre el agro y la ciudad. El marxismo tardó bastante, acaso demasiado para desarrollar su concepción de la economía combinada, que permite una verdadera comprensión de las leyes del desarrollo de los países rezagados y de la revolución social que debe realizarse en ellos.

La concepción más corriente es aquella que caracteriza a Bolivia como a un país feudal o semi-feudal, es decir, que vive una etapa anterior al capitalismo. Esta tesis lleva implícita la conclusión de que el destino de Bolivia es la de pasar todavía por un pleno desarrollo capitalista, que, entre otras cosas, permita una amplia industrialización y, por tanto, el descomunal crecimiento del proletariado. La moderna tipificación del país como capitalista dependiente, permite llegar a la misma conclusión: habría todavía lugar, en el futuro, para una etapa de capitalismo independiente, no subordinado a la metrópoli. Se olvida que desde el momento en que un país se integra a la economía capitalista mundial mantiene una inter-relación con las metrópolis.

Nuestro socialismo de antaño -ni que decir de las otras corrientes políticas de comienzos del siglo XX- estaba seguro de que Bolivia no había madurado económicamente todavía para que la clase obrera pudiese acaudillar la transformación revolucionaria. Esta conclusión estaba ya contenida en la caracterización que se hacía del país y que pasara a formar parte del arsenal teórico del stalinismo revisionista y del nacionalismo de contenido burgués en sus diversas manifestaciones.

Minería del estaño

Los gobiernos liberales se sucedieron en un período dominado por la exportación de estaño y la formación de las grandes empresas mineras ¹³.

Uncía y Llallagua concluirán convirtiéndose en el símbolo de esta era del estaño. En el siglo XVI, el español Juan del Valle exploró el cerro de Llallagua, que dominaba numerosas comunidades campesinas, y que recibió de parte del aventurero el nombre de Espíritu Santo. La empresa fue abandonada. En 1872, el minero Honorato Blacut, siguiendo las huellas de su antecesor, hizo la primera petición minera con el

13 "Datos sobre la producción minera: 1890 :1.000 toneladas; 1899: 3.500 ton.; 1900: 9.000 ton; 1905: 15.000 ton. (Klein, DE LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL"). 1929: 46 .490 ton.; 1930: 31 .637 ton.; 1931: 38.773 ton.; 1932: 20.919 ton.; 1933: 19.950 ton.; 1934: 23.202 ton.; 1935: 25.282 ton. (René Gutiérrez Guerra, "SITUACIÓN ECONÓMICA Y FINANCIERA DE BOLIVIA", La Paz, 1940).

nombre de La Salvadora. Dos decenios de duro trabajo no dieron mayor resultado, la mina, en ese entonces de dudosa fama, pasó por algunas manos, antes de que, en 1894, Oporto formase una sociedad con Patiño, este último empleado de la casa rescatadora Fricke de la ciudad de Oruro, que se encargaba de habilitar a los pequeños empresarios, a fin de monopolizar los minerales que estos producían.

La Salvadora estaba enclavada en medio de muchas otras empresas, que conocieron diversa suerte antes de ser aglutinadas por la empresa Patiño.

El ingeniero inglés Minchin, a quien se le deben interesantes estudios acerca de la geología del altiplano, trabajó "La Intermedia" y en 1905 compró al potentado Pastor Sáenz el ingenio Victoria, que junto con las que fueron concesiones de Ramón Salinas en el cerro de Llallagua, sirvieron de base para la organización de la Compañía Minera de Uncía.

"Juan B. Minchin, realizó trabajos mineros y vendió sus pertenencias (Ingenio Victoria de Uncía) a la empresa Patiño por 150.000 libras, esto en 1909. Exploró el altiplano habiendo ubicado el llamado Lago Minchin. En 1877 fue ingeniero del Estado boliviano" ("Diccionario...").

Pastor Sáenz, que tuvo enorme influencia económica y política en el país, logró concentrar una gran cantidad de pertenencias mineras. En 1906 los capitalistas chilenos conformaron la Compañía Estañífera de Llallagua sobre la base de la adquisición de las propiedades de Sáenz. Sus principales accionistas eran personajes importantes de la banca, finanzas y política chilenas: Balmaceda, Alessandri, Borgoño, Errazuriz, Recabarren, Larrain, Lijón, Luco, Barros, Toro, Vergara, etc. Eran canales por los que actuaban los capitales ingleses.

En Oruro, desde la época de Melgarejo, el industrial Andrés Penni y los herederos de éste conformaron con el minero y político conservador Severo Alonso la Compañía Minera de San José.

Más o menos a partir de 1902 se desencadena una acelerada concentración de la propiedad minera en manos cada vez más reducidas. Patiño fue absorbiendo todas las pertenencias que estaban detentadas por otras empresas: "La Salvadora", "La Compañía Bebin Hermanos", etc. En 1910 el Banco Anglo Sudamericano de Londres le concede a Patiño un importante préstamo que le permite comprar las propiedades de Minchin. Posteriormente pasarán a su poder las minas Penny, Duncan y Harrison, ubicadas en la fabulosa Huanuni.

A partir de 1914, la Patiño, actuando a través de la empresa inglesa Duncan Fox, que tuvo relevante participación en la historia minera de Bolivia y del Banco Sudamericano de Santiago; comenzó a comprar las acciones de la Compañía Estañífera de Llallagua, con miras a controlar los dos tercios de sus 425.000 acciones, lo que le permitiría tener voz decisiva en su destino. Se dice que el 5 de julio de 1924, bajo el grito de "¡Viva Bolivia!", la Patiño logró controlar la mayoría de las acciones de la empresa que tenía su sede en Santiago de Chile y planteó la unificación de ésta con La Salvadora, bajo el nombre de Patiño Mines Interprises Consolidated Incorporated, cuyo domicilio fue registrado en Delaware, localidad de Wilmington; Estados Unidos.

Estos datos explican por qué los gobiernos liberales aparecieron como portavoces no sólo de la gran minería, sino, concretamente del patinismo. No se trató de un abandono de los principios del Partido Liberal y, más bien, de su concretización. La Empresa Patiño convertida en un poderoso trust, dueña de casi toda la minería boliviana, concluyó totalmente integrada en el capital financiero mundial; de boliviana se trocó en un eslabón del capital internacional. Actuó en el país como expresión del imperialismo y al someter a su voluntad a los gobernantes criollos (presidentes de la república y ministros eran, a su vez, abogados de la todopoderosa empresa Patiño), estaba subordinándolos a los designios de la metrópoli opresora. El rápido crecimiento de esta empresa no significó el fortalecimiento de la burguesía nacional, esto porque no se fue estructurando en base a una industria en constante fricción con las mercancías y capitales foráneos, sino que, desde sus inicios, actuó como un tentáculo de las empresas integradas en el capital financiero, encargado de controlar y estrangular toda la economía y política nacionales.

El descomunal poderío económico de los grandes mineros, a quienes Bautista Saavedra bautizó con el marbete de "rosca", despertó la susceptibilidad inclusive de los teóricos del liberalismo. En 1917, José Luis Tejada Sorzano planteó la tesis de la intervención estatal en los beneficios y orientación de la minería, esto a fin de que los gobiernos no fuesen minimizados por las empresas. Cuando se desempeñaba como ministro de Hacienda (septiembre de 1912) sostuvo que "El desenvolvimiento de las grandes fortunas en nuestro país no corre paralelo al desenvolvimiento de las finanzas públicas. Un solo ciudadano, por sí solo, posee más recursos que la nación entera, con acción preponderante sobre las energías del país. Nuestro sistema tributario, basado en el impuesto de consumo, se acumuló sobre las clases populares, y deja libre casi de toda imposición fiscal a los capitalistas..., todas las tentativas de mejoramiento han fracasado por la férrea resistencia de los acaudalados".

El liberalismo sentó las bases jurídicas y económicas del moderno Estado boliviano, estructurado totalmente alrededor y al servicio de la minería, más concretamente, del patinismo. Este Estado vaciado en los moldes de la opresión imperialista estaba muy lejos de ser soberano. Bolivia nunca pudo emanciparse de su condición semicolonial.

Esto no quiere decir que el desarrollo posterior no estuviese lleno de conflictos entre las autoridades y las grandes empresas, sobre todo en lo que se refiere a la tributación por las exportaciones de minerales. Las necesidades financieras del aparato estatal e inclusive de los partidos políticos estructurados por la clase dominante, se tradujeron en fricciones con la tendencia empresarial de obtener siempre mayores ganancias.

La compra por la empresa Patiño de las acciones de la Compañía Estañífera de Llallagua fue presentada por los acólitos de la gran minería como un acto de nacionalización de la minería e inclusive de afirmación de la soberanía nacional, cuando en realidad se trató, precisamente, de lo contrario: de la oficialización de su entroncamiento con el capital internacional.

A pesar de todos los roces que existieron entre los diversos gobiernos de raíz liberal y la gran minería, a ninguno de aquellos se le pasó por la mente el proceder a la estatización burguesa (compra de las pertenencias), de la fuente principal de las exportaciones, de las divisas extranjeras y del mismo presupuesto nacional. Este hecho denuncia la extrema debilidad de la burguesía boliviana. El Estado burgués al controlar la minería, en un país esencialmente monoprodutor, habría podido

fortalecerse económica y políticamente y también alentar la aparición de una capa burguesa económicamente poderosa bajo su protección. Eso no sucedió porque los sectores de la clase dominante que abrazaron el liberalismo se abandonaron en brazos del capital internacional (imperialismo) para lograr su propia prosperidad; eran, como hemos indicado, extranjerizantes por su propia naturaleza y no nacionalistas. En el plano político esta actitud se tradujo en el total sometimiento del Estado y del movimiento político liberal a la gran minería. No hubieron posibilidades para intentar solucionar a lo Bismarck el problema de la virtual ausencia de la burguesía y de la propia unidad nacionales.

Otras concesiones al imperialismo

Bajo el liberalismo también se acentuó la penetración imperialista en otros sectores de la economía del país. El gobierno de Gutiérrez Guerra concedió, en 1920, a la empresa americana Richmond Levering & Co. de Nueva York el derecho de explotar petróleo en tres millones de hectáreas en los departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca y Tarifa; privilegio otorgado por cincuenta años, a cambio de insignificantes derechos para el Estado por concepto de patentes y de la participación del quince por ciento de la producción bruta. Esta concesión, contraria a los intereses elementales del Estado, permitió a la poderosa Standard Oil de New Jersey asentarse en el país: en 1922 adquirió los derechos de la Richmond Levening.

También fueron otorgadas zonas petrolíferas a muchos particulares, entre ellos a chilenos y aquellas concluyeron en manos de William Braden, que por intermedio de su hijo Spruille, que en cierto momento me convirtió en una de las piezas maestras de la política colonialista yanqui en el continente americano, fueron a parar también a poder de la Standard Oil, que en 1926 poseía ya siete millones de hectáreas¹⁴.

Los gobiernos liberales conocieron un excepcional auge económico debido al creciente aumento de las exportaciones de minerales y esto pese a las oscilaciones de sus cotizaciones en el mercado mundial, lo que se tradujo en una favorable balanza comercial y en la carencia o extrema pequeñez de la deuda externa. Según Gutiérrez Guerra las exportaciones para 1911 fueron de 9.200.000 libras frente a 3.500.000 de las importaciones. Esta tendencia se mantiene firme hasta 1920, año en el que comienza la declinación de la balanza comercial: por 100 libras que se exportaban se importaban 53.

En 1908 Bolivia no tenía deuda externa, que ciertamente no puede considerarse como algo normal en el mundo capitalista, era simplemente prueba de que el país comenzaba apenas a vivir de acuerdo a las necesidades y a las leyes del mundo moderno.

"a) El país logró reducir en libras 1.179.010,- su deuda externa, fuera de haber realizado puntualmente el pago de los intereses respectivos. En efecto, la deuda, externa de Bolivia, a fines de aquel primer año, estaba constituida por las siguientes obligaciones:

¹⁴ Sergio Almaraz, "PETROLEO EN BOLIVIA".

Deuda externa en 1911		Saldo
Empréstito Morgan	libras	468.482.-
Empréstito Francés 1910	libras	1.483.600.-
Total		1.952.082.-

Posteriormente el Empréstito Francés 1910 fue convertido, y en 1920 el estado de la deuda externa de Bolivia había sido reducido a las siguientes cifras:

Deuda externa en 1920		Saldo
Empréstito Morgan	libras	324.248.-
Empréstito Chandier M.	Libras	448.824.-
Total		773.072.-

"b) Pudo mantener su cambio, con la sola excepción de un corto período en 1914, a un nivel de alrededor de 18 d. Por boliviano.

"c) Pudo incrementar las reservas oro que garantizaban la moneda circulante" ¹⁵

En 1922, el gobierno Saavedra contrajo el empréstito Nicolaus, presentado por los antiimperialistas, entre ellos por Margarita Marsch, como un modelo de la política de rapiña ejercitada por la metrópoli. En efecto, se convino con la Stifel Nicolaus Investment de St. Louis, la Equitable Trust Co. y la Spencer Trask & Co. de Nueva York, un empréstito de 3.600.000 \$us. dando como garantía el 45% de las rentas por recaudaciones aduanera e impositiva de todo el país, los impuestos indirectos sobre beneficios netos de las compañías mineras, corporaciones y bancos. Como consecuencia se colocó bajo fiscalización el movimiento financiero del Estado, mediante la Comisión Fiscal Permanente y en la que los prestatarios tenían directa participación.

Hay que recordar que bajo el gobierno Saavedra, por muchos considerado nada menos que como "socialista", se permitió la formación de la Patiño Mines Co. El caudillo altiplánico pasa a la historia como el personaje que facilita el desplazamiento del imperialismo inglés por el norteamericano en el predominio económico del país, simple repercusión del fenómeno mundial que comienza con la finalización de la guerra de 1914-1918. Este hecho fue más importante que todas las leyes de protección social que dictó el gobierno liberal disidente.

Dos preocupaciones centraron la atención de los gobiernos de la época y del parlamento: armar al país de una legislación protectora de la fuerza de trabajo, imprescindible para hacer posible su explotación en condiciones normales, y dotarle de una estructura capaz de facilitar el funcionamiento de la gran industria minera.

No solamente los regímenes liberales, sino los empresarios mineros, estuvieron muy preocupados en construir ferrocarriles y caminos para hacer posible la exportación de los minerales; se abrieron muchos caminos de automotores para unir los yacimientos de minerales con los ingenios, etc.

El presidente y empresario minero acaudalado Aniceto Arce aparece como el pionero en el tendido de las ferrovias. El primer ferrocarril, de Antofagasta a Uyuni-

¹⁵ René Gutiérrez Guerra, "SITUACION ECONOMICA Y FINANCIERA DE BOLIVIA", La Paz, 1940.

Huanchaca, se construyó en 1889 y su ejecución le fue encomendada a la compañía Huanchaca de Bolivia. Los rieles debían extenderse de Ascotán a Oruro, habiendo llegado a esta última ciudad en 1892. En 1903 estuvo en El Alto de La Paz la ferrovía que partía el puerto lacustre de Guaqui, construida con fondos departamentales; sin embargo, "Este ferrocarril del Estado fue transferido a poco en 1906 a otra compañía británica -The Peruvian Corporation- en menos de su costo sobre el principio liberal de que el Estado es mal administrador" ¹⁶

En 1906 se firmó el contrato, llamado "de triste celebridad", entre el gobierno de Bolivia, el Nacional City Bank y la firma Speyer y Cía. para la construcción de todo un complejo ferroviario que debía unir Oruro con Viacha y a la primera ciudad con Cochabamba; Río Mulatos con Potosí y Uyuni con Atocha. La obra fue concluida entre 1901 y 1917, con un costo de más de 10 millones de libras esterlinas. "Este ha sido el contrato más importante suscrito en los primeros treinta años de este siglo por Bolivia. Estaba llamado a influir en su vida política, económica y financiera, en un sentido nugatorio, porque el Estado que aportaba un capital casi igual a la inversión real de los banqueros y tenedores de bonos, perdía toda influencia directa en la administración de los ferrocarriles" ¹⁷

Como emergencia del tratado celebrado con Chile en 1904, este país construyó por su cuenta el ferrocarril Arica-La Paz (1906-1913), que en 1928 pasó al dominio de Bolivia la sección que cruza su territorio.

En 1914 se tendieron las líneas de hierro que unieron diversas poblaciones del valle cochabambino.

La empresa Patiño tendió el ferrocarril de Machacamarca a Uncía.

Para la vinculación ferroviaria con la Argentina se terminó, en 1925, la línea Villazón-Atocha.

En 1920 se comenzó la construcción del ferrocarril Potosí-Sucre-Tarabuco.

Acerca de la administración de los ferrocarriles bolivianos el informe Keenleyside ¹⁸ ofrece los siguientes datos: "Los 2.401 kilómetros de vía férrea están bajo la administración de nueve órganos diferentes, a saber: cuatro compañías particulares (la Peruvian Corporation of Lima, la Bolivian Railway Company, la Antofagasta and Bolivian Railway Company y la Patiño Mines and Enterprises Consolidated) y cinco organismos del Estado adscritos a la Dirección General de Ferrocarriles".

También contribuyó al bienestar económico, al menos hasta 1908, la exportación de importantes volúmenes de goma. De 1896 a 1916 se registró que la exportación anual de este producto era aproximadamente de tres millones de kilogramos. Sin embargo, Bolivia entregó al Brasil las mejores zonas de caucho mediante el Tratado de Petrópolis de noviembre de 1903, a cambio de compensaciones pecuniarias y la construcción del ferrocarril Madera-Mamoré ¹⁹.

16 Augusto Guzmán, "HISTORIA DE BOLIVIA", La Paz, 1973.

17 Luis Peñaloza, "HISTORIA ECONÓMICA DE BOLIVIA", 1953.

18 "INFORME KEENLEYSIDE", 1951.

19 Enrique Finot, HISTORIA DE BOLIVIA.

En 1908 las Malayas lograron reemplazar a Bolivia como principal productor de la goma, lo que determinó la vertical caída de su exportación, que repuntó fugazmente en el período de la depresión mundial ²⁰ y mucho más tarde en vísperas de la segunda guerra mundial ²¹

Bolivia como productor de minerales, de goma, cascarilla, etc., vio pronto sometida la suerte de su economía a las fluctuaciones de los precios de estos productos en el mercado internacional.

Ejército y escuela

La penetración imperialista supone el desarrollo parcial de la economía, se puede decir que es su verdadera "revolución", fundamento de toda la transformación cultural, esto a costa del atraso de los otros sectores que escapan al interés de la metrópoli. La obra de realizaciones del Partido Liberal desde el poder, que ha asombrado a propios y extraños, no ha sido más que la objetivización de la obra realizada por el imperialismo ahí donde ha puesto los pies. Dos campos sobresalen en este terreno.

El ejército caudillista y montonero, en el que el azote era el signo de la disciplina, como reflejo del predominio de la servidumbre en el campo de la producción, fue sustituido por un ejército permanente, profesional, organizado por misiones extranjeras, que transmitieron la ciencia y técnica castrenses europeas. Fue establecido el servicio militar obligatorio, mediante la conscripción de los varones mayores de diez y nueve años. La reforma de los Institutos militares fue encargada primero a una misión francesa y luego a otra alemana, esta última estructuró las fuerzas armadas de Bolivia en los moldes prusianos ²²

Este ejército modernizado tenía la misión de servir de pilar de sustentación del Estado puesto al servicio de la gran minería. Se le atribuyó, como en todos los países capitalistas, por otra parte, la tarea fundamental de defender y hacer cumplir la Constitución Política, es decir, defender el régimen de la propiedad privada, que en Bolivia se concretizó en las grandes empresas mineras. La historia ha dado pruebas inequívocas de que el poder compulsivo concentrado en el ejército fue descargado sistemáticamente sobre las masas trabajadoras explotadas por la gran minería. El "orden y paz sociales" tuvieron tal significado para los bolivianos.

El Partido Liberal, como ya hemos visto, irrumpe en el escenario como una tendencia francamente anti-golpista y comenzó a moverse bajo el slogan de "el orden dentro de la ley", que suponía el marginamiento de los jefes castrenses de la política partidista. Una vigorosa democracia formal no puede menos que concebirse como la negación misma de los cuartelazos. La organización estatal fue ideada partiendo de la papeleta electoral y no de las bayonetas, aunque ciertamente y en último término asentada en ellas. Al fracasar el esquema democrático, las fuerzas armadas volvieron a jugar el papel de árbitros del juego político y los sectores de la clase dominante en pugna volvieron a recurrir al golpe de Estado como a su método más eficaz.

²⁰ En 1929 las exportaciones de goma alcanzaron a 197.600 libras, en 1930 a 127.801, en 1931 a 53.235, en 1935 a 25.817, en 1936 se elevó a 167.773. en 1937 a 109.144, para caer en 1938 a 58.638.

²¹ Enrique Finot, op. cit.

²² Enrique Finot, op. cit.

El ejército es un producto de la sociedad, vale decir, de determinadas relaciones de producción (del régimen de propiedad privada imperante); una criatura de la clase dominante; no en vano forma parte del aparato estatal y cumple la función de su sustentáculo. Nace y vive en medio de la lucha de clases y se coloca al servicio de la clase dominante para aplastar la resistencia que pudiesen oponer los explotados. A su modo, reproduce las limitaciones orgánicas de la burguesía nacional, los jefes efes castrenses más osados no pueden ir más allá que esta última.

Carece de fundamento la tesis de que los sectores castrenses nacionalistas, que reproducen los objetivos y limitaciones de la burguesía, son capaces de desarrollar una oposición equidistante o diferente con referencia al capitalismo y al comunismo. Las fuerzas armadas, si las consideramos representadas por su cúspide dirigente, no pueden menos que desarrollar una política burguesa.

Cuando los partidos políticos de la clase dominante caducan en su plan de controlar a las masas o cuando la democracia formal ingresa a su etapa crítica, el ejército emerge como carta sustitutiva en manos de la burguesía, como un recurso para poner a salvo los intereses de esta clase social.

Los liberales, o mejor sus dirigentes, eran masones (por sus ideas filosóficas) y las logias, que tanta influencia han tenido en la vida política boliviana, actuaron como inconfundibles agentes del imperialismo. La alta jerarquía castrense llegó a conformar también las logias masónicas, en cuyo seno se resolvían los más importantes problemas políticos. No hay que olvidar que las fuerzas armadas habían sido reorganizadas por el liberalismo en el poder. El ejército, siguió de cerca la suerte del Partido Liberal, de sus escisiones y viscisitudes.

La universalización de la escuela es uno de los logros del capitalismo, realizada no con la intención de libertar a las masas empobrecidas y sumidas en la ignorancia, sino con la finalidad bien calculada de explotar mejor a la fuerza de trabajo, de aumentar su productividad. Por esto mismo, la labor "civilizadora" de la burguesía tiene sus límites. El ensanchamiento del capitalismo tiene como una de sus consecuencias la ampliación de la acción de la escuela.

El alfabeto es uno de los canales de difusión de la cultura, de la ciencia, que, en último término, son revolucionarias, lo que determina que los dueños del poder proporcionen una cultura cuidadosamente dosificada, la suficiente para el logro de sus propios fines.

El liberalismo aparece como el gran transformador de la enseñanza y la obra que realizó en este terreno estuvo subordinada a los objetivos del capitalismo, esta vez, tanto foráneo como nacional. Una de las ideas rectoras para la modernización de la escuela fue la de importar la ciencia y técnica pedagógicas de Europa. El auxilio de educadores extranjeros se consiguió contratando, primero a chilenos y luego a las conocidas misiones europeas. Misael Saracho y más tarde Daniel Sánchez Bustamante, enviaron misiones de estudios pedagógicos al viejo continente.

Los liberales desahuciaron la posibilidad de estructurar una pedagogía esencialmente nacional, como propugnaba Franz Tamayo, por ejemplo, y consecuentes con su ideología política, se limitaron a trasplantar lo que se decía y hacía en Europa. Es cierto que George Rouma hizo estudios sobre el niño boliviano, pero no pudo ni supo

tomar como base de la pedagogía los valores culturales nativos.

La obra del liberalismo en el campo de la enseñanza se resume en los siguientes aspectos: capacitación y profesionalización de los educadores; modernización de la enseñanza con vistas a tornarla científica; coeducación; escuela única y laica destinada a la enseñanza masiva; obligatoriedad de la enseñanza primaria.

El 6 de junio de 1909 se instala en Sucre la Escuela Nacional de Maestros, más tarde en La Paz entra en funcionamiento el Instituto Normal Superior, destinado a la formación de profesores de enseñanza media.

El liberalismo también dedicó mucha atención y esfuerzos a la educación indígenal, que se encaminaba a la alfabetización y, en algunos casos, a transformar a los indios. Los liberales siguieron a quienes plantearon la tesis de que la escuela concluiría emancipando a los siervos, esto de una manera pacífica, transformándolos en buenos obreros, etc. La escuela indígenal fue ideada como un instrumento para acabar con las sublevaciones.

Como quiera que el liberalismo estaba incapacitado para subvertir la estructura económica del agro, sus planes de alfabetización de los campesinos fracasaron una y otra vez. Frente a las desparramadas escuelas rurales y a los maestros ambulantes, se levantaba como obstáculo insalvable la forma en la que los campesinos producían su vida social: trabajo individual, con técnica primitiva y basado en la explotación de toda la fuerza de trabajo que podía encontrarse en la familia; los niños estaban obligados a trabajar y esto les imposibilitaba el aprendizaje del uso del alfabeto. Pero, había aún un otro obstáculo que conspiraba contra los planes liberales: para el campesino aislado del mercado y de las fábricas, la lectura era un lujo y no una necesidad, esto porque no podía utilizarla en su vida cotidiana; solamente al transformarse en proletario se verá compelido a ir a la escuela, porque un mínimo de cultura puede permitirle mejorar su salario. (La situación en el agro se sigue repitiendo hasta ahora. Red.).

Política internacional

El partido liberal se estructuró políticamente alrededor de las ventajas que supo sacar del desastre de la guerra del Pacífico. Emergió como reivindicacionista intransigente. Sin embargo, obedeciendo a su fundamental preocupación de sentar las bases de una sociedad capitalista, en el poder se tornó practicista en política internacional: suscribió el tratado de 1904 con Chile, que importó la cesión definitiva del Litoral al vencedor de la guerra.

El 21 de marzo de 1903 se puso fin a la llamada campaña del Acre, que significó la pérdida de una considerable extensión de territorio en el Noreste de la República. La entrega de parte del territorio nacional al Brasil mereció una compensación pecuniaria y la construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré.

En 1905 se firmó con el Perú el tratado de comercio y aduanas que permitió la supresión de trabas al intercambio de mercancías.

Industria fabril

El liberalismo también impulsó la industrialización del país, claro que se trató de una actividad secundaria y totalmente subordinada a la gran minería.

Más o menos a partir de 1920 aparecen las fábricas de cartones y papeles, de fósforos, de aguas gaseosas, las manufacturas de cuero y de calzados; la industria gráfica conoció un gran impulso.

En esta misma época comienzan a surgir las fábricas de tejidos. En 1923 Herminio Forno instala su industria en La Paz. En 1928 inicia sus operaciones la fábrica de hilados y tejidos de algodón Said y Yarur. Al año siguiente se instalaron el Lanificio Boliviano de Domingo Soligno, la fábrica de tapacoronas y las primeras molineras, que en 1933 llegaron a moler 150.000 quintales de trigo.

La carencia de grandes necesidades internas y el siempre favorable saldo en la balanza de pagos, actuaron como obstáculos de la industrialización. Sin embargo, las dificultades creadas a las importaciones como consecuencia de la primera guerra mundial y la crisis de 1929, impulsaron en pequeña medida la industrialización. Una de las empresas más prósperas fue, desde sus inicios, la Cervecería Boliviana Nacional.

Los industriales se organizaron gremialmente en 1931, en la llamada Cámara de Industria y Comercio.

Escisiones del liberalismo

La frustración de los intentos de estructurar la democracia formal y de basar el funcionamiento del aparato estatal en el sufragio sin tacha, fundamento de la ficción de que la soberanía reside en el pueblo, precipitó numerosas escisiones en el seno del liberalismo. Los escisionistas argumentaron, invariablemente, que salían en defensa de la verdadera doctrina del liberalismo y, particularmente, de la ilimitada libertad y pureza del sufragio; únicamente Saavedra llegó a la conclusión de la inviabilidad del régimen democrático en Bolivia y se tomó fascizante.

El año 1915 surge el Partido Republicano, encabezado por Daniel Salamanca y Bautista Saavedra, que en 1921, precisamente, después de la "Revolución republicana" de 1920, se escindió en los partidos Republicano Genuino y Republicano Saavedrista.

El Partido Republicano Genuino, se asentaba particularmente en la aristocracia terrateniente y se tipificó como derechista. Los saavedristas reclutaron a sus parciales en las filas del artesanado y durante la guerra del Chaco adoptaron el rótulo de "socialistas".

Se sostiene ²³ que los primeros síntomas de desintegración del liberalismo pueden descubrirse en 1912, fecha de fundación del Ateneo Boliviano. Salamanca, Saavedra, Sánchez Bustamante, Valdez, Iraizós, Camacho, Muñoz Cornejo, Elio, Gutiérrez, Ascarrunz, Vaca Chávez y otros, partiendo del tronco liberal, buscaron, a través

23 G. Lora, Fernando Diez de Medina.

de la polémica y de la actitud literaria, los caminos que les permitiesen realizar sus aspiraciones de formulación doctrinal y política, de sus ansias de progreso y de

defensa de la ortodoxia liberal. Fernando Diez de Medina sostiene equivocadamente, en "Franz Tamayo, hechicero del Ande", que este Ateneo fue organizado en 1910.

(Este primer "Ateneo Boliviano" no debe confundirse con el también llamado "Ateneo Boliviano" que organizó, el primero de julio de 1942, el ex-marxista Julio Alvarado -que ya entonces había retornado a las posiciones liberales- desde el seno del Ministerio de Relaciones Exteriores y con el siguiente directorio: Gustavo A. Otero, presidente; Abel Alarcón, vicepresidente; Saturnino Rodrigo, secretario permanente; Ramón Pelaez, tesorero; vocales: Julio Alvarado, Humberto Palza, Víctor Ruiz y Raúl Botelho, que más antes era conocido como Botello. Realizó conferencias semanales en el foyer del Teatro Municipal. Otero fue reemplazado en la presidencia por Roberto Prudencio y éste por Vicente Mendoza López. Desapareció en 1945. "Diccionario...").

La llamada "generación radical" no fue más que el sector avanzado, juvenil e intelectual del liberalismo, algo así como una izquierda liberal del siglo XX, que buscaba rectificar, a través de la crítica, los errores que desde el poder cometió el partido fundado por el general Eliodoro Camacho. El Partido Radical, que nació alrededor de 1920, en ningún momento llegó a convertirse en una organización de masas, fue elitista, pero logró aglutinar en su seno a los sectores más avanzados de la clase obrera de ese momento. En la primera convención radical (Oruro, 15 de mayo de 1920) el poeta Víctor Zaconeta explicó el nacimiento de dicho partido: "Disgregado el Partido Liberal, obedeciendo a la ley de evolución y con pasos adelantados y resueltos, se separó de éste, que desvirtuando su programa político no solamente permanecía estacionario, como que manifestaba tendencias conservadoras, tanto por la adopción de los métodos y medios que combatiera antes, cuanto por la composición de sus interiores elementos netamente reaccionarios, resolvió constituirse como una nueva entidad política, con autonomía y personería propias y un programa definido de principios en armonía a con los adelantos de la ciencia moderna".

El Partido Radical se agotó en las brillantes y eruditas campañas periodísticas que libraron sus grandes estrellas:

Franz Tamayo, V. Mendoza López, Luis Espinoza y Saravia, Gustavo Carlos Otero, Vicente Fernández y G., etc. Se trató de un frustrado intento de reedición del Partido Radical francés. Los obreros que, como Felipe Ortiz Madriaga, se rebelaron contra la secante influencia liberal y en 1913 pusieron en pie a la Federación Obrera Internacional, se alistaron en el Partido Radical, dando nacimiento a la Liga Radical Obrera ²⁴

b) El movimiento obrero

El movimiento obrero del siglo XX, reproduciendo las grandes líneas por las que pasó el proletariado en los otros países, fue puesto en pie por los sectores de la clase dominante que se encontraban manejando el aparato estatal. Esta experiencia

²⁴ Felipe Ortiz M., "APUNTES SOBRE LA F.O.I La Paz, S/f.

volverá a repetirse a lo largo de nuestra historia, inmediatamente después de la Guerra del Chaco, en 1943 y en alguna forma también después de 1952.

El liberalismo y las organizaciones obreras

El liberalismo estructuró a las primeras organizaciones sindicales y lo hizo buscando aumentar su influencia política, ensanchar su base social de sustentación y no porque se propusiese libertar a los explotados. En el "Manifiesto Comunista" se sostiene que el proletariado comienza a ser organizado por un sector de la clase dominante para que luche contra los enemigos de su enemigo. La clase obrera puesta en pie por los sectores burgueses y encaminándose a actuar políticamente detrás de ellos es sólo clase en sí, que apenas si está afirmando su existencia física.

El año 1905, en la ciudad de La Paz, se organizó la Unión Gráfica Nacional, que no tardará en convertirse en la columna vertebral de la Federación Obrera, Según Santiago Abaroa ²⁵ la "Unión Gráfica se inspiraba en las normas propias de las organizaciones de beneficencia de tipo colaboracionista al estilo de las asociaciones artesanales de los tiempos de la revolución francesa, que eran una especie de sociedades de socorro mutuos".

No es casual que los gráficos hubiesen sido los primeros en aparecer como una organización de rasgos sindicalistas que mostraba la influencia del movimiento obrero foráneo. En ese momento los dueños y trabajadores de imprentas constituían una avanzada, eran elementos obreros intelectualizados, como demuestra el caso de José L. Calderón y Luis S. Crespo -conocido y famoso como historiador y no como gremialista-, y formaban filas entre los militantes de importancia del liberalismo. No hay pues nada extraño en que los gráficos se hubiesen organizado, bajo el beneplácito del liberalismo y hubiesen recibido impulso del oficialismo.

La Unión Gráfica, como no podía ser de otra manera, resultó un instrumento manejado por el partido gobernante. Los obreros intervenían directamente en política por ser miembros del Partido Liberal y no, precisamente, por haberse organizado sindicalmente.

En abril de 1908 fue puesta en pie la Federación Obrera de La Paz, bajo o el impulso de la Unión Gráfica que, como sostiene Waldo Alvarez, "no hacía sino cumplir las consignas del Partido Liberal". Sus principales dirigentes, militantes del oficialismo, eran colocados en la presidencia honoraria de la institución, como sucedía con los presidentes y ministros de turno.

Las primeras organizaciones obreras no fueron el resultado de las luchas libradas por los explotados contra la clase dominante o "su" Estado, sino, más bien, se trató de una voluntaria concesión hecha por los dueños del poder. Esto explica que hubiesen actuado como instrumentos del liberalismo, pegados al aparato gubernamental.

Al mismo tiempo, estas entidades proyectaron muy acentuadamente los rasgos diferenciales de los gremios artesanales. En la convocatoria que sirvió de punto

25 Santiago Abaroa, "RETROSPECTIVAS", en "LA VOZ DEL GRAFICO", 1952.

de partida para la constitución de la Federación Obrera de La Paz, se lee que el objetivo era iniciar la fundación de la Junta Central de Artesanos y entre las entidades invitadas al efecto figuraban algunas mutuales. El Estatuto Orgánico de la Federación, sancionado en noviembre de 1910, reproduce las ideas contenidas en el reglamento de la Junta Central de Artesanos: "Unirse todos los artesanos, protegerse y ayudarse fraternalmente en las múltiples fluctuaciones de la vida..; procurar la fundación de una Escuela de Artes y Oficios, para la instrucción especial y adecuada de los obreros: dirigir los intereses generales de todos los gremios y ejercer sobre todo los artesanos una supremacía fraternal, para conducirlos al deber, al orden, al trabajo y a la moralización", etc. La Federación se propuso establecer un Banco Obrero, "para las clases trabajadoras"; un banco similar ya fue establecido por la Junta Central de Artesanos del siglo XIX.

El hecho de que los primeros sindicatos bolivianos aparecieran como reproducciones de los gremios artesanales, se debió a varias causas. No fueron el resultado, si se exceptúan las minas, de las grandes fábricas o de imponentes concentraciones de trabajadores, las mismas imprentas seguían siendo, en gran medida, talleres artesanales.

Tradicionalmente los sindicatos aparecieron en el campo internacional como auténticas creaciones del proletariado; en la Bolivia de comienzos del siglo XX las relaciones de producción imperantes en las ciudades no permitieron el florecimiento de sindicatos puros: el formalismo sindical encubrió la persistencia de los gremios, esto de una manera imperiosa. Los pioneros de las organizaciones obreras seguían siendo maestros artesanos y éstos, de manera natural, persistían en el empeño de proyectar el contenido del reglamento gremial.

Estas circunstancias sembraron mucha confusión en materia organizativa, confusión que persistió largo tiempo bajo la cobertura del sindicalismo horizontal. Esta realidad se proyectó políticamente sobre los primeros partidos de la clase obrera. No existe ningún contrasentido cuando se afirma que hubieron manifestaciones sindicalistas y socialistas de claro contenido artesanal. La confusión organizativa se trocó en una incoherencia ideológica y política: los artesanos hablaron por mucho tiempo acerca de la ideología revolucionaria del proletariado.

Estas organizaciones aparecen como sindicatos, sin serlo en la realidad y de una manera integral, debido a la poderosa presión ejercitada sobre el movimiento obrero de la época por el pujante sindicalismo internacional, influencia venida de países en los que se operaba una acelerada industrialización, como en la Argentina, por ejemplo. Ya sabemos que ese sindicalismo llevaba aparejado el concepto de socialismo.

Como no podía ser de otra manera, esta influencia foránea obligó a tomar simplemente aspectos formales organizativos para aplicarlos deformadamente a una realidad social extraña a la del proletariado. Este tipo boliviano de "sindicalismo" va a ejercer enorme presión sobre el mismo asalariado. En las minas se chocaba con mutuales, muchas de las cuales fueron utilizadas por las empresas para obstaculizar el crecimiento y actividad de los verdaderos sindicatos ²⁶.

²⁶ En agosto de 1918 fue fundada en Uncía la Sociedad mutual Protectora de Mineros "Simón I. Patiño", que englobaba a "los mineros de la Empresa Minera 'La Salvadora'". Su objetivo era la de otorgar una serie de prestaciones sociales a sus componentes, inclusive ayudar "a la

Tal deformación del sindicalismo se reflejó necesariamente sobre las ideas que dominaron en el movimiento obrero. En definitiva, el sindicato es sólo una forma organizativa que corresponde a un determinado contenido de clase; cuando éste no es estrictamente proletario, la forma sindical aparece distorsionada. Más tarde tendremos un ejemplo similar en los "sindicatos" campesinos que -cuando éstos se ponen en actividad y llegan a anular las maniobras distorsionadoras de sus dirigentes- son verdaderos soviets y no otra cosa.

La anterior explicación nos lleva al convencimiento de que estas primeras organizaciones obreras, estructuradas alrededor de los artesanos liberales, no podían menos que ser oficialistas. Es también evidente que el liberalismo no es propiamente una expresión del artesanado, polo excluyente del proletariado, sino de la burguesía. El desarrollo económico combinado que siguió el país determinó que el liberalismo comenzase apoyándose básicamente tanto en las avanzadas artesanales como en los primeros núcleos proletarios.

Los artesanos, aunque se movieron bajo el ropaje sindical y socialista, se inclinaron a apoyar de manera natural a la burguesía liberal. Esto no debe entenderse como si esos artesanos hubiesen encontrado en el partido oficial la satisfacción de todas sus aspiraciones. Ya actuaban bajo la influencia -ciertamente que deformada- del socialismo internacional y, en la medida en que querían cumplir a plenitud su rol de dirigentes, no podían ignorar del todo la presencia de los grupos proletarios. Por esta doble causa se hicieron socialistas, pero en ellos el marxismo devino una capitulación ante los grandes principios liberales y una doctrina totalmente deformada. Este fenómeno pone en evidencia por qué los dirigentes laborales de raíz artesanal, que se sintieron inicialmente tan cómodos dentro del liberalismo, bien

pronto se trocaron en sus opositores e inclusive en propagandistas del socialismo con fuerte sabor criollo.

Empresa con pequeños fondos para los gastos de entierro de sus socios que fallecen..." Los "Cabecillas de contratos" eran reconocidos como "legales representantes de todos los obreros que tienen bajo su dependencia"; habían también "delegados elegidos por los obreros por cuenta de la Casa". ("ESTATUTOS Y REGLAMENTOS DE LA SOCIEDAD MUTUAL PROTECTORA DE MINEROS SIMÓN I. PATINO", Oruro, s/f).

Esta entidad se movía bajo el estrecho control de la empresa y figuraba como Presidente Honorario nada menos que el temible gerente empresarial Máximo Nava.

Todavía en 1924, cuando se agitaba poderosa y temible la Federación Obrera, encontramos a la Sociedad Centro Filarmónico y de Socorros Mutuos "La Igualdad", que fue fundada en la sección Cancañiri de la Compañía Estañífera de Llallagua. Eran socios los que voluntariamente se inscribían en ella. Sus estatutos llevan el visto bueno del gerente de la Compañía Francisco Blieck. ("ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD CENTRO FILARMÓNICO Y SOCORROS MUTUOS 'LA IGUALDAD'", Oruro s/f).

También los medianos y pequeños empresarios mineros organizaban, particularmente en los períodos de malestar económico, sociedades mutuales. Uno de esos fue el Centro Minero de Potosí, que en 1894 había sido fundado nada menos que por Juan Misael Saracho, Luis Soux, Manuel Pol, Demetrio Calvimonte, Juan Manuel Balcazar, Ernesto Ossio y otros. En 1932 lograron el reconocimiento de sus estatutos.

(Sociedad Centro Minero de Potosí, "ESTATUTOS", La Paz, 1932).

La independencia de clase

De manera inevitable este socialismo, que acertadamente podemos llamarlo artesanal, tenía muy poco que ver con las posiciones revolucionarias del proletariado; sin embargo, apareció como la negación del liberalismo, como el primer polo aglutinante de los mismos proletarios, lo que está ya probando que éstos estaban muy lejos de haber encontrado el camino de su propia identificación.

No importa quien tome la iniciativa de organizar al asalariado, a los explotados; cuando éstos comienzan a caminar con sus propios pies tienden a mostrar su propia fisonomía, a independizarse ideológica y organizativamente, a adquirir inconfundibles contornos clasistas, en fin, a estructurarse como clase. Esto que vale en toda su amplitud para el proletariado, que era ya la clase revolucionaria en los primeros decenios del presente siglo, también tuvo su repercusión tratándose de las direcciones artesanales que se movían bajo el signo del sindicalismo y de la doctrina socialista.

La diferenciación entre las masas de una clase social y las direcciones políticas que corresponden a otra, no sigue una línea recta, sino que pasa por los tortuosos zigzags de la propia lucha interna de los partidos políticos de la clase enemiga, ese fue el caso del liberalismo boliviano.

Los trabajadores en general, y esto a diferencia de lo que sucede en los medios estudiantiles, modifican su actitud frente a partidos y tendencias políticas, partiendo de su experiencia cotidiana, de sus luchas en pos del mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo. Tal la razón por la que la politización de los explotados no siempre sigue una línea paralela a la de su alfabetización. León Trotsky dijo que la clase obrera se orienta hacia su propio partido siguiendo el camino de las aproximaciones. Innumerables ejemplos demuestran que los trabajadores se oponen a un partido apoyando a la izquierda de éste y no desembocando directamente en su propia organización política. También es posible constatar que esa diferenciación ideológica entre una y otra clase se exterioriza como lucha entre las organizaciones sindicales.

El 14 de julio de 1912, un puñado de jóvenes trabajadores organizó la Federación Obrera Internacional; luego de que habían llegado al convencimiento de que el liberalismo, como indiscutido de la Federación Obrera de La Paz, estaba orgánicamente incapacitado no sólo para libertar a su clase, sino inclusive para satisfacer sus necesidades inmediatas, muy modestas por cierto, y que se sintetizaban en la urgencia de dictar una amplia legislación social. La FOI al rechazar la ya gastada Federación Obrera de La Paz estaba en realidad repudiando al liberalismo y al sometimiento de las organizaciones obreras al aparato estatal.

Quienes dieron este paso temerario, pues llegaron al extremo de sustituir la tricolor con la enseña anarquista (rojo y negro), demostraron poseer una extrema sensibilidad para captar las repercusiones de las corrientes socialistas que agitaban a todo el continente y también de la propaganda llegada desde España, la Argentina, etc.

La Federación Obrera Internacional al declararse antiliberal dio un paso muy grande en el camino de la independencia política y organizativa de los trabajadores. Poco importa que su socialismo fuese confuso y titubeante: proclamaron en alta voz:

“queremos nuestra absoluta emancipación haciendo que la riqueza social sea de todos; nadie puede quitarnos lo que la madre naturaleza nos concedió. La redención social es nuestro ideal. Preparemos el advenimiento de una nueva sociedad que sustituya a la actual putrefacta y corrompida. Por eso nuestro lema es unión, libertad y trabajo, nuestra bandera roja: “La Internacional”.

Felipe Ortiz, que llegó a ser el primer presidente de la FOI era un zapatero artesano y, sin embargo, supo oponer el sindicato al gremio, presentando a aquel como a la organización propia de los trabajadores en la lucha contra el capitalismo y como el marco dentro del cual se realiza la unidad de la clase: “queremos la organización proletaria en las filas sindicalistas y de resistencia para detener la avaricia capitalista”. El maestro artesano moviéndose bajo el poderoso impacto del movimiento obrero internacional, estaba hablando conforme a los intereses fundamentales del proletariado. Sus palabras fueron dichas con miras al porvenir, pues en ese momento escaseaban las grandes concentraciones proletarias en las ciudades que pudiesen organizarse dentro de los moldes del sindicalismo moderno, La FOI no alcanzó a los mineros y siguió moviéndose alrededor de los núcleos artesanales, La teoría del sindicalismo expuesta por Ortiz no pudo menos que degradarse por imposición de la realidad social que se vivía.

La FOI comenzó apoyándose en las ramas republicanas del liberalismo, era una forma de repudiar a los dueños del poder. En “La Razón” de La Paz, el órgano republicano fundado por el médico-político José María Escalier (latifundista) y luego vendido al poderoso empresario minero Carlos Victor Aramayo, publicó una “página obrera” destinada a propagar sus ideales. A pesar de su filiación socialista, seguía considerando que su objetivo central radicaba en lograr una legislación obrera amplia y medidas de amparo a los trabajadores. Cediendo a la presión ejercitada por la opinión pública, conformada alrededor de las ideas de la clase dominante, la Federación Obrera Internacional proclamó su adhesión y respeto a la ley y a la autoridad. Algunos dirán que los socialistas utilizaban el lenguaje de Esopo para engañar a la clase social dueña del poder.

Es cierto que el socialismo de los trabajadores de la época era una doctrina híbrida, resultante de la mezcla de tesis socialdemócratas, marcadamente reformistas, y anarquistas.

Más que el socialismo marxista, el anarquismo cobró cuerpo entre los jóvenes obreros provenientes del gremio artesanal. La difusa doctrina ácrata parecía estar vaciada a medida para el artesanado y es por este canal que penetra profundamente en el socialismo de la época.

En el seno de la Federación Obrera Internacional fue planteada la urgencia de estructurar el partido socialista. Uno de sus portavoces, Angel C. González, escribió: “La FOI propende y propenderá a la formación del partido socialista; doctrina de amor, de fraternidad, símbolo de bien y de esperanza de todos los proletarios del mundo... Tiempo es ya que inauguraremos el kindergarten del partido socialista en Bolivia para demostrar ante nuestros vecinos el grado de adelanto moral e intelectual al que hemos llegado los obreros dei altiplano...”²⁷.

27 Angel C. González, “NUEVAS ORIENTACIONES” en “LA RAZON”, La Paz, 13 de junio de 1919.

Pese a todo, existía un indiscutible atraso en los obreros bolivianos si se toma en cuenta que la revolución rusa de 1917 sacudió profundamente a las corrientes socialistas del mundo entero. Nadie se atrevía a hablar de la dictadura del proletariado, por ejemplo.

Es posible descubrir una gran línea que va desde el socialismo difuso hacia la afirmación de la influencia marxista en los medios obreros, evolución que se opera teniendo como base dos fenómenos: la propia experiencia de los trabajadores en la lucha diaria, inclusive la realizada en tiendas extrañas, y la creciente presión ejercitada por las corrientes socialistas internacionales.

La Federación Obrera Internacional conoció épocas de aflojamiento organizativo y se reorganizó en julio de 1918 bajo la denominación de Federación Obrera del Trabajo. Esta nueva central sindical cobijó en su seno a los primeros núcleos que se movían alrededor de la Internacional Comunista, junto a agrupaciones anarquistas, socialdemócratas e inclusive a gentes mucho más moderadas. La Federación Obrera del Trabajo de la primera época llegó a afiliarse a la Federación Sindical de Amsterdam, la rama laboral de la socialdemocracia.

Es la primera vez que se intenta agrupar nacionalmente a las organizaciones sindicales de los distritos mineros. Por lo menos en el papel, existía una Federación Minera, cuya influencia se decía que alcanzaba hasta la región de Catavi-Siglo XX. Un poco más tarde, los anarquistas lograron oponer a la FOT marxista su propia organización: La Federación Obrera Local de La Paz.

Se puede decir que el sindicalismo seguía siendo artesanal. por su organización y por sus ideas; era perceptible el divorcio entre las organizaciones sindicales que tan dificultosamente se movían en las ciudades y las de los centros mineros que mostraban sus propias características. Estas últimas adquirieron más fácilmente los rasgos de organismos de resistencia y el socialismo que cobijaban era mucho más radical. La propaganda de la Internacional Sindical Roja fue ampliamente difundida en las minas y encontró rápido eco. Si los sindicatos mineros no pudieron efectivamente entroncarse en las centrales artesanales fue porque era evidente el choque entre su naturaleza y orientación con los débiles núcleos artesanales. Desde ese momento quedó planteado el problema de la reorganización sindical alrededor de su eje minero, que ese era el camino de su proletarización.

La existencia de organizaciones sindicales independientes del poder central y su constante desarrollo, tal era el panorama en Bolivia, plantearon. la necesidad de su centralización. Tanto la Federación Obrera como la FOT paceñas, en los momentos de su mayor auge, actuaron como centrales nacionales.

Los trabajadores, en su empeño de ofrecer una eficaz resistencia a los patronos, no tienen más remedio que descubrir los mejores medios para coordinar sus movimientos. Muchos fueron los intentos que se hicieron en el empeño de reunir nacionalmente a los trabajadores.

Primeros congresos obreros

En 1921, bajo los auspicios de la Federación de Ferroviarios, se reunió en Oruro el primer Congreso Obrero Nacional. No hubieron resoluciones trascendentales y tampoco se pudo constituir una central.

El segundo congreso tuvo lugar en La Paz el año 1925. Su preparación estuvo a cargo del marxista Centro Obrero de Estudios Sociales, lo que explica la gran influencia que tuvo esta organización marxista y en los debates y en las resoluciones el socialismo científico. Abiertamente se declaró la vigencia del internacionalismo proletario; se aprobó la normalización de relaciones con las Internacionales Obreras de Berlín, Amsterdam y Moscú. En ese momento era ya una de las preocupaciones fundamentales del obrerismo la solución del agudo problema agrario.

El Tercer Congreso Obrero Nacional se efectuó en Oruro en 1927. Fue, ni duda cabe, una de las reuniones obreras nacionales más importantes de la pre-guerra chaqueña. Se lanzó la consigna de "¡Tierras al indio minas al Estado!", que tendrá vigencia y valor agitativo hasta 1952, época en la que la estatización se concretizó en el slogan de "¡Ocupación de Minas!", esto como, síntesis de la evolución de todo el pensamiento socialista. Tristán Marof ha reclamado para sí la paternidad de tal voz de orden y es muy difícil establecer la verdad al respecto. Su pronta popularización demuestra que, aunque de manera confusa, ya flotaba en el ambiente. Organizativamente se dio un salto adelante al constituir la Confederación Nacional del Trabajo, que no tardará en afiliarse a la Internacional Sindical Roja (Tercera Internacional). El documento político central, cuya filiación marxista es indiscutible, señalaba que "la lucha esencial proletaria es la de destruir todo sistema económico burgués". A pesar de su radicalismo, confiaba en una posible liberación de los explotados a través de las transformaciones graduales en el campo de la legislación social. Los oradores hablaron de la revolución como de algo muy lejano y en este terreno no hubieron fórmulas concretas. Con todo, se trata de uno de los antecedentes lejanos de la Tesis de Pulacayo.

La Confederación Nacional del Trabajo no funcionó, pese al apoyo que le prestaba la Internacional Sindical Roja. Este hecho es por demás sugestivo, pues demuestra que las organizaciones sindicales artesanales no habían llegado al suficiente grado de madurez para dar aliento a la existencia de una central nacional. Una conferencia realizada en Potosí y que tuvo a su cargo el reajuste interno de la Confederación, tampoco pudo darle vida.

Estos esfuerzos por unificar a los explotados bolivianos e imprimir organicidad a sus movimientos, concluyen en el cuarto Congreso de Oruro (1930). Mientras tanto, los anarquistas habían ganado mucho terreno en el campo sindical; utilizando como eje de sus operaciones a la Federación Obrera del Trabajo de Oruro, lograron controlar el congreso y arrinconar a los marxistas. Estos últimos abandonaron las deliberaciones y así quedó fracturado el movimiento obrero, hasta que finalmente, al iniciarse la guerra del Chaco fueron oficialmente suspendidas las actividades sindicales.

Entre los acuerdos adoptados por el cuarto Congreso se encontraban algunos de clara filiación anti-imperialista. Una de las resoluciones se refiere a la necesidad de transforme, toda guerra internacional de inspiración capitalista en guerra civil,

esta última dirigida contra la clase dominante. El derrotismo revolucionario de los bolcheviques conoció en Bolivia su versión anarquista.

Desde el punto de vista organizativo, la decisión de poner en pie una central nacional constituye el punto más elevado de todo este período. La fractura operada en el Cuarto Congreso fue resultado de la clarificación ideológica que tuvo lugar en las filas sindicales y que tendía a superar la tremenda confusión que imperaba en las filas obreras.

El movimiento socialista

Las corrientes socialistas no aparecieron de manera espontánea en el seno del movimiento obrero y ciertamente que tampoco pueden hacerlo. El socialismo es una corriente internacional y resulta absurdo hablar de uno estrictamente nacional y aislado del resto del mundo. Las ideas revolucionarias llegaron al movimiento obrero boliviano siguiendo los canales más diversos; podemos citar la universidad y los intelectuales entroncados en la clase dominante, por ejemplo.

Durante el siglo XIX, los dueños del poder hablaron del peligro de que las masas consumasen la revolución social por sí mismas y lo denominaron "peligro comunista". Los conservadores repudiaron todo lo que pudiese significar una irrupción independiente de los explotados en el escenario político, que a ellos se les antojaba el caos mismo. Habiendo observado horrorizados y censurado las conmociones sociales que tuvieron lugar en Europa, particularmente la Comuna de París (1871), trasladaron mecánicamente sus conclusiones a la política boliviana. Mariano Ricardo Terrazas y Mariano Baptista escribieron muchas páginas sombrías para denunciar las atrocidades de los comuneros, para ellos esto era el comunismo. El libro de Terrazas lleva el título de "El sitio de París". Aniceto Arce, desde el poder, amenazó a la clase dominante con el espectro de una posible sublevación de los harapientos.

La actitud de los liberales fue diferente. Como quiera que ellos se consideraban portadores de la ciencia y de la libertad de pensamiento, y, además, se encontraban en constante rebelión contra la aristocracia terrateniente, se esmeraron en tomar en apoyo de su actitud rebelde las ideas sociales que imperaban en el mundo entero. Muchos profesores universitarios liberales (es notable el caso de Samuel Oropeza) citaban y comentaban a los anarquistas, particularmente a Proudhon. Esto es explicable: el anarquismo no es más que una postura ultraizquierdista del liberalismo. Pero, también gracias a ellos se difundieron algunas de las ideas de Marx y de Engels. La izquierda liberal teorizó acerca del derecho a la rebelión y es notable el estudio que al respecto hizo Julio A. Méndez. Como se ve, las ideas socialistas recorrieron caminos insospechados para poder llegar hasta los explotados.

En los comienzos del siglo XX, los jóvenes burgueses que desarrollaron posiciones opositoras al Partido Liberal, sin dejar por esto de ser liberales ellos mismos, se convirtieron en propagandistas de ideas socialistas por demás sumarias y abstractas. En la época se publicaba en España la Biblioteca Roja, con más títulos anarquistas que

marxistas, y sus volúmenes circularon profusamente entre los estudiantes ansiosos de encontrar respaldo a su postura de repudio a la frustración del liberalismo en el poder ²⁸.

En 1904, cuando apenas las organizaciones obreras pugnaban por ponerse en pie, un grupo de jóvenes liberales organizó la "Sociedad Agustín Aspiazú", habiendo sido uno de sus grandes animadores el líder radical peruano Miguel Lino Urquieta, que había llegado a Bolivia huyendo de la persecución de que era víctima en su país. Entre los miembros de esta Sociedad se destacaban Tomás Manual Elío, Monje Gutiérrez, Constantino Aliaga, Alfredo Mariaca, Miguel Segaline, Belisario Díaz Romero; este último tuvo gran influencia sobre el movimiento socialista y también sobre los obreros bolivianos, era un furioso anticlerical y recurrió a la ciencia para respaldar sus ideas de avanzada. Los jóvenes de la "Sociedad Agustín Aspiazú" se llamaban a sí mismos radical-socialistas y en sus escritos aparecían entremezcladas las ideas de Marx con las de Proudhon. Propagandistas y polemistas por excelencia, abrieron las columnas de su "Hoja de Propaganda" a todos los espíritus inquietos de la época. En la colección de esa interesante revistilla encontramos artículos hasta de Alcides Arguedas, que apenas si disimulaba su discrepancia con los amigos que se atrevieron a estampar en uno de los números de su vocero la clásica consigna marxista de "Proletarios de todos los países unidos". El órgano publicitario de la Sociedad revela en un subtítulo su propósito de ser "Lectura para el pueblo"; sin embargo, las ideas renovadoras transmitidas en letras de molde sólo llegaban hasta los sectores intelectualizados, el pueblo conoció las nuevas inquietudes cuando los propagandistas ganaron las calles para decir su verdad.

En los estatutos de la "Sociedad Aspiazú" se indica que su finalidad era la de realizar propaganda radical-socialista y la de dedicarse al "estudio de la nación boliviana en sus elementos de población, historia, riqueza y territorio".

Este es el antecedente más lejano que se tiene de un grupo dedicado a difundir las ideas socialistas. En Potosí, probablemente por la última época o un poco después, funcionó un núcleo conformado por obreros y estudiantes de orientación también socialista. Si no estamos equivocado, se llamaba "Defensa Obrera" y ha desaparecido sin dejar la menor huella escrita. Sólo conocemos algunas de las actividades de uno de sus componentes, el universitario Abastoflor, que desde el seno de las primeras reuniones estudiantiles (1908-1909) cuestionó la legitimidad de la propiedad privada.

La difusión de las ideas socialistas por los jóvenes de raíz liberal y por los universitarios permitió que aquellas prendiesen en los medios obreros más avanzados, que, repetimos, seguían emergiendo del taller artesanal. Simultáneamente y siguiendo

²⁸ Existe un ejemplar de "EL CAPITAL" de C. Marx en inglés y, por la fecha colocada bajo la firma de Héctor Borda, que aparece en tres partes, se comprueba que fue adquirido en 1911. Se trata de la importante traducción de la tercera edición alemana hecha por Samuel Moore y Edward Aveling y editada en 1909 por William Glaiser, Limited de Londres. El tomo es de 800 páginas y de 14 x 22,5 cm. XXXI páginas de prefacios del autor.

H. Borda, de la misma manera que su hermano Arturo, fueron animadores de las organizaciones ferroviarias, cuyos documentos ostentaron rasgos acentuadamente marxistas.

Este curioso ejemplar no muestra en sus páginas ninguna huella que denuncie que hubiesen sido estudiadas con atención. Acaso su poseedor se limitó a picotearlas; esto es una simple suposición.

las rutas más insospechadas, se filtraban en el país esas mismas ideas, que tan generosamente circulaban en el exterior.

Los pasos que se dieron en el camino de la independencia de clase condujeron a la vanguardia obrera a dotarse de una dirección socialista, que fuese palanca impulsora de los trabajos propiamente sindicalistas y también de los políticos. Hemos visto que la Federación Obrera Internacional proclamó la necesidad de estructurar el partido socialista; era tarea premiosa del momento encontrar los canales que permitiesen materializar esta idea.

No hay por qué extrañarse que en 1914 hubiese sido organizado en La Paz el "Centro Obrero de Estudios Sociales", habiendo sido uno de sus más activos animadores el líder obrero Ricardo Perales, que era sastre y abogado al mismo tiempo, denunciando así la tendencia de los jóvenes artesanos por intelectualizarse.

El "Centro Obrero de Estudios Sociales" fue remarcable, precisamente, por estar constituido por obreros. En su seno se agruparon y se formaron los líderes sindicales y políticos que ocuparán el escenario político-sindical durante mucho tiempo. Se llamaban abiertamente socialistas y se movían bajo la influencia de la socialdemocracia y de los partidos socialistas tan poderosos como el argentino. Alfredo Palacios y José Ingenieros apasionaron a los jóvenes estudiantes y obreros.

El "Centro Obrero de Estudios Sociales", que siguiendo la tradición anarquista montó su propio grupo de teatro llamado Rosa Luxemburgo, se dedicó a organizar sindicatos y federaciones a lo largo del país y también a poner en pie a los partidos socialistas.

Las universidades populares jugaron un papel de relativa importancia en la difusión del socialismo. La primera fue puesta en pie en 1910 por la Sociedad de Obreros "El Porvenir", pero entonces sirvió de tribuna a los liberales. La FOI se propuso sin éxito estructurar una universidad obrera. En 1924 y bajo la dirección de Augusto Vareta, la Sociedad "El Porvenir" reorganizó la universidad popular, que se movió bajo la inspiración de los izquierdistas.

Las publicaciones de propaganda socialista menudearon, pero ninguna fue tan importante como "Bandera Roja" cuya existencia cubrió todo el año 1926. En este semanario se concentraron los obreros y los intelectuales que actuaban bajo la influencia de la Internacional Comunista.

La gran línea que siguieron todas estas organizaciones se desplazó desde el socialismo difuso, lleno de confusión y marcadamente anarcoide, hacia la aclamación de las posiciones bolcheviques, pasando por un breve período de predominio de la socialdemocracia y de discrepancias francas con el anarquismo.

El primer partido socialista del que se tiene noticia es el organizado en 1914 bajo la indiscutible y directa influencia de la Federación Obrera Internacional y como producto de toda la prédica desarrollada desde la época del Centro Agustín Aspiazú. Su existencia, aunque no hubiese podido penetrar profundamente en el seno de las masas, es importante porque demuestra que la constitución de un partido obrero era ya una de las ideas dominantes en ese momento.

Los postulados de este partido primerizo no pudieron menos que aparecer correo extremadamente imprecisos y moderados. Se planteó la necesidad de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros dentro de las normas democráticas; de lograr la sanción de leyes sociales protectoras. Algunas ideas atrevidas encontraron su contrapeso en otras acentuadamente tibias. En el documento programático del Partido Socialista se hablaba, por una parte, de "la socialización de todos los medios de producción", que bien puede ser considerada como un objetivo máximo, y, por otra, de la urgencia de lograr la armonía entre el capital y el trabajo. En lo que se refiere a los métodos de lucha se dijo que serían preferentemente los pacíficos, sin excluir el parlamentario, y que únicamente en casos extremos (aunque nada se dice acerca de cuáles serían éstos) se recurriría a "la energía y a la huelga".

Como tantas veces volverá a repetirse en el futuro, nuestros socialistas se mostraban radicales y comunistas tratándose de la aplicación de la doctrina revolucionaria a otros países altamente industrializados; pero, en Bolivia -que la consideraban inmadura para poder dar el salto hacia la nueva sociedad- aparecían como reformadores moderados y confiados en que la paciente y larga evolución y la incansable prédica concluirían llevando a la sociedad comunista.

Los socialistas que se organizaron en 1914 tenían como a una de sus metas más deseadas el llegar al parlamento, para desde allí cumplir su programa de amparo "legal" a los trabajadores. La liberación de los explotados era considerada como la consecuencia del constante mejoramiento del ordenamiento jurídico y no de la revolución social, de la que en ningún momento llegaron a hablar. La actuación del Partido Socialista argentino, que fue el primero de su especie que envió al Legislativo a un diputado, aparecía como un modelo de dimensiones internacionales. Efectivamente, los socialistas bolivianos intervinieron una y otra vez en las justas electorales. Hay que advertir que los líderes obreros ya habían ganado bancas parlamentarias durante su militancia en el Partido Liberal. Con todo, los trabajadores no tenían aún la suficiente experiencia, ni menos la debida educación política, para poder comprender que la vía parlamentaria no conduce a su liberación. El Partido Socialista boliviano no llegó a contraponer la acción directa de masas, el método propio del asalariado, al parlamentarismo, ideado por la burguesía para efectivizar su dictadura y dominio sobre la sociedad.

Al promediar el año 1919 tuvo lugar una activísima campaña destinada a poner en pie partidos socialistas, bajo la influencia del Centro Obrero de Estudios Sociales y muy particularmente de la prédica que desarrollaba Emilio Recabarren en Chile. Que sepamos, fue en Oruro donde primero la propaganda se trocó en organización. El flamante partido, entre cuyos organizadores se encontraba Ricardo Perales, intervino en las elecciones municipales de 1919. Sus escritos y sus actuaciones tenían como finalidad diferenciarse políticamente de los partidos políticos de la clase dominante, sobre todo del republicano, que había logrado arrastrar detrás de sí a parte considerable de los trabajadores.

Estos socialistas no tenían una idea muy clara de la lucha de clases, nos referimos al lugar ocupado en ella por el proletariado, y la reducían al enfrentamiento entre "pobres y ricos". Seguían siendo reformistas, esto cuando sus iguales de otras latitudes se radicalizaban bajo el influjo de la revolución rusa. Su parlamentarismo estaba fuera de toda duda. Dedicaron mucha energía a la lucha por mejores y más escuelas.

El 22 de septiembre de 1920 se organizó en La Paz el Partido Obrero Socialista, el primero de su serie y que más tarde será seguido por otros similares de Potosí, Uyuni, Cochabamba, Oruro. Esta vez aparece inconfundible la tutela del líder revolucionario chileno Emilio Recabarren, que desde Iquique difundía su periódico y que llegó a circular en los medios obreros bolivianos. Este hecho fue decisivo porque Recabarren, que condujo a sus parciales hacia la Internacional Comunista, presionaba para que se radicalizasen más y más. Toda una generación de dirigentes obreros se formaron alrededor de este caudillo indiscutido.

No deja de ser sugerente que los socialistas paceños hubiesen utilizado el periódico radical "Hombre Libre" para realizar su propaganda, lo que viene a probar que nuestros socialistas venían del radicalismo, una de las ramas del liberalismo.

Los numerosos Partidos Obreros Socialistas no lograron ir más allá del reformismo, aunque muchos elementos que se formaron y militaron en sus filas se orientarán más tarde hacia las posiciones sustentadas por la Internacional Comunista, particularmente cuando ésta atravesaba su tercer período.

El programa mínimo (la socialdemocracia tenía un programa mínimo y otro máximo), adoptado en Oruro en 1920, contenía reivindicaciones como las siguientes:

Separación de la Iglesia y del Estado, planteamiento típicamente liberal; representación proporcional de las minorías en el parlamento; política tributaria proteccionista en favor de la industria nacional; abolición de la pena de muerte; igualdad civil para ambos sexos y en favor de los hijos legítimos e ilegítimos; jornada de trabajo de ocho horas, contrato de trabajo comprendiendo los derechos obreros, salario mínimo, derecho de huelga; protección de los indígenas y de las comunidades; escuelas rurales y para obreros, etc.

El Partido Obrero Socialista de La Paz fue el único que ofreció a los trabajadores un programa político en la plena acepción del término y que fue aprobado en octubre de 1920. De su texto se desprende que sus redactores fueron el utopista Gerardo F. Ramírez y los dirigentes obreros de origen artesanal José Ordóñez y Augusto Varela. Sus consideraciones generales lindan en el utopismo y la abstracción: "El socialismo es una doctrina universal... que tiende a organizar un nuevo régimen social que permita a la humanidad entera una vida de amor, de belleza, de armonía..., en suma de felicidad". Su punto de partida es un silogismo lindante con el idealismo y no el análisis de la estructura económica de la sociedad: "Primero, la humanidad es un conjunto de individuos, el individuo es sociable y perfectible, luego aquella puede ser perfecta; segundo, la humanidad es parte integrante de la naturaleza, ésta en sí es sabia, es bella y perfecta, luego la humanidad puede estar en armonía con aquella". La razón fue colocada en la base de toda la transformación de la sociedad y se confiaba que una campaña universal de los principios del socialismo permitiría su victoria. Este programa reformista reproduce gran parte de la plataforma mínima que hemos citado más arriba, además de otros enunciados de la misma naturaleza: Igualdad y garantía a los ciudadanos nacionales y extranjeros; libertad para las organizaciones sociales y políticas del proletariado en general y adopción del sistema federativo en las entidades administrativas, políticas, industriales, etc. reforma de la Constitución Política y establecimiento del sistema parlamentario funcional; abolición del estado de sitio; pureza electoral, voto absolutamente libre, secreto y universal, reconociendo también este derecho a la mujer; establecimiento del

registro civil; adjudicación del niño al Estado durante el período de la instrucción primaria, corriendo a cargo de éste la alimentación, indumentaria y alojamiento; abolición del pongueaje, del colonato indígena y adopción del salario mínimo en las faenas agrícolas; prohibición del trabajo para niños de quince años y niñas de dieciocho; descanso pre y postnatal; nacionalización de las tierras, bosques, medios de transporte, caídas naturales de agua para energía motriz y minas en general; participación del obrero en las utilidades de la empresa; impuesto progresivo sobre las utilidades de comerciantes e industriales; creación del ahorro obligatorio para obreros y empleados, deduciendo un monto fijo de su salario.

La proliferación y creciente actividad de los partidos obreros socialistas permitió que se plantease en los hechos su unidad. Hubo una reunión en Oruro el año 1921, en la que los representantes de los diferentes partidos obreros acordaron crear una sola entidad socialista y extender la propaganda y organización a todo el país. Sin embargo, todo quedó como un simple proyecto.

Para tener una idea de las limitaciones del movimiento socialista de la época suficiente recordar que sus líderes se identificaron totalmente, en 1919, con Alfredo Palacios, a quien llamaron el "Heraldo del surgimiento del proletariado internacional", esto con ocasión de su visita a Oruro. En 1921 la prensa izquierdista difundió el mensaje de Henry Barbusse y de Anatole France, titulado "A los intelectuales y estudiantes de la América Latina", lleno de lugares comunes sobre el pacifismo pequeño-burgués y alejado del todo del marxismo.

Para entonces, el movimiento obrero boliviano mantenía relaciones con su similar de otros países. En 1919 la Federación Obrera de Chile envió un mensaje a las organizaciones obreras bolivianas, incitándolas a formar un solo bloque.

Adolfo Flores, que habla hecho sus primeras armas en el Partido Socialista argentino, puso en pie, con la cooperación de José Pereda, a un partido socialista en Santa Cruz, esto al finalizar la segunda década del siglo XX. Se trataba de una agrupación política, que hablaba a nombre de los obreros y que era tan reformista o más que los partidos socialistas que hemos mencionado.

(Adolfo Flores, médico y político, fue ministro de Gobierno y de Fomento del gobierno de Bautista Saavedra, participó en las emergencias de la masacre de mineros de Uncía de 1923. En 1919 publicó "El socialismo cruceño", un volumen de la "Biblioteca del obrero cruceño". "Diccionario...").

En 1927, fue reestructurado el movimiento socialista en La Paz y apareció un Partido Obrero, sin que hubiese logrado plasmar sus ideas en un programa. Fue dominado y estrangulado por preocupaciones electoreras; pretendió oponer una posición proletaria a la actividad parlamentaria de los partidos de la clase dominante.

Los líderes obreros buscaron llegar al legislativo una y otra vez, el diputado ferroviario Soruco actuó en las cámaras, aunque no se presentó abiertamente como socialista. Enrique G. Loza, un discípulo de Recabarren, llegó a ser elegido diputado por Porco, pero sus credenciales fueron tachadas y no logró ingresar al parlamento.

También en 1917, en vísperas de una campaña electoral, apareció el Partido Laborista, detrás de cuyo reformismo comenzaron a actuar los elementos que se identificaron con el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Estos elementos se limitaron a agazaparse dentro de dicha organización, no desarrollaron una sistemática campaña destinada a imponer ideas bolcheviques al partido y se conformaron con copiar los símbolos exteriores que diferenciaban a las publicaciones de dicho Secretariado.

La Internacional Comunista había comenzado a prestar atención a Bolivia, que mostraba un enorme atraso con relación a los trabajos que ya tenía implantados en otros países latinoamericanos. Algunos dirigentes que actuaban en el Centro Obrero de Estudios Sociales y en determinados partidos socialistas, concluyeron identificándose con el comunismo, ellas pugnaron por superar el reformismo socialdemócrata que venía distinguiendo a los partidos obreros y se esforzaron por eliminar toda huella anarquista de los programas y plataformas de dichas organizaciones.

En junio de 1929 se realizó, en Buenos Aires, la Conferencia de los Partidos Comunistas Latinoamericanos, a la que asistieron delegados bolivianos. Esta reunión tuvo lugar inmediatamente después del Sexto Congreso de la Internacional Comunista, es decir, en pleno tercer período; lo que explica que en Bolivia y en otras latitudes rezagadas se hablase de la posibilidad de una inmediata revolución y del establecimiento del gobierno obrero-campesino, moderno rótulo puesto a la vieja fórmula leninista de la dictadura democrática revolucionaria de obreros y campesinos.

En dicha Conferencia fue analizada la táctica seguida por los comunistas bolivianos de permanecer inmersos en el Partido Laborista. La reunión mostró su desacuerdo con tal actitud y conminó a sus parciales a poner en pie de manera inmediata un partido comunista. El Secretariado acentuó su propaganda en el país altiplánico, envió con frecuencia sus "Cartas al Proletariado" y a los indios bolivianos, pues en ese momento la Internacional estaba muy preocupada de libertar a las naciones oprimidas, que así eran considerados los campesinos quechuas y aymaras.

Tal es el origen de la constitución de lo que ha dado en llamarse Partido Comunista "clandestino", que no tuvo tiempo ni posibilidades para traducir en conclusiones programáticas sus análisis sobre la realidad y el posible desarrollo de la sociedad boliviana. Sin embargo, es importante este partido porque en él comenzaron a formarse los líderes obreros y políticos que estructurarán el movimiento revolucionario de la post-guerra chaqueña. Lo llamamos clandestino porque no logró tener una actuación pública y preocupado como estaba de no ser detectado en sus movimientos no alcanzó a enraizarse en las masas; no pudo sobrevivir a la guerra. Hay indicios de que el propio José Aguirre G., mantuvo contactos con este Partido Comunista o caso llegó a militar en él.

Entre 1928 y 1929 irrumpe en el escenario el Partido Socialista Revolucionario, una de las expresiones más maduras del movimiento político de izquierda durante este período. Llamó a los explotados a formar un frente único contra la dictadura de Hernando Siles. Un largo manifiesto le sirvió de programa y en él se hace un serio esfuerzo por descubrir las características diferenciales del país. Es la primera vez que un partido obrero se preocupa por basar su política en una caracterización económico-social del país. Siguiendo las líneas maestras difundidas por la Internacional Comunista creía que Bolivia era un país precapitalista, aunque otorgaba al

proletariado, particularmente a los mineros, un lugar de primera importancia en el proceso revolucionario. Este partido también lanzó la consigna estratégica de gobierno obrero campesino, ciertamente en la acepción que le daba la Internacional Comunista.

El Partido Socialista Revolucionario no volvió a actuar en la post-guerra, sus militantes fueron a engrosar filas de otros partidos de izquierda.

El socialismo "universitario"

En la formación de la clase obrera y en el desarrollo del socialismo tuvo mucha influencia la reforma universitaria; a través de ella actuaron sobre el sindicalismo y los partidos políticos, las clases extremas de la sociedad. La reforma debe considerarse como la lucha entablada entre la burguesía y el proletariado por arrastrar detrás de sí a la inteligencia pequeño-burguesa.

Inclusive los tres primeros congresos universitarios que se realizaron bajo la protección del liberalismo en el poder sirvieron de canales por los que llegó el ideario socialista hasta limitadas capas de las masas.

Ni duda cabe que fue la mal llamada Primera Convención de Estudiantes de 1928 (Cochabamba) la que orientó a los universitarios hacia el encuentro del movimiento obrero. Los promotores de dicha reunión eran marxistas confesos y tomaron para sí la tarea de impulsar la organización de los sindicatos y de insuflar ideas revolucionarias en ellos.

Durante la pre-guerra chaqueña, la reforma universitaria osciló entre el movimiento obrero y las posiciones desarrolladas por la avanzada burguesa, que ya se delineaba como seguidora del nacionalismo.

El socialismo que recorrió las aulas universitarias antes de llegar hasta el proletariado fue particular: impregnado de fuertes rasgos academicistas en un país fuertemente marcado por la incultura, expresión de su atraso, se trataba de un marxismo repetitivo, que confundía el catálogo de las consignas elaboradas a priori con el método del materialismo histórico.

Ese socialismo libresco y discursivo, estaba destinado a ser memorizado y no a ser comprendido y menos utilizado como instrumento transformador, era la expresión de una teoría momificada, incapaz de trocar a los obreros en clase consciente y tampoco de permitir a los partidos socialistas elaborar un programa revolucionario, esto por ser incapaz de comprender adecuadamente la realidad y de expresar los intereses históricos del proletariado. Se tuvo que pagar muy caro las taras de la enseñanza en general y particularmente de la universitaria.

El marxismo "universitario" cumplió una limitada labor propagandística, pero bien pronto se convirtió en obstáculo serio para el rápido desenvolvimiento de la conciencia de clase y para la férrea estructuración de un partido revolucionario basado en claras ideas programáticas. Los intelectuales, actuando como mentores y guías de las masas, esterilizaron la doctrina revolucionaria del proletariado, por esto que ésta no pudo ir más, allá del estrecho reformismo de la social democracia o de la

teoría contrarrevolucionaria del stalinismo, que entonces se movía bajo la cubierta de una ocasional postura extremista y aventurera. Los ideólogos actuaron, en cierto momento, como los peores adversarios del desarrollo de la conciencia clasista y del programa revolucionario. Contrariamente a lo que se sostiene, el movimiento de la reforma universitaria llegó a obstaculizar el proceso de formación de la clase, fenómeno que, a su turno, actuó negativamente sobre el desarrollo del movimiento de la reforma.

Únicamente el marxismo, considerado como teoría que se enriquece con los logros que emergen de la práctica cotidiana de los explotados, puede vitalizar a la reforma universitaria, permitirle superar el estrecho marco del reformismo burgués y proyectarse revolucionariamente hacia el socialismo. Para que esto sea posible es necesario que la clase obrera, luchando políticamente, reaccione sobre la universidad y la transforme, de manera que ésta pueda alinearse dentro de la perspectiva revolucionaria. Dicha tarea trascendental no pueden cumplirla los universitarios por sí solos, por la sencilla razón de que no encarnan las fuerzas productivas revolucionarias y menos pueden acabar con un régimen social basado en la propiedad privada; les falta todavía alinearse detrás de la dirección proletaria. Acontecimientos posteriores demostrarán que los logros más importantes alcanzados dentro del movimiento de la reforma universitaria han sido obra de una clase obrera altamente politizada.

Conciencia de clase y partido político

La conciencia de clase consiste en que el proletariado conoce cual es su misión histórica (destruir a la sociedad capitalista y a su Estado, instaurar la dictadura del proletariado y el socialismo), que emerge del desarrollo objetivo de la sociedad, es decir, de las fuerzas productivas; que sabe en qué forma es explotado y por qué caminos puede libertarse. El marxismo cuando habla del proletariado se refiere a la clase consciente -clase para sí-, organizada en partido político y a éste enunciando los intereses generales clasistas, protagonizando las luchas de clases, que son esencialmente políticas.

La conciencia de clase se expresa en la teoría revolucionaria y tratándose del partido obrero como programa político. La teoría revolucionaria, el marxismo, es una ciencia y, por esta razón, el partido permite la fusión de ésta con la clase obrera.

Los trabajadores por sí solos y gracias a su actuación inmediata, no pueden elevarse hasta la conciencia revolucionaria, de su seno no brota espontáneamente la teoría revolucionaria; ésta es llevada al interior de la clase por el partido. El inmediatismo es espontaneismo, es decir, todo lo contrario de la doctrina socialista. La experiencia boliviana enseña que el socialismo no solamente vino de fuera de la clase, sino que ni siquiera surgió dentro de las fronteras nacionales, se proyectó desde el exterior y esto gracias a que el país atrasado es parte de la economía capitalista mundial. El inmediatismo es una postura contra-revolucionaria porque conspira contra el avance de la conciencia clasista.

El socialismo científico se concretiza como programa en el plano de la acción política, que es transformadora de la realidad social. El método marxista permite que la práctica revolucionaria, la actuación sobre la realidad social para transformarla, se realice conforme a las leyes de la historia y de una manera consciente, lo que puede permitir que se efectivicen con un ahorro de tiempo y de energías. La conciencia de clase, requisito para que exista la clase como tal y, consiguientemente, para que pueda materializarse la revolución social, tiene su expresión concentrada en la teoría, en el programa del partido revolucionario. El marxismo no es una especulación puramente intelectual, es la expresión teórica de las leyes de la historia, es decir, la expresión consciente de lo que es ya instinto en el proletariado. De aquí se deduce que el programa es el partido, al menos potencialmente. En el campo de la política no se puede actuar al margen de la enunciación de las finalidades estratégicas, que son éstas las que diferencian al programa y condicionan los movimientos tácticos.

Sin embargo de todo esto, hace falta todavía que la idea (programa) se apodere de las masas y se trueque en fuerza material; a fin de que puedan cumplirse las leyes de la transformación social. El programa define al partido y señala sus límites organizativos. pero por sí solo no puede realizar la revolución social. Será preciso que el programa se convierta en la pieza maestra de la transformación de la clase en sí en clase para sí y actúe como tal, que al soldarse con la masa devenga la expresión de su conciencia. Si el proletariado se realiza al disolverse en la sociedad toda, este proceso debe trocarse de deducción teórica en práctica revolucionaria.

El partido elabora el programa, es decir, se apropia del marxismo y lo enriquece, pero no puede detenerse ahí, pues esto significaría la enunciación simple de una serie de abstracciones. El trabajo teórico cobra sentido si sirve de preparación para la debida consumación de la práctica revolucionaria. El partido al actuar sobre la realidad para transformarla, se transforma a sí mismo.

La vanguardia política, a fin de realizarse, tiene que fusionar a la clase con el programa. Si la clase consciente es aquella organizada en partido; este proceso de organización es al mismo tiempo un proceso de maduración política, de evolución de la conciencia de los explotados, de necesaria diferenciación con las otras clases sociales.

El partido lleva el programa, elemento fundamental para la evolución de la conciencia, al seno de las masas y, de esta manera, realiza la gigantesca tarea de transformarlas cualitativamente, de permitirles superar las explosiones instintivas, las acciones puramente económicas, en una palabra, el inmediatismo, para que puedan, en fin, realizar una actividad política, levantarse como clase contra toda la clase dominante, representada por "su" Estado, el administrador de sus intereses generales.

El partido mientras no penetra en las masas es únicamente una propuesta organizativa, un empeño no realizado de ser el instrumento de materialización del programa. La penetración en las masas es para el partido la práctica revolucionaria buscando transformar a aquellas. Así se integra en la lucha de clases, vive sus vicisitudes y se fortalece en el caldero de esa permanente batalla. No existe ningún otro camino para que el partido llegue a ser la expresión de la vanguardia de la clase, es decir, de la conciencia de las masas. Este proceso de transformación de los explotados y de propia afirmación partidista, como estado mayor de las fuerzas revolucionarias, exige un continuo reajuste del programa, que siempre es un pronóstico acerca del

desarrollo de la sociedad, a la luz de la experiencia histórica. El partido transforma a las masas y en medio de esta actividad se consolida, se eleva y se transforma. El partido que dirige a los explotados es la expresión de la conciencia de éstos, pero, al mismo tiempo cumple la irremplazable función de asimilar críticamente la experiencia que nace de la actividad de las masas y de generalizarla, de manera que sea toda la clase la que se apropie de ella; el partido es, pues, la palanca imprescindible para la evolución de la conciencia clasista.

Para que pueda ser concebible el partido revolucionario debe existir la clase social revolucionaria. Cuando ésta aparece en el escenario, su partido es una posibilidad y no puede trocarse mecánicamente en realidad. Desde que existe el proletariado está presente la tendencia hacia su transformación en clase consciente. Pero ambos procesos, conciencia y partido, son superestructurales y tienen sus propias leyes de desarrollo y se efectivizarán más tarde o más temprano de acuerdo a circunstancias muy concretas. Para que aparezca el partido, el programa, y para que pueda soldarse con las masas, es imprescindible que éstas lleguen a cierto grado de experiencia diaria, punto de partida de la madurez política, que pueda permitirles la comprensión de la teoría revolucionaria. Si el programa no es más que la expresión teórica de las transformaciones sociales determinadas por el crecimiento de las fuerzas productivas y de ninguna manera el reflejo del atraso y de los prejuicios de las masas, es evidente que éstas tienen que elevarse hasta el nivel de la enunciación teórica para soldarse con ella. El trabajo de transformación del partido consiste, precisamente, en ayudar a los explotados a lograr esa madurez, vale decir a elevarse hasta el nivel del programa partidista; pero la propaganda más febril no puede sustituir a la experiencia de la clase.

No puede educarse a los explotados enseñándoles a memorizar y repetir generalidades, la politización arranca de la comprensión de la propia experiencia. Por algo el marxismo es la expresión consciente del instinto de clase. El instinto socialista, que eso es el instinto del proletariado, tiene como punto de partida el lugar que éste ocupa en el proceso de la producción, vale decir, cómo produce su vida social. El instinto de clase se exterioriza en la práctica diaria, en la lucha por los objetivos más menudos que tienen relación con las condiciones de vida y de trabajo. Si la estructuración del proletariado como clase quiere decir trocar la actividad instintiva en consciente, la educación de los trabajadores solamente puede partir de su propia experiencia de la comprensión de lo que hacen todos los días con sus manos, comprensión que únicamente puede lograrse con ayuda del método marxista.

La actividad partidista, cuyas facetas organizativas y teóricas (o programáticas) son inseparables, encaminada a elevar a la clase hasta la altura de su programa es también una lenta asimilación de los elementos más destacados de la vanguardia, de su transformación de obreros en revolucionarios profesionales. En esta forma el partido se organiza y se transforma al mismo tiempo que organiza y transforma la clase; proceso que no se da de manera mecánica; las posibilidades que tiene un partido de elevar políticamente a las masas y de organizarse debidamente en el seno de éstas, están dadas por cierto grado de desarrollo de los explotados, por la experiencia que han acumulado en sus luchas en el seno de las organizaciones de la clase enemiga.

Hay una indiscutible inter-relación dialéctica entre partido y masa, entre programa y grado de madurez de los explotados. Ninguno de ellos puede evolucionar separadamente, de una manera mecánica o con ayuda de simples referencias o abstracciones. En definitiva, partido y masa se condicionan mutuamente.

Nivel de la conciencia clasista en este periodo

Si observamos retrospectivamente el período que va desde 1900 hasta la guerra del Chaco, veremos que la clase obrera siguió una línea sinuosa al estructurarse como tal y que este proceso llegó a niveles relativamente poco elevados.

Tenemos que considerar que cuando los trabajadores se encontraban encerrados dentro del estrecho marco de las ideas y organizaciones liberales, solo existían físicamente, carentes de conciencia clasista aunque muchas de sus acciones denuncian que el instinto socialista no estaba del todo ausente.

La existencia del Partido Socialista de 1914 y de los numerosos partidos obreros socialistas demuestran un avance en el camino de la independencia de clase, que podía afirmarse mediante la estructuración no sólo de un partido obrero, considerado tal porque lo organizan los explotados aunque ideológicamente siga siendo burgués, sino de uno revolucionario porque expresa los intereses históricos del proletariado. La independencia de clase es el presupuesto de su conciencia, pero para llegar a ser tal tiene que evolucionar de independencia sindical a independencia y actividad políticas. El primer Partido Socialista y los numerosos partidos obreros socialistas, que en momento alguno alcanzaron el nivel que tuvo el de Recabarren, no llegaron a ser partidos revolucionarios; pero se los puede calificar como obreros simplemente, esto sin riesgo a caer en un equivoco.

Más arriba hemos indicado que tanto el movimiento sindical como el político mostraban fuertes rasgos artesanales, lo que impidió que el marxismo revolucionario llegase hasta las masas; en Bolivia fue reemplazado por una mezcla informe de anarquismo y de reformismo social-demócrata.

La constitución de los partidos obreros acentuó, hasta cierto punto, la tendencia hacia la independencia de clase, que arranca del período liberal; pero la incapacidad que demostraron los socialistas de la época para elaborar un programa auténticamente revolucionario impidió que esa tendencia llegase a grandes alturas, al extremo de traducirse en doctrina revolucionaria, expresión de un elevado nivel de la conciencia clasista. El reformismo de los partidos obreros conspiró activamente en contra de ese proceso.

El movimiento obrero, que en parte permanecía atrapado por las organizaciones de la clase dominante, del liberalismo republicano, por ejemplo, y en parte se agitaba desesperadamente por encontrar su propio camino a través de los partidos socialistas, había madurado únicamente para plantearse cómo tarea impostergable la dictación de medidas legales protectoras del trabajador y para utilizar el parlamento como la forma más elevada de esta lucha, aunque nunca dejó de actuar por los canales de la acción directa. El parlamentarismo constituyó un señuelo enervador de la

potencialidad revolucionaria de los explotados, que maduraron muy dificultosamente en el cuadro explosivo de la acción directa, esto porque carecieron de la palanca impulsora de un partido y de un programa revolucionarios.

La poca experiencia adquirida por los trabajadores no permitió plantear la urgencia de la aparición del partido revolucionario, capaz de caracterizar debidamente, con ayuda del marxismo, la realidad económico-social del país, la mecánica de clases y descubrir los objetivos históricos del proletariado determinados por el desarrollo de las fuerzas ciegas de la historia. Esa limitada experiencia sólo demandó la lucha por las reformas y la construcción de un partido capaz de encauzar y concentrar esa lucha. Era creencia en los medios obreros que a Bolivia le faltaba todavía desarrollarse con plenitud dentro del marco capitalista, las reformas debían conducir a esta finalidad. Toda esta serie de factores entrabaron la posibilidad de aparición de un partido auténticamente revolucionario; es la clase la que no estaba aún a medida para éste:

Teóricamente no puede descartarse que podía haber aparecido un núcleo de intelectuales marxistas, si tomamos en cuenta que desde el seno de la socialdemocracia internacional apuntaban fracciones empeñadas en preservar la naturaleza revolucionaria de la doctrina de Marx y Engels, capaz de dar un pronóstico acerca del desarrollo de Bolivia y del lugar que debía ocupar el proletariado en su transformación. Lo difícil habría sido que ese núcleo logre penetrar en la atrasada clase obrera. Es claro que tal partido habría, desde el seno mismo de las masas, ayudado aunque de manera limitada para que los trabajadores superasen el reformismo. La experiencia cotidiana de éstos, sus victorias y sus derrotas, habría permitido que ese partido ajustase más y más su programa. Bueno, la historia recorrió otros caminos.

Parecería que clase y partido se obstaculizaron mutuamente en su desarrollo. El socialismo se aferraba en hablar por boca de líderes artesanales y universitarios. Hay que puntualizar que -si no olvidamos que el desarrollo de las fuerzas productivas ya plantea la revolución social y la posibilidad de aparición del partido revolucionario- el factor más importante en el retardo del desarrollo de la clase obrera boliviana fue la ausencia del partido revolucionario. ¿Por qué no apareció éste? Ciertamente no porque estuviese ausente el marxismo. Hemos visto que los elementos de esta doctrina llegaron al país por los caminos más diversos.

La influencia marxista internacional no se plasmó entre nosotros en partido revolucionario debido a una serie de factores históricos, particularmente al hecho de que los organizadores de las entidades sindicales y de los partidos obreros eran artesanos y también porque éstos conocieron inicialmente sólo el socialismo "universitario".

Otro de los elementos que frenó la evolución de la conciencia de la clase obrera fue el enorme peso que sobre ella descargó la descomunal confusión ideológica entre anarquismo y socialdemocracia, particularmente; confusión que de alguna manera se siguió proyectando en los años en que cobraron predominio las ideas difundidas por la Internacional Comunista. Los partidos obreros que, repetimos, carecían de un programa revolucionario estaban imposibilitados de superar tal confusión, contrariamente se nutrían de ella.

El propio desarrollo, aunque limitado, del movimiento obrero decretó la caducidad de los primeros partidos socialistas, de la misma manera que los primeros pasos independientes de los trabajadores les obligó a romper con su tegumento burgués, inclusive con sus manifestaciones vergonzantes, como el radicalismo, por ejemplo. Es ese ambiente el que facilita la propagación de las ideas que difundía el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Como los explotados de otras latitudes, los bolivianos estaban seguros que se encontraban nada menos que frente al bolchevismo y los más avanzados de ellos, juntamente con la vanguardia estudiantil, entusiastamente se tornaron comunistas, fueron stalinistas sin saberlo. De esta manera la vanguardia obrera pasó del reformismo al plato recalentado menchevique, lo que importaba salir de la política pro-burguesa para caer en una sofisticada teoría acerca de la legitimidad de un futuro desarrollo capitalista del país.

Todos los desplantes del tercer período y las numerosas purgas encaminadas a leninizar a palos al supuesto partido revolucionario, nada pudieron en el camino de una radical superación del reformismo. Los "comunistas" seguían siendo, en el fondo, partidarios de lograr la sociedad futura por los medios legales y democráticos. Cuando hablaron de la revolución lo hicieron en el sentido de que ésta debía detenerse en los límites burgueses.

Los partidos que decían inspirarse en la Internacional Comunista no lograron en momento alguno la influencia que sobre las masas tuvieron los viejos partidos socialistas, pero no por esto dejaron de actuar como freno en el desarrollo de la conciencia clasista. La excesiva prolongación de la influencia stalinista fue uno de los mayores males que tuvo que soportar la clase obrera.

Cuando los "comunistas" aparecieron agazapados en el seno del Partido Laborista reformista no estaban ejecutando ninguna táctica "entrista"²⁹, estaban moviéndose discretamente en un medio que era el suyo y en el que se habían formado. Se trataba de elementos inmersos en la ya larga tradición de los partidos socialistas y que la transmitieron a las organizaciones que pretendían pasar como estrictamente revolucionarias. El stalinismo radicalizado del tercer período se exteriorizó en Bolivia, como en todas partes, totalmente degenerado.

Dos rasgos diferenciaron y limitaron a los partidos que estuvieron empeñados en traducir en lenguaje boliviano la propaganda de la Internacional Comunista: su concepción de que las fuerzas productivas no habían llegado a madurar lo suficiente, en el marco nacional, para hacer posible la revolución proletaria y que en una revolución democrática la burguesía nacional todavía podía jugar un rol de primera importancia. En el fondo había una falta de comprensión de lo que es la economía mundial, de una unidad actuando, conforme a sus propias leyes, por encima de las fronteras y economías nacionales, y también de lo que significa para un país su incorporación a ella. De los planteamientos hechos por el stalinismo radicalizado se desprende que consideraba que los países atrasados como Bolivia seguían moviéndose al margen de la economía mundial y conforme a las leyes propias de las

29 Penetrar en un partido para realizar un trabajo fraccional alrededor de un determinado programa y luego escisionarlo.

economías nacionales.

Aunque podía leerse en la propaganda "comunista" de la época referencias a la revolución social, no se logró enunciar con claridad la estrategia de la revolución y dictadura proletarias para los países atrasados y menos las tareas que debía cumplir; estas deficiencias no permitieron la estructuración de un programa revolucionario, capaz de impulsar hacia adelante el desarrollo de la conciencia clasista.

Esa propaganda no pudo plasmarse en un poderoso partido, que de haber sido puesto en pie no se habría convertido automáticamente en revolucionaria. Pero, esa propaganda irrumpió vigorosa e inesperadamente con motivo de la guerra del Chaco. Los jóvenes agitadores ganaron las calles y empujaron a los trabajadores a movilizarse contra la guerra; la respuesta dada por los izquierdistas a la situación creada coincidía nada menos que con el derrotismo revolucionario: en caso de guerra inter-imperialista (así calificaron los marxistas a la campaña chaqueña): el mal menor consiste en la derrota del propio gobierno y el deber primero es el de convertir esa guerra internacional en guerra civil.

Seguramente dominó por un breve instante en el campo de la izquierda el derrotismo revolucionario porque estuvo carente un vigoroso partido stalinista. Las consignas puestas en circulación desde Buenos Aires adquirieron una fisonomía puritana. La ola chauvinista concluyó aplastando a los pequeños grupos de propagandistas y agitadores y su prédica pareció haber sido ahogada para siempre; con todo, comprobaremos que esas actitudes tendrán incidencia en el movimiento político futuro. La cuestión era saber quien podría capitalizar tal explosión del radicalismo. La guerra trajo la suspensión de las actividades sindicales y el receso de la actividad política pública, circunstancias que contribuyeron a dar la apariencia de que toda la propaganda socialista había caído en el vacío. La reacción más negra dominó el escenario.

CAPÍTULO III

LA CLASE OBRERA EN EL LAPSO DE 1932 A 1943

a) Referencia económico-política

Al estallar la crisis económica mundial de 1929, Bolivia acababa de instaurar el régimen de patrón oro, después de un breve interregno bimetalista. Fue promulgada una legislación monetaria-bancaria de carácter liberal ortodoxo; la reforma tuvo lugar cuando las condiciones del comercio internacional eran favorables para el país. Pero la vulnerabilidad de la economía, basada en la monoproducción, se puso de manifiesto no bien varió la situación privilegiada del estaño en el mercado internacional. Se pretendió mantener el sistema de patrón oro y la paridad monetaria establecida en 1928, el resultado fue una acentuada transferencia de capitales al extranjero y la baja de las reservas de oro y divisas.

La CEPAL, en "El Desarrollo económico de Bolivia" sostiene que se produjo un pronunciado descenso en la actividad económica en general y que los mismos ingresos del gobierno central descendieron en un cuarenta y ocho por ciento. A fines de 1931 el gobierno abandonó el patrón oro y procedió a la suspensión del servicio de la deuda externa. Esta quiebra de la economía se tradujo en una creciente agitación social, que se convirtió en terreno abonado para que prendiese la propaganda socialista, presentada por los gobiernos de turno, particularmente por Salamanca, como un peligro que anunciaba el advenimiento del comunismo.

La guerra del Chaco y la economía

Hemos ya indicado que en las filas marxistas se sostuvo de manera sistemática que la guerra del Chaco fue la consecuencia directa de las rivalidades entre grupos petroleros imperialistas, dando a entender que el gobierno boliviano se limitó a obedecer decisiones tomadas en las metrópolis. Aguirre Gainsborg y el Partido Obrero Revolucionario fueron los únicos que señalaron que la guerra fue también la respuesta que dio la feudal burguesía criolla a los problemas y al creciente malestar internos. Salamanca se tornó belicista para lograr su propia estabilidad política.

La guerra, que apareció como una momentánea solución a los problemas políticos de la clase dominante, en su desarrollo puso en evidencia la total quiebra de ésta, su incapacidad para defender el territorio nacional y para respaldar con una coherente política interna a la diplomacia, que afanosamente buscaba apoyarse en los enunciados abstractos del derecho internacional.

Los factores dominantes durante este período fueron, precisamente, la misma guerra y la inflación galopante, que incidieron en la actitud gubernamental frente a la minería, pues las siempre crecientes necesidades del Estado presionaban a las autoridades para que aumentasen los gravámenes a las exportaciones de minerales.

La lucha del Estado contra los empresarios mineros por imponerles gravámenes y porque éstos se efectivizasen fue larga. Entre 1880 y 1899 los capitalistas debían pagar al Tesoro nacional una contribución de dos bolivianos por bocamina, obligación que generalmente no se cumplía. El gobierno de 1899 constató que las empresas mineras adeudaban más de veinte mil bolivianos por evasión de impuestos. Por Ley de 26 de mayo de ese mismo año se gravó el quintal de barrilla de estaño con un boliviano e igual cantidad de estaño en barras con 1.60 Bs. El gobierno Pando, mediante Ley de 13 de diciembre de 1902, creó el impuesto del 3% sobre las utilidades líquidas de los mineros. El nuevo régimen, empeñado como estaba en la ejecución de un amplio plan de reformas, no tuvo más remedio que recurrir a la minería en ascenso para poder recaudar los dineros que precisaba.

En 1905 se dispuso un alza del veinticinco por ciento sobre los derechos de exportación de minerales. La venta obligatoria de divisas al Estado por los exportadores arranca también del período liberal: "el gobierno del doctor Ismael Montes, el año 1915, ante la falencia del Tesoro Nacional, que carecía de disponibilidades en moneda extranjera para resolver la situación creada por la primera Guerra Mundial, se vio obligado a plantear ante el Congreso un proyecto de ley por el que se imponía a las compañías que vendían minerales, la entrega obligatoria del 25% al indicado Tesoro del total de sus exportaciones en letras a girarse sobre el exterior. En la Cámara de Diputados, tras acalorado debate, llegó a aprobarse la indicada entrega de divisas al gobierno, pero únicamente en un porcentaje del 10%³⁰.

La discusión parlamentaria de este proyecto fue interesante porque enfrentó a dos ramas del liberalismo: a la librecambista a ultranza y a la moderadamente estatista.

Daniel Salamanca, ya entonces en la oposición, calificó a la proposición de Montes como un atentado al derecho de propiedad y a la libertad de comercio, "calificando el hecho como una expropiación forzosa". El tribuno sintetizó su pensamiento en la siguiente sentencia: "No toquéis a la industria minera; dígase lo que se diga, es la única que en Bolivia sostiene el erario nacional".

El economista José Gutiérrez Guerra defendió la política gubernamental: "Estos son los dos extremos: el primero de ellos en la práctica... El socialismo económico, hasta hoy no ha salido de una simple doctrina sin aplicación integral en la práctica, pero han venido naturalmente a formarse diversos sistemas y doctrinas económicas de diferentes gradaciones, dentro de esos dos extremos absolutos, habiéndose llegado en la real organización de los pueblos a aceptar de hecho una intervención más o menos grande de parte del Estado sobre el individuo, cuya actividad o iniciativa está hoy en todos los pueblos organizados de la tierra, muy restringida en mengua de los principios absolutos del individualismo clásico.

30 Julio Benavides M., "JOSE GUTIERREZ GUERRA EN NUESTRA HISTORIA ECONÓMICA", La Paz, Bolivia, 1975.

“Todos los sistemas de organización social y de organización económica, hoy encarnados en la legislación y en las prácticas administrativas de las naciones modernas, representan la reacción franca contra los excesos del individualismo

histórico, perfectamente inadecuados para realizar los altos fines que las sociedades encarnan en la noción moderna de lo que es el Estado.

“La intervención del Estado en la organización social y en las manifestaciones económicas de todos los pueblos modernos, es palpable... Y así..., podemos pues llegar a comprobar nuestros aciertos, asegurando, ya con apoyo de esos hechos, la opinión avanzada de que la organización social moderna abandonando la antigua ruta inadecuada ya ante los diferentes elementos que hoy tiene la humanidad a su disposición, ha precisado realzar más la función del Estado. Le quita su papel de mero vigilante, para asegurar el libre juego de las actividades individuales, y le señala uno nuevo de actividad y de iniciativa constante, para asegurar el progreso de las colectividades”.

El 20 de enero de 1920 se estableció el impuesto del ocho por ciento sobre las utilidades mineras.

La inflación venía desde muy lejos y se acentuó dramáticamente durante la guerra. El gobierno, incurrió en fuertes déficits para sufragar sus gastos y los ingresos monetarios crecieron considerablemente; se tuvo que recurrir a la disminución de las inversiones públicas y privadas para evitar que el alza de los precios llegase a alturas insospechadas. La importación de productos de primera necesidad se hacía bajo el sistema de subsidios bancarios.

No se debe olvidar que al empezar la guerra del Chaco el volumen y los precios de exportación de los minerales, particularmente del estaño, cayeron a su punto más bajo, lo que se tradujo en una fuerte reducción en el ingreso real y en el poder de compra del país. Los precios y los niveles de producción corrieron a mejorar a partir de 1934.

Los ingentes gastos que supuso la guerra aceleraron la inflación. El gobierno para saldar sus déficits recurrió a las reservas internacionales, a los préstamos en oro y moneda de los bancos privados, de las grandes compañías mineras y de las empresas privadas. No solamente había carencia de divisas extranjeras, sino incluso de moneda nacional, porque los crecientes gastos no pudieron ser cubiertos con las recaudaciones cada vez más reducidas. Hubo aumento de tributación, pero siempre resultaba insuficiente. Se optó por los préstamos del Banco Central y la colocación de bonos del gobierno, lo que dio lugar a que “El Banco Central fue el verdadero motor económico de la guerra”. Tal política se tradujo en el mayor empobrecimiento de las masas. El circulante, que en 1931 era de 38 millones de bolivianos, aumentó a 378 a fines de 1935. Los bienes y servicios disponibles se redujeron considerablemente.

En el campo de la producción el factor predominante fue la disminución de la actividad de la minería, que no pudo ser neutralizada por algunas buenas cosechas o la instalación de contadas fábricas. En 1932-1933 se constató la disminución de importaciones de materias primas, el limitado desarrollo industrial se produjo en la segunda mitad de la guerra.

Reformas de la pos-guerra

El tipo oficial de cambio era de veinte bolivianos por libra esterlina, una paridad artificial si se toma en cuenta que en el mercado libre se cotizaba a cuarenta y cincuenta bolivianos. Esta situación permitió que algunos elementos capitalistas se enriqueciesen rápidamente recurriendo a la especulación. Pero también sirvió de incentivo para la instalación de algunas fábricas, que eran un pretexto para traficar con moneda extranjera. En los años posteriores a la guerra se produjo un recrudecimiento de la inflación, como resultado de que pesaban sobre el gobierno las cargas derivadas de la desmovilización y de las obligaciones financieras contraídas durante el conflicto. Crecieron los gastos de inversión como resultado de una política que buscaba renovar toda la estructura del país.

Durante el "socialismo" militar tuvo lugar la expropiación de la Standard Oil Company, la creación de Y.P.F.B. y el establecimiento del Banco Minero. Pese a que no se indemnizó a la compañía petrolera, el inicio de las actividades de la nueva entidad fiscal significó una pesada carga. Otro factor de expansión inflacionaria fue el aumento de las colocaciones bancarias. El año 1935 finalizó con un monto de préstamos de la banca privada al público de 41 millones de bolivianos, que a fines de 1939 se elevó a 163 millones. El aumento de la demanda de bienes y servicios trajo como consecuencia la inflación interna y la mayor salida de moneda extranjera. A medida que crecía la inflación alimentaba la demanda de divisas, lo que obligó a adoptar diversos recaudos.

Se obligó a los exportadores a entregar una cantidad mayor de sus divisas al Banco Central. Numerosas disposiciones en ese sentido culminaron con el decreto de 7 de junio de 1939, que establecía la entrega obligatoria del cien por ciento del total del valor de las exportaciones, medida derogada el primero de octubre y sustituido por un complicado sistema que establecía la obligatoriedad de la entrega en un monto que fluctuaba entre el 32 y 50 o/o. Se recurrió a sucesivas devaluaciones, cuando era evidente la depreciación del boliviano en términos de moneda extranjera. En 1937 la libra se cotizaba en 20 bolivianos y a fines de 1939 subió a 141. Como se sabe, la inflación importa la disminución de los salarios reales, esto aunque los nominales pueden conocer un incremento incesante.

Una de las grandes preocupaciones del gobierno y de los empresarios durante la guerra del Chaco fue la de mantener intactos los niveles de producción. Se comenzó permitiendo la inmigración de obreros chilenos, que atentó contra los costos por el alto nivel de vida al que estos estaban acostumbrados; se permitió el trabajo de las mujeres en el interior de la mina y, finalmente, los obreros mineros fueron eximidos de la obligación de marchar al frente de batalla.

Se siguieron importando materias primas para alimentar a la pequeña industria boliviana, nacida a la sombra de la gran minería y también para satisfacer las necesidades emergentes de la guerra. Esta industria seguía mostrando profundas características artesanales y en favor de ella se dictaron algunas medidas proteccionistas.

La inflación favoreció a los exportadores, es decir, a la gran minería, que supo sacar ventaja de los bajos salarios imperantes.

La propaganda interesada hizo creer que los grandes mineros financiaron la guerra, aunque gran parte del peso de ella se descargó sobre la mayoría nacional a través de la inflación.

La minería ya había quedado monopolizada en manos de las tres grandes empresas, que se dieron modos para subordinar el Estado a sus intereses particulares. La empresa Patiño producía el 46% del estaño; la Hoschild el 26% y la Aramayo el 5%; la minería mediana el 13% y el resto la pequeña.

A partir del estallido de la segunda guerra mundial y especialmente de 1941, el estaño, los demás minerales y también la goma, conocieron un período de precios elevados en el mercado internacional, lo que trajo un cambio radical sobre la economía de intercambio con el exterior, que se tradujo en la disminución del ritmo inflacionario.

El índice del costo de vida en La Paz subió aproximadamente el cincuenta por ciento de 1939 a 1945. Entre 1943 y 1944 se desarrolló una importante política anti-inflacionaria, se buscó poner término al déficit fiscal y se limitó a la expansión del crédito bancario. Fueron congelados los créditos e inversiones del Banco Central en el sector público y en el particular. Limitase la capacidad de los bancos privados para recibir depósitos en función de sus capitales y se elevó la proporción del encaje. Las importaciones de materia prima siguieron aumentando y el índice de producción industrial conoció un constante incremento. Los bancos minero y agrícola mantuvieron su cartera en ascenso. Las reservas del Banco Central pasaron de 19 a 34 millones de dólares.

Sin embargo, los precios se mantuvieron en alza, sobre todo por factores externos.

La política en la pos-guerra

Para los marxistas era evidente que la finalización de la guerra chaqueña traería aparejada la convulsión social y la revolución. Esta conclusión correspondía al análisis de la bancarrota de los partidos de la clase dominante, una de las expresiones más escandalosas de la incapacidad de ésta, de la impetuosa insurgencia de la clase, media radicalizada a la palestra política, de la movilización y puesta bajo armas de las capas obreras y campesinas. La catástrofe de la guerra hundió a la clase dominante e impulsó la movilización de la mayoría nacional. Los intelectuales de la pequeña burguesía, los universitarios de la preguerra se plantearon ante sí la necesidad de descubrir las causas de la catástrofe chaqueña y de tomar las medidas que pudiesen evitar su repetición en el futuro. Un sentimiento de renovación total del estado de cosas imperante flotaba en el ambiente, sentimiento que también se apoderó de los medios obreros.

Cuando los izquierdistas señalaron que la convulsión social estaba presente no se equivocaron del todo, pero estuvieron errados cuando consideraron que esta realidad generaba automáticamente al partido revolucionario, virtualmente ausente en ese momento.

Era indiscutible que la vanguardia revolucionaria no podía surgir espontáneamente en territorio boliviano y ni siquiera como la culminación lógica de todo el proceso histórico anterior, dominado por la actuación equívoca de los numerosos partidos obreros, como hemos señalado más arriba.

En el país persistía un obstáculo que no había podido ser sobrepasado y ese obstáculo no era otro que el predominio stalinista bajo la cobertura engañosa del leninismo. Se ignoraba que desde 1923, partiendo de la oposición de Lenin a la burocracia y a la política derechista que encarnaba Stalin, se libraba en el seno del marxismo internacional una sostenida lucha por parte de la Oposición de Izquierda contra el thermidor. Las tendencias revolucionarias se batían buscando hacer retroceder, en condiciones adversas, a la contrarrevolución ya encaramada en el poder y en la dirección partidista. Los "comunistas" bolivianos, sin tener plena conciencia de lo que hacían, resultaron alineados detrás de la línea política que autoritariamente impuso el Secretariado Sudamericano de la I. C.; para ellos no existían el trotskysmo y menos su trascendental lucha contra la burocracia que se había desplazado hacia el campo burgués. El que en 1933 (victoria de Hitler en Alemania) se hubiese puesto en plena evidencia su carácter contra-revolucionario, quiere decir que los gérmenes de semejante actitud política se venían cultivando y desarrollando desde tiempo atrás, inclusive desde el tercer período. Es esto lo que no pudieron ver en ningún momento los que pusieron en pie a los partidos obreros bolivianos. Antes de estructurar al partido revolucionario, instrumento irremplazable para asegurar la victoria de la revolución que flotaba en el ambiente, era preciso destruir al stalinismo que impedía ver y encontrar la línea política revolucionaria; mientras tanto no se podía esperar la aparición del programa capaz de transformar a la clase y de dar expresión política a lo que era ya instinto en el proletariado.

La rectificación marxista del stalinismo contra-revolucionario ³¹, sólo podía venir del trotskysmo, el leninismo sañudamente perseguido por la Internacional Comunista y por la reacción en general. Pero, el trotskysmo no podía ser generado por el esfuerzo aislado de los socialistas bolivianos, que no atinaban a superar la confusión en la que venían desenvolviéndose hasta ese momento, sólo podía nacer entroncado en la Oposición de la Izquierda Internacional.

La persecución y el destierro que siguieron a la recia campaña contra la guerra permitió a los jóvenes marxistas criollos entrar en contacto con la polifacética y nueva realidad del marxismo internacional. Es entonces que entraron en contacto con el trotskysmo, lo estudiaron y lo siguieron o lo repudiaron; así se fueron decantando, en la palestra de la polémica, las tendencias revolucionarias y reaccionarias. Los jóvenes propagandistas encontraron en la teoría de la revolución permanente y en la concepción de la economía combinada valiosos instrumentos para comprender las leyes del desarrollo de los países atrasados y señalar la perspectiva de su transformación radical. Es entonces que sí se podía construir el partido y el programa revolucionarios, respuestas imprescindibles a la situación política que había sido creada.

31 En ese momento nadie se atrevía a llamar por su propio nombre a los que se presentaban encubiertos por la gloriosa tradición de la revolución de octubre.

Estructuración del trotskysmo

El joven revolucionario boliviano José Aguirre Gainsborg, a la cabeza de pequeños núcleos de izquierdistas bolivianos exiliados en Chile, que ya actuaban dentro de la Izquierda Comunista chilena, planteó la urgencia de construir el partido revolucionario, esto como una inaplazable respuesta a la acelerada aproximación de la revolución. Desde antes era perceptible un movimiento hacia la unidad de la dispersa izquierda, pulverizada en extremo por la guerra, que obligó a revisar las viejas posiciones. Para muchos el partido revolucionario a organizarse debía ser básicamente el resultado del aglutinamiento de la mayor cantidad posible de los grupos que se reclamaban de la clase obrera o simplemente de las posiciones izquierdistas, un término abstracto que correspondía perfectamente a agrupaciones cuyas fronteras ideológicas e incluso organizativas eran por demás imprecisas. Se trataba de federar a infinidad de núcleos alrededor de enunciados escuetos y confusos, más que de fusionarlos alrededor de un programa concreto y dentro de una organización de estructura bolchevique. La particular concepción organizativa de la izquierda era el resultado de su creencia de que en el país no era posible la revolución proletaria, más que de su desconocimiento del ¿Qué hacer? de Lenin. Las preocupaciones para forjar un partido leninista aparecían como puramente bizantinas. Este partido sólo podía ser internacional, esto si estaba llamado a actuar como instrumento de una revolución que adquiere sentido únicamente en su dimensión mundial. Este aspecto del problema aparecía como el menos comprensible para la izquierda boliviana, que se aferraba en hablar de un socialismo puramente nacional, lo que demuestra que no había asimilado el marxismo. Estas desviaciones tenían sus raíces en el atraso de nuestro socialismo y al que nos hemos referido más arriba.

José Aguirre, como no podía ser de otra manera, estaba seguro de que el partido por él propiciado debía ser la sección boliviana de la Oposición de Izquierda Internacional, que pocos años después configurará como parte de la Cuarta Internacional. Su programa debería inspirarse en los documentos de la Oposición. El fundador del Partido Obrero Revolucionario, la mente más lúcida y mejor formada de su tiempo, representaba el hilo conductor que conducía, por una parte, a la tradición del movimiento obrero de la pre-guerra, y, por otra, al futuro del socialismo, representado por el trotskysmo. El trabajo que realizó tuvo el profundo sentido del encuentro de la clase en evolución con la doctrina marxista; es por esto que encarnó la actividad destinada a poner en pie al partido revolucionario.

A los trabajos preparatorios con miras a la construcción del partido revolucionario se sumaron Tristán Marof y su grupo Tupac Amaru, que actuaban desde la Argentina y en cuyo seno se hablan aglutinado algunos elementos que se distinguieron por sus ideas y actitudes anti-belicistas. En ese momento Marof era un caudillo de enorme predicamento continental. Novelista y panfletario de grandes cualidades estaba lejos de ser un verdadero marxista, como se deduce de la lectura de su vasta producción. Sus limitaciones aparecieron en toda su dimensión cuando dio pruebas inequívocas de su incapacidad para comprender debidamente la lucha del trotskysmo contra la burocracia stalinista contrarrevolucionaria. Voluntariamente se colocó en una posición centrista, oscilante entre la Cuarta y Tercera Internacionales, creyendo, en último término, que ambas eran inútiles para sus propósitos de caudillo predestinado a la inmediata victoria. Su actitud pareció inspirarse en la adoptada por el Partido Laborista Independiente de Inglaterra. Su centrismo, consecuencia de

su falta de comprensión marxista de la realidad boliviana, se tradujo en su empeño de estructurar un socialismo boliviano, lo que, pensaba, le permitiría moverse cómodamente entre las organizaciones mundiales que se reclamaban del marxismo. Marof repudiaba algunos aspectos del stalinismo y simpatizaba con solamente ciertas posturas del trotskismo y nada más. Voluntariamente dio las espaldas al programa revolucionario, lo que lo convirtió en un empírico y en un oportunista.

Hubo una discusión con miras a la unificación de la Izquierda Boliviana y el Grupo Tupac Arnaru, no fue lo suficientemente profunda como para fijar con claridad las diferencias programáticas y principistas, tan íntimamente ligadas a los problemas organizativos, y, por tanto, para poder superarlas críticamente.

Como ha demostrado la experiencia posterior, Marof no era ni marxista ni mucho menos trotskista, su socialismo nunca pudo liberarse de la confusión y primitivismo de la pre-guerra. El Partido Obrero Revolucionario se fundó en junio de 1935, en el llamado congreso de Córdoba, y Marof fue a él como un adversario encubierto de las ideas de José Aguirre Gainsborg acerca de la estructura interna que debía tener aquel y también de las líneas maestras de su programa. Marof no le daba demasiada importancia a las ideas y Aguirre cometió el error de creer que colocando la figura del caudillo a la cabeza de la nueva organización se habría recorrido gran parte del camino de su transformación en partido de masas.

La madurez de la estructura económica de la sociedad es la que da determinada misión histórica al proletariado, la clase revolucionaria de nuestra época, esto también en la atrasada Bolivia. Las poderosas y ciegas fuerzas de la historia, al encarnarse en la clase obrera, condicionan que sea ésta quien las efectivice. La comprensión de este proceso y de esta realidad es la conciencia clasista. El proletariado que ignora cuales son las leyes de la historia actúa como su instrumento inconsciente, sin percatarse que su intervención puede interferir el cumplimiento de aquellas; la conciencia de clase permite que condicione sus movimientos a tal objetivo.

El descubrimiento e interpretación de las leyes del desarrollo de la sociedad, base de la comprensión de la misión histórica del proletariado, es una labor científica y teórica, que es posible gracias a la adecuada utilización del método marxista. La conciencia socialista se traduce en teoría revolucionaria, en marxismo, que en su momento permite la aparición del partido político y del programa. El "Manifiesto Comunista" indica que clase obrera consciente quiere decir organizada en partido político. Lenin dijo en el "¿Qué hacer?" que, los trabajadores por sí solos únicamente podían realizar una actividad tradeunionista, pero no elevarse hasta la política socialista.

Si la conciencia de clase no es un fenómeno inmediato de los obreros, alguien tiene que actuar como factor mediador y transformador de la clase, como canal inyector de la ciencia. Esa función la cumple de manera irremplazable el partido revolucionario. Hay que advertir que sólo tratándose de esta clase el partido tiene tal papel, esto porque el asalariado es una clase no sólo desposeída de toda forma de propiedad de los medios de producción, sino una clase desprovista de los bienes de la cultura, sin posibilidad de acceso inmediato al dominio de la economía y del aparato estatal. Estos rasgos la diferencian de la burguesía, por ejemplo. Por tales consideraciones es con el proletariado que aparece la necesidad de elaborar toda una teoría acerca del partido político. La madurez de las fuerzas productivas concluye traduciéndose

en la conciencia clasista del proletariado.

Si el partido es el que lleva a la clase desde fuera la doctrina revolucionaria, quiere decir que es él quien elabora el programa político. Este trabajo es exterior a la clase -se trata de la elaboración y manejo de la ciencia-, producto de la actividad de los grupos intelectuales y que supone la asimilación crítica de la experiencia acumulada por el proletariado nacional e internacional, el conocimiento de la realidad social en la que se actúa; un programa se elabora a través de la discusión que permite la aparición de agrupaciones alrededor de ideas, que no pueden menos que seguir el camino de las fusiones y de las escisiones. Si es el partido revolucionario el que expresa los objetivos históricos del proletariado, el programa es ya el partido, porque sin aquel no puede concebirse la forma que adquirirá la organización de la vanguardia de la clase.

El partido al dar expresión concretizada a la doctrina revolucionaria comienza a actuar fuera de la clase; sin embargo, su destino es el de dirigir a los explotados a la revolución y a la victoria, para que esto sea posible tiene que convertirse en parte inseparable de la clase.

Cuando decimos que el partido es el programa, estamos indicando que se sintetiza en la idea, pero ésta, según sostenía Marx solamente puede trocarse en fuerza material revolucionadora si se encarna en las masas. El partido en el momento en que proclama su programa es todavía sólo una posibilidad, para afirmarse y materializarse precisa soldarse con la clase, llegar a ser una parte integrante e inseparable de ella. Inclusive en este primer momento es perceptible la inter-relación dialéctica entre masa y partido, que irá acentuándose más y más.

El partido revolucionario, por ser tal, no puede menos que penetrar en las masas como portador de la doctrina revolucionaria y éstas se verían colocadas ante la necesidad histórica de contar con su propia vanguardia revolucionaria para poder transformarse de clase en sí a clase para sí, para cobrar su propia fisonomía y realizarse. El núcleo exterior a la clase que elabora el programa revolucionario está dando respuesta a la necesidad histórica fundamental que se plantea ante la clase obrera. El proceso de fusión del partido con las masas es uno solo para ambos y sería arbitrario concluir que se produce porque uno de ellos lo decide así unilateralmente. Se trata, más bien de un otro fenómeno, un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la existencia misma del proletariado plantean la necesidad histórica inaplazable de la construcción del partido revolucionario. En cierto instante las fuerzas de la historia pasan por esta construcción. La clase revolucionaria llega a expresarse conscientemente, a afirmarse como tal en el partido político. Ese sentido tiene la conclusión marxengelsiana de la clase organizada en partido político.

La revolución social es posible porque las fuerzas productivas, que se han desarrollado descomunemente, chocan con las relaciones de producción imperantes y se rebelan contra ellas, esto porque debido a su estrechez no pueden ya contenerlas. Sin embargo, para que esa posibilidad se trueque en realidad, para que se produzca el salto cualitativo en el proceso social, es preciso que el proletariado adquiera conciencia de la tarea que tiene que cumplir en este proceso, que es eso lo que hace imprescindible la estructuración del partido político. De aquí se deduce que la tarea más importante y gigantesca que debe cumplirse en nuestra época consiste en la construcción del partido revolucionario.

De una manera general, los enunciados programáticos del Partido Obrero Revolucionario de 1935 correspondían al grado de desarrollo que había alcanzado la clase obrera, a la experiencia acumulada en la preguerra y a la estructura del país. En la historia social boliviana es el primer partido que intenta, con ayuda de la teoría de la revolución permanente, desentrañar las leyes del desarrollo del país. El POR en ese momento era sólo el programa, faltaba todavía que penetrase en las masas, que éstas hiciesen suyo el pronóstico programático, en fin, que se estructurase organizativamente. El Partido trotskista tuvo que pagar muy caro, como demostraron los acontecimientos futuros, el haber nacido en el exilio, este hecho, consecuencia obligada de las circunstancias políticas de entonces, se convirtió para él en una especie de pecado original, que tuvo que sobremontarlo con mucho esfuerzo.

El programa, el pensamiento de Aguirre, al enfrentarse con la realidad boliviana no pudo penetrar rápida y fácilmente en las masas, lo que determinó una larga vida larvaria, de voluntaria clandestinidad, para el partido. Los trabajadores demostraron no comprender el mensaje porista, pese a la justeza de éste. Tal hecho determinó no solamente el aislamiento de la organización política, sino su estancamiento programático y su degeneración organizativa. Como se ve, la clase actuó negativamente sobre el POR y éste no pudo moverse arbitrariamente y a su antojo, se vio obligado a someterse a las condiciones políticas imperantes. El que el programa no hubiese podido penetrar en las masas se convirtió en un descomunal obstáculo que impidió la evolución de la conciencia de clase. Por todo esto, la experiencia acumulada en la pre-guerra pareció esfumarse, pero sólo se trató de una apariencia, porque casi inmediatamente después volverá a aflorar.

F.S.B. el movimiento izquierdista

El año 1937 y también en el exterior (Santiago de Chile), se organizó Falange Socialista Boliviana. En ese entonces ya existía en el país Acción Nacionalista Boliviana dirigida por Rafael Puente, que fue una de las figuras más descolantes de la derecha fascizante. Esta organización se fusionará en 1940 con FSB de Unzaga de la Vega. Se trataba de movimientos de franca inspiración fascista, réplica criolla de una corriente política internacional. Acción Nacionalista Boliviana nació bajo la inspiración y la protección del falangismo español, que actuó en Bolivia a través de los canales jesuitas.

Movimiento vertical, racista, elitista, propugnó la creación de un poderoso Estado nacional totalitario; opuso al fracaso patente de la democracia burguesa la carta sustitutiva de una organización estatal corporativa. Enemigo mortal de la izquierda marxista, a la que consideró tendencia disolvente de las instituciones y principios de Dios, Patria y Hogar, opuso la violencia para defender el régimen de la propiedad privada y la civilización cristiana. Como no podía ser de otra manera, rápidamente se transformó en fuerza de choque al servicio de los gobiernos derechistas y dependientes del imperialismo.

Falange tardó bastante tiempo en aclimatarse en el país y en cobrar cierta madurez en su estructura organizativa, cuando logró estos objetivos actuó abiertamente como instrumento de los gobiernos oligárquicos. Inmediatamente después de la guerra pasó desapercibida, el nacionalismo actuó entonces por otros canales.

El atomizado movimiento izquierdista se movía dentro de la gran corriente unionista que imperó entonces. Desde todas las posiciones (nacionalistas, stalinistas, pasando por lo que tan débilmente decía ser trotskysta) se propugnaba la creación de uniones frentistas, que en alguna forma pudiesen convertir a la atomización organizativa en poderío político. Las campañas frentistas partían y concluían en generalidades, no aparecieron en el escenario claros enunciados programáticos que pudiesen dar férrea estructura a los frentes que se propugnaban. Como demuestra la experiencia, cuando se plantea la unidad por la unidad, con seguridad que detrás de ella asoman los tentáculos de la clase dominante. El atraso político que imperaba se denunció en el convencimiento de que una severa discusión alrededor de los principios desunía en lugar de fusionar. Nadie, excepción hecha de Aguirre, había comprendido el consejo de Lenin de que para unirse primero hay que delimitarse con toda claridad. Por el equivocado camino que siguió la política frentista se desembocó en movimientos unitarios timoneados por quienes defendían inconfundibles posiciones burguesas.

El camino de la construcción del partido revolucionario pasaba casi para todas por la política frentista. Pero, no era más que un propósito; era notable la carencia de ejes programáticos alrededor de los cuales se pudiese aglutinar a la izquierda. Escaseaban las ideas precisas acerca de lo que debía considerarse como partido revolucionario.

Se puede decir que las condiciones políticas, determinadas por las transformaciones que se operaban en el seno de las masas, no estaban dadas para el surgimiento de un poderoso partido revolucionario, capaz de potenciar a las masas y de permitirles actuar decisivamente en el proceso que se vivía. Si la izquierda estaba impedida de actuar en ese sentido, la orientación de todo el proceso multitudinario pasó a manos de las tendencias apenas encubiertas de la clase dominante. Fue la izquierda la que permitió que ésta pudiese cuidadosamente señalar los senderos y las soluciones que conducirían a la defensa de sus intereses.

Como acertadamente planteó el grupo político timoneado por José Aguirre, a la guerra siguió la convulsión social. La desmovilización de las tropas planteó en términos agudos la cesantía y la miseria, puntos de partida de una descomunal agitación de las masas. Gran parte de los campesinos que habían vestido uniforme se negaron a retornar al agro y los que lo hicieron jugaron el papel de agitadores de sus hermanos de nación-clase. Este torbellino no desembocó en la revolución social, sino que se esfumó en medio de las redes que logró tender la clase dominante. Las masas y todo el ambiente aparecieron radicalizados, el que más y el que menos se tornaron socialistas; sin embargo, la real lucha revolucionaria de las masas fue sustituida por símbolos. Añejas instituciones y organizaciones partidistas fueron recubiertas con rótulos socializantes y todos creyeron que esto era ya la, revolución. Cuando la simbología reemplaza a la verdadera transformación social, con seguridad que la burguesía está, en los hechos, cosechando los frutos de la situación política creada y que todos, para consuelo de sí mismos, la consideran nueva.

Ya dijimos que la guerra trajo la quiebra total de la clase dominante, la bancarrota y el fraccionamiento de los partidos tradicionales y la irrupción política de la clase media. Todos estos factores, muy importantes y que eran ya ingredientes de una posible transformación revolucionaria, concluyeron desvirtuados por la carencia de una dirección política de la clase obrera.

Flotaba en el ambiente la necesidad de ajustar cuentas con los responsables del desastre de la guerra del Chaco. Hacerlo de una manera efectiva habría significado sepultar políticamente a la clase dominante. Como quiera que la izquierda se encontraba dispersa, era débil e impotente de señalar salidas revolucionarias, la discusión, timoneada en definitiva por los dueños de la economía y del aparato estatal, fue desplazada de la responsabilidad de las clases a la de las personalidades políticas. La disputa subalterna permitió reflotar a los que con mucha propiedad podía considerárselos víctimas seguras de la posible convulsión social ³².

Naturaleza del ejército

El ejército es un producto de la sociedad, una criatura de la clase dominante, que cumple la función específica de soporte del Estado burgués; concentra la capacidad compulsiva estatal y tiene la misión de defender, con sus propios métodos, que son métodos violentos, el régimen de la propiedad privada. Ese sentido tiene el mandato constitucional de que las fuerzas armadas tienen la misión básica de defender la intangibilidad de la Carta Magna; ésta, de la misma manera que todo el ordenamiento jurídico, no son más que la plasmación de la voluntad de la clase dominante de defender, por todos los medios, el régimen imperante, del que es su expresión social. Si tal es la función del ejército, es absurdo que pueda actuar al margen de la lucha de clases, contra la propiedad privada burguesa, ni siquiera cuando los jefes castrenses se mueven como núcleo bonapartista en el poder.

El ejército no se reduce, ciertamente, a jefes y oficiales, sino que en su base se encuentra la gran masa de soldados, clases y suboficiales. Normalmente aparece representado y su orientación definida por la alta jerarquía castrense. Esto es posible por su estructura vertical y por la disciplina que impera en su seno y que bien puede sintetizarse en la sentencia de que "el ejército no delibera" y se limita a obedecer. La estructura de las fuerzas armadas anula y acalla a su ancha base social, que normalmente no puede expresarse ni opinar, aquella es simplemente sustituida por los mandos de la tropa.

Soldados, clases y suboficiales, son elementos estrechamente y cotidianamente vinculados a obreros y campesinos, lo que permitiría suponer que el ejército en momento alguno puede actuar contra los sectores mayoritarios de la población, que se trata nada menos que del pueblo en armas. En ese caso la clase dominante no tendría ninguna necesidad de las fuerzas armadas para mantenerse en el poder. De una manera general y normal, soldados y clases actúan contra sus hermanos y sus padres, como consecuencia de la disciplina militar y de la organización vertical del ejército.

Las fuerzas armadas, como todos los fenómenos sociales, por otra parte, son producto de la lucha de clases y se mueven bajo su poderosa influencia. La alta dirección castrense (Alto Mando) y su ancha base social (soldados y clases) no son, en definitiva, la misma cosa, como podría creerse superficialmente, son extremos diferentes y contrapuestos. En determinado momento, la lucha de clases se acentúa

³² En 1979 sucedió una cosa similar. El parlamento "democrático" recurrió a un sinnúmero de argucias para no sentar en el banquillo del acusado al padre del gorilismo y verdadero responsable de todo el descalabro del país: el ejército. Se distrajo minimizando el problema a las dimensiones de un pleito personal.

en su seno y concluye escindiéndolas. El crecimiento de la ola revolucionaria, actuando a través de soldados y clases, puede concluir anulando la capacidad de fuego del ejército, esto porque los hijos de obreros y campesinos, ocasionalmente uniformados, pueden negarse a disparar o porque una parte de la joven oficialidad, sensible a las nuevas ideas, es ganada por la revolución. La oportunidad de la insurrección y de su victoria es señalada por este hecho. En el movimiento socialista se ha planteado, una y otra vez, el problema del armamento de quienes están llamados a consumir la transformación de la sociedad y a instaurar la dictadura del proletariado. La respuesta, desde el punto de vista de las masas y no del voluntarismo aventurero, está dada en la anterior conclusión: las armas se encuentran en los arsenales de los cuarteles y sus puertas serán abiertas al pueblo por los soldados, clases y jóvenes oficiales radicalizados.

Si el ejército es una criatura de la clase dominante, que lo es porque la propiedad de los medios de producción le permite convertirse el amo indiscutido de la política y del aparato estatal, los grupos más osados de jefes y oficiales no pueden ir más allá de los intereses de la burguesía.

En los países atrasados donde no existen condiciones materiales para un generoso florecimiento de la democracia formal, imposibilidad que se traduce en una aguda crisis de los partidos civiles burgueses, las capas castrenses no tardan en convertirse en árbitros del juego político. Aparecen como cartas sustitutivas de la burguesía en los momentos críticos; no sólo cuando asoman amenazantes las masas encabritadas, sino también cuando los punzantes problemas internos obligan a plantear, en términos perentorios, la solución de las tareas democráticas, esto como una forma de superar el atraso del país en el marco capitalista.

Cuando los militares formulan el programa de cumplimiento de las tareas democráticas, lo hacen expresando los intereses generales de la burguesía nacional, importando poco que ésta sea inexistente. El ejército, hechura de la clase dominante, reproduce las limitaciones de la burguesía nacional. Puede enunciar las tareas democráticas, pero no podrá cumplirlas debidamente. Su frustración en este propósito plantea la posibilidad de que el proletariado se convierta en caudillo nacional, precisamente porque se ve obligado a tomar en sus manos las tareas incumplidas de otras clases sociales. De esta manera, los movimientos nacionalistas acaudillados por militares o los gobiernos castrenses que les corresponden, corren la misma suerte que la de los regímenes burgueses nacionalistas. Hay una izquierda castrense, pero sus posibilidades de consumir transformaciones en la estructura económica de la sociedad son tan mínimas como las de la propia burguesía nacional.

EL "SOCIALISMO" MILITAR

La guerra del Chaco demostró que el país, el ejército y los militares profesionales carecían de capacidad y de poderío para defender las fronteras nacionales, todo como consecuencia de la caducidad e impotencia de la clase dominante, que en momento alguno pudo estructurar el gran Estado nacional soberano. Bien o mal, los coroneles personificaban muchos desastres vergonzosos de los episodios de la campaña bélica, fracaso que era la concretización de la bancarrota de la clase dominante. Sólo un observador muy superficial habría dudado que, pese a toda esta realidad, los responsables uniformados del desastre chaqueño apareciesen en la

pos-guerra como adalides de la victoria, cosa que en efecto sucedió.

Este fenómeno, aparentemente contradictorio, se explica porque el hundimiento de las tradicionales organizaciones políticas de la rosca encontró rápido recambio en la cúpula dirigente de las Fuerzas Armadas, recambio que se produjo a través de una aguda lucha política entre unos y otros portavoces de los amos del país. Las condiciones políticas de la pos-guerra obligaron a los jefes militares perdidosos, muchos de ellos venían actuando en política identificados con los partidos tradicionales, a moverse bajo el disfraz socializante.

Esa especie de manipuleo del poder entre civiles y militares, todos ellos autores del desastre, encuentra su explicación en el hecho de que ya al finalizar la campaña bélica los generales y coroneles eran dueños efectivos del poder. Daniel Salamanca, la mentalidad más testaruda y consecuente del gamonalismo, tuvo la ocurrencia, para poner a salvo a su propia clase, de pretender descargar toda la responsabilidad de la pérdida del Chaco sobre la ineptitud profesional de los militares. En su obstinación, este doctor liberal que encarnó la ineptitud de clase al no poder materializar sus enunciados sobre la democracia formal, pretendió intervenir directamente en la conducción de las operaciones bélicas. Este intento de convertir la letra muerta de la Constitución en realidad actuante, se tradujo en una de las expresiones del hundimiento y disgregación de la cúpula política de la clase dominante. Es en este momento que los militares consuman su operación estratégica más exitosa de toda la guerra: en Villamontes atrapan al presidente Daniel Salamanca dentro de un cerco cuidadosamente planificado y con los cañones de las ametralladoras logran doblegar su testarudez indiscutible. Si bien el liberal José Luis Tejada Sorzano apareció ungido como presidente, entre bambalinas el poder estaba ya concentrado en el círculo que se movía bajo la inspiración del héroe de Picuiba, el coronel David Toro, que había dado pruebas de su habilidad política durante el gobierno de Hernando Siles.

En mayo de 1936, el Estado Mayor del ejército, apoyándose en el movimiento salarialista de los sindicatos, deponen con mucha facilidad al último presidente civil y lleva al Palacio Quemado a Toro; éste debuta bajo el rótulo de socialista, que tan graciosamente le colocan los más connotados líderes de los numerosos grupúsculos nacionalistas y de izquierda que deambulaban por el territorio nacional. Por canales tan estrechos son empujadas las masas convulsionadas hacia las trincheras oficialistas, que eran trincheras de la propia clase dominante.

No bien se constituyó la Junta Militar Socialista, toda la plana mayor de la izquierda, tanto la parte que se perfilaba como nacionalista como la stalinista se agruparon alrededor de ella. Cuando los más connotados marxistas aparecieron en los ministerios y demás reparticiones oficiales, conducta que importó su identificación con la política militar, a todos les pareció que evidentemente la Junta Militar era socialista, que la consumada revolución social había permitido el nacimiento del régimen de los obreros y de la mayoría nacional.

Los Arze y los Anaya (las personalidades más visibles de la izquierda y que se tornaron poristas) estaban seguros que ingresando al seno del régimen castrense lo irían transformando desde dentro y lentamente hasta convertirlo en obrero. Esta táctica astuta pero carente de principios revolucionarios, volverá a ser planteada muchas veces por los líderes izquierdistas, sin tomar en cuenta que en 1936 fracasó en toda la línea. No es posible que la clase social y "su" Estado se transformen en

sus contrarios; hace falta derribarlos y sustituirlos por otros.

Los coroneles, firmemente empeñados en defender a la clase dominante y directamente asesorados por los políticos salidos de ésta, estuvieron mucho más atinados. Permitieron alborozado el apoyo de los izquierdistas, no porque valoraban en alto grado su capacidad de estadistas; sino porque traían detrás de sí a las masas, lo que permitió que el nuevo gobierno adquiriese indiscutibles rasgos de popularidad, para luego despedirlos de sus cargos, aplastarlos y perseguirlos, cuando comprobaron -que ya no les servían como Instrumentos. Los explotados quedaron atrapados en las redes oficialistas por mucho tiempo, mientras la izquierda, huérfana no atinaba a encontrar el camino de la unidad.

El gobierno Toro inició una amplia política reformista, de protección a la fuerza de trabajo y de organización de los obreros. Es este reformismo el que fue presentado como sinónimo de socialismo; los izquierdistas al sumarse al régimen demostraron que no eran más que reformistas y utilizando palabrería marxistizante se dedicaron a sembrar la más descomunal confusión política en los medios obreros. La táctica colaboracionista, fuertemente teñida de viveza criolla, constituyó un gravísimo error y las direcciones de izquierda pagaron muy caro su equivoco: perdieron el control de los explotados, que comenzaron tomando en serio la propaganda en sentido de que los regímenes militares "socialistas" eran nada menos que su propio gobierno. A algunos se les antojó que tal política reformista era únicamente el resultado de la presión ejercitada sobre el oficialismo por las masas que lentamente iban cambiando la agitación por el conformismo; la verdad que esa política fue manejada calculadamente para ganar a los explotados en favor del régimen militar "socialista" y para desarmarlos políticamente.

Toro, apoderándose de las ideas dominantes en los medios populares, procedió a la estatización de las concesiones petrolíferas otorgadas a la Standard Oil y lo hizo sin reconocer derecho de indemnización. En ese entonces, los izquierdistas sostuvieron tercamente que la medida probaba el carácter socialista del gobierno, olvidando su naturaleza burguesa, esto porque toda su política, que correspondía a los intereses globales de la clase dominante, daba una proyección particular a la nacionalización del petróleo. La estatización es una política que en manos de la burguesía tiende a dar fundamento material al capitalismo de Estado; es una medida, si se quiere excepcional, que tiende a consolidar al régimen imperante y no a destruirlo. Para que las estatizaciones adquieran proyecciones socialistas es preciso que exista la dictadura del proletariado. Hay que recordar que el gobierno castrense creó Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos como empresa estatal.

La política obrerista de David Toro puede sintetizarse en los siguientes aspectos: creación del Ministerio de Trabajo, cuyo ejercicio encomendó a Waldo Alvarez, obrero gráfico, dirigente sindical y político pro-stalinista; establecimiento del trabajo y sindicalización obligatorios; puesta en pie de la CSTB. Ni éstas ni otras medidas más importantes de protección a la clase obrera pueden autorizar que se califique a un gobierno como socialista, que sólo puede serlo si es obrero desde el punto de vista de clase.

No bien Toro creyó llegado el momento de poder prescindir de los izquierdistas, retornó a su verdadero eje: reemplazó a los marxistas por "socialistas" que no eran más que portavoces de la derecha y sometió a persecución a los primeros, que

nuevamente tuvieron que seguir el camino de la clandestinidad y del destierro.

Cuando las masas ya habían perdido su propio norte y se agitaban en el estrecho marco señalado por los gobernantes, el Estado Mayor del ejército acentuó su condición de fuerza política decisiva.

Es indudable que los caudillos civiles y militares tienen sus ambiciones, junto a sus grandes virtudes o a sus defectos. Cuando estos rasgos personales coinciden con las tendencias fundamentales de la historia, se transforman en fuerzas decisivas.

El caudillo militar coronel David Toro, no bien se desgastó en el poder, perdió gran parte de su carisma y aparecieron públicamente sus descomunales defectos y limitaciones. Se hizo evidente el peligro de que ya no pudiese controlar a las colosales fuerzas elementales de la sociedad que él mismo contribuyó a desencadenar.

El Estado Mayor se limitó a realizar un pequeño movimiento táctico y cayó el ídolo de ayer para ser reemplazado por el teniente coronel Germán Busch, que un poco antes había planeado una operación similar; a fin de llevar a la Presidencia a quien consideraba un Dios y un padre.

El gobierno de Busch aparece con rasgos populares mucho más acentuados que el de David Toro. Los líderes de izquierda, voluntariamente o a regañadientes, volvieron a concentrarse alrededor del nuevo Presidente, esta vez presionados por las masas que entusiastamente se movilizaban detrás del joven mandatario. La novedad consistió en que los líderes socialistas no comprometidos con el stalinismo, como era el caso del trotskyzante Tristán Marof, aparecieron identificándose con la política desarrollada por el jefe militar. El Secretario General del PSOB desarrolló la teoría de que el héroe del Chaco había tomado su programa para realizarlo; esta afirmación llevaba a concluir de que, por eso mismo, los revolucionarios estaban obligados a apoyarlo.

Busch es más leyenda que figura histórica concreta, Los nacionalistas, que buscaron realizarse a través de su total identificación con el Presidente de la República (aún ahora se invoca a Busch como el antecedente inmediato del nacionalismo de contenido burgués), lo consideraban adornado de todas las virtudes patrióticas. Sin embargo, según se prueba por sus actos, era un militar de muy pocas luces políticas, un instrumento ciego de la historia, que constantemente se desplazó de derecha a izquierda y viceversa, según la habilidad con la que las clases antagónicas lo presionaban. Una medida francamente antiempresarial era seguida por el golpe contra la izquierda y así sucesivamente.

Bajo el gobierno de Busch se reunió la Convención Nacional de 1938, que fue la primera legislatura que contó con un bloque conformado por los grupos de izquierda, que eran buschistas confesos, y que se reclamó de la clase obrera. No ha sido todavía muy bien asimilada la lección que para los revolucionarios emerge de esta experiencia legislativa. Los convencionales (la Constituyente es la expresión más elevada del parlamentarismo) estaban seguros que aprobando leyes muy radicales llegarían inclusive a modificar la estructura económica de la sociedad boliviana y hasta a instaurar el socialismo; discursaron y emitieron su voto del modo más solemne, pues partían del convencimiento de que estaban señalando nuevos rumbos para el desarrollo histórico. Esta desviación parlamentarista volverá a repetirse más

tarde en el campo de la izquierda.

La Convención aprobó una Constitución Política del Estado muy avanzada dentro del pensamiento burgués. Incorporó y legalizó muchas conquistas obreras, entre ellas el derecho de sindicalización, de huelga, de protección a la fuerza de trabajo, etc.; introdujo el concepto de función social de la propiedad privada, lo que permite su limitación; está implícita en el texto la posibilidad de acentuar el estatismo; introdujo disposiciones de protección al campesinado, a la mujer y otras más.

Los izquierdistas, dentro y fuera del parlamento, confundieron estas expresiones de la política burguesa con el socialismo.

Culminando una obra que había sido iniciada en el gobierno anterior y que en alguna forma resumía todos los antecedentes históricos en la materia, Busch suscribió el Código del Trabajo. Volvió a presentarse la oportunidad para que dominase en el ambiente político la idea de que por medio del perfeccionamiento de la legislación social es posible imponer, desde el poder y a espaldas de las masas, una nueva sociedad. No se había debatido en el campo de la izquierda el problema acerca del verdadero sentido que tiene la legislación social. Era criterio predominante que las leyes protectoras de la fuerza del trabajo nada tenían que ver con los intereses de la burguesía y que, más bien le eran impuestas a la clase dominante por los obreros. De aquí se llegaba fácilmente a la conclusión de que por este camino legalista se podía transformar radicalmente a la sociedad. Esta tesis aparece dominando gran parte de la historia de la izquierda de la pre y pos-guerra chaqueña. La flojedad y el equívoco teórico llevaron a lamentables conclusiones y fue necesaria una larga experiencia de las masas para superar los equívocos en este terreno.

La legislación social, por muy generosa que sea, es parte del ordenamiento jurídico destinado a poner a salvo los intereses y los fundamentos materiales de la clase dominante en su conjunto. A la burguesía como clase le interesa preservar a la fuerza de trabajo de su destrucción, porque así puede perpetuarse como clase dominante. Lo que lleva a confusión es la evidencia de que frecuentemente la búsqueda de un rápido enriquecimiento por parte de los empresarios particulares, a costa de la superexplotación y de la violación de las normas que consagran los beneficios sociales, entra en fricción con las leyes sociales protectoras y con las autoridades encargadas de hacerlas cumplir. Es entonces que se tiene la falsa impresión de que el Estado puede actuar no sólo como un árbitro imparcial de la lucha de clases, sino inclusive como un aliado y defensor de los obreros en su lucha contra la burguesía.

Cuando fue aprobado el Código del Trabajo todos estaban seguros, esto por la equivocada posición adoptada por los grupos y líderes de izquierda, que Busch había puesto punto final a la explotación de las masas, que éstas habían sido liberadas con ayuda de la ley y que se abrían las puertas de un insospechado desarrollo de la sociedad socialista. La conclusión que emergía era por demás grave: no había ya necesidad de luchar contra la explotación y era inconcebible levantarse contra el gobierno, porque éste se había identificado totalmente con los explotados para liberarlos.

Una de las tendencias más poderosas en los países atrasados de nuestra época es la de la estatización de los sindicatos, esto porque esa estatización puede dar mucha fuerza política a los gobiernos nacionalistas, sobre todo cuando entran

en fricción con el imperialismo o cuando se proponen realizar un amplio plan de reformas sociales. Durante los gobiernos de Toro y Busch se avanzó bastante en el camino de la integración de los sindicatos al aparato estatal. El Decreto del coronel David Toro sobre la sindicalización obligatoria, dejaba en manos del Ministerio de Trabajo la organización y control de las entidades gremiales. Los líderes de izquierda contribuyeron, de manera decisiva, a la efectivización del control político e ideológico del movimiento sindical por parte de los gobiernos militares. Entonces, teóricamente no cabía plantear que los sindicatos deben seguir funcionando como órganos de defensa de los trabajadores inclusive bajo la dictadura del proletariado, contra los posibles excesos del Estado, etc.

La medida económica y política más importante adoptada por el gobierno de Busch fue aquella que obligaba a los empresarios mineros a vender al Banco Central el 100% de la moneda extranjera que obtenían por la exportaciones de minerales. Así llegó a su punto culminante la lucha que libraba el empobrecido Estado boliviano contra la gran minería en busca de mayores ingresos y de un mínimo control sobre las actividades empresariales.

Si recordamos que desde 1927 domina en la izquierda la consigna de "¡Tierras al indio y minas al Estado!", se tiene que concluir de que para ella el objetivo de la lucha no era otro que el de la nacionalización de las minas, entendida como una expropiación de los usurpadores de la fundamental riqueza nacional. La consigna era, ni duda cabe, incompleta, porque no señalaba con claridad el Estado de qué clase social se encargará de esa expropiación. Se puede argumentar que las multitudes enardecidas llegaron a pensar en un Estado de obreros y campesinos cumpliría esa descomunal tarea, lo que ciertamente no es más que una suposición.

La izquierda y las masas, moviéndose bajo la prédica de la primera, se apresuraron en señalar que la máxima aspiración del "pueblo" se había materializado, es decir, que el país se encontraba colocado ante una virtual nacionalización de las minas y esto gracias a la audacia y temeridad del teniente coronel Germán Busch. En ese momento la mayoría nacional se puso de pie y se identificó totalmente con el gobierno. Los partidos de izquierda y sus líderes se alinearon disciplinadamente detrás de Busch. La rosca se colocó en la oposición porque no estaba dispuesta a soportar que prosperase el estatismo y el aumento de los gravámenes que ponían en serio riesgo sus intereses.

La máxima medida económica de Busch no era más que una forma de control de cambios, pues se reducía a la venta obligatoria al Estado de los dólares y se respetaba su inversión por parte de los empresarios. Se puede también añadir que se traducía en un pequeño impuesto en favor del Estado y que no era otra cosa que la diferencia que había en la cotización de la compra y de la venta de la moneda extranjera. Por otro lado, era también una intervención estatal en parte del manejo de las empresas.

Busch nunca dejó de estar rodeado por políticos que obedecían los dictados de la gran minería y de la reacción y muchas de sus medidas fueron inspiradas por éstos, pero también fue sensible a la presión que sobre él ejercitaban las ambiciones de las masas populares. Toda su política pone en evidencia acentuados rasgos bonapartistas.

La misteriosa desaparición del dictador (en calidad de tal aprobó medidas contra la izquierda radicalizada) fue el comienzo del desconocimiento de parte de su política y el inicio de un período de franca restauración rosquera, encarnada en los generales Quintanilla y Peñaranda. La progresiva coalición de todos los partidos de derecha, incluida Falange Socialista Boliviana, prestó respaldo político a estos gobernantes.

La desaparición de Busch permitió a los grupos y líderes de izquierda liberarse del oficialismo, que volvieron a plantearse la posibilidad de seguir un camino independiente, pero esto por, muy breve tiempo.

Dos factores internacionales van a tener repercusión decisiva sobre los acontecimientos bolivianos y particularmente sobre la política de la izquierda: el frente popular (finalidad estratégica y no únicamente táctica pro-burguesas) que fue aprobado por el séptimo congreso de la Internacional Comunista y durante la segunda guerra mundial, que transcurrirá, después del breve interregno de pacto Moscú-Berlín, dentro de la línea de cooperación. entre el stalinismo y las "democracias" imperialistas.

El stalinista Partido de la Izquierda Revolucionaria

Al radicalismo stalinista del tercer período siguió una política de franco sometimiento a la burguesía, que no otra cosa fue el frente popular, que tan acertadamente fue calificado por Trotsky como una de las últimas cartas, juntamente con el fascismo, de que dispone el imperialismo frente a la arremetida revolucionaria de los explotados. En los países atrasados como Bolivia, la política del frente popular, que tan eficazmente sirvió a la política de cooperación de Moscú con el imperialismo democratizante, se tradujo en la estrategia de la unidad nacional contra el fascismo.

Cuando la restauración rosquera se mostró abiertamente, las masas buscaron los canales izquierdistas para exteriorizar su política independiente y de resistencia. Pero los líderes izquierdistas no tardaron en desembocar, siguiendo la línea frentepopulista, en la trinchera rosquera francamente y proimperialista. Si su identificación con los movimientos burgueses nacionalistas había constituido un error, su sometimiento voluntario los dictados de la rosca y del imperialismo fue el comienzo de su total degeneración y frustración como dirección política de las masas.

El stalinismo, a partir de las postrimerías del gobierno Busch, logró significativos éxitos en su política frentista y así logró aparecer, al menos por breve tiempo, como la indiscutida dirección de la mayoría nacional. La expresión política y organizativa más elevada del stalinismo hasta los años cincuenta estuvo representada por el Partido de la Izquierda Revolucionaria, cuyo antecedente inmediato fue el llamado Frente de Izquierdas Boliviano (FIB). Los propios interesados señalan que de julio de 1940 a 1943, el partido stalinista se esforzó por desarrollar una política independiente; de diciembre de 1943 a julio de 1946 "promueve la línea de coalición antifascista"; de julio de 1946 a mayo de 1947 "adopta la línea de unidad nacional"; de mayo a septiembre de 1947 interviene en un gabinete de concentración nacional, etc. ³³.

³³ Rolón Anaya, "POLÍTICA Y PARTIDOS EN BOLIVIA", La Paz, 1966.

Tristán Marof, que también estuvo muy interesado en la política frentista como el camino que podía conducir a la construcción de un poderoso partido político de masas, fue derrotado en este propósito por los stalinistas.

El Partido de la Izquierda Revolucionaria se organizó en 1940 como un poderoso partido de masas, firmemente entroncado en las bases obreras e inclusive en las mineras. Las deliberaciones de su reunión constituyente, que tuvieron lugar en la ciudad de Oruro, no pudieron concluir normalmente porque fue desbandada a bala por grupos falangistas, que el Ministerio de Gobierno trasladó expreso desde Cochabamba. Sin embargo, la línea política del partido quedó plasmada en el proyecto programático elaborado por Anaya. El PIR no se autodefinió obrero, sino más bien policíasista. Esta era la respuesta a la caracterización del país como semi-feudal. A pesar de que el autor del programa en ese entonces se decía trotskysta, su finalidad estratégica no era otra que la revolución democrático-burguesa y la instauración de un gobierno popular, democrático y anti-imperialista. El PIR era básicamente un partido reformista y estaba seguro que un determinado Estado de clase podía transformarse en otro por la acción interna de un determinado grupo político, inclusive con ayuda de la ley.

Como se ve, el PIR, que por algo era stalinista, desarrolló una concepción básicamente menchevique, que considera que en la presente etapa la burguesía puede aún jugar un importantísimo papel en el proceso de transformación social. En esta medida la política pirista fue a enriquecer el arsenal de las tendencias nacionalistas de contenido burgués.

En 1952 el PIR concluyó autodisolviéndose, esto porque consideraba que la victoria del pequeño-burgués MNR ya no justificaba su existencia independiente.

La aplicación por parte del PIR de la política stalinista, consecuencia de sus propias ideas programáticas, le llevó a pactar con la rosca y a desarrollar una línea de oposición al nacionalismo burgués de Villarroel, actitud que importó el comienzo de su ruina, fenómeno que tendrá una importancia decisiva en el desarrollo político posterior.

La teoría de la revolución democrática acaudillada por la burguesía nacional tuvo en el debido a circunstancias políticas muy concretas, una interpretación derechista. Se atribuyó a la gran minería, que no era más que un eslabón del capital financiero, y a la reacción asentada en el gamonalismo la posibilidad de que pudiesen permitir el desarrollo pleno e independiente del régimen burgués boliviano, cuyo punto más elevado no podía ser otro que la democracia formal.

En otras condiciones políticas habría sido posible una cooperación del Partido de la Izquierda Revolucionaria con el nacionalismo, como efectivamente lo planteó José Antonio Arze inmediatamente después del golpe de estado de diciembre de 1943. En ese momento la plana mayor pirista ya se movía alrededor del gobierno norteamericano. En un telegrama enviado por Arze al Departamento de Estado y en una carta pública dirigida al presidente Villarroel, se sostuvo que la inclusión del PIR y de la CSTB en el equipo ministerial del bloque gubernamental de la Logia Radepa y el MNR constituirla garantía de democratización de dicho régimen. Ya sabemos que esta, propuesta en sentido de dar paso a una coalición gubernamental entre el stalinismo y el nacionalismo no prosperó. Fueron estas circunstancias, además de la

influencia decisiva de la política internacional desarrollada por el stalinismo, las que empujaron al PIR -y esto de manera definitiva- hacia las posiciones de la rosca.

El contubernio rosca-stalinismo en la Unión Democrática Boliviana, primero, y después en el Frente Democrático Antifascista, que desarrolló una sistemática campaña contra el villarroelismo, culmina en el golpe de estado contrarrevolucionario del 21 de julio de 1946.

El PIR planteó que el bloque con los partidos tradicionales y rosqueros no era más que una táctica que debía concluir convirtiéndolo en el caudillo indiscutido de la mayoría nacional, requisito imprescindible para efectivizar la revolución. Los líderes stalinistas estaban seguros de que su táctica frentista les permitiría sacar una descomunal ventaja del apoyo de la rosca. Los piristas tenían indiscutible dominio sobre las masas de las ciudades y ciertamente que su pacto con la rosca les facilitó el acceso al parlamento e inclusive al Poder Ejecutivo: el partido stalinista se convirtió en cogobernante de la reacción y esta fue la causa de su ruina definitiva. El PCB repitió esta experiencia -cierto que con algunas variantes- al identificarse con el MNIR y apuntarlo de manera franca.

Todo lo anterior no era más que el aspecto exterior y anecdótico del fenómeno político, lo decisivo radicaba en el hecho de que el stalinismo desarrolló una política dictada por la rosca, particularmente a través de la masonería. Es esta actitud la que empujó a los sectores fundamentales del proletariado, sobre todo a los mineros, no sólo a diferenciarse políticamente con el PIR, sino a repudiarlo de manera categórica.

Los Arze y los Anaya plantearon ante el país el equivocado dilema de fascismo o democracia (se referían a la burguesa, de manera inconfundible). Según ellos los revolucionarios no podían menos que ser demócratas y en tal condición estaban obligados a apoyar al centro mundial de la democracia burguesa de ese momento, a los Estados Unidos de Norte América.

Solamente el trotskismo iba al fondo del problema cuando oponía la dictadura del proletariado (democracia para la mayoría nacional oprimida y explotada) a la dictadura burguesa (democracia para la minoría privilegiada). En el pensamiento pirista no cabía la evidencia de que la democracia formal más perfecta -un lujo que pueden darse únicamente las metrópolis enriquecidas gracias al saqueo de gran parte del mundo- no es más que una forma encubierta de la dictadura burguesa. Democracia y fascismo son dos formas gubernamentales a través de las cuales se manifiesta el Estado burgués y que la clase dominante las utiliza para poner a salvo sus intereses, según las circunstancias políticas imperantes, determinadas por el desarrollo de la lucha de clases. La democracia formal permite el generoso desarrollo de los gérmenes fascistas en sus propias entrañas, según enseña la historia.

Ciertamente que a los explotados les conviene moverse en el marco de la democracia formal, que puede permitirles organizarse con cierta libertad. Están interesados en destruir a la dictadura fascista, pero su lucha no logrará alcanzar el éxito si no comprenden con claridad que esa destrucción solamente puede ser efectiva si se llega a destruir al mismo régimen capitalista. La victoria de la revolución proletaria será la que sepulte para siempre al fascismo. El PIR planteó otra tesis opuesta: el triunfo político de la rosca fue presentado como la victoria de la democracia sobre el fascismo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario o nacionalismo burgués

En 1941 fue organizado el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). El documento programático que justificó su nacimiento lo define como anti-judío, anti-capitalista, anti-oligáquico y anti-marxista; considera a esta última tendencia como la expresión de una corriente judaíta y europeizante. Debutó como una posición política básicamente anti-yanqui y no específicamente anti-imperialista. En sus primeras declaraciones había un acentuado tinte racista y propugnaba la creación del gran Estado Nacional soberano. Estos principios políticos estaban inspirados en el fascismo, pese a que entre líneas se puede leer que su autor -José Cuadros Quiroga, que tuvo la ocurrencia de crear el término "trotskobista" para atacar a la dirección de la COB- era un "comunista" renegado. De su propaganda se podía colegir que estaba seguro que la liberación del imperialismo yanqui se daría gracias a la cooperación de la Alemania victoriosa en la segunda guerra mundial. No nació como un movimiento político que buscara conscientemente el apoyo y el liderazgo de las mayorías obrero-campesinas, sino como un fenómeno propio de la clase media pobretona e intelectualizada, predestinada a representar los intereses de la burguesía nacional y, sobre todo; a sacar al país de su postración y de su atraso, todo dentro del marco de la propiedad privada y de un sistema totalitario.

Ciertamente que el fracturado nacionalismo de hoy no puede ser analizado únicamente a la luz de sus documentos programáticos de 1941. Es importante anotar que su arribo al poder le obligó a realizar un franco viraje democratizante y a colocarse francamente en las posiciones del imperialismo norteamericano, en ese instante empeñado en la guerra contra el Eje nazi-fascista. Sin embargo, lo fundamental radica en que en ambos casos el MNR se limitó a desarrollar a fondo una política francamente burguesa.

El contubernio rosca-stalinismo y la necesidad de fortalecerse políticamente, en la oposición como en el gobierno, empujaron al Movimiento Nacionalista Revolucionario a ir al encuentro de las masas, que en ese momento buscaban afanosamente canales que les permitiesen expresar su disconformidad con el estado de cosas imperante y con la opresión imperialista. El creciente fortalecimiento del Movimiento Nacionalista Revolucionario se debió al hecho de que supo expresar estos sentimientos, no por contar con un programa revolucionario, sino porque correspondían a un planteamiento ilusorio de arrancar al país de su atraso.

El movimiento pequeño-burgués nacionalista estaba condenado, por su naturaleza de clase, a concluir cambiando su furioso "anti-yanquismo", el rasgo que mayormente le diferenció durante la oposición, con la más irritante obsecuencia frente a la metrópoli saqueadora y opresora. Este proceso, sorprendente para muchos, estaba determinado más que por el período de decadencia por el que atraviesa el capitalismo y por la falta de tiempo y posibilidades para que se dé un pleno desarrollo capitalista independiente del país (tesis que está implícita en la caracterización de Bolivia como país capitalista dependiente), por la presencia del proletariado como tal en el escenario político. La clase obrera no bien adquiere su propia fisonomía, plantea una política propia y amenaza con destruir no solamente al nacionalismo de contenido burgués sino a la misma propiedad privada. Es esta actitud de los explotados la que empuja al nacionalismo hacia las posiciones pro-imperialistas. Se trata de una ley

general de la revolución de nuestra época en los países atrasados.

La masacre de Catavi

En diciembre de 1942 tiene lugar la llamada "huelga del estaño", desarrollada en el distrito de Catavi-Siglo XX y desencadenada alrededor de planteamientos económicos, que bien pronto se convirtió en un problema político nacional. Las grandes empresas estaban interesadas en aumentar aceleradamente sus ganancias, lo que se traducía en fricciones continuas con las autoridades. Observadores y comisiones internacionales y nacionales, que se movilizaron después de la masacre de mineros confirmaron que los trabajadores altiplánicos vivían y trabajaban en condiciones subhumanas. Una vez más, el Estado boliviano demostró que tenía no únicamente el carácter de administrador de los intereses generales de la clase dominante, sino que sobre él ejercía influencia avasalladora la empresa Patiño todopoderosa. El ejército dio pruebas de que había sido organizado para actuar al servicio de la gran minería, de donde emergía su carácter antiobrero y antinacional.

Hubieron anteriormente muchas otras masacres de obreros, recurso extraordinario que toman las autoridades y los empresarios para obligar a los trabajadores a retroceder, pero ninguna desató como la de Catavi tan descomunal agitación social y política de dimensión nacional, al extremo de que hizo tambalear al gobierno, demostrando así que la misma clase dominante se encontraba debilitada. Este acontecimiento político de excepcional importancia fue capitalizado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, gracias a que se esmeró en acentuar sus actitudes opositoras y pro-obreras.

El stalinismo, actuando como descarado puntal de la política de la burguesía imperialista, desarrolló la teoría de que dadas las condiciones internacionales que se vivían, las huelgas obreras eran contraproducentes porque contribuían a disminuir la producción de materias primas que la "civilización occidental y cristiana" necesitaba para su defensa, y así coadyuvaban al fascismo. Esto explica por qué el Partido de la Izquierda Revolucionaria dio las espaldas a los trabajadores mineros en huelga y no se esmeró en capitalizar las consecuencias políticas de la masacre. El lugar del partido stalinista como defensor incondicional de los trabajadores fue ocupado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

La restauración

El general Enrique Peñaranda, una de las figuras grises del alto mando castrense, ganó las elecciones como personero de la Concordancia, frente político rosquero conformado por los partidos tradicionales para rechazar el intervencionismo estatizante y la política firme de aumento de gravámenes a la minería, que caracterizaron a los movimientos y gobiernos nacionalistas. El general se limitó a facilitar la ejecución de los planes del imperialismo que asignaban a Bolivia el lugar de fuente segura de materias primas consideradas estratégicas en los programas belicistas y a permitir el ilimitado enriquecimiento de los grandes capitalista mineros y de las empresas privadas. La metrópoli norteamericana creía -y sigue creyendo ahora- que su interés y su deber no eran otros que el preservar la intangibilidad de

las reservas estañíferas.

La derecha se esmeró en presentar al gobierno Peñaranda -una apenas encubierta dictadura de la feudal-burguesía que tan sañudamente persiguió a los obreros y a los políticos, izquierdistas- como una verdadera democracia boliviana, que contaba hasta con parlamento. En oposición, habló del gobierno Villarroel-MNR del pasado como de una dictadura sin atenuantes.

Las elecciones se definían con cerca de cien mil votantes, lo que da una clara idea de lo que era la "democracia" inventada por la rosca. Según la ficción jurídica y política, en esa pequeñísima porción de los ciudadanos bolivianos radicaba la fuente de la soberanía de toda la nación y era ella la que podía decidir acerca de la suerte de los poderes del Estado y del resto de los habitantes. Todo esto siempre que aceptemos como una realidad la impostura de que todos los hombres (los ciudadanos) son iguales ante la ley y la papeleta electoral, que puede sintetizarse en la fórmula "un ciudadano un voto". Los sufragantes también están divididos conforme a su pertenencia a determinadas clases sociales. Sus actitudes responden a diferentes intereses materiales. El gerente de una empresa y la clase a la que pertenecen concentran en manos un poderoso aparato económico y político, no son sólo dueños de los medios de comunicación sino que tienen la posibilidad de imponer sus propias ideas, que justifican la virtual dictadura que ejercen sobre la sociedad, y que se conviertan en las ideas dominantes de determinada época. De esta manera el gerente puede controlar los votos de gran cantidad de ciudadanos. Contrariamente, el ciudadano peón sólo puede contar con su voto propio y las más de las veces se ve inducido a sufragar contra sus propios intereses y en beneficio de sus explotadores.

La feudal-burguesía estableció una democracia que alcanzaba a su círculo estrecho y para dar la sensación de que tenía una validez universal utilizó los servicios de una ciudadanía demográficamente restringida. La mayoría de la población boliviana estaba, en los hechos, marginada inclusive de la misma ficción democrática. Posteriormente, se amplió el ámbito de acción del voto, se tornó universal, pero la democracia siguió siendo la vigencia de las garantías constitucionales en beneficio directo de la clase dominante y sus servidores, porque tal es su esencia. No en vano la Constitución Política del Estado parte de la defensa de la propiedad privada de los medios de producción. El campesinado soporta un régimen de semi-ciudadanía y las minas siguen siendo campos de concentración, lo que se traduce en que la mayoría de la ciudadanía tiene que sufragar conforme a la voluntad de los dueños de la economía y del Palacio de Gobierno.

Hemos visto que el esfuerzo más serio que se hizo para establecer un régimen de amplia democracia formal correspondió al liberalismo y que resultó frustrado porque ni siquiera pudo garantizar la pureza del sufragio, tema alrededor del cual se gastó mucha tinta y papel. Bolivia y las masas explotadas se han caracterizado por no contar con una rica experiencia parlamentaria que pudiese desorientarlas acerca de las bondades de tal método que en su momento fue ideado por la burguesía.

Actividad del trotskismo

Por los años cuarenta el Partido Obrero Revolucionario, en ese entonces un pequeño círculo propagandístico formado por intelectuales de alguna valía, se lanzó osadamente a cumplir un plan de penetración en las masas, particularmente en las mineras, por considerarlas el sector social fundamental del proletariado, como se sostenía desde los tiempos de José Aguirre Gainsborg. Se trató de una experiencia sumamente valiosa y que, dadas las condiciones de exacerbación de la lucha de clases que caracteriza al país, ha permitido mostrar -como si se tratara de un trabajo de laboratorio- la verdadera función que cumple el partido político, considerado éste fundamentalmente como programa.

La formación del asalariado boliviano como clase se ha dado a través de su diferenciación política con el nacionalismo de contenido burgués, que por si mismo constituye uno de los fenómenos políticos de mayor significación de toda la historia del país. La actividad del POR forma parte de este proceso.

El hecho de que se hubiese cumplido las importantes tareas democráticas permite que la burguesía nacional o su sucedánea pequeño-burguesa, civil o militar, enarbolan como bandera su realización dentro del marco capitalista y de la convivencia con el imperialismo y, en esta medida, pueden movilizar a las masas y colocarse a la cabeza de los procesos antiimperialistas. El proletariado que se disuelve en el frente nacional y que se subordina a la dirección política de la burguesía no es todavía clase para si, lo será cuando conquiste su independencia clasista, es decir, cuando ostente sus objetivos históricos y desarrolle su política propia, lo que sería inconcebible si no contase con sus organizaciones político-sindicales autónomas.

La opresión imperialista es nacional y no simplemente clasista y la liberación frente a ella constituye una tarea democrática, que se efectivizó, en el momento de la revolución burguesa clásica, como liberación nacional en la creación del gran Estado burgués soberano: La metrópoli opresora aparece como el enemigo común para toda la nación oprimida y las tendencias nacionalistas y stalinistas consideran que este hecho determina la anulación, o por lo menos la atenuación, de la lucha de clases. Durante la lucha por la liberación nacional, considerada por la burguesía y el stalinismo como finalidad estratégica de la revolución democrática, que ciertamente lo sería si se partiese del convencimiento de que ésta es todavía viable, el proletariado no debería plantear sus objetivos clasistas, a fin de no fracturar o debilitar el frente nacional y aparecer favoreciendo al imperialismo; su papel dentro del frente nacional no sería otro que el de apoyar desde la izquierda a la burguesía nacional o a quien represente sus intereses generales. Algunos parten del supuesto falso de que puede darse un frente de cuatro clases sociales con intereses diferentes, aunque no necesariamente contrapuestos, con una dirección que represente por igual a todas ellas. Esta es una argucia a la que recurre la clase dominante para encubrir su predominio dentro del frente, que se da de una manera natural porque la burguesía, debido a que detenta el control de la economía y de la opinión pública, logra imponerse políticamente a las masas con sólo callar sus objetivos o alentar el "apoliticismo", tan del agrado de los sectores atrasados de éstas. La lucha porque el frente antiimperialista delimite con nitidez su programa, es ya una actitud anti-burguesa.

El Partido Obrero Revolucionario se afirmó como partido al oponer sistemáticamente la teoría de la revolución permanente a la línea política esbozada más arriba, propia de nacionalistas y stalinistas. Estos últimos son los que, no pocas veces, empujan a las masas a subordinarse a la burguesía nacional. Mientras los explotados compartan esta posición y se niegan a formular la solución de los grandes problemas nacionales (tareas democráticas) y clasistas, no se puede hablar de independencia de clase o de que el proletariado es ya consciente. Hace falta todavía emanciparse de la ideología burguesa, porque si esto no sucede, el proletariado aún no está luchando por sus intereses, sino por los de la clase enemiga, que puede ser su momentánea aliada.

Cuando la clase obrera se incorpora y comienza a caminar con sus propios pies, importando poco quién la hubiese organizado inicialmente, plantea sus propios objetivos; en esta medida choca con la dirección burguesa del frente popular o nacional. Como clase revolucionaria que es marca su impronta en todo lo que toca y tiende a formular soluciones a los problemas nacionales y de clase desde su punto de vista, de un modo plebeyo, esto porque está en proceso de convertirse en caudillo nacional. Que el frente nacional está constituido por clases con intereses diferentes se prueba, una vez más, por el, hecho de que se exteriorizan diversas soluciones de los problemas que se plantean al país, particularmente de la liberación nacional. La diferenciación política entre la clase obrera y el nacionalismo de contenido burgués, o la dirección política que la expresa, se encuentra latente desde el momento mismo en que se da el frente nacional. El trotskismo no solo que planteó esa diferenciación, sino que la timoneó.

La opresión imperialista exige no solamente la posibilidad de constituir el frente nacional, sino también -lo que adquiere importancia trascendental- la solución al problema acuciante de qué clase social es capaz de consumir la liberación con referencia a la metrópoli opresora y saqueadora. Es la práctica cotidiana, en la que se prueba la fidelidad o no al programa anti-imperialista, la que permite dar la respuesta. El proletariado no se conforma con contraponer su concepción de la liberación nacional, como uno de los puntos de las realizaciones de la revolución acaudillada por él, al estrecho planteamiento antiimperialista de la burguesía, que se conforma con demandar un reacondicionamiento de las relaciones de la semicolonias con la metrópoli, sino que se encamina con firmeza a arrancar a la mayoría nacional del control de los sectores políticos de la clase dominante para arrastrarla detrás de sí.

La diferencia existente entre país opresor y país oprimido, entre burguesía metropolitana opresora y burguesía nacional oprimida, se concretiza en la particular mecánica de clases que se da en la periferia semicolonias. En los países capitalistas clásicos el protagonista de la revolución es el proletariado y en los atrasados la nación oprimida, es decir, el frente de varias clases sociales. Por esto mismo cobra primerísima importancia la cuestión de la dirección política de esa nación oprimida, que sintetiza la clave y destino de la revolución.

En un país atrasado, la revolución puramente proletaria o socialista (en este caso concreto ambos términos son sinónimos) es sencillamente inviable porque sería nada menos, que una revolución contra la mayoría nacional. La clase obrera minoritaria (en Bolivia no más del 10% de la población) debe, en alguna forma, trocarse políticamente mayoritaria, lo que puede ser realidad si llega a acaudillar a las masas no proletarias. En este último caso revolución proletaria y socialista no son

ya la misma cosa. La revolución proletaria cumplirá tareas democráticas y socialistas de una manera combinada y buscando que las primeras sean transformadas en socialistas, esto lejos de que permanezcan indefinidamente como tales, lo que se convertiría en base material de un generoso desarrollo capitalista.

El frente anti-imperialista se convierte en el escenario adecuado para que la clase obrera pueda transformarse en dirección política de la nación oprimida. Una cosa es el frente nacional timoneado por la burguesía y otra muy diferente el que lo está por la clase obrera, siendo la diferencia que media entre ellos la misma que existe entre el antiimperialismo burgués y proletario.

Cuando decimos que la clase obrera de los países atrasados se forma a través de su experiencia en el seno de los movimientos nacionalistas de contenido burgués, queremos significar que el desarrollo de su conciencia de clase pasa por la comprensión de todo este proceso, que no otra cosa es el fundamento de la diferenciación política a la que nos hemos referido.

b) El movimiento obrero

En alguna forma las organizaciones sindicales que habían entrado en receso con motivo del estallido de la guerra del Chaco reflataron después de 1935; sin embargo, la línea del desarrollo político de la pre-guerra aparece interrumpida. Esa experiencia, la más valiosa y que resume todo lo que se hizo hasta entonces en el campo obrero, va a pasar a convertirse en el caudal de experiencias monopolizado por las tendencias políticas. Según la orientación de éstas, unas veces es perceptible el afán de sepultar en el olvido lo logrado antes de 1932, porque solamente al margen de toda esa experiencia se podía desarrollar una línea política extraña a los intereses de los trabajadores; excepcionalmente, el casi imperceptible trotskismo tomó como uno de sus fundamentos el camino ya recorrido por la clase obrera, tanto en el campo sindical como en el político. Este hecho constituye uno de los componentes de la fortaleza ideológica del POR.

Hay que tomar en cuenta que la izquierda, tanto la francamente stalinista como la encubierta, por carencia de suficiente información o por convicción, comenzaron a moverse bajo la concepción del frente popular, entendida como la subordinación política de la clase obrera a la burguesía. Es este hecho el que nos interesa subrayar, independientemente del carácter contradictorio que el frente popular puede asumir en los países atrasados, de acuerdo a lo puntualizado por León Trotsky. La concepción frente populista constituía una de las ideas dominantes de la izquierda mundial y es a través de ésta, más que como una instrucción enviada desde el Kremlin, que llega a Bolivia. Resultaba sumamente difícil, en medio del atraso político dominante, explicar que la unidad de las clases oprimidas por el imperialismo, que eso supone en cierta medida el frente popular, lleva a una actitud contrarrevolucionaria si no está dirigida, precisamente, por el proletariado. En política, la simple adición de fuerzas y no la mecánica que resulta de la relación entre las clases, constituye el elemento dominante cuando se está lejos de manejar debidamente la teoría marxista, que ese era el caso de la izquierda boliviana en ese entonces. La unidad por la unidad va a ser uno de los elementos de mayor importancia durante todo el período. se puede decir que la propia experiencia de la clase obrera y de sus expresiones políticas era

todavía insuficiente para poder comprender que la unidad de los explotados, a fin de adquirir proyecciones revolucionarias, debía sellarse alrededor de la clase obrera. Si se buscara encontrar las razones por las cuales los grupos que se reclamaban del marxismo y las masas fueron tan fácilmente a desembocar en movimientos que mostraban inconfundibles rasgos frente populistas, se tendría que concluir que tal sentimiento unitario se convirtió en la pieza maestra de dicho proceso. Las ideas políticas (contenidas en pronunciamientos aislados y en muy pocos documentos programáticos), correspondían a dicha mentalidad.

Está indicado que uno de los fenómenos de importancia de la época fue la irrupción en el escenario político de la clase media como masa (formaba parte de los contingentes que vinieron desmovilizados del frente de batalla), lo que potenció políticamente a las capas intelectuales, que ya jugaron relieve papel en la preguerra. Ni duda cabe que antes del año 1932 esos intelectuales radicalizados se orientaron hacia las ideas que propagó la Tercera Internacional que estaba viviendo su tercer período, en ese entonces muy radicales y que sólo analizándolas atentamente se podía descubrir que en el transfondo estaba agazapada la posibilidad de un entendimiento con la burguesía.

En la preguerra, como hemos visto, no se logró estructurar un poderoso partido obrero, ni siquiera stalinista, esto particularmente desde el punto de vista programático, que es lo fundamental. Lo que venimos señalando explica por qué los intelectuales de la pequeña burguesía hubiesen podido imponer su criterio al movimiento obrero, al hacerlo reprodujeron la ideología difundida por el stalinismo, esto tratándose de los elementos más radicalizados, y de esta manera actuaron, de manera inconsciente, como correa de transmisión de los intereses de la burguesía nacional. Si no hubiera sido así sería inexplicable el que tan fácilmente los líderes universitarios hubiesen desembocado voluntariamente en el campo de la burguesía. Es posible constatar indicios de desconfianza de las masas hacia sus líderes aun tratándose de los de origen artesanal, y es evidente que se dieron algunos pasos en el camino de la independencia clasista pero no logró ponerse en pie una organización política capaz de convertir en revolucionarios a los pequeño-burgueses y tampoco de prescindir de éstos en el momento propicio. Los intelectuales al entregarse a la burguesía concluyeron entregando al mismo proletariado al enemigo de clase. La operación se produjo sin sobresaltos, sin grandes ni pequeñas polémicas, sin escisiones de especie alguna, todo porque los líderes sindicales seguían siendo recolectados en las filas del artesanado. No se produjo un vacío en la dirección política por el hecho de que la inteligencia pequeño burguesa se hubiese entregado a la burguesía nacional, debido a que en la pre-guerra no emergió un poderoso partido obrero. El trotskismo era un programa, pero no estaba físicamente presente en el escenario político y sindical.

José Aguirre Gainsborg si lo estaba personalmente, pero su extremo aislamiento le obligaba a vestirse con ropaje prestado, a fin de poder movilizarse con cierta facilidad. El POR no pudo tomar la dirección de la clase, debido a su tardío nacimiento y a las tremendas dificultades que encontró en su empeño por aclimatarse en el país. Esta ausencia virtual de una dirección revolucionaria facilitó en gran manera el desplazamiento de los explotados hacia la trinchera de la clase dominante.

Los escritores de Aguirre de la época señalan que se estaba cometiendo un gravísimo error de proyecciones contra-revolucionarias. Ahora es posible comprender por qué esa acertada crítica no fue escuchada por los obreros ni por los hombres que manejaban las ideas: no había madurez política en el país para comprender el radicalismo y la ortodoxia marxistas. El atraso de la clase reaccionó negativamente sobre el partido que con tan buenos augurios había visto la luz en Córdoba (república Argentina), le impidió desarrollarse, causa de su largo enquistamiento y las callosidades que crecieron alrededor suyo le imposibilitaron nutrirse de la experiencia vivificante de los trabajadores.

Mientras tanto, las otras tendencias políticas pudieron fácilmente llevar a los explotados hacia posiciones contrarias a la política revolucionaria. El rezagamiento político de la clase se media adecuadamente en esa conducta antiobrera y proburguesa. Durante toda esta etapa, si se exceptúan los momentos finales del gobierno de Villarroel, es la clase, debido a sus propios defectos, la que va a actuar poderosa y negativamente sobre la dirección política. El esquematismo gusta ignorar a las masas para referirse únicamente a la dirección y sostener que ésta puede a su antojo precipitar o postergar la conquista del poder no importa en qué momento ni bajo que condiciones. Se trata de la expresión de un acentuado subjetivismo, que, sin decirlo, cree que la historia puede realizarse conforme a las arbitrarias determinaciones de los teóricos. El desarrollo de los acontecimientos enseña que con mucha frecuencia son las masas las que impiden el desarrollo del partido y de esta manera ellas mismas se cierran el camino, cierto que por un momento, de la actuación consciente y subordinada a las leyes de la historia. Con todo, este proceso, aparentemente contradictorio, tiene su explicación en la debilidad programática, en la falta de tiempo para el cumplimiento de la tarea de penetración de los núcleos partidistas, portadores de la doctrina revolucionaria, en los medios obreros. Dicho de otra manera: el partido no alcanza a encontrar los recursos adecuados para cumplir su fundamental tarea transformadora de la clase.

El hecho de que el golpe militar que consagró en la presidencia de la república al coronel David Toro hubiese tenido como punto de apoyo a la huelga general de los trabajadores paceños, desorientó a los observadores y les llevó al convencimiento de que el nuevo gobierno no sólo representaba los intereses de los explotados, sino que era la hechura de éstos.

Flota la pregunta de ¿Por qué la clase obrera concluyó creyendo que el gobierno militar era su propio gobierno?. Ni duda cabe que el equívoco expresaba, en alguna forma, el atraso de la clase; sin embargo, las direcciones izquierdistas fueron las que empujaron a las masas, que estaban predisuestas para tal operación, hacia la trinchera feudal-burguesa.

Todo este proceso importó una momentánea pérdida de la independencia de clase y, en esta medida, se convirtió en un serio obstáculo para la estructuración revolucionaria de la vanguardia obrera.

El gobierno militar, reproduciendo las características más importantes de los regímenes burgueses nacionalistas de los países atrasados, pugnó por convertir a la clase obrera en su simple apéndice y por integrar a las organizaciones sindicales al aparato estatal, una de las expresiones de este proceso es, precisamente, el decreto de sindicalización obligatoria. La clase obrera vivió la experiencia negativa

del "socialismo" militar, una de las formas del nacionalismo de contenido burgués, pero no pudo asimilar a plenitud las lecciones emergentes de ella, porque la izquierda no estaba capacitada para esa función, pues no realizó ninguna labor crítica, o autocrítica de este período tan interesante. Si bien el atraso político de los explotados y la virtual ausencia de una dirección revolucionaria, determinaron que las masas concluyesen atrapadas en las redes de la clase dominante, la experiencia que éstas vivieron no sirvieron para que pudiesen superar su atraso.

Hemos visto que en la pro-guerra chaqueña, el movimiento obrero, que debutó siendo organizado desde el poder por el Partido Liberal se vio obligado a liberar a sus organizaciones sindicales del control oficialista; este proceso se reflejó vigorosamente en la estructuración del partido obrero independiente. Inmediatamente después de 1935 pareció haberse perdido todas estas conquistas, ciertamente que fundamentales para la formación de la clase obrera como tal. No se puede poner en duda que los gobiernos "socialistas" militares impulsaron el sindicalismo, pero lo hicieron convencidos de que lo controlarían políticamente y de que las organizaciones laborales no tendrían más función que la de estudiar la mejor forma de ejecutar los planes estatales, Está fuera de toda duda que era el Ministerio del Trabajo el que, dirigía a los sindicatos y que éstos gustosos se movían conforme a los deseos del Poder Ejecutivo. La Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB), de manifiesta orientación stalinista y alineada dentro de la también stalinista CTAL, nació como criatura del oficialismo, lo que no impidió que luego siguiese su propio camino, el zigzagueante que le impuso el PIR.

Sería equivocado sostener que todo lo que se hizo en el movimiento obrero durante los gobiernos militares fue negativo y que debería ser catalogado como totalmente contrario a la formación de la clase. Hay que recalcar que la puesta en pie de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia constituyó todo un acontecimiento histórico. Por primera vez y después de intentos fallidos, como hemos visto, logró estructurarse y consolidarse una central obrera nacional, incorporándose como una valiosísima adquisición de las masas, pues éstas lucharon de manera sostenida tras este objetivo. Esta afirmación no significa que se aprueba su dirección stalinista, es decir, pro-burguesa; claro que correspondía al nivel político alcanzado por el desarrollo de la clase y a su historia interna, factor decisivo para el paso de la clase en sí a clase para sí.

Los gobiernos militares "socialistas" fueron acentuadamente reformistas y lograron una gran popularidad a costa de la obra que realizaron. Bajo la influencia de los grupos de izquierda, las masas identificaron ese reformismo con el socialismo y al propio gobierno castrense con el gobierno de los explotados; estos últimos, al abandonarse en brazos del oficialismo y al confundir la acción de éste con su propia acción (la acción directa) adoptaron una postura contraria a sus intereses históricos.

En el campo de la doctrina revolucionaria de la clase obrera de la pre-guerra llegó a plantearse, de una manera imperfecta, llena de contradicciones y de confusión, la perspectiva de su propia revolución. Ahora, siempre cediendo a la presión de las direcciones políticas de izquierda, las masas estaban seguras de que los gobiernos militares, que a veces se presentaban como "socialistas", materializaban la metas soñada. Lo que fue una conquista en el camino de la estructuración de la teoría de la revolución en Bolivia, pareció haberse perdido del todo.

Oscilaciones de las masas

A esta altura del análisis se impone dilucidar uno de los problemas más agudos que plantea la evolución de la conciencia clasista. ¿Por qué ésta en ciertos momentos del desarrollo de la clase, da la impresión de que desaparece opacada por actitudes que indudablemente importan el sometimiento a la política desarrollada por la clase dominante? Cuando francamente se inicia el proceso de formación de la conciencia de clase, ésta no sigue una línea recta y siempre ascendente, sino que, contrariamente, se desliza de derecha a izquierda, avanza hacia adelante y retrocede. Sin embargo, la lucha de clases se desarrolla de una forma especial: cada nuevo ascenso de masas se da partiendo del nivel alcanzado en la etapa precedente. Es oportuno recordar que nada de lo que las masas hacen con sus manos se pierde, siempre deja su huella en la formación de la clase.

Hay un hecho fundamental en todo este proceso: las adquisiciones en el camino de la formación de la conciencia de clase se concentran en la vanguardia, que es el núcleo más claramente definido del proletariado, la avanzada (los obreros calificados, los que tienen relación con las ideas) que muestra mayor predisposición a comprender las tareas históricas de la clase. Con lo dicho queremos significar que es esa vanguardia la que mejor puede apropiarse la experiencia cotidiana de los trabajadores. El partido político va a comenzar actuando en los núcleos de esa vanguardia y reclutará a sus cuadros entre los elementos que se mueven en su seno. La actuación en un solo bloque del grueso de la clase con su vanguardia es algo excepcional, lo corriente es que esta última permanezca aislada del grueso de los explotados.

La clase obrera es heterogénea, aunque no de manera tan extrema como la pequeña burguesía. En la base se encuentran los vastos sectores semiproletarios, (temporalmente concurren a las fábricas, a la construcción, a las minas, etc., en busca de remuneraciones que las consideran elevadas, que no han logrado todavía diferenciarse de los campesinos o del artesanado. Entre esta capa y la vanguardia, la más inclinada a la actividad política, está la gran masa de obreros apegados a la acción limitadamente sindical, interesada únicamente en el logro de mejores salarios y empeñada en alejar a la clase y a sus organizaciones de toda complicación política. Los sectores mayoritarios y rezagado son los que con mucha frecuencia actúan como correa de transmisión de las ideas y de los intereses del enemigo de clase. La influencia del partido revolucionario se difumina tratándose de esta mayoría del proletariado y únicamente en los momentos de mayor agudización de la lucha de clases cobra autoridad sobre ella.

Si excepcionalmente, cuando el ascenso revolucionario llega a cumbres muy elevadas, el grueso de la clase aparece soldada a su vanguardia y arrastrada por ésta, en los períodos de depresión o de franco retroceso de las masas, ese sector mayoritario presiona poderosamente sobre la minoría aguerrida y politizada y la empuja hacia la derecha, llegando a opacar todo lo conquistado hasta ese momento en el proceso de formación de la conciencia clasista. Se tiene la impresión de que todo se hubiese perdido, pues comienzan a dominar el ambiente las viejas ideas conservadoras y es evidente el repudio a la política revolucionaria. La desaparición en los períodos de reacción de esas adquisiciones no es más que aparente, permanecen latentes en la subconsciencia de la clase, dispuestas a aflorar no bien las condiciones se tornen

favorables.

Si se observa atentamente el desarrollo de la clase obrera, se constata que se desplaza constantemente de izquierda a derecha o viceversa, que avanza y retrocede. A pesar de esta inevitable sinuosidad de la línea de evolución de la clase, del desplazamiento contradictorio de segmentos, en su conjunto se orienta francamente hacia adelante, hacia el ascenso, es la ola revolucionaria en crecimiento. En otros momentos apunta hacia abajo, hacia el retroceso; es el período de la contrarrevolución, que se abre cuando el empuje de los explotados no logra derribar el muro levantado en su camino por la clase dominante.

Lo anterior podría llevar a la falsa conclusión de que no hay, en realidad, un desarrollo de la clase obrera, que ésta se mueve indefinidamente en círculos planos, independientes los unos de los otros. La historia se reduciría a la constatación de que los explotados que atacan son derrotados, para volver a atacar un poco más tarde, y así sucesivamente hasta el infinito. Los fenómenos políticos no se repiten de manera igual y mecánica, sino que los problemas que plantean pueden ser resueltos en un plano superior, determinado, precisamente, por la experiencia acumulada por la clase revolucionaria, que se desarrolla en espiral. Las lecciones emergentes de la experiencia sirven para potenciar políticamente a la clase, para llevarla más allá de esa experiencia. Ni los fenómenos políticos ni sus soluciones se repiten mecánicamente. Si el proceso de la formación de la clase obrera no siguiese este camino, si la feudal-burguesía (la reacción) fuese capaz, actuando a través de las capas más atrasadas de los explotados, de destruir todo lo logrado hasta cierto momento en la formación de la conciencia de clase, ésta se tornaría imposible.

Cuando se dice que la conciencia de clase se concentra en la vanguardia obrera, se quiere subrayar que es el partido político (la organización alrededor del programa revolucionario, que tanto vale decir de la doctrina marxista) el que actúa como tentáculo irremplazable en el proceso de asimilación y generalización de esa experiencia. La vanguardia es la que actúa persistentemente sobre la clase, buscando ensanchar el área de su influencia y de su actividad en los sectores más rezagados; a su turno, éstos ejercen poderosa influencia sobre aquella. En el fondo, se trata de uno de los aspectos de inter-relación entre partido y masa.

Las masas y su dirección tradicional

Como siempre ocurre, cuando los gobiernos militares arremetieron contra las direcciones izquierdistas y se desató la persecución a los agitadores, éstos no tuvieron más remedio que pasar a la oposición; pero, las masas explotadas, que apenas estaban viviendo su experiencia bajo los regímenes "socialistas", permanecían en el campo del oficialismo, esperando que éste solucionase los problemas, que cumpliera su promesa de emanciparlos y también la de emancipar a todo el país. Esta ruptura entre los trabajadores y su dirección tradicional se va a mantener hasta la desaparición del dictador Busch.

El caso más lamentable fue el de Tristán Marof, que era considerado casi por todos nada menos que como trotskysta. Este líder estaba empeñado en imponerse en la carrera de la unificación de los dispersos grupos de izquierda en general, lo que podía

lograrse sólo si se contaba con un fuerte punto de apoyo, con una organización que mostrase algunos rasgos de influencia masiva. No es casual que Marof apareciese contrapuesto a las ideas organizativas y políticas de Aguirre Gainsborg, aferrado a su concepción de partido de estructura bolchevique.

Lo que entonces dijo e hizo Tristán Marof constituye un anticipo de su conducta posterior, que le fue alejando más y más del marxismo. Lanzó la tesis de que Germán Busch, una carta castrense que utilizaba la clase dominante, no hacía otra cosa que cumplir los enunciados del marxismo y una tarea inconfundiblemente revolucionaria. Entusiasmado se alineó detrás de quienes creyeron que la entrega al Banco Estatal del cien por cien de las divisas provenientes de la exportación de minerales era ya la nacionalización de las minas. De esta manera no quedaba nadie en el campo de la izquierda capaz de señalar una perspectiva revolucionaria. Marof, acaso sin saberlo y empujado por las imprevistas consecuencias de su empirismo y de su casi ningún conocimiento de la doctrina marxista, acabó capitulando ante la burguesía.

La ruptura entre las masas y su dirección, en beneficio de los gobiernos militares, que en momento alguno llegaron a perder su popularidad, se prolongó hasta el período restaurador que se abre con el gobierno del General Carlos Quintanilla, encomendado por la rosca para cumplir la tarea de sepultar todas las disposiciones de marcado sabor estatista, dictadas por el "socialismo militar".

Las masas pasaron a la oposición y encontraron allí a los viejos líderes, pero no una respuesta a su ansiosa búsqueda de una clara perspectiva revolucionaria; en su confusión estaban empeñadas en proseguir el camino que había sido abierto por Toro y Busch, que en ese momento eran ya reivindicados por los nacionalistas como sus inmediatos predecesores. Desde el campo marxista no apareció un programa capaz de permitir que los explotados asimilasen críticamente toda la rica experiencia, aunque negativa, que habían vivido y potenciasesen su actividad política. Contrariamente, los grupos de izquierda, que progresivamente fueron siendo ganados por el stalinismo, volvieron a empujar a los trabajadores hacia la trinchera rosquera. Solamente por brevísimo tiempo los "marxistas" actuaron como opositores frente a la rosca y a "su" Estado. No tuvieron posibilidades ni tiempo para desarrollar y llevar hasta sus últimas consecuencias tal postura. Observada en perspectiva la historia de nuestra izquierda durante esta etapa se ve que se resume en su desplazamiento abierto desde los gobiernos que encarnaron el "socialismo militar" hasta la trinchera rosquera.

La clase obrera sin dirección

La teoría de que Bolivia sólo había madurado para la revolución burguesa (democrática), perspectiva menchevique que caracteriza al stalinismo contrarrevolucionario, fue complementada con una inconfundible táctica de sometimiento de la clase obrera a la feudal-burguesía bajo el rótulo de frente popular y de unidad nacional. Únicamente los seguidores del sañudamente combatido León Trotsky denunciaron el carácter reaccionario del frente popular con referencia a la revolución proletaria. Sin embargo, ni en Bolivia ni en los otros países del mundo tenían la posibilidad ni la fuerza suficiente para influenciar de manera decisiva sobre las masas, éstas se movilizaron siguiendo los canales torcidos del stalinismo. El frente popular y la unidad nacional, acuñados para oponer la democracia burguesa al fascismo, aparecieron como tácticas inconfundiblemente revolucionarias.

Los nacionalistas no eran del todo extraños a los trajines capituladores y contrarrevolucionarios del stalinismo. Reflejando la extrema debilidad de la burguesía nacional se fueron desplazando paulatinamente hacia las posiciones democráticas; olvidando su pasado inmediato filo-nazista concluyeron como obsecuentes seguidores de la metrópoli imperialista "democrática". Stalinistas y nacionalistas partían del supuesto de que la opresión imperialista obligaba a confundir y nivelar a las clases sociales más diversas en un frente único nacional. Con todo, el desarrollo del proceso político separó a la "izquierda" del nacionalismo. La primera comenzó a recorrer el camino de auto-destrucción al identificarse con la rosca democratizante. La teoría de la revolución democrática obliga a los stalinistas a inventar la existencia de capas burguesas progresistas y revolucionarias allí donde no existían en la realidad.

Para su desgracia, el stalinismo boliviano tuvo la infeliz ocurrencia, aunque obligado por el proceso político objetivo, de consumir su hallazgo nada menos que en la rosca minera. Por este plano inclinado se deslizó hasta confundirse totalmente con el imperialismo. No tuvo necesidad de justificar teóricamente su inconducta, porque desde el Kremlin fue realizada tal tarea; los "marxistas" criollos se limitaron a repetir las consignas de los folletos de propaganda que tan generosamente se repartía la burocracia reaccionaria del Kremlin.

La historia del nacionalismo fue otra. La rosca y el stalinismo democratizantes no tuvieron más remedio que violentar los hechos para hacer creer a la metrópoli que habían descubierto en el altiplano a activos agentes del fascismo europeo y se trocaron en sus persecutores policiales, más que ideológicos. Esta actitud de rosqueros y stalinistas abrió amplísimas perspectivas políticas al nacionalismo y le ayudó a presentarse ante las masas como si fuera su defensor natural. El stalinismo identificado con la rosca dejó un perceptible vacío político en el campo de la izquierda y de las masas, que casi de una manera mecánica fue llenado por la confusa prédica nacionalista y por una tímida actuación de rasgos populistas.

Evolución de la conciencia clasista

Estos fenómenos tuvieron una contradictoria influencia sobre la clase obrera. El instrumento laboral del stalinismo, la CSTB pirista, continuaba controlando a las esmirriadas federaciones obreras que seguían girando alrededor de los ejes artesanales, lo que contribuyó a dar la apariencia de que el frente antifascista era también obrero. El Partido de la Izquierda Revolucionaria seguía contando con la universidad y el magisterio como sus mayores fortalezas, lo que se tradujo en otorgar contornos masivos al movimiento rosquero antifascista. Sin embargo, la alianza del stalinismo con la rosca (contubernio en apariencia y obligado encuentro para materializar enunciados programáticos) distanció al PIR del proletariado minero y en menor medida del fabril, que en alguna forma tenía que pagar tributo por ser la minoría proletaria de las ciudades tan poderosamente influenciadas por la clase dominante a través del canal stalinista.

De esta manera se dieron los requisitos para que se tornase inevitable el paso de las masas por la experiencia nacionalista.

Los antifascistas actuaban mirando a la metrópoli imperialista opresora, buscando complacerla, a fin de ganar sus favores, que pensaban podían traducirse en elemento de estabilidad gubernamental y política. Los "demócratas" criollos siempre han creído que Washington, cediendo a las presiones de Wall Street, estaba obligado por su propio interés y por apego a los principios abstractos de la democracia, a mantenerlos en el poder y a financiar todos sus gastos, inclusive los más dispendiosos. Olvidaron que los gobiernos del contorno semicolonial cumplen la función precisa de garantizar la penetración imperialista, de poner a salvo los intereses antinacionales de los inversionistas, de no obstaculizar la exportación de gran parte de la plusvalía producida por los obreros nativos; todo esto sólo puede lograrse si esos gobiernos, utilizando la ficción democrática o una brutal dictadura, según los casos, cumplen con eficacia su papel de freno y de controles políticos de las masas, siempre en continua convulsión como respuesta a su desesperante miseria. Una es la política del Departamento de Estado o del Pentágono norteamericanos, cuyas permanentes fricciones, expresión de los intereses de los diversos sectores de la burguesía imperialista, no dejan de reflejarse en la semi-colonia, y otra la de los grandes consorcios, que no con poca frecuencia contrarían los designios de clase expresados por el Estado. Para los inversionistas el problema es el de beneficiarse a plenitud con una alta cuota de ganancia y encontrar garantías para el saqueo de un país. Si los "demócratas" están impedidos de cumplir satisfactoriamente este papel, y ese era el caso de la rosca que adoptó poses democráticas, la metrópoli imperialista no debita en prestar todo su apoyo a los odiados fascistas, claro que solamente en el caso en que sean capaces de embridar a los explotados y de poner a salvo sus privilegios. Esta conducta se va a poner en evidencia un poco mas tarde, cuando el boicot al gobierno de Villarroel por parte de Estados Unidos se trueque en entusiasta apoyo.

Como se ve, la política seguida por la izquierda fue uno de los factores que impidió una rápida evolución de la conciencia de clase del proletariado, pues no pudo asimilar todas las lecciones que estaban contenidas en su propia experiencia diaria. El Movimiento Nacionalista Revolucionario ni los frentes antifascistas constituían la expresión política de los intereses históricos de la clase obrera, con esto queremos decir que no eran, precisamente, el partido revolucionario, que éste estaba ausente del escenario, factor decisivo que contribuyó al retraso de la formación de la clase. A su turno, las masas habían avanzado muy poco para poder elevarse hasta la comprensión del programa revolucionario y éste, el programa del Partido Obrero Revolucionario de 1938 (será actualizado y superado en el 1991, Red.), no pasaba de ser una repetición libresca de generalidades marxistas; correspondía al grado de evolución de la conciencia de los explotados: el programa porista no era todavía la herramienta aguzada y capaz de penetrar con cierta facilidad al seno de las masas para transformarlas. Lo anterior puede resumirse en una fórmula concreta: a determinado desarrollo de las masas corresponde determinado partido y viceversa.

Lentamente se fue abriendo la posibilidad de que el nacionalismo se transformase en un movimiento masivo; mas, este hecho no podía importar una contribución al avance de la conciencia clasista, contrariamente, significó su enfeudamiento a la burguesía.

Durante este período los avances del nacionalismo como movimiento englobados de ese proletariado, particularmente del minero, que había logrado zafarse del control de la stalinista Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, fueron por demás modestos, al extremo de que se dieron simplemente como una posibilidad. En realidad, esas masas se estaban desprendiendo lenta y contradictoriamente del stalinismo. Como todo fenómeno social este proceso fue lleno de avances y retrocesos, lento, y por momentos apareció como una verdadera integración de los explotados dentro de ciertas facetas del stalinismo. Con todo hay que subrayar que se trató, en general, de un perezoso avance de los explotados hacia el polo nacionalista.

Cuando nace el PIR, en 1940, lo hace como una poderosa organización política de masas, como un frente de los grupos de izquierda alrededor de ideas francamente revolucionarias. Ciertamente que se trataba de un equívoco. El PIR constituye en nuestra historia el punto culminante, esto antes de 1952, de la estructuración del stalinismo, es decir, de la contrarrevolución disfrazada de izquierdismo. Es el punto en el cual las masas comienzan a desplazarse del campo de la izquierda marxistizante hacia el nacionalismo. Posteriormente el PIR será la palanca que impulsó el crecimiento del MNR, su transformación en partido gobernante multitudinario, lo que empujó a las masas por camino extraviados.

Toda esta serie de circunstancias configurarán el escenario político del próximo período que se caracterizó por la extrema facilidad con la que pudo ingresar al seno de los explotados el trotskismo, para esto tuvo antes que vivir su propia historia y superarse de manera constante, superación que se fue cristalizando en sus ideas programáticas.

CAPÍTULO IV

LA CLASE OBRERA EN EL PERIODO QUE VA DE 1943 A 1952

a) Referencia económico política

Esta etapa se desarrolla en el marco de una prolongada crisis económica a nivel mundial y que continúa, con altibajos, hasta 1950. El acontecimiento más importante que tiene relación directa con la economía es, ni duda cabe, la segunda guerra mundial. Si en el anterior período, como consecuencia de la primera guerra mundial, se produjo el desplazamiento del eje económico mundial de Inglaterra a los Estados Unidos de Norte América, hecho de enorme significación para América Latina y para todo el mundo, la segunda guerra no hizo más que consolidar este estado de cosas. Norteamérica se convirtió en el amo indiscutido de Europa.

El gobierno Villarroel-MNR (1934-1946) hizo intentos fallidos de estructurar el gran Estado nacional soberano, sobre todo en contraposición a la influencia secante de la todopoderosa gran minería, lo que importó la acentuación de las medidas estatistas. Su conducta frente al superestado minero y a la rosca en general, fue por demás contradictoria. Junto al intervencionismo estatal no fueron adoptadas medidas radicales contra la minería, y los agentes de la rosca que se encontraban ubicados en puestos claves del aparato gubernamental (Banco Central, Minero, Agrícola y la Corporación Boliviana de Fomento) siguieron moviéndose con libertad. Las grandes entidades del Estado y gerentes y directores, continuaron controlados por los grandes intereses mineros.

Junto a la disputa de grandes proporciones entre el Estado y la minería alrededor del problema de una mayor tributación y que incidió directamente en el panorama político, encontramos las medidas reformistas adoptadas en favor de los trabajadores y de los campesinos.

El 3 de abril de 1945 se decretó el aumento del porcentaje de la venta obligatoria de divisas provenientes de la exportación de minerales, del 42 al 60%. Al mismo tiempo, se elevaron los impuestos a las exportaciones de ciertas materias primas. En marzo del mismo año se logró que las empresas Patiño y Aramayo entregasen al Estado el impuesto del 10% sobre los dividendos pagados en moneda extranjera.

En diciembre de 1945 fue decretada la obligatoriedad del pago de aguinaldos, se puso en vigencia la Ley sobre la prima anual y se dispuso que únicamente el Banco Minero comprara la producción aurífera de los pequeños industriales.

El gobierno nacionalista determinó también la concesión de aumentos salariales a los trabajadores mineros.

La enumeración de las anteriores medidas demuestra que el gobierno Villarroel-MNR era apenas moderadamente reformista, que en ningún momento se planteó la estatización de las minas o la destrucción del latifundio, consignas ya enarboladas durante la pre-guerra chaqueña y ni siquiera osó repetir la exigencia de la venta al Estado del cien por ciento de las divisas en moneda extranjera que obtenían los exportadores de minerales.

Nuevamente constatamos que la acentuación del estatismo es lo que molestó a los amos de la economía y por eso combatieron tan sañudamente al nuevo gobierno.

Después de julio de 1946, los regímenes rosqueros restauradores se encargaron de anular o desvirtuar las medidas económicas adoptadas por el nacionalismo. De una manera general, su política económica tendía a favorecer a la gran minería y a los inversionistas en general.

El gobierno presidido por Tomás Monje Gutiérrez y en el que intervenían personeros del Partido de la Izquierda Revolucionaria, comenzó elevando el precio oficial de las divisas entregadas al Banco Central. Los regímenes del sexenio fueron todos ellos restauradores de los privilegios de la rosca.

Enrique Hertzog, violentando la misma tradición del país, autorizó las rebajas de los salarios.

Mamerto Urriolagoitia, la ficha utilizada por los grandes mineros para sobreponerse al democratismo de Hertzog, redujo en un 50% el impuesto que pesaba sobre la gran minería y también rebajó el porcentaje de entrega obligatoria de divisas, esto en septiembre de 1949.

La consecuencia inmediata de tales medidas de indiscutible corte antinacional y antipopular, fue una descomunal disminución de los ingresos fiscales, lo que trajo un grave desequilibrio en el erario nacional, progresivamente compensado con emisiones inorgánicas de moneda, sobre todo a partir de enero de 1950. En 1951 se registró una inflación del 62%, como efecto de la anterior situación económica.

En diciembre de 1948 se volvió a reconocer el retiro voluntario después de ocho años de trabajo ³⁴.

A partir de 1950 se percibe la agudización de la crisis económica. La gran escasez de artículos de primera necesidad, motivó la organización de varias marchas de hambre.

En agosto de 1950 comienza la Guerra de Corea, que en alguna forma contribuyó a la lenta recuperación de la economía mundial. Sin embargo se opera una sostenida declinación en la exportación del estaño boliviano. En 1945 se habían exportado 43.000 toneladas pero, en 1950 sólo 31.000 ³⁵.

34 Luis Peñaloza, "POLÍTICA ECONÓMICA OLIGÁRQUICA Y POLÍTICA ECONÓMICA DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL", La Paz, 1958

35 El estaño alcanzó su máximo precio "durante la guerra de Corea, a fines de 1950, en 1.91 y ahora (1958) se cotiza aproximadamente en 96 centavos por libra", Luis Peñaloza, Op. Cit.

A partir de 1947, se presentan los déficits en la balanza comercial y las reservas internacionales disminuyen de manera constante; situación que obligó a sucesivas devaluaciones de la moneda, que de 1947 a 1951 alcanzaron un promedio de 22% anual. Simultáneamente con las devaluaciones la oferta monetaria fue aumentando en un promedio del 20% por año. Sin embargo, hasta 1949 se mantuvo la tasa inflacionaria del 11% que ya se había registrado en los cuatro años anteriores. Sólo a partir de 1950 la influencia combinada de las devaluaciones y la creciente oferta monetaria se tradujo en una inflación galopante, que se mantendrá en una tasa del 62% de 1951 a 1956 ³⁶.

La industria recibió un franco apoyo y protección estatales. Se dictaron medidas tendientes a incentivar a la industria nacional y se fue acentuando la liberación de impuestos para los nuevos establecimientos. Todo esto como consecuencia no sólo de la naturaleza reaccionaria de los gobiernos que se sucedieron, sino del hecho de que la industria boliviana seguía siendo simplemente una excrecencia de la gran minería.

Parecería que la fisonomía reaccionaria del sexenio quedó desdibujada por los decretos que buscaban limitar la propiedad rural y dispusieron la abolición del régimen de la servidumbre en el campo. Es claro que tales disposiciones, legales no pudieron efectivizarse, porque no correspondían a ninguna transformación en la estructura del sector agrícola. Eran, más bien, la respuesta demagógica al creciente descontento que se observaba entre los campesinos.

Tiene mucha importancia en el plano económico el que en 1945 Bolivia se hubiese incorporado al Fondo Monetario internacional y adherido al Convenio de Bretton Woods, fundamento del nuevo sistema monetario. En el futuro la política monetaria del país tuvo que subordinarse a tales compromisos.

Fue establecido el comité de importaciones, que tenía la finalidad de mejorar la situación de la balanza comercial, restringiendo las importaciones a través del sistema de permisos previos, de acuerdo a las necesidades de consumo de la población.

El año 1945, se aprobó la ley de inversiones, que buscaba atraer a capitales extranjeros, ofreciendo para ello una serie de facilidades y alicientes.

Merece citarse la publicación, en 1947, del memorándum sobre los problemas de la industria minera de Bolivia, escrito por Carlos Victor Aramayo, uno de los tres grandes de la cúpula rosquera. Aramayo atribuía la crisis de la industria fundamental del país a la inestabilidad política, a la excesiva agitación social y a las pesadas cargas tributarias que tenía que soportar la exportación de minerales. Como remedio fue sugerida la adopción de una política de puertas abiertas en favor del capitalismo foráneo. En vista de que la disminución de gravámenes a la minería no podía menos que traducirse en la disminución de los recursos estatales, Aramayo recomendó la reducción de los gastos en la burocracia, la diplomacia y el ejército.

También en 1947, Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos fue autorizado a concluir un contrato con la empresa Foster and Wheeler, para la construcción de

³⁶ Walter Gómez O. "LA MINERÍA EN EL DESARROLLO ECONÓMICO DE BOLIVIA", La Paz, 1978.

refinerías en Cochabamba y Sucre. Sólo a partir de 1952 el petróleo cobró importancia en la economía boliviana. En el período comprendido entre 1943 y 1952 la importación de derivados del petróleo registró un leve descenso, del 73 al 63.6%.

El estaño siguió siendo el producto dominante en la economía; entre 1940 y 1949 participaba en un 75.96 del volumen del comercio exterior y junto a otros minerales la cifra se elevó al 95%. En 1946 se cotizó a 0.61 \$us la libra fina y a fines de 1947 a 0.72 \$us.

Hay que subrayar que la producción agrícola continuaba siendo excesivamente primitiva e incapaz de cubrir las necesidades internas, lo que obligaba a recurrir a la importación. Hasta 1952, los latifundios y las comunidades jugaron un rol preeminente. La exportación de minerales permitía importar artículos alimenticios y otras mercancías de primera necesidad.

“De acuerdo a una estimación de la CEPAL, basada en el censo agrícola de 1950, en 1955 solamente 750.000 hectáreas o sea el 0.5% del área total del territorio, estaban cultivadas en Bolivia. El resto del área agrícola consistía en pastos permanentes (28.4 millones de hectáreas) y floresta (55.4 millones de hectáreas). Unos 51 millones de hectáreas son de tierra árida ³⁷.

En 1945, Víctor Paz Estenssoro; desde el Ministerio de Hacienda se esmeró en el cobro de impuestos que la gran minería había logrado burlar al Estado. Se gravó con 0.35 centavos cada libra de estaño producido, lo que permitió financiar un oleoducto. Durante el gobierno nacionalista aumentó la producción de azúcar, arroz y algodón y se construyó la carretera pavimentada Cochabamba Santa Cruz, en ese entonces un verdadero lujo en el campo de la vialidad.

En el año 1951 se exportó un valor de más de 149 millones de dólares. “Cuando el mayor Gualberto Villarroel se hizo cargo del gobierno del país, las reservas en oro y divisas del Banco Central alcanzaban apenas 19.200.000 dólares, cifra que cuando cayó Villarroel ascendía a más de 35.000.000” ³⁸.

El golpe de Estado de diciembre de 1943

El 20 de diciembre de 1943 tiene lugar el golpe de Estado que consuma la alianza formada entre la logia militar Radepa y el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Se trató de una operación táctica realizada con toda precisión y a espaldas de las masas, lo que demuestra que el ejército estaba controlado por los conjurados. Sus autores no deseaban de manera alguna, incorporar á ese proceso a ningún sector de los explotados; estaban empeñados en materializar la liberación nacional, transformar a fondo la economía, modernizar e industrializar al país desde arriba. El golpe de Estado de 1943 importó una rebelión de las fuerzas nacionalistas, que representaban los intereses generales de la casi inexistente burguesía nacional, contra la rosca, a quien se consideraba causante del atraso del país y de su entrega al imperialismo, En el fondo se trataba de otro intento, uno nuevo, de cumplir las

37 Cornelius Zondag, “LA ECONOMÍA BOLIVIANA”, La Paz, 1968.

38 Luis Peñaloza, “POLÍTICA ECONÓMICA OLIGÁRQUICA Y POLÍTICA ECONÓMICA DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL”, La Paz, 1958.

tareas democráticas (que en esto consiste la superación del atraso), dentro del marco capitalista.

Radepa fue una Logia organizada por jóvenes militares en los campos de prisioneros que funcionaban en el Paraguay durante la Guerra del Chaco. Sus promotores buscaban saldar cuentas con los autores del desastre bélico, sin darse cuenta que

esto debía suponer un ajuste de cuentas con la propia clase dominante y con la jerarquía castrense engendradora por aquella.

Su orientación era francamente totalitaria y filo-fascista. Dijeron inspirarse en el ejemplo de Busch, el dictador que propició una política de protección a las masas y de violento marginamiento de las tendencias marxistas del campo político. Después de la guerra del Chaco, la Logia fue colocando cuidadosamente a sus adeptos en los puestos claves de la estructura militar y también del Estado. Se sentía predestinada a protagonizar la salvación de Bolivia.

Radepa concentraba la fuerza física y la capacidad bélica suficiente para asegurar la victoria del golpe; pero, estaba interesada en proporcionar a su gobierno una amplia base social. Fue esta última circunstancia la que le obligó a buscar a un aliado civil y, más tarde, sus personeros se encargaron de informar que la elección se hizo entre el MNR y Falange, lo que viene a demostrar que consideraban al partido nacionalista no del todo extraño a sus inclinaciones filo-fascistas.

El MNR, a pesar de que ya había capitalizado en su favor toda la agitación social que precedió y siguió a la huelga de Catavi de 1942, no era todavía una potencia multitudinaria y, por sí solo no habría podido llegar al gobierno. Sin embargo, fue por este canal que las masas lograron tener influencia decisiva en el acontecer político, lo que se tradujo en la transformación radical de las modalidades iniciales que presentó el nuevo gobierno. En la coalición Radepa-MNR, fue este último el que dio mejor expresión política al nuevo estado de cosas. Los movimientistas confiaban que su capacidad de maniobra les permitiría, en definitiva, convertir a los coroneles, en sus dóciles instrumentos; olvidaron que a través de los caudillos de los grupos políticos se mueven los materiales de distintos grupos sociales, lo que da lugar a que, en determinadas circunstancias, las limitaciones de los protagonistas directos de la política puedan inclusive vencer los escollos que encuentran, pues son esos mismos grupos sociales los que realizan el acontecer histórico.

Táctica de la reacción frente al nacionalismo

Casi desde el primer momento se produjo la fisura y el enfrentamiento, unas veces casi imperceptible y otras del todo franco, entre Radepa y el MNR. La reacción y el imperialismo centraron sus fuegos contra Paz Estenssoro y sus seguidores, a los que consideraban los arquitectos de la política fascista y que fueron catalogados como portavoces de la dolencia y del sectarismo. Todo esto era el resultado del hecho de que el Movimiento Nacionalista Revolucionario se había estructurado como partido alrededor de un programa tasciatizante y que tenía la posibilidad de arrastrar a las masas detrás de sí, era este último aspecto el que despertaba mayores susceptibilidades en la reacción. Contrariamente, se partía del supuesto

de que Radepa y el mismo ejército estaban inclinados, por su propia naturaleza, a concluir un acuerdo de convivencia con los sectores conservadores.

La táctica de la rosca consistió en ir ensanchando más y más la inicial fisura que presentó el bloque gobernante y en empujar a los coroneles contra los ministros movimientistas. Radepa pareció estar convencida, al menos en cierto momento, de que contaba con el apoyo y la simpatía de la mayoría nacional y que su gobierno se veía entorpecido y convertido en odioso por la presencia de los ministros movimientistas en su seno. La política de la rosca fue cuidadosamente calculada para ganar en su favor a los personajes claves del ejército y en esto no estaba equivocada; el derrocamiento de Villarroel sólo era posible si se lograba escisionar profundamente a las Fuerzas Armadas y se anulaba su capacidad de fuego.

Bien o mal, la orientación política del gobierno de Villarroel fue dada por el MNR, esto porque era la agrupación política que podía expresar de la manera más coherente y también desafiadora, los intereses burgueses, que, por ser generales, entraban en fricción con la política rosquera interesada en seguir sobreviviendo bajo la sombra protectora de la gran minería y del imperialismo. Lenta y tercamente el Movimiento Nacionalista Revolucionario se presentó ante el país como una propuesta política destinada a sacarlo de su atraso y, en esta medida, se abrió la posibilidad de que se transformase en la dirección política de toda la nación oprimida que comenzaba a movilizarse bajo la consigna de la liberación nacional.

La experiencia vivida entre 1943 y 1946 se convirtió en el anticipo de lo que sucederá más tarde, en 1952, en un plano político infinitamente superior, esto en lo que se refiere a la actuación del nacionalismo y a la propia actitud política de las masas trabajadoras y de los partidos de izquierda.

La situación política no era ciertamente inédita. Si el régimen encabezado por Hernando Siles apareció como tímidamente nacionalista, que alentó la insurgencia y organización de la intelectualidad pequeño-burguesa que planteaba una liberación nacional difusa, los gobiernos militares "socialistas" ya se perflaron como francamente nacionalistas. En ese entonces, como hemos visto, los marxistas y los que estaban empeñados en acuñar una doctrina limitadamente boliviana, aparecieron alineados como oficialistas. Durante el gobierno Villarroel-MNR aparece nítida la diferenciación y choque entre "marxistas" y nacionalistas, pues los primeros pusieron todo su empeño en servir a la rosca y al imperialismo, en confundirse con ellos. Después de 1936 las masas desembocaron en la trinchera gubernamental siguiendo los canales abiertos por la izquierda y los nacionalistas, tan íntimamente confundidos entre sí que resultaba muy difícil establecer los contornos de ellos. Después de 1943, los explotados puestos en marcha en gran medida por los que salieron victoriosos del golpe de Estado, se fueron gradualmente diferenciando de la izquierda presuntamente marxista. Todo esto torna invalorable esta experiencia, pues puso en evidencia la mecánica de clases imperante en el país y las posibilidades de las diferentes tendencias políticas.

Para la izquierda que se reclamaba del marxismo, la llamada revolución de 1943 no solamente que se tornó un desafío para que plantease y resolviese la tan publicitada revolución democrática, sino que fue su verdadera piedra de toque, esto desde el momento que sometió a severa prueba todas las conclusiones programáticas acumuladas hasta ese momento.

La evolución política precedente concluyó enfrentando al MNR con el stalinista PIR, el partido "marxista" más importante del momento, y obligándolo a disputar el control de las masas a esta última organización. La actitud asumida por los piristas ante el nuevo gobierno resultó decisiva para su porvenir.

No bien triunfó el golpe de Estado del 21 de diciembre de 1943, el imperialismo le tendió un severo cordón sanitario y utilizó contra el gobierno nacionalista la consulta diplomática, esto porque lo tenía catalogado como nazista. Tanto la rosca como el estalinismo partieron de la evidencia de que se trataba de una decisión definitiva, lo que les permitirla retornar al poder con ayuda de los Estados Unidos de Norteamérica. Los opositores a Villarroel no tuvieron en cuenta que entre el nacionalismo de contenido burgués y la metrópoli pueden haber ciertamente contradicciones y fricciones, pero les une el cordón umbilical de la defensa de la gran propiedad privada de los medios de producción; tampoco tuvieron en cuenta que un giro democratizante de los que habían sido catalogados como agentes del fascismo internacional y que contaban con un creciente apoyo popular, concluiría transformándolos en el mejor instrumento para la ejecución de los planes imperialistas de dominio sobre el país semicolonial.

Oposición del stalinismo

El stalinismo (PIR) adoptó una postura de total identificación con el imperialismo norteamericano que lo consideraba el celoso guardián de la democracia mundial. Esto no contradice su original propuesta de cooperación al gobierno Villarroel, que, como se sabe, fue rechazada de inmediato, porque se ajustaba a su concepción programática de que para hacer posible la revolución democrática era preciso que la clase obrera se aliase con la burguesía nacional y se subordinase a ella políticamente.

José Antonio Arze, el teórico más consecuente, pero no por esto menos contradictorio, del stalinista Partido de la Izquierda Revolucionaria, demandó al Departamento de Estado impusiese en Bolivia la democracia. Para un marxista e inclusive para un simple demócrata, la conducta del PIR importaba olvidar la enseñanza capital de Lenin en el sentido de que es imprescindible saber diferenciar entre nación opresora (imperialismo) y nación oprimida (semi-colonia), siendo una de sus consecuencias, por ejemplo, el carácter progresivo que adquiere la defensa de las fronteras del país semicolonial frente a la agresión imperialista aun en el caso de que el gobierno nacionalista sea antipopular y fascista.

En ese momento para el PIR había una total identidad entre democracia y socialismo, consideraba que los Estados Unidos habían perdido su carácter de metrópoli saqueadora del contorno semicolonial porque se encontraban en alianza con el Kreamiin. Forma parte de la esencia del programa stalinista la subordinación de las masas explotadas a la burguesía nacional, esto para dar mayor potencia al movimiento antiimperialista, más que la alianza de las clases que componen la nación oprimida. Esta concepción fue proyectada hacia la cooperación nada menos que con el mismo imperialismo opresor, bajo el pretexto de que así la democracia podría derrotar más fácilmente a la barbarie fascista.

No puede haber la menor duda de que tal política condujo a los países atrasados a remachar sus cadenas. En la práctica, no se trató de una cooperación de igual a igual entre los EEUU y Bolivia, sino del total sometimiento de este país a su opresor foráneo, La víctima de la división internacional de trabajo impuesta por el capital financiero, como parte de su política saqueadora, se empeñó a fondo para apuntalar la política belicista yanqui mediante la entrega de las materias primas y minerales a vii precio. En el lenguaje de la calle a esto se le llamó entreguismo y fue la conducta política que identificó a la rosca y al stalinismo.

El PIR estaba seguro de que así habla encontrado a un todopoderoso protector, que no solamente derribaría por él al nazismo boliviano, sino que se encargaría de ubicarlo en el poder junto a los partidos representativos de la burguesía progresista y democrática criolla. En otras palabras, el jefe pirista trasladaba a los Estados Unidos la tarea histórica de consumar la revolución democrático-burguesa.

La alianza del PIR con la rosca y con el propio imperialismo tuvo como inmediata consecuencia el progresivo abandono de las masas a la organización política que se preciaba de ser marxista. Esta reacción, en cierta manera excepcional, se explica si se torna en cuenta que la democracia en Bolivia carece de tradición y no es tan palpable como la necesidad de lograr aumentos salariales. Por otra parte, la rosca constituía ejemplo impactante de inhumana explotación y de represión. Cuando el PIR se alió con los partidos tradicionales, no solamente que comenzó a desarrollar una política contraria a los explotados, sino que éstos partiendo de su propia experiencia lo identificaron con su verdugo de todos los momentos.

Reacción de las masas

El stalinismo se encargó de ensanchar la base social dei nacionalismo que estaba en el poder, lo que contribuyó a otorgarle cierta e inmediata estabilidad política. Sería imposible analizar a un determinado gobierno considerándolo como un fenómeno dado una vez por todas; en Bolivia los regímenes gubernamentales conocen una transformación muy acelerada, como todos los fenómenos sociales, por otra parte. El que el gobierno nacionalista se hubiese trocado en multitudinario constituyó su indiscutible y momentáneo fortalecimiento, pero a la larga se convirtió en su talón de Aquiles: concluyó siendo derrocado y sañudamente perseguido por la rosca y la reacción internacional no porque era nacionalista, sino porque detrás de él asomaban las masas.

Los observadores superficiales solo ven la contradicción que se presentó entre el gobierno Villarroel-MNR y el bloque conformado entre la rosca y el stalinismo, que, en cierta manera, a las masas se les presentaba como la pugna existente entre la revolución y la contrarrevolución. Acaso aquí radique la causa más lejana de la descomunal confusión política que primó inclusive hasta después de la revolución de 1952 y que partía de la identificación del nacionalismo de contenido burgués -en último término- con el programa marxista.

Desde el momento mismo en que los sectores fundamentales de las masas, los mineros y los campesinos principalmente, desembocaron en la trinchera nacionalista, estaba planteada la posibilidad del surgimiento de una oposición auténticamente

revolucionaria, es decir, orientada hacia la destrucción de la propiedad privada, esto en definitiva, y no únicamente a impulsar hacia adelante el reformismo hecho a medida de los intereses de la burguesía nacional.

El nacionalismo, si se lo observa en la perspectiva histórica, comenzó a caducar, no únicamente como posibilidad de liberación de los explotados, sino como realizador de las tareas democráticas en el marco capitalista, no bien se vio colocado ante la necesidad de conciliar sus limitaciones de clase con las aspiraciones radicales del proletariado. Este proceso, imperceptible durante gran parte del gobierno de Villarroel, y que no llegó entonces a su punto culminante, no fue comprendido por los Políticos que estaban en el poder ni por sus adversarios de la derecha; para los trabajadores no pasó de ser una actitud instintiva. Los líderes movimientistas y también los pocos radepistas que tuvieron el acierto de complementar sus actos con elaboraciones teóricas, demostraron que partían de la seguridad de que las masas los apoyarían indefinidamente y de que la respuesta que daban a los problemas nacionales era la única viable en un país como Bolivia, al que consideraban no apropiado para la aplicación del marxismo, identificando a éste como a un cúmulo de fórmulas copiadas de otras experiencias.

Como a sabe, el stalinismo pirista no pudo sobrevivir a la experiencia nacionalista, para poder actuar en los años cincuenta no tuvo más remedio que mudar de ropaje y adoptó el nombre de Partido Comunista de Bolivia y esta vez se plegó disciplinadamente a las huestes que se dedicaron a corear todo lo que decía el nacionalismo burgués. La diferencia entre una y otra postura fue motivada por la diferencia que podía observarse entre uno y otro núcleo burgués al que apoyaban tan incondicionalmente.

El P.S.O.B. marofista

El marofismo, como posibilidad marxista, tampoco pudo salir ileso de la prueba nacionalista. Como hemos visto, en sus momentos de mayor vitalidad y radicalismo no pasó de ser una postura centrista, que en otras latitudes suele tener vigencia por mucho tiempo; en Bolivia se fue inclinando más y más hacia la derecha, hasta quedar finalmente identificado con la rosca. El análisis retrospectivo de su actuación viene a demostrar que en su mejor época no fue más que fuego fatuo, superficialidad declamatoria, como cuadra a una tendencia centrista. Ha pasado sin dejar la menor huella, como un simple rasguño en la piel de la clase obrera. En un país atrasado como Bolivia, toda la política gira alrededor de la contradicción existente entre el proletariado que, por su condición revolucionaria, expresa consecuentemente los intereses generales de la nación oprimida, y el imperialismo que parcialmente suplanta a la burguesía nacional en los planos económico y político. Es esto lo que no comprendieron ni el Partido Obrero Socialista Boliviano marofista, ni el stalinismo y menos el nacionalismo de contenido burgués; es también al punto en el cual aparecen nítidas las diferencias y las finalidades estratégicas de las diversas tendencias políticas.

El márofismo, que líricamente y en abstracto habló del socialismo, en momento alguno pudo superar su concepción de que el proletariado boliviano era por demás incipiente y atrasado, conclusión compartida también por los stalinistas y los nacionalistas. El trasfondo de este pensamiento no es otro que la inmadurez material del país para

consumar la revolución proletaria, a la que a veces se refirió el Marof de los años treinta.

Poseemos un documento ³⁹ en el que la alta dirección del PSOB define de manera ambigua el apoyo que prestó a Busch y que puede explicar su conducta frente al gobierno Villarroel y posteriormente: "Es posible que para afirmar la bondad de esta proposición (colaboración con los militares de Radepa, Red.) se trate de invocar el antecedente de nuestra posición en la etapa final del gobierno de Busch y yo quiero adelantarme a cualquier exposición en este sentido, aclarando cual fue el verdadero alcance de nuestra actitud en esa época. Los compañeros más viejos del Partido saben que nosotros apoyamos algunas medidas de carácter liberal progresista como el decreto del 7 de junio y la nacionalización del Banco Central. Tomamos parte en mitines que significaron ese apoyo. Pero se debe tener en cuenta que tal apoyo, no significó nunca una "colaboración incondicional" con el gobierno de Busch. Entonces, como en toda nuestra trayectoria política, conservamos nuestra posición absolutamente independiente de compromisos con partidos no socialistas, manteniendo por nuestra parte nuestra firme convicción socialista". (Notas respecto a una posible "colaboración" del PSOB con un sector militar revolucionario).

Esa especie de apoyo "crítico" mostró una de las ideas del marofismo que lo aproximaba a las otras tendencias políticas de ese momento: la creencia de que entonces en el país sólo podían darse, de manera inmediata, las transformaciones liberales. Creemos que aquí se encuentra una de las raíces más profundas de la futura colaboración "crítica" y oportunista de Marof con el PURS, es decir con la rosca.

Curiosamente, aunque los anteriores antecedentes lo explican, el PSOB estaba dispuesto a colaborar con los militares radepistas, si estos expulsaban al MNR del gabinete. Los seguidores de Marof se sumaron a la táctica seguida por la rosca frente al nacionalismo en el poder. "Oficialmente -dice el PSOB- no hay signos de resquebrajamiento, extraoficialmente se tienen algunos datos de que existiría cierto pesar en el sector militar revolucionario hacia sus colaboradores civiles o sea los nacionalistas revolucionarios (MNR, Red.). Pero estos indicios no quieren decir de ninguna manera la certeza de una determinada situación. Y nosotros, socialistas obreros, no podemos justamente en estos momentos tan radicales, precipitamos a actitudes que significarían verdaderas aventuras. Por eso es necesario e imprescindible, proceder con mucha calma y examinando detenidamente todos los detalles de la situación.

"La presencia de los nacionalistas revolucionarios en el gobierno es evidentemente una amenaza constante sobre nosotros y quizá sobre otras fuerzas políticas. Nos interesa anular la acción de ellos en el gobierno y lograr quizá su desplazamiento. Los nacionalistas revolucionarios siguen siendo nuestros más grandes y peligrosos adversarios. Desde este punto de vista, considero que cualquier acción nuestra para debilitar la estabilidad del MNR en el gobierno, hay que hacerla, pero cuidando de mantener la posición del partido, que ya está apareciendo ante los sectores populares como la más honrada y la más obrerista.

39 Este es un trabajo de conclusiones y si ahora, excepcionalmente, estamos transcribiendo un texto partidista es porque se trata de uno totalmente desconocido y muy importante para explicar la conducta política del marofismo.

“No se han producido discrepancias ostensibles ni se sabe oficialmente que haya habido siquiera una ligera diferencia entre civiles y militares. Si aparece el PSOB ‘colaborando’ con un sector de este gobierno nacionalista revolucionario, querrá decir que ‘colabora’ con todo el gobierno. Es decir que prácticamente habremos negado toda nuestra trayectoria de lucha y caeremos en una posición más desgraciada que el propio PIR, liquidando para siempre nuestras posibilidades para un futuro más o menos inmediato.

“Si se trata de que el PSOB colabore a cualquier gobierno, sobre el punto concreto de ataque al nacionalismo revolucionado, se puede hacerlo, sin necesidad de ‘entregarnos’ u ‘ofrecernos’. No sacaremos ninguna ventaja. Si hay en el gobierno decisión de desprenderse del nacionalismo revolucionario, que comiencen ellos el ataque, y nosotros entonces podremos ‘colaborar’ con todos nuestros medios y recursos.

“Estimo (esto escribe Iván Keswar o Alipio Valencia Vega, Red.) que no podemos hablar ni aun en el caso último de ‘colaboración’ en el sentido exacto de esta palabra. Cuando los nacionalistas revolucionarios sean desplazados -si lo son-entonces podremos recién entrar en conversaciones con los militares jóvenes, para ver qué ventajas nos ofrecen y sobre qué bases podríamos colaborar. Sabemos también que los militares jóvenes no son socialistas es por eso que recién en el momento en que el nacionalismo criollo sea lanzado por la borda, podremos hablar de cualquier negociación.

“Empero como muchos dirigentes y militantes del partido tienen relaciones de una u otra índole con algunos militantes del actual régimen, conviene y es recomendable que ellos particularmente, no como miembros del PSOB, recurran a todas sus posibilidades para lograr el desplazamiento y el derrumbe del nacionalismo revolucionario. Así se verá que trabajan sinceramente por el partido, sin comprometer su nombre ni prestigio como auténtica organización socialista de los trabajadores.

“Por tanto, debe recomendarse a los compañeros del Comité Ejecutivo, no enviar ninguna delegación oficial del partido ante ninguno de los miembros del actual gobierno, mientras no se produzca el cambio de situación que signifique un rotundo desplazamiento del sector nazi-criollo. Sólo entonces el partido podrá considerar las posibilidades de cualquier colaboración”.

Este documento salió -como hemos indicado- de la pluma de Alipio Valencia Vega y lleva como fecha el mes de diciembre de 1943. El autor en su progresivo desplazamiento hacia las posiciones de la burguesía concluyó en las filas del Movimiento Nacionalista Revolucionario, al que tan machaconamente calificó de nazista.

El error del marofismo no sólo consistió en su tipificación del MNR, sino en considerarlo el enemigo principal, lo que le hizo olvidar que tenía siempre la posibilidad de plantear el cumplimiento de las tareas democráticas pendientes de una manera capitalista, es decir de entrar en fricción con el imperialismo y la rosca, siendo éstos precisamente, los enemigos principales. El desplazamiento del MNR en el poder era indiscutiblemente un problema político fundamental y la cooperación alrededor de este eje con los militares radevistas tenía una profunda significación de frente político de largo alcance, y no era una simple maniobra táctica. Si hablamos como marxistas, hay que concluir que se estaba proponiendo un frente con un sector de

la burguesía nacional o con quienes representaban sus intereses. Como quiera que se reconocía que los radepistas no eran socialistas y se trataba de "colaborarlos", se estaba proponiendo la subordinación del partido "obrerista" al sector de la burguesía nacional que se lo consideraba progresista.

El marofismo convirtió en el punto central de su existencia la lucha contra el MNR; por esto mismo sostuvo que le estaba permitido contraer toda especie de compromisos no importa con qué tendencias políticas, a condición de que así pudiese aplastar al movimientismo. Los marofistas estaban dispuestos a cooperar con Radepa, el componente más claramente fascista del nuevo gobierno, el proyecto no llegó a plasmarse, pero se materializó el entendimiento con la rosca. Todo esto está demostrando que para el Partido Socialista Obrero Boliviano, que en ningún momento expresó los intereses históricos del proletariado, no se planteaba el problema de la independencia política de la clase obrera: diferenciación con la burguesía nacional en su integridad; sólo existía la independencia del partido, como organización centrista capacitada para deambular de un sector a otro, de la clase dominante.

La caracterización del centrismo hecha por Trotsky puede aplicarse casi en su integridad al PSOB. En el campo de la teoría fue "impreciso y ecléctico"; prefirió (estamos siguiendo a Trotsky) la "práctica revolucionaria" sobre la teoría, "sin comprender que sólo la teoría marxista es capaz de dar a la práctica una dirección revolucionaria". Ideológicamente llevó una existencia parasitaria, esgrimiendo las generalizaciones democratizantes contra el trotskismo, "el centrismo, en su polémica contra los derechistas, toma sus argumentos del arsenal de los marxistas..., suprimiendo de ellos lo que la crítica tiene de agudo, sustrayéndose a las conclusiones prácticas y desposeyendo así a la crítica de toda finalidad". El marofismo llevó a puntos insospechados uno de los rasgos diferenciales del centrismo: reducir la política a las combinaciones personales, a la diplomacia menuda en el plano de los principios de la organización; "el centrista, nunca seguro de sus posiciones y de sus métodos, siente odio al principio revolucionario de expresar lo que es".

Lo esencial de la crítica al centrismo: "El centrismo permanece siempre bajo la dependencia espiritual de los grupos de derecha; procura siempre complacer a los más moderados, silenciando sus pecados oportunistas y disfrazando sus bajas acciones ante los obreros. Es costumbre en el centrismo ocultar su hibridez invocando el peligro del 'sectarismo', entendiendo por sectarismo no una pasividad de propaganda abstracta..., sino la vigilancia activa por la pureza de los principios, una posición diáfana, un espíritu de consecuencia en la política, una aptitud clara en cuestiones de organización"⁴⁰.

En materia internacional el marofismo se fue alineando junto a las tendencias revisionistas del eje Shatman-Burhan, que desde la polémica contra determinadas tesis de Trotsky marcharon hacia posturas francamente pro-imperialistas. La "teoría" acerca de la restauración capitalista en Rusia y de la transformación capitalista de Rusia, conduce directamente hacia la elección del imperialismo democrático frente a la dictadura soviética. No es casual que el polaco Gokowsky (Velasco) hubiese tenido influencia preponderante en el seno del marofismo. Con todo, mantuvo tercamente su independencia de las organizaciones internacionales y la consideró su capital más valioso. "Sobre el terreno internacional, el centrismo se distingue, si no por

40 L. Trotsky, "CENTRISMO Y LA IV INTERNACIONAL", 1934.

su ceguera, cuando menos por su miopía; no comprende que no es posible en la época actual constituir un partido revolucionario nacional más que como parte

integrante de un partido internacional; en la elección de sus aliados internacionales el centrismo es todavía más incongruente que en el propio país”.

La causa de la rápida desaparición del PSOB, de igual manera que en el caso del PIR, fue su alianza con la rosca y no con el MNR; en este último caso habría logrado una larga vigencia como respuesta política democratizante. Planteamos el problema en estos términos porque la política tanto del marofismo como del stalinismo conducía a la cooperación con la burguesía nacional actuando a través del poder político. El PIR, al acomodarse a la política internacional de Moscú, se vio obligado a aliarse con la rosca. El PSOB, que decía moverse al margen de toda influencia internacional, cayó víctima de su propio reformismo. Su argumentación comenzaba y concluía en la fórmula “democracia o fascismo”, de donde se deducía que para conquistar y asegurar la democracia se imponía la necesidad de conformar un frente con todas las tendencias que se reclamaban de ella, esto por encima de la misma lucha de clases, conclusión que se repetirá después hasta el cansancio.

Frente Democrático Antifascista

En 1946 se constituyó el Partido de la Unión Republicana Socialista, gracias a la fusión de las ramas republicanas que en 1914 se desgajaron del tronco liberal, con los llamados socialistas bajo la dirección de Enrique Hertzog, Waldo Belmonte Pool, Francisco Lazcano Soruco, Alfredo Mollinedo, Gabriel Gozalves, etc. El tópico más temerario de su programa se refería a la función social de la propiedad privada, que, en el mejor de los casos, podía conducir a su limitación por parte del Estado. El PURS, uno de los últimos esfuerzos hechos por la rosca para revitalizar a sus tradicionales partidos políticos, luchó durante el sexenio y juntamente con el Partido Liberal para encaramarse en el poder. Sus dirigentes más visibles se distinguieron como caudillos durante la lucha contra el Movimiento Nacionalista Revolucionario, librada a nombre de la democracia.

El bloque “antifascista” constituido por las organizaciones rosqueras y el stalinismo tomó el nombre, primero, de Unión Democrática Boliviana (UDB) y luego de Frente Democrático Antifascista (FDA). El programa y la propaganda de estas entidades, que partían de la certeza de que el MNR era nazi, giraban alrededor de la repulsa a la represión desatada por el gobierno contra los conspiradores de derecha, repulsa que aparecía encubierta detrás de la demanda de respeto a los derechos democráticos en general.

La masonería, de inconfundible orientación derechista y pro-imperialista y que todavía conservaba intacto su poderío económico y político, había tendido hilos invisibles que le permitieron controlar de cerca tanto a la UDB como al FDA. Gracias al stalinismo, las criaturas rosqueras pudieron moverse cómodamente en medio de las masas urbanas.

El bloque opositor rosca-PIR, se proyectó en el llamado gabinete de unidad nacional y que no fue más que la restauración rosquera convertida en poder gubernamental. Que la derecha tradicional hubiese adoptado una serie de medidas encaminadas

a anular el reformismo nacionalista se explica fácilmente, pero sorprende que el Partido de la Izquierda Revolucionaria siguiese el mismo camino. El stalinismo en general es un movimiento obrero que desarrolla una política burguesa, pero para mantener intacta su clientela no tiene más remedio que propugnar una serie de medidas reformistas.

La inclusión del Partido de la Izquierda Revolucionaria en el gobierno rosquero fue una de las consecuencias de su total capitulación frente a la derecha tradicional y que para complacerla abandonó el programa de lucha por las reformas sociales. Bolivia ofrece poco margen para el mejoramiento material de los trabajadores en general.

El PIR quedó totalmente deteriorado como consecuencia de su paso por el gobierno, más que de su contubernio con la rosca en el poder; lo que se tradujo en fuerte presión venida desde lo más profundo de su militancia y que buscaba su retorno a las viejas posiciones; ese retorno resultó imposible porque las organizaciones, de igual manera que los líderes, no pueden liberarse total e inmediatamente de todo lo que hacen y dicen, sino que siguen arrastrando las consecuencias de su anterior conducta por mucho tiempo. Las ideas críticas alentaron el surgimiento público de una tendencia opositora, que ya estaba latente en los núcleos que se definieron como puramente "comunistas"; es esta tendencia la que se transformará más tarde, en enero de 1950, en el llamado Partido Comunista de Bolivia (José Pereira, Sergio Almaráz, Víctor H. Libera, Mario Monje, Luis y Jorge Ballón), que en 1965 fue escisionado por el llamado Partido Comunista Marxista Leninista (PCML) fiel a la línea política de Pekín. Las ramificaciones comunistas del PIR no únicamente repitieron la tesis central stalinista de la revolución democrático-burguesa como etapa previa para la posible construcción del socialismo, sino que volvieron a reproducir, una y otra vez, la vocación pirista de servir incondicionalmente a los sectores más diversos de la burguesía.

La contra-revolución de 1946

El acontecimiento político de mayor trascendencia fue la mal llamada "revolución libertadora" del 21 de julio de 1946, en la que cayó el nacionalismo con sus banderas relativamente intactas, que obligó a los partidos de izquierda a exponer a la luz pública la esencia misma de sus programas. Las mismas clases sociales fueron sometidas a una imperiosa reubicación. Las clases sociales y sus partidos políticos dieron de sí todo lo, que podían dar entre 1943 y 1952.

Las jornadas del 21 de julio de 1946 demuestran, una vez más, que no toda acción multitudinaria es siempre revolucionaria, que debe definirse con referencia a si las tendencias que la animan tienden o no a destruir la gran propiedad privada burguesa. Todo intento de conservar, limitar o perfeccionar las relaciones de producción imperantes, no es revolucionario, aunque arrastre al proletariado y a los campesinos. No es suficiente constatar la presencia de las masas para que un determinado acontecimiento sea tipificado como revolucionario y mucho menos proletario. Ciertamente que la clase obrera es revolucionaria, esto por las tareas históricas que, en definitiva, debe cumplir en el proceso de su propia liberación. Sin embargo, sólo se trata de una tendencia histórica cuya efectivización puede retardarse por muchas interferencias. La orientación y límite de las convulsiones sociales, en las que

intervienen los sectores mayoritarios de las masas, están determinados por la clase social que las dirige políticamente. En las revoluciones burguesas clásicas estuvieron presentes los campesinos y también los primeros núcleos proletarios, pero fueron tales por sus objetivos a cumplir y por su dirección. Los presuntos trotskistas que sostienen que todo fenómeno masivo, que no puede menos que englobar a la clase obrera, es por sí mismo una revolución proletaria, debido a que en la actualidad las burguesías nacionales están orgánicamente impedidas de cumplir sus propias tareas pendientes reducen el fenómeno a un esquema mecánico e ignoran su dialéctica interna. Otra cosa sería plantear que en todo movimiento en el que participa la clase obrera hay siempre la posibilidad de que ésta se emancipe políticamente de la burguesía, estructure su propio partido, gane el control de las masas y así consuma la revolución proletaria. Sostener que un movimiento multitudinario es ya una revolución proletaria o socialista, importa contribuir a cerrar el camino para que ésta se efectivice.

La caracterización del 21 de Julio de 1946 fue, precisamente, el punto en el que zozobró toda la izquierda y, por momentos hasta el mismo Partido Obrero Revolucionario, que con tanta nitidez se había diferenciada tanto del stalinismo como del nacionalismo. El Partido de la Izquierda Revolucionaria tenía sobradas razones para sostener a fardo cerrado que el 21 de Julio de 1946 se había consumado nada menos que una revolución destinada a abrir la perspectiva de la sociedad socialista. Recordó que en esa fecha las calles de las ciudades se vieron invadidas por las masas, que airadas clamaban venganza de las atrocidades cometidas por el nacionalismo y que quienes criticaron su conducta eran nada menos que agentes del nazismo. La derecha tradicional se vio fortalecida por la teoría pirista, esto porque apareció como la depositaria de todas las virtudes de la democracia y como el portavoz de los intereses de los explotados. Las ideas dominantes en ese instante eran las que el stalinismo y la rosca impusieron al país a través de todos los medios de comunicación y desde el poder. El trotskismo, que apenas estaba pasando de la infancia a la adolescencia, no logró sustraerse del todo a la poderosa presión del medio ambiente, lo que está demostrando que sus ideas programáticas tenían ciertos aspectos débiles; esto explica que algunos de sus cuadros e inclusive uno que otro Comité Regional, hubiesen oscilado peligrosamente hacia las posiciones stalinistas. El Partido perdió su carácter centralizado, fundamental para la existencia de una organización bolchevique, y habló y actuó en dos direcciones contrapuestas. No en vano el trotskismo, si tomamos en cuenta a su Comité Central, había penetrado vigorosamente en el sector fundamental de la clase obrera y atinado a expresar el instinto comunista del asalariado, que en ese momento pugnaba vigorosamente por saltar a primer plano; esto le permitió retornar al eje revolucionario y dar las espaldas al contubernio stalinismo-rosca, de otra manera no habría podido abrir el camino de la revolución proletaria.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario se vio obligado por los acontecimientos, que tan brutalmente lo golpearon, a colocarse en la trinchera opuesta a la ocupada por la rosca y el stalinismo pecista. Así, sin quererlo, apareció como la encarnación misma del antiimperialismo y también como la negación de la "democracia" entreguista. La testarudez de los hechos contribuyó de manera decisiva a rodear al nacionalismo de una aureola revolucionaria, lo que se vio acentuado porque las proposiciones de solución de las tareas democráticas hechas por el frente Villarroel-MNR no tuvieron el tiempo suficiente para demostrar su inviabilidad, como sucederá y en toda su plenitud después de 1952. Una bandera, que apenas comenzaba a ser

arriada, fue inmediata y mecánicamente retomada por los mineros radicalizados, sin mayor crítica, porque era la más visible y la más prestigiosa; de esta manera se fue formando "el mito de Villarroel" que dominará todo el escenario político hasta 1952 y después. No es, pues, nada sorprendente que el nacionalismo, obligado a entablar una descomunal batalla contra sus adversarios, se hubiese ido perfilando, más y más, como el polo aglutinante de la protesta multitudinaria y anti-rosquera. El propio desarrollo histórico fue configurando la contradicción rosca-MNR.

Los partidos que se reclamaban del marxismo, tanto el Partido de la Izquierda Revolucionaria como el Partido Obrero Revolucionario no pudieron escapar a estas luchas. Gradualmente el trotskismo apareció bloqueado y como una lejana referencia a la revolución utópica acaudillada por el proletariado; fue ganando terreno la especie de que el POR propugnaba nada menos que saltar muchas etapas para imponer a la atrasada Bolivia un socialismo totalmente acabado. Este recurso fue del agrado de los explotados que en las calles combatían contra el sexenio sangriento y que, cada día en mayor medida, se veían atrapados dentro de las redes movimientistas; para ellos el MNR era la práctica misma, la realización de la fórmula mágica, se les antojaba que el POR era la simpática y quijotesca arenga de una sociedad sin injusticias, pero, desgraciadamente, muy lejana y tal vez inalcanzable. A través de este mecanismo fueron los propios trabajadores los que expropiaron al trotskismo de su bandera y arbitrariamente, como tantas veces sucede en la historia, se la entregaron al nacionalismo de contenido burgués, uno de los tantos disfraces detrás de los cuales se mueve a sus anchas la clase dominante.

El stalinismo no pudo permanecer indiferente por mucho tiempo a las profundas modificaciones que se operaron en el estado de ánimo de las masas, tuvo que expresar a su modo, la presión que sobre él ejercitaban los trabajadores. Sus dirigentes hablan de un período en que el PIR recobra su independencia; lo que sucedió fue que la avalancha de la mayoría nacional arrojó a dicho partido a las trincheras populares y le permitió vivir la ilusión de un momentáneo reverdecimiento. Los árboles añosos antes de sucumbir pueden florecer. La ocasional radicalización del stalinismo no le permitió conservar intacta su popularidad, fue apenas un respiro en su inevitable caída como fuerza capaz de aparecer revolucionaria ante las masas. Ni siquiera su escisión, un inútil esfuerzo de rejuvenecimiento, pudo salvarlo. La estructuración y la destrucción de los partidos políticos no sigue una línea recta y siempre en la misma dirección; el proceso está lleno de altibajos.

La dialéctica interna del desarrollo histórico y los senderos que siguieron los partidos políticos fueron confirmando la inevitabilidad de una segunda experiencia del gobierno nacionalista para las masas, que les permitiese expresar su propia autenticidad.

b) El movimiento obrero el nacionalismo hacia la conquista de las masas

El M.N.R. se vio enfrentado al bloque rosca-stalinismo, que controlaba, a través de la CSTB, al movimiento obrero tradicional y no tuvo más remedio que dirigir su mirada hacia las masas. El nuevo gobierno debutó como una posibilidad popular, pero al día siguiente del 20 de diciembre de 1943 era evidente su falta de apoyo de los sectores mayoritarios.

El nacionalismo tenía ante sí el problema de encontrar la suficiente fortaleza para resistir y rechazar la presión imperialista. Cuando la burguesía nacional pretende imponer a la metrópoli nuevas relaciones de convivencia o arrancarle determinadas concesiones, está obligada a presentarse como portavoz de toda la nación oprimida.

El gobierno Villarroel-MNR tenía inaplazablemente que neutralizar la populachera arremetida rosquera. Sacó ventaja momentánea de uno de los rasgos de debilidad del movimiento obrero: su carácter artesanal y su desarrollo a espaldas de las minas. El contubernio stalinismo-rosca dejó a los mineros sin dirección política y sin una perspectiva inmediata de poder desarrollar su capacidad revolucionaria; lo que va a tener influencia decisiva en la transformación política del país.

El gobierno podía siempre apoyarse en los trabajadores del subsuelo, sobretodo si sabía aprovechar los recursos que le proporcionaba el ejercicio del poder, y así cobrar importancia frente a sus adversarios. Los virulentos ataques de la rosca y del stalinismo empujaron materialmente al gobierno nacionalista a los brazos de las masas y éstas plantearon la posibilidad de que el proceso político rebasase los límites del capitalismo.

En 1944, desde el Ministerio de Trabajo se puso en pie a la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), concebida como una agencia gubernamental. Desde ese momento Radepa y el MNR contaban con su propio instrumento sindical, que rápidamente demostró tener mayor capacidad operativa que la ya envejecida CSTB; el gobierno tenía un firme punto de apoyo para transformarse en popular. Al organizar a la FSTMB el nacionalismo puso en evidencia uno de sus rasgos distintivos: estatizar a los sindicatos para hacer más viable el proyecto de funcionamiento del gran Estado Nacional soberano que pretendía crear. Los regímenes burgueses nacionalistas de un país que tiene que enfrentarse con el imperialismo, no puede darse el lujo del desarrollo democrático del movimiento obrero; están obligados a buscar su estrecho control.

Simultáneamente, el oficialismo puso en pie y organizó a los campesinos, siempre teniendo cuidado de dirigirlos políticamente y muy de cerca. Puede ser que el oficialismo hubiese considerado al apoyo campesino y obrero de igual importancia, desde el momento que para él sólo se trataba de ensanchar su base social. Dentro de la perspectiva histórica el apoyo del proletariado y de los campesinos tiene proyecciones muy diversas y hasta contrapuestas. Los hombres del agro pueden durante todo un período ver encarnadas sus aspiraciones en la burguesía y cuando entre en fricción con ella no será para rebasarla como expresión social de la propiedad privada. Contrariamente, el proletariado lleva en sí la tendencia a diferenciarse políticamente de la burguesía, a sobrepasarla y a destruirla, esto porque su liberación pasa por la destrucción de la gran propiedad privada de los medios de producción. Esta tendencia no es más que la proyección del instinto de la clase obrera, es por esto que se da en forma larvaria desde el primer momento.

No es una cuestión definitiva el que el proletariado sea organizado por la burguesía, esto casi siempre ha ocurrido, sino el que, partiendo de ahí, pueda adquirir conciencia clasista. Inmediatamente que los explotados comienzan a caminar con sus propios pies se patentiza su tendencia hacia la independencia de clase, que es en si misma diferenciación política con la burguesía.

La independencia de clase y la diferenciación política, se orientan, de manera inevitable, hacia la destrucción del basamento económico de la propia burguesía, entonces adquiere significación política la contradicción fundamental e irreconciliable que nace de la lucha por la apropiación de la plusvalía, causa última de la lucha de clases.

El desarrollo de la diferenciación política del proletariado de la burguesía, constituye el basamento de la evolución de la conciencia de clase, es decir, de la estructuración del partido revolucionario. Es el proletariado, al constituirse como clase, el que se encarga de empujar, de manera inexorable, a la burguesía nacional más radical hacia las posiciones imperialistas. En nuestro tiempo, que es el de la desintegración del imperialismo, la burguesía no tiene ya tiempo ni posibilidades de cumplir a plenitud todas sus tareas, es una clase caduca y un obstáculo para la transformación revolucionaria de la sociedad.

El apoyo y presión del proletariado pueden empujar a la clase dominante sólo hasta cierto punto, señalado por la defensa de la gran propiedad privada y por la convivencia con el imperialismo. Es absurda la tesis de que por este sendero la burguesía nacional pueda llegar al socialismo o transformar al Estado burgués en dictadura proletaria, como sostienen los parciales de la izquierda nacional y de algunos grupúsculos trotskizantes que han capitulado abiertamente ante la burguesía.

Una de las leyes más generales de la revolución en los países atrasados en nuestra época consiste en que la burguesía nacional, que puede debutar como caudillo de la nación oprimida y sosteniendo posiciones tremendamente radicales de oposición al imperialismo y buscando el cumplimiento de las tareas democráticas, tiene que concluir de hinojos ante la metrópoli opresora y frustrar así sus proyectos de sacar al país del atraso, todo esto porque en el escenario político se encuentra presente el proletariado como clase. Es la frustración de la burguesía nacional la que abre la perspectiva de que la clase obrera tome en sus manos, además de sus tareas históricas propias, las que corresponden a la burguesía nacional y, en esa medida, se convierta en caudillo de la nación oprimida.

La oposición obrera

En la medida en que el proletariado puede convertirse en caudillo nacional, el trotskismo tiene la posibilidad de ocupar un lugar de preeminencia en la política nacional y de arrastrar a las masas hacia la revolución proletaria.

La historia de la clase obrera boliviana no es otra que la de su formación partiendo de su experiencia vivida bajo los regímenes nacionalistas de contenido burgués. Como quiera que entre nosotros está ausente casi del todo la burguesía industrial (que es ésta y no la compradora la que debe considerarse como la auténticamente nacional), es la pequeña burguesía, su partido político conformado básicamente por la inteligencia, la que expresa los intereses generales de la clase directamente interesada en el cumplimiento de las tareas democráticas y al hacerlo puede chocar y choca con determinados sectores de la patronal y del imperialismo. El hecho de que la burguesía nacional siga un canal retorcido para exteriorizarse, se convierte en un factor que oscurece el proceso político, que obstaculiza su comprensión por parte

de la clase obrera. Este fenómeno se convierte en punto de partida de la teoría de que la clase media, particularmente la castrense, pueden desarrollar una "tercera posición", equidistante de la burguesía (capitalismo) y del proletariado (comunismo), que sería el nacionalismo capaz de plantear y resolver la liberación nacional sin correr el riesgo de caer en el marxismo o en el comunismo, que se le antoja otra forma de imperialismo. La formación de la conciencia de clase del proletariado tiene que pasar por la comprensión del verdadero rol que juega la pequeña burguesía: correa de transmisión de los intereses de la gran burguesía nacional. Por todo esto, el proceso nacionalista de 1943 a 1946 adquirió fundamental importancia para el proletariado, aunque se trató de un fenómeno larvario.

La clase obrera en su conjunto no pudo conquistar su unidad y menos su independencia política. Mientras el proletariado de las ciudades siguió a la rosca a través del conducto pirista, en este aspecto adoptó la misma posición que la del artesanado y de las capas más vastas de la clase media, los mineros se organizaron para prestar apoyo político al gobierno nacionalista. La FSTMB se proyectó rápidamente como una central nacional, como un polo aglutinante de las tendencias antistalinistas y antirosqueras, en fin, como dirección de las masas. La CSTB siguió siendo artesanal y en esta medida jugó a la perfección del papel de instrumento obrerista en manos del PIR. El problema quedó formulado en términos por demás claros: la unidad de la clase sólo podía darse alrededor del programa que comenzaron a enunciar los mineros y bajo su dirección política. Si en los primeros momentos del gobierno Villarroel-Paz Estenssoro los trabajadores de las minas quedaron confinados en sus campamentos, lentamente se fueron transformando en la dirección de las masas y, en esta medida, la FSTMB comenzó a disputarle a la CSTB la hegemonía sobre aquellas.

El hecho político de mayor significación afloró antes de que se cumpliesen dos años de la fundación de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia por el gobierno y puso en evidencia las características diferenciales y las proyecciones del proletariado. En ese momento también se esbozó la relación existente entre la política de la burguesía nacional y la del proletariado. Nos estamos refiriendo a la novedosa oposición de parte de los mineros a las limitaciones e impotencia del gobierno nacionalista.

Todo fenómeno social y toda idea pueden siempre ser combatidos desde dos posiciones extremas y contrapuestas: desde la derecha y desde la izquierda. Los clásicos del marxismo señalaron este hecho refiriéndose a Kant, que para los materialistas consecuentes no era más que un idealista vergonzante y para los idealistas un materialista de cuerpo entero. Constituiría una torpeza concluir que idealistas y materialistas son lo mismo porque igualmente critican a Kant. Los nacionalistas y sus seguidores de la izquierda nacional, se han esforzado, porque la torpeza convenía a su punto de vista, en no distinguir las diferencias y los matices que se podían percibir en los ataques que desde la izquierda y desde la derecha se lanzaron contra el régimen Radepa-MNR. Cuando el nacionalismo quedó atrapado entre las campañas lanzadas por el imperialismo (derecha) y por el proletariado (izquierda), los teóricos del oficialismo concluyeron que proletariado (trotskismo) e imperialismo-rosca eran la misma cosa. Un poco más antes la derecha tradicional y el stalinismo fueron criticados y combatidos tanto por el nacionalismo como por el proletariado (trotskismo), entonces se lanzó la especie de que ambos eran la misma cosa, al extremo de conformar el nazi-trotskismo.

El que los ataques al eje Radepa-MNR proviniesen de polos opuestos quiere decir que tenían una significación también diferente, que seguían direcciones contrapuestas. Era absurdo meterlos pura y simplemente en el mismo saco. La derecha rosquera y ciertos sectores imperialistas, pasea que tenían al stalinismo como punto de apoyo para sus maniobras, veían detrás del nacionalismo la amenazadora garra del movimiento obrero, al que tipificaban como comunismo. Lo combatían por considerar que sus medidas eran temerarias, por su acentuado estatismo y por la perspectiva de que pudiese abrir las puertas a la acción destructora de los explotados. A su turno, la izquierda marxista, los obreros que ya se movían influenciados por el trotskismo, pusieron de relieve que el nacionalismo había demostrado su incapacidad para consumir la liberación nacional, para mejorar sensiblemente las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, amén de que no tenía posibilidades de libertarlos; de esta manera se planteaba la lucha antiimperialista y por el cumplimiento de las tareas democráticas bajo la dirección política del proletariado. Se precisa una excesiva ceguera para no percatarse que quienes propugnaron la revolución proletaria (abolición de la gran propiedad privada imperialista o burguesa en general) no podían identificarse políticamente, por sus objetivos estratégicos, con el imperialismo ni con la rosca títere, porque, precisamente, su lucha fundamental se daba entre ellos.

El joven POR, utilizando las ideas fundamentales de la teoría de la revolución permanente ⁴¹, penetró en lo más selecto de la vanguardia de los mineros, buscando transformar, a través de ella, a toda la clase obrera; tarea inseparable del análisis de la naturaleza clasista del nacionalismo y de sus consiguientes limitaciones e impotencia para el pleno cumplimiento de las grandes tareas democráticas. El "socialismo" militar, los gobiernos Villarroel y los del MNR, pretendieron, a su modo, poner en pie al gran Estado Nacional soberano y sucesiva e indefectiblemente redujeron sus pretensiones a la estructuración de un aparato estatal a medida de los intereses de la nrietrópolis opresora. La liberación nacional es inseparable del Estado soberano y el que no lo ve así denuncia que lo único que busca es un reacondicionamiento o la atenuación de la opresión imperialista.

En marzo de 1946, desde la tribuna del tercer congreso de la FSTMB, considerada hasta ese momento como oficialista, esa minoría obrera, coincidiendo con la euforia y radicalización de la más importante concentración obrera del país, puntualizó los alcances de una nítida diferenciación política del proletariado con el nacionalismo. La reunión había sido burocráticamente preparada para fabricar en serie votos de apoyo al gobierno y a las autoridades del Ministerio de Trabajo, algo rutinario en los congresos mineros. Por esto mismo el acontecimiento adquirió enorme significación histórica y contornos de escándalo. Los obreros señalaron una política antinacionalista burguesa, cuando el bloque Radepa-MNR se encontraba en el poder; lo que demuestra que sus ideas eran poderosas y correspondían a las corrientes que se agitaban en el seno de las masas.

Las luchas habidas en esa reunión y los acuerdos adoptados no han sido todavía debidamente valorados, fundamentalmente porque aparecieron opacados por lo que se dijo y se hizo en el congreso minero de Pulacayo, que se agigantaron debido al descomunal escenario que les sirvió de marco. Sin embargo, no hay que olvidar que sin el tercer congreso de Catavi probablemente no se habría adoptado en la reunión

41 Teoría de la revolución proletaria en los países atrasados, único camino que permitirá la plena efectivización de las tareas democráticas y su transformación en socialistas.

extraordinaria de la FSTMB la Tesis revolucionaria de los mineros. En la primera reunión se aprobaron las grandes líneas de lo que más tarde se conocerá como Tesis de Pulacayo. Las reivindicaciones inmediatas fueron enunciadas como transitorias, lo que permitió unir la táctica y la estrategia y plantear la lucha por el socialismo como una batalla del presente y no como una vana e hipotética promesa. En Catavi, algunos meses antes de julio de 1946, se reivindicó la preeminencia de la acción directa de masas sobre los otros métodos de lucha; el armamento del proletariado, etc. Para los explotados ese tercer congreso minero importó el descubrimiento de una nueva perspectiva, más audaz y más auténtica que todo lo que ofrecieron el nacionalismo y el stalinismo. Si se lo observa en su proyección histórica, significó el esfuerzo más grande hecho por la clase, imperceptible para el grueso de las masas y para los observadores, por ir al encuentro de las posiciones políticas conquistadas anteriormente. Aquí nuevamente se pudo volver a comprobar que no se trata de repetir mecánicamente viejas experiencias, sino de potenciarlas en un plano político superior.

El stalinismo se empeñó en actuar al margen del sector básico del proletariado con el argumento de que se trataba de un movimiento fascista. La novedad está en que la clase revolucionaria pueda transformarse en su contraria. La historia se encargó de desmentir enérgicamente semejante dislate. La actitud del PIR fue una de las consecuencias de su total entrega a la rosca y al imperialismo. De esta manera el marxismo tradicional abandonó los medios obreros, hecho que tendrá mucha significación para el porvenir del proletariado. El congreso minero de Catavi fue abiertamente sabotado por el PIR; dijo que sería una reunión oficialista más, olvidando que estarían en ella, además de la burocracia sindical, delegados de base y elementos revolucionarios que necesariamente tendrían que traducir el nuevo estado de ánimo de los trabajadores.

La derecha tradicional y el gobierno nacionalista se percataron de inmediato que algo sumamente grave se había producido en las minas y que comenzaba a amenazar sus intereses y su estabilidad. La izquierda se limitó a ignorar lo acontecido porque lo consideraba intrascendental: para ella no podía venir de ese lado una respuesta revolucionaria. El imperialismo y la reacción comenzaron a darse cuenta que el PIR no tenía en sus manos el monopolio del movimiento obrero radicalizado, que a su izquierda irrumpía vigorosamente una tendencia radicalizada. Resulta por demás evidente que a la derecha no le servía para nada un PIR que hubiese dejado de controlar a los trabajadores.

Si los acontecimientos se hubiesen desarrollado de una manera normal, los acuerdos de Catavi habrían logrado apoderarse lentamente de toda la clase y, de esta manera, influenciar poderosamente en la suerte del país. Pero, el proceso histórico siguió un otro camino, por demás tortuoso. Antes de que las ideas revolucionarias tuviesen el tiempo suficiente de ir creando alrededor de ellas una capa humana permeable a su acción, la lucha de clases asumió caracteres catastróficos.

El 21 de julio y la Tesis de Pulacayo

La convulsión social del 21 de julio de 1946, cuyas características restauradoras no aparecieron con imperiosa evidencia desde el primer momento, obligó a los mineros (en su congreso de Catavi se proyectaron como la vanguardia de la clase, tendencia

que se afirmará en el futuro) a replegarse sobre sí mismos, sobre sus organizaciones propias y sobre su tradición. El momentáneo aislamiento de los mineros se modificó en favor del liderazgo del sector fundamental de la clase revolucionaria.

Los obreros de las minas actuaron así de manera instintiva, y aparecieron en cierto momento cómo un islote marchando contra todo el país; para ellos, y sin que mediasen mayores razonamientos, el derrocamiento de Villarroel sólo podía significar la pérdida de sus conquistas logradas hasta ese momento. Como quiera que la conspiración mostraba rasgos rosqueros, concluyeron que la afirmación de los intereses y privilegios de la derecha sólo podía realizarse y efectivizarse a costa de los trabajadores. El 21 de julio importó una radicalización insospechada de los mineros; aunque tipificados como villarroelistas, la victoria rosquera no supuso su aplastamiento, sino la acentuación de su movilización.

Los mineros se rebelaron contra la Junta de Gobierno y su arremetida estuvo también dirigida a parar en seco la política de la gran minería que buscaba boicotear a los sindicatos que se habían lanzado a una franca lucha en pro de reivindicaciones inmediatas muy importantes, bajo la inspiración del Tercer Congreso Minero de Catavi. El problema fundamental derivó de la respuesta que dio la rosca minera al radicalismo y a la intransigencia de los trabajadores y que buscaba la paralización de las operaciones de las empresas en las que la agitación social había adquirido contornos graves. El gobierno, cediendo a la poderosa presión de los empresarios y del imperialismo, agotó todos los recursos para desarmar políticamente a los obreros y para obligarles a retroceder.

En resumen: la avanzada minera se parapetó firmemente contra el gobierno y demostró su decisión de movilizar a todos los explotados contra él; en la medida en que se agravó el enfrentamiento de los mineros con la rosca, también se ahondó el abismo que ya estaba abierto y que separaba al stalinista PIR de la clase y de la política revolucionarias.

Los trabajadores mineros radicalizados demostraron que el grueso de este sector se soldó con la reducida vanguardia que había protagonizado el congreso de Catavi, fenómeno que se ha repetido una y otra vez a lo largo de nuestra historia.

Lo que para las capas más vastas no fue acaso más que arenga lírica lanzada desde el Congreso de Catavi, se transformó en consigna orientadora durante todo este período. El radicalismo trotskysta pudo moverse con toda libertad y concluir enseñoreándose de las masas porque no encontró obstáculos políticos organizados que actuaran en sentido contrario. La dirección del MNR había sido física y prácticamente eliminada del país; los activistas sindicales del nacionalismo; prosiguieron en su labor en el seno de los trabajadores, siguiendo la línea maestra fijada en Catavi, es decir, contra la política tradicional de su partido y así se confundieron con el trotskismo: una de las causas más lejanas y profundas de esa especie de falta de delimitación organizativa entre la militancia porista y movimientista que caracterizará al sexenio. El PIR -repetimos- era visto por los trabajadores como uno de sus enemigos más odiados.

Es en tales condiciones políticas excepcionales, resumen de toda la historia del movimiento obrero hasta ese momento, que se reúne el Congreso Minero Extraordinario de Pulacayo. El azar y no ningún plan preconcebido y destinado a

montar el escenario adecuado para algo que de antemano hubiese sido catalogado como excepcional, escogió a la mítica mole de plata donde se asentó la empresa ideada por Arce y que en 1946 vomitaba sus últimas reservas estañíferas; desde esa imponente cumbre fue difundido, para los bolivianos y para los latinoamericanos, el mensaje anunciador de una nueva sociedad, Y como el programa fue dicho en un momento de convulsión social, no adquirió sólo carácter de anuncio prometedor, sino más bien, de alarido que acompaña al descomunal parto. La transformación política de Bolivia se estaba produciendo por la terca e indomable acción de los mineros. Aunque este esfuerzo creador no se cristalizó en la sociedad sin clases, la historia continental y boliviana fue marcada por la huella imborrable dejada por los adalides de la revolución permanente. Probablemente los protagonistas del memorable congreso no se dieron cuenta de que estaban plantando el hito divisorio del torrente histórico, como denuncian la ausencia de poses teatrales, la desconcertante autenticidad de todo lo que se hizo y que contribuyó a que fuese difícil distinguir entre la masa gris y los líderes educados en esas catacumbas que crean los partidos revolucionarios para moverse cómodamente en medio de las represiones más brutales.

El Congreso Minero fue un fenomenal puñetazo descargado sobre el gobierno rosquero, la gran minería y el imperialismo. En los acuerdos adoptados no es posible distinguir fisuras, contradicciones o concesiones al enemigo o a las ideas dominantes en ese instante, como es la norma en las reuniones obrero-sindicales. En Pulacayo hubieron errores, pero fueron errores dentro de la concepción revolucionaria, los más como producto de la inmadurez de los sectores, del propio grado de desarrollo alcanzado por la conciencia de la clase; pero, no hubo asomo de conciliación con el adversario, de atenuantes en la decisión de imponer las reivindicaciones mediante la acción directa. Fue, ni duda cabe, un verdadero congreso extraordinario. Lo que para muchos resultó sorprendente e inexplicable fue el hecho de que el trotskismo, cuando en el mundo entero no atinaba a sobreponerse a la acción contrarrevolucionaria del stalinismo, se hubiese apoderado de la noche a la mañana de las masas trabajadoras bolivianas, en el escenario de una región atrasada y que se distinguía por su incultura y su analfabetismo. El cable se estremeció al transmitir la nueva de que los indios apacibles anunciaban el advenimiento de la dictadura del proletariado, esto en un país pequeño, perdido en la gelidez de los Andes, moviéndose a la zaga del resto del mundo. No fue cosa de milagro, sino el producto genuino de la historia boliviana, una criatura pacientemente engendrada en el vientre de una sociedad desgarrada por tremendas contradicciones. Afirmando la evidencia de que Bolivia es parte integrante de la economía capitalista mundial, el parto de Pulacayo resultó un parto a medias, un vigoroso anuncio de las luchas futuras, que no tuvieron más remedio que pagar muy caro la dramática desigualdad que distingue el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado de los diferentes países.

El imberbe POR pudo realizar tan descomunal hazaña gracias a dos circunstancias muy concretas y predeterminadas: la ausencia de las direcciones "izquierdistas" que pudiesen llevar hasta el seno de los trabajadores la política y la ideología burguesas y el hecho de que las consignas trotskistas interpretaron políticamente lo que era ya tendencia poderosa en el seno de las masas.

Sin competidores, sin necesidad de realizar maniobras de compromiso, con el privilegio de poder hablar muy claro (recordemos que esto no pudo hacerlo Marx en los documentos de la AIT, de la Primera Internacional), el trotskismo actuó muy libremente en el seno de las masas y tradujo en fórmulas políticas los sentimientos

de éstas. De esta manera lo que todos consideraban atraso y virginidad políticos de los bolivianos se convirtió en un privilegio que permitió dar ese tremendo salto programático que está sintetizado en la Tesis de Pulacayo.

El resultado de nuestro desarrollo histórico fije una clase obrera que llegó a la gran agitación social de los años cuarenta con la mente que parecía una pizarra en blanco; el POR escribió cómodamente en esa pizarra todo su programa y lo hizo sin atenuantes, adquiriendo una enorme autoridad sobre todo el país, demostrando su vocación de caudillo y su destino de conductor de los explotados hacia la victoria. Los analistas que se refieren al POR no se equivocan cuando dicen que se trata de un partido excepcional, pero se olvidan puntualizar que es el hijo de un proceso también excepcional. El trotskismo cumplió a cabalidad la tarea de fusionar en su seno la ciencia de la revolución proletaria, la doctrina de Marx, Lenin y Trotsky, con la clase obrera, importando poco que ésta fuese poco numerosa o inculta. Lo hizo no sólo porque estuvo organizado como partido (éste no había llegado a grandes alturas y estaba realizando tanteos en muchos aspectos), sino porque atinó a actuar cuando estaba planteada imperiosamente la necesidad histórica de oponer a la política contrarrevolucionaria de la rosca y el imperialismo la perspectiva de la revolución y dictadura proletarias, porque comprendió que únicamente por esta ruta se podía superar el nacionalismo de contenido burgués. Ese fue su mérito, no pequeño por cierto, y por esto pudo enraizarse profundamente en la clase revolucionaria y ganar un puesto en la historia posterior del país.

Había un punto capital que resumía toda la lucha de clases y toda la historia de la secular batalla entre oprimidos y opresores en Bolivia; ese punto clave se refería a cómo concretizar la vieja consigna de "minas al estado". La estatización habría sido una respuesta abstracta cuando la gran minería buscaba, contando con la complicidad de "su" Estado, paralizar a las empresas. Era un fenómeno decisivo el que la vanguardia del proletariado estuviese en las calles en pie de combate tanto contra la gran minería como contra el Estado rosquero. La expropiación de las pertenencias de la rosca no podía realizarla el Estado reaccionario y sólo si la clase obrera subvertida. Esto explica por qué la consigna central de Pulacayo fue la toma de las minas con control obrero. Los trabajadores marchaban en ese sentido y no en otro: Si alguien hubiese sostenido que era preciso presionar al gobierno rosquero para que estatizase las minas, eso habría significado despertar desmedidas ilusiones acerca de la supuesta capacidad anticapitalista del régimen imperante, lo que se habría convertido en un elemento distraccionista y contrario a la evolución política de los explotados.

Se puede afirmar con certeza que es en Catavi-Pulacayo que por primera vez se plantea en Bolivia, esto por lo menos en el plano sindical, la consigna del control obrero. Si las consignas y la propaganda no son elaboradas en abstracto ni traídas de los cabellos, responden a las necesidades de la lucha de clases, aparecen siempre teñidas de rasgos particulares que corresponden al momento histórico en el que nacen. El control obrero del que se habló en Catavi-Pulacayo y que tan justificadamente aterrizó a la reacción, no es ciertamente una repetición mecánica de lo que dijeron al respecto los clásicos, como creen algunos observadores. Para los mineros bolivianos no se trató únicamente de poner al desnudo el funcionamiento de la empresa capitalista, de demostrar la posibilidad de su funcionamiento sin la burguesía, sino que era sinónimo de una verdadera administración obrera sin participación burguesa o estatal. Cuando más tarde el MNR y la corrupta burocracia

sindical toman el rótulo de la consigna no podrán menos que vaciarle de todo su contenido revolucionario.

Está ya dicho que los acuerdos de Pulacayo no hicieron más que seguir y desarrollar lo aprobado en Catavi. Ni los mineros ni los políticos bolivianos del momento se percataron que en la elaboración de dichas resoluciones se utilizó el método que domina el Programa de Transición de la Cuarta Internacional y que inclusive se siguió de muy cerca su texto. Más tarde, algunos pretendieron haber hecho un gran descubrimiento al constatar esta evidencia y sacaron la peregrina conclusión de que en el Congreso de Pulacayo todo se limitó a la presentación de una copia serevil del magistral documento redactado por León Trotsky. Si las cosas hubiesen sucedido así es indudable que la Tesis de Pulacayo, por muy bien copiada que hubiese estado, no habría tardado en ser totalmente sepultada por los acontecimientos y por la misma lucha política, en ese momentotan enardecida por lo que dijeron los mineros.

Constituye un equívoco descomunal confundir la utilización de un método que está implícito en un documento programático con la copia de éste. Por otra parte, el Programa de Transición no es más que el programa de la revolución proletaria planteado en dimensión mundial y conforme a las leyes generales del desarrollo de la sociedad capitalista. Como nadie ignora, la revolución no se dará simultáneamente en escala mundial, sino, como un fenómeno nacional para luego proyectarse a los otros países. Este sólo hecho está señalando que es preciso analizar, concretizar esas leyes con referencia a un determinado país, elaborar para éste el programa de la revolución proletaria, aun existiendo el Programa de Transición de la Cuarta Internacional; que no puede de ninguna manera ser una simple copia de este último, sino la síntesis del conocimiento de la realidad nacional y mundial.

La Tesis de Pulacayo es un programa de transición y, en esta medida, sigue de cerca al de Trotsky. Sin embargo, no hay que olvidar que en nuestra época un programa revolucionario debe necesariamente plantear reivindicaciones transitorias. Al hacer este planteamiento nos estamos apoderando de la experiencia y de las adquisiciones del movimiento revolucionario mundial, esto a partir de la Tercera Internacional en su mejor época revolucionaria. Se tuvo que pagar un alto precio porque la Segunda Internacional se hubiese desarrollado durante el ascenso dei capitalismo y cuando éste tenía posibilidades de mejorar sensiblemente la situación de la clase obrera, factores que contribuyeron a ahogarla en el charco del reformismo. Entre la lucha por las tareas inmediatas y el objetivo socialista fue abierto todo un abismo. La táctica de la lucha por las reformas concluyó convertida en finalidad estratégica. La Tercera Internacional en sus inicios, que tan cuidadosamente preparó las condiciones para acabar con el reformismo en las filas revolucionarias, puso especial atención en la búsqueda de los medios que permitiesen superar la división entre el programa mínimo y el máximo. En la época de Lenin ya se esbozó el criterio dei programa transitorio, capaz de permitir que las masas, partiendo de sus necesidades del momento y de su real evolución política, se movilizasen hacia la conquista dei poder, proceso que debe entenderse como una aproximación, aunque sea mínima, hacia el logro de la meta final de la revolución social y de la conquista del poder político.

Ni ayer ni hoy se tuvo el acierto de puntualizar que la Tesis de Pulacayo, siendo un programa con limitaciones sindicales, contribuyó a la evolución política en el plano partidista. Por primera vez aparece la caracterización del país como capitalista atrasado. No se trata de una frase cualquiera ni de una vulgar copia del Programa

de Transición, sino de la superación, arrancando del balance de todas las discusiones habidas al respecto, de lo que se planteó en el campo de la izquierda latinoamericana y boliviana. Pero hay algo más, esa caracterización está demostrando que, a diferencia de lo que sucedía en el stalinismo inclusive en el tercer período, se había llegado a una comprensión marxista de la economía mundial, considerada como una unidad con sus leyes propias, actuando por encima de las economías nacionales y transformándolas. Hasta ése momento, los nacionalistas y los seguidores de Marx, incluyendo a no pocos trotskistas, creían que Bolivia, arrastando modos de producción pre-capitalistas, se limitaba únicamente a vender sus materias primas en el mercado internacional y a comprar una que otra mercancía, de manera que la economía nacional aparecía simplemente acoplada a ese fenómeno extraño que era la economía mundial, error que genera el concepto de la dependencia unilateral y pasiva de nuestro país con referencia a la metrópoli imperialista.

En la tesis de Pulacayo está implícita la idea de que Bolivia, en realidad, ha sido integrada a la economía mundial, que forma parte de esa unidad y que la ha transformado a su modo, parcial y contradictoriamente, pero que de modo necesario se encuentra en inter-relación con la metrópoli.

Al caracterizar a Bolivia como país capitalista atrasado, la tesis de Pulacayo está ayudando a comprender el sentido que tienen las leyes de la economía mundial en nuestro país y, por tanto, la naturaleza que adquirirá la transformación revolucionaria.

La incorporación al capitalismo internacional, con todas las particularidades que diferencian a un país y que no son otras que la persistencia de las tareas democráticas no cumplidas, explica el predominio del modo de producción capitalista sobre otros heredados del pasado. Por esto mismo, el proletariado, aunque sea numéricamente pequeño y culturalmente poco desarrollado, se convierte en el eje de la transformación política, en la clase dominante con referencia a las que nos ha legado el pasado.

La discusión fundamental en el campo del marxismo es aquella que se refiere a la madurez o no de las fuerzas productivas para hacer posible la revolución proletaria. La debida comprensión de lo que es la economía mundial y la revolución permanente llevaron a Trotsky a la conclusión, de que en nuestra época, que es la época de la revolución proletaria, ya no puede hablarse de países maduros o no para la revolución acaudillada por la clase obrera. La Tesis de Pulacayo retoma este concepto fundamental y punto de diferenciación con todas las tendencias stalinistas, de una manera creadora. Como consecuencia de la incorporación de los países semicoloniales a la economía mundial, éstos han madurado desde fuera para la revolución proletaria. La cabal comprensión de la economía mundial nos obliga a considerar a las fuerzas productivas como dimensiones internacionales; es indiscutiblemente anticientífica la postura de analizarlas aisladamente dentro de las fronteras nacionales. El anterior planteamiento sirve de justificativo para la formulación de la revolución y dictadura proletarias que distingue a la Tesis de Pulacayo.

Por haber utilizado con rigor el método marxista, por no haber cedido a consideraciones subjetivas, los mineros pudieron analizar adecuadamente a las clases sociales ni establecer su particular mecánica en el país. Hasta la cuarta década era común escuchar de boca de los que presumían de izquierdistas la especie de que las clases sociales eran más revolucionarias cuanto más numerosas y pobres. Tal criterio

jesucristiano se complementaba con otro que entroncaba en el viejo indigenismo y que decía que los campesinos admirables por su larguísima historia de heroicas luchas, eran socialistas porque venían de un régimen igualitario, comunista. Todas estas afirmaciones distorsionaban la realidad y actuaban como elementos perturbantes en el proceso de formación de la conciencia de clase. Es fácil comprender el sentido progresista que adquirió la clarificación principista de la naturaleza de las clases sociales en Bolivia y de su relación entre ellas. Partiendo de la incorporación del país a la economía mundial y del consiguiente predominio del modo de producción capitalista, la Tesis de Pulacayo sostiene de manera categórica que la minoría proletaria es también en Bolivia la clase revolucionaria por excelencia. Dentro de ella, los mineros se encuentran a la vanguardia no sólo porque la minería constituye el eje fundamental de la economía del país, sino por la propia historia del sector, que le ha permitido politizarse rápidamente y siguiendo un camino diferente al de su alfabetización.

La mayoría campesina, que en ese momento soportaba el peso de la servidumbre, era una herencia que venía del pasado precapitalista, profundamente penetrada por la pequeña parcela, toda ella moviéndose en los estrechos esquemas de la producción individual, utilizando una tecnología sumamente primitiva, etc. La forma en que los campesinos producían su vida social determinaba que sus condiciones y sus objetivos fuesen conservadores, que no tuviese la posibilidad de expresar sus intereses generales en escala nacional, lo que constituía un obstáculo para su organización en partido político. Sin embargo y conforme a lo que ocurre en toda la clase media, se rebelaba constantemente contra el orden de cosas imperante e insoportable para ella. Si bien los campesinos correspondían a un modo de producción precapitalista y encarnaban la barbarie, en condiciones excepcionales, que no eran otras que las de la revolución, se trocaban en palanca poderosa del progreso y de la transformación cualitativa de la sociedad. La minoría demográfica proletaria podía transformarse en fuerza política decisiva si lograba arrastrar detrás de sí a toda la nación oprimida, a las masas mayoritarias que no eran, precisamente, asalariadas. De esta manera la revolución acaudillada por el proletariado se convertía en auténticamente nacional. Como se ve, la clase obrera sólo puede llegar al poder en los hombros del campesinado, es éste el que la convierte en clase gobernante.

En el desarrollo de la sociedad humana no hay lugar para una sociedad campesina, como acertadamente señaló Trotsky. Esa sociedad estaría basada, en el mejor de los casos, en la pequeña propiedad, en el atraso económico social que se traduce, por ejemplo, en la falta de diferenciación social del agricultor con referencia al artesanado. Las masas campesinas insurreccionadas tienen ante sí el dilema de apoyar a la burguesía o bien al proletariado y de ninguna manera la posibilidad de desarrollar una política independiente de clase. La alianza obrero-campesina, que tan categóricamente está expuesta en la Tesis de Pulacayo, no significará un convenio suscrito entre dos potencias, sino la marcha bélica de la mayoría nacional detrás de la política fijada por la clase revolucionaria de la ciudad, esta es una prueba más de que el país se mueve, incluso teniendo en cuenta al campesinado, bajo el imperio de las leyes de la economía mundial: el capitalismo supone la subordinación del campo a la ciudad.

No es ciertamente un mérito exclusivo de la Tesis de Pulacayo el haber señalado la subordinación de los movimientos de toda la clase media y particularmente de su inteligencia, al proletariado. Únicamente durante algunos decenios de la pre-guerra

chaqueña los estudiantes aparecieron como los predestinados a organizar, dirigir y libertar a los trabajadores, lo que constituye un lugar común en otras latitudes. El rápido avance político del proletariado después de los años cuarenta obligó a los estudiantes a someterse a su dirección, a integrarse a las centrales sindicales, etc.

En la Tesis de Pulacayo está ya implícita una importante puntualización acerca de la revolución proletaria en los países atrasados: no debe ser confundida con la revolución puramente socialista y mucho menos con una realizada únicamente por la minoritaria clase obrera. En la caracterización del proceso revolucionario, la Tesis minera no se aparta ni un milímetro de la teoría de la revolución permanente: el proletariado desde el poder hará posible la transformación de la revolución demoburguesa en revolución socialista; cumplirá a plenitud las tareas burguesas, no para mantenerlas indefinidamente como tales sino para trocarlas en socialistas.

La clase obrera boliviana no fue nunca parlamentarista; cuando pasó por la experiencia liberal pudo rápidamente comprobar que el parlamento no tenía posibilidades de resolver sus problemas más importantes. Esta evolución muestra muchas diferencias con la seguida por el proletariado de otros países. Uno de los rasgos característicos de todo el proceso político boliviano consiste en que no ha sido posible la vigorosa estructuración de la democracia formal, consiguientemente, el parlamento nunca ha alcanzado un gran esplendor y menos la suficiente autoridad para imponerse sobre las decisiones del Poder Ejecutivo, que es el único poder real dentro de la ficción jurídica de la división e igualdad de los tres poderes del Estado. En un país en que las contradicciones de clase son tremendamente agudas -consecuencia de la extrema miseria imperante en el que no existe una amplia capa media enriquecida, la acción directa siempre ha cobrado preeminencia sobre el parlamentarismo, el legalismo.

El mérito de la Tesis de Pulacayo, consiste en haber subrayado la preeminencia de la acción directa sobre los otros métodos, en haberla definido como propia del proletariado, al que deben subordinarse todos los demás oprimidos y explotados. Cobra importancia el que se hubiesen descartado con precisión todas las teorías que parten del supuesto de la existencia de varios caminos hacia el socialismo. Para la Tesis de Pulacayo tiene validez únicamente el planteamiento tradicional bolchevique del camino insurreccional. Se puede señalar que una de las limitaciones del acuerdo de Pulacayo radica en la falta de precisión acerca de lo que será la insurrección.

El aspecto que más impresionó en su momento a la opinión pública fue la enumeración de las reivindicaciones inmediatas, muchas de ellas tomadas del Programa de Transición. Sin embargo, se trata del aspecto anecdótico del documento, que puede fácilmente ser superado y que en todo instante merece ser complementado, conforme a las modificaciones de la propia lucha de clases.

A pesar de que la Tesis de Pulacayo importa la superación de toda la evolución política del país, del propio trotskismo, que hasta entonces no atinaba a caracterizar adecuadamente al país y se conformaba con la repetición de generalidades librescas, no pudo sobremonstrar la estrechez de los enunciados sindicales, consecuencia de la imposibilidad de plantear en el sindicato la función clave del partido político en el proceso revolucionario. Por esto mismo un documento sindical es siempre incompleto y deja abierta la posibilidad de deducciones equivocadas acerca de la manera cómo la clase obrera podrá lograr su victoria, la consolidación de ésta y su proyección hacia el comunismo, la sociedad sin clases sociales, sin explotados y explotadores.

¿Por qué pudo un documento trotskysta enseñorearse en las masas? ¿Por qué la Tesis de Pulacayo modificó todo el curso de la historia boliviana? Es indiscutible que la lectura de su texto nos lleva al convencimiento de que las ideas contenidas en él están elaboradas con precisión y que su estilo corresponde al de los panfletos que elaboran los intelectuales; de lejos se puede percibir que quienes lo escribieron estaban vinculados con la universidad. Sin embargo, lo esencial del documento logró ser aprehendido, aunque no memorizado, por las masas sobreexcitadas. Los críticos de la izquierda, particularmente los piristas, estaban seguros de su intrascendencia porque se les antojaba que era el resultado de una imposición burocrática a las masas bolivianas atrasadas. A más de treinta años de su existencia podemos comprobar que la crítica stalinista estaba equivocada. Entre el enorme cúmulo de documentos programáticos políticos y sindicales, únicamente esta Tesis ha sobrevivido, ha salido fortalecida de la prueba de los acontecimientos y ha servido palpablemente de guía en la acción cotidiana de los explotados. El aspecto formal del documento, que era lo único que vieron sus detractores, es algo secundario y en cierta manera fue modelado por el contenido revolucionado del escrito. La perennidad de la Tesis de Pulacayo es consecuencia, fundamentalmente, de que expresó en lenguaje político, marxista, en tono elevado, las tendencias más poderosas que se agitaban en el seno de las masas; exteriorizó los objetivos que confusa e instintivamente ya existían. entre los mineros; imprimió una perspectiva a lo que era acción en ese momento. En el Congreso Extraordinario de la Federación de Mineros que dio respuesta positiva a una necesidad histórica. Los mineros estaban maduros para señalar la política de la revolución proletaria, que ésta es la novedad y la gran conquista de dicho programa.

La tesis de Pulacayo y la evolución política

De esta manera, no sólo los mineros, sino toda la clase obrera boliviana dieron un descomunal salto hacia arriba, desde la incertidumbre y la cooperación, a veces encubierta y vergonzante y otras veces franca, con la clase dominante, hasta la política independiente y abiertamente orientada hacia la conquista del poder político. En los pocos meses que separan al Congreso de Catavi con 1947, la conciencia de la clase conoció un acelerado progreso. La experiencia de las masas en los períodos de convulsión social se centuplica con referencia a las etapas de normalidad.

El país todo no tardó en dividirse entre los partidarios y los enemigos de la Tesis de Pulacayo, es decir, entre los partidarios y los enemigos de la revolución proletaria. En el Congreso de la FSTMB no se adoptó un simple documento sindical, sino un pronóstico político acerca del desarrollo futuro de todo el país, lo que demuestra que la Tesis de Pulacayo adquirió, como consecuencia de circunstancias particulares, muchos rasgos de programa partidista. Si bien esto acentuó su trascendencia fue también la fuente de su debilidad, porque implicó el nacimiento de una descomunal confusión sobre la función básica que deben jugar el sindicato y el partido y su verdadera inter-relación.

La Tesis de Pulacayo fue la obra del Partido Obrero Revolucionario -elaborada en el seno de las masas mineras- y demuestra que éste, en alguna forma, llegó a identificarse con la capa más avanzada, con la vanguardia del proletariado. El Congreso Minero le permitió proyectarse en escala nacional y adquirir una insospechada preeminencia política. El Partido utilizó el canal sindical para contribuir positivamente a la transformación de la clase, a la evolución de su conciencia. Para el trotskysmo ésta

fue una adquisición definitiva porque dejó planteadas las grandes líneas alrededor de las cuales va a estructurarse el proletariado como clase. El balance que pudo hacerse más tarde de la actividad porista, de su capacidad para resistir las arremetidas y las acusaciones sucias de la reacción y de la propia "izquierda", actuando como canal de la política burguesa, llevó al convencimiento de que esas excepcionales características arrancaban del documento político-sindical de Pulacayo.

A pesar de todo, el Partido Obrero Revolucionario -sección boliviana de la Cuarta Internacional- no tradujo en fortaleza organizativa y en la formación de cuadros poderosos toda la gran influencia política que había ganado; dirigió la gran movilización de masas, pero este hecho no se concretizó en poderío partidista; contrariamente, la confusión política y organizativa fue ganando progresivamente a los medios obreros. Se tiene la impresión de que la avalancha masiva fue rebasando las estructuras del partido político, pugnando por retomar de los enunciados claramente políticos a las explosiones espontáneas.

La explicación de este proceso tan contradictorio y hasta cierto punto dramático, se la tiene que buscar en la evidencia de que efectivamente la experiencia acumulada por las luchas obreras en cerca de medio siglo permitió a la clase avanzar hasta la posibilidad de identificarse con las conclusiones del Congreso de Pulacayo y apropiarse de ellas, hasta ahí llegó la conciencia de clase bajo el poderoso influjo del trotskismo, pero no alcanzó todavía la suficiente altura para organizarse en partido, la posibilidad quedó planteada, ni duda cabe; mas, para realizarse tenía todavía que recorrer un largo camino, madurar en medio de sus luchas en el período convulsivo, a fin de que los trabajadores se viesen colocados ante la imperiosa necesidad de concentrarse en su partido. En la cuarta década la clase estaba a punto para generar descomunales contradicciones políticas y organizativas, que se trocaron en obstáculos insalvables en el camino de la construcción partidista.

Hemos adelantado ya bastante en el análisis de la evolución interna que se opera entre los explotados y que puede sintetizarse así: enarbolaron la bandera de la revolución proletaria, lo que importó un descomunal avance político, pero a tiempo de replegarse hacia el villarroelismo le atribuyeron a éste tal programa; de una manera casi natural concluyeron identificando al sindicato con el partido, conclusión muy a medida para los activistas del MNR que se vieron obligados a moverse sin su dirección propia. Todo este proceso tuvo una expresión contradictoria: la poderosa movilización de las masas, realizada alrededor de las consignas trotskistas y que mostraba el crecimiento de la influencia del Partido Obrero Revolucionario, concluyó fortaleciendo al Movimiento Nacionalista Revolucionario como Partido. Las oscuras fuerzas de la historia que pasaban por las filas obreras convirtieron al difuso MNR en su instrumento más adecuado. La confusión política que imperaba entre los trabajadores les empujó a que ellos mismos sentasen las bases de su futura frustración.

La clase obrera radicalizada planteó la tesis de que para libertarse le bastaba el sindicato. En último término, esta postura permitía a los movimientistas aferrarse a su organización partidista caduca y levantar una valla que les impidiese a los trabajadores marchar directa y osadamente hacia el POR. De manera tan retorcida se estaba expresando la todavía insuficiente evolución de la conciencia de clase; el atraso del proletariado fue la simiente fecunda para el florecimiento del confusionismo político y éste impedía superar tal estado de cosas.

Hemos indicado que la insurgencia y organización de los mineros replanteo de manera radical el problema de los sindicatos: hasta ese momento concentrados nacionalmente alrededor de líderes y normas artesanales. La Tesis de Pulacayo, de un modo terminante, exigió la destrucción de la CSTB y la formación de una central obrera alrededor del proletariado. Esta vez la formalidad organizativa coincidía con el planteamiento político de rechazo al stalinismo. A pesar de todo, las transformaciones organizativas, que nunca pueden operarse al margen de la evolución política y la madurez de la clase, no lograron dar un salto por encima del necesario camino que tenían que recorrer los diversos sectores obreros. La Federación de Mineros que tan autoritariamente ocupó la vanguardia de toda la clase, juntamente con otros sectores minoritarios, los gráficos los harineros, etc., se lanzaron a la estructuración de la Central Obrera Nacional en el marco ideológico y organizativo del proletariado, el antecedente inmediato de la actual Central Obrera Boliviana. Se trataba de poner en pie un instrumento sindical dentro de la línea del sindicalismo revolucionario, a imagen y semejanza del asalariado. Se dijo con nitidez que se buscaba una central dirigida por los mineros y teniendo como programa la Tesis de Pulacayo. Durante todo el sexenio se libró tensa batalla para materializar este objetivo, que en gran medida emergía de todo el proceso que habían seguido los mineros desde comienzos de 1946. Observando superficialmente el panorama se podía concluir que tal objetivo debía materializarse de inmediato, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un paso que permitiría un mayor desarrollo del proceso de formación de la clase. Tal manera de abordar el problema implicaba olvidar que la clase está conformada por diversas capas que se desarrollan de manera diferente y también que una parte de la clase obrera se movía entonces bajo la influencia del stalinismo e inclusive de la rosca. La Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia había decretado su desaparición en el momento mismo en que se alió con la rosca, pero sólo gradualmente fue perdiendo su influencia sobre amplios sectores de los obreros. Toda esta serie de circunstancias explican por qué los fabriles, por ejemplo, adoptaron una actitud oscilante frente a la Central Obrera Nacional. Sus dudas y sus vacilaciones se convirtieron en el factor que impidió que la nueva central se incorporase como la indiscutida dirección sindical y pudiese así acabar de manera inmediata con la CSTB.

La Central Obrera Nacional mostró, claro que de una manera potencial, la fisonomía que adquirirá el nuevo sindicalismo boliviano: su tendencia a organizar y englobar en su seno a todos los sectores de la actividad social. Se empleó a fondo buscando la organización de los empleados estatales, pero como no alcanzó a convertirse una poderosa central unitaria, vio frustrados sus propósitos, que, a su turno, se convirtieron en el punto de partida de su propia bancarrota.

La inicial confusión política de las masas, que arranca de la manera como éstas vivieron su experiencia dentro del nacionalismo, se vio agravada durante el sexenio cuando el Movimiento Nacionalista Revolucionario como organización se fue incorporando lentamente al escenario y el stalinismo se desplazó hacia posiciones opositoras. A pesar de que propios y extraños se movían teniendo como eje el programa porista de Pulacayo, la nueva situación conspiraba contra la posibilidad de que el trotskismo se cristalizase como el partido más poderoso, capaz de timonear a los oprimidos y explotados hacia la conquista del poder.

La sañuda persecución policial, la necesidad coyuntural de la izquierda de concluir pactos políticos, coadyuvaron a impulsar al Movimiento Nacionalista Revolucionario como a la dirección política de mayor importancia. Todo el proceso político -repetimos- fue preparando las condiciones para que el nacionalismo de contenido burgués llegase por segunda vez al poder.

La unidad de las izquierdas, considerada como una de las claves de la victoria, domina este período. Los Comités Cuatripartitos y de Coordinación tuvieron como escenario básico las ciudades. Por momentos apareció el frente antiimperialista como consigna destinada a complementar y superar el frente de las izquierdas; que fue lanzada por el trotskismo, pero no encontró terreno abonado para poder imponerse.

En 1951, las elecciones generales fueron ganadas por el Movimiento Nacionalista Revolucionario desde la oposición, lo que demostró que se habla convertido ya en el partido antirrosario de mayor importancia. La reacción "democrática" sólo atinó a escamotear el resultado de las urnas, que le sirvió al nacionalismo de suficiente pretexto para preparar el golpe de Estado.

Mientras el stalinismo se esforzó en desplazarse hacia la izquierda y la oposición; el marofismo, que había ingresado a su etapa de total disgregación como consecuencia de su política traidora, se fue confundiendo más y más con la reacción criolla y el imperialismo. Progresivamente fue siendo extirpado de todo lugar donde había logrado alguna influencia sobre el proletariado; se vio reducido a algunas federaciones obreras artesanales. En enero de 1948 concurrió a la llamada "Conferencia Sindical Interamericana" ⁴², reunida en Lima bajo los auspicios nada menos que de la Federación Americana del Trabajo, organización sindical que, como nadie ignora, apuntala la política de la burguesía imperialista y realiza en escala internacional una incansable labor organizativa con miras a alinear a los explotados detrás de sus verdugos. Los marofistas, moviéndose con la cooperación y bajo la vigilancia del gobierno, pusieron en pie a la CTB, versión criolla de la CIT, y se lanzaron a cumplir el tristísimo papel de divisionistas al servicio de la reacción, que no otra cosa fue la creación de los famosos "sindicatos libres", que tan alborozadamente fueron saludados por los gobiernos rosqueros, todo esto cuando las masas se encontraban en pleno ascenso revolucionario.

Las jornadas de abril de 1952 fueron precedidas por varias arremetidas de las masas obreras y campesinas, en las que jugó un rol de importancia el sector fabril. La represión violenta logró detenerlas momentáneamente; las depresiones que siguieron a las masacres (a la de Villa Victoria, La Paz, por ejemplo) fueron de breve duración, constituyendo apenas pequeñas oscilaciones en la líneas de ascenso general.

La Junta Militar presidida por el general Hugo Ballivián -criatura del mamertazo- marcó el momento de mayor represión y se ensayaron; sin mayor éxito, ásperas medidas represivas contra el movimiento obrero: desconocimiento de las directivas sindicales, prohibición de las actividades políticas de izquierda, persecución y encarcelamiento de los dirigentes, etc.

Durante todo el sexenio, la clase dominante y el gobierno hicieron todo lo posible para revisar la Tesis de Pulacayo, para extirparla del seno de las masas, esfuerzos

42 "NOTICARIO OBRERO NORTEAMERICANO", Washington, 1º de febrero de 1948.

que concluyeron fracasando. En respuesta de la acción estatal y patronal, los explotados se fueron radicalizando más y más.

CAPÍTULO V

EL MOVIMIENTO OBRERO ENTRE 1952 A 1979

a) Referencia económico-política

Sectores estatizado y privado de la economía

Los gobiernos movimientistas plantearon la superación del atraso del país y para ellos cobró prioridad el desarrollo industrial, la incentivación a las fundiciones y la diversificación del comercio exterior. Con todo, la misma naturaleza burguesa del Movimiento Nacionalista Revolucionario no permitió el cumplimiento de tales planes, las medidas económicas adoptadas por el gobierno nacionalista concluyeron en un fracaso. Esa política no puede ser debidamente evaluada si se la considera al margen de lo que el MNR califica como sus mayores logros: la estatización de las minas y la reforma agraria.

Tiene que comenzarse por advertir que todas las grandes medidas, tanto económicas como políticas, que fueron o intentaron ser puestas en práctica por el nacionalismo de contenido burgués desde el poder, se encaminaban a "crear el ambiente favorable para el desarrollo capitalista del conjunto de la economía de Bolivia" ⁴³.

El obstáculo más grande que encontraron, tanto el gobierno nacionalista como su política económica, estuvo determinado por el hecho de que la gran minería siguió conservando parte de su poder económico, "al recibir indemnizaciones parciales y mantener parte de sus propiedades urbanas" ⁴⁴.

Las autoridades sabían perfectamente que los tres grandes mineros, colocados ante una creciente convulsión social, consiguieron "desplazar al exterior cuantiosos capitales, inclusive y principalmente en los años inmediatamente anteriores a la revolución, lo que les permitió controlar la industrialización y el comercio de la producción minera" ⁴⁵.

El marco dentro del cual se desarrolla toda la actividad económica está definido por la tremenda contradicción, que no ha podido ser superada en momento alguno, existente entre la estatización del sector más importante de la economía, como es la producción minera, y al que se le da el nombre de sector público, incluyendo a otras empresas dependientes del Estado, y la economía nacional vaciada en los moldes de la empresa privada, lo que invariablemente se ha traducido en el

43 Expertos de NN.UU. (Claudio F. Accurso, Jack Bermeo, etc.), "INFORME DEL GRUPO ASESOR CEPAL, TAO, FAO", La Paz, Febrero de 1966.

44 op. cit.

45 op. cit.

sacrificio de las empresas estatales en beneficio de los empresarios. Por otra parte la estatización de la gran minería, que fue calificada por Victor Paz Estenssoro como una medida excepcional, se la ha pretendido llevar adelante en convivencia con el control que ejerce el imperialismo sobre la economía y política bolivianas, tomadas en su integridad. El nacionalismo ha resultado víctima de estas contradicciones que deliberadamente ha contribuido a crearlas y a acentuarlas. La revolución del año 52 se opera en un período marcado por una profunda crisis de la industria minera. En escala mundial los precios del estaño comenzaron a elevarse desde 1946, lo que incentivó su mayor producción. Contrariamente, en el país altiplánico la producción comenzó a descender y no pudo sobreponerse al obstáculo de los altos costos.

En 1946 Bolivia alcanzó a producir 38.222 Ton. o sea el 42.49% de la producción mundial. El año 1951 había descendido a 33.664 Ton., el 52 a 32.471 Ton., en 1954 no sobrepasó las 27.000 Ton. el 58 llegó a 18.013 Ton., el 64 a 24.412.

Durante toda esta etapa, la minería boliviana no sólo tuvo que afrontar los problemas emergentes de la naturaleza del país sino que se movió en la incertidumbre creada por el esfuerzo que hacían los países consumidores para encontrar nuevos procedimientos tecnológicos que le permitiesen prescindir del estaño.

Para 1971 se proyectó que Comibol produciría 16.000 Ton. de estaño, el 42% del total, y la minería chica y mediana 17.000 Tn, el 43% del total, datos que ponen en evidencia la creciente influencia de la actividad privada en el campo de la minería ⁴⁶.

La explicación de la acentuada crisis de la fuente fundamental de los recursos en moneda extranjera imprescindibles para el funcionamiento de toda la economía, crisis marcada por el decreciente volumen de las exportaciones, se encuentra en dos causas: el descenso de las leyes de los minerales, con relación a los diez años anteriores, por ejemplo, que determinó la acentuación de la ineficiencia de los ingenios y la diferenciación política entre las masas y el gobierno nacionalista, factor determinante del trabajo a desgano, inclusive del sabotaje por parte de los obreros.

La nacionalización de las minas, decretada el 31 de Octubre de 1952, adquirió un inconfundible carácter burgués al reconocerse el derecho de indemnización en favor de los propietarios de empresas en plena bancarrota. Casi inmediatamente después esta característica de la nacionalización, cuya naturaleza política no puede discutirse, se traducirá en una serie de obstáculos de tipo económico. Si exceptuamos un brevísimo lapso, el gobierno nacionalista, buscando complacer al imperialismo, no quiso apartarse en la administración de las minas del criterio capitalista empresarial, por eso se esmeró en desvirtuar e inclusive prostituir el contenido revolucionario del control obrero; hizo todo lo posible por no aprovechar la experiencia acumulada en el sector minero de la clase obrera en su capacidad creadora, como fundamentos esenciales de una nueva conducción de las empresas estatizadas. No se trata de un problema de buena o mala voluntad, sino del hecho básico de que el partido pequeño-burgués en el poder se limitó a desarrollar una política que se acomodaba a los intereses generales de la burguesía nacional.

46 René Ortuño, "BOLIVIA Y LA INTEGRACIÓN ECONÓMICA EN AMÉRICA LATINA", Buenos Aires, 1969.

A todos estos males se añadió la limitación del capital de operaciones de Comibol por una curiosa indemnización concedida al personal por cambio de razón social.

Industrialización e inflación monetaria

El primer gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario elaboró un amplio programa de industrialización del país, que fue concebido con miras a entroncar en la transformación radical del agro. Los obstáculos con los que chocó tan ambicioso proyecto fueron la constante disminución de las inversiones, debido a que el país seguía mostrando indicios de convulsión social y carecía de un ejército capaz de garantizar la obtención de plusvalía por parte del capital financiero y su exportación a la metrópoli, panorama que se agravó en extremo porque las masas eran las únicas que contaban con armas. Los gobiernos movimientistas tuvieron que recorrer un largo camino antes de que sus ofertas de facilidades a los inversionistas pudiesen atraer capitales hacia el país. Otro de los factores negativos fue el de la acentuada inflación, ocasionada por el aumento exagerado de las obligaciones internas (déficit presupuestario), y por el enorme volumen del servicio de la deuda internacional, elementos a los que hay que añadir una política de despilfarro desarrollada por el gobierno, que no otra cosa fue su orientación encaminada a crear una burguesía industrial desde arriba y con ayuda de los dineros fiscales ⁴⁷.

La política de los gobiernos nacionalistas con referencia a la industria nacional fue de abierta protección. Una de sus primeras medidas fue la de autorizar "la elevación general de precios de la producción industrial., en la proporción del siete por ciento sobre los costos aprobados por la Dirección General de Industrias", a fin de que las empresas pudiesen hacer frente a ciertas obligaciones de carácter social (Resolución Ministerial de 27 de abril de 1953) ⁴⁸.

La industria no logró superar su calidad de incipiente, como se demuestra por su baja participación en la composición del producto bruto interno, "que en el período 1958-1968 osciló entre el 11% y el 13%". La industria no "sólo ha debido enfrentar las limitaciones resultantes de la estrechez del mercado nacional, sino que, además, ha sufrido intensamente las consecuencias de un proceso económico con pronunciados altibajos el cual determinó, en los últimos años, la adopción de medidas estabilizadoras que se tradujeron en un sensible reajuste de la actividad industrial" ⁴⁹.

La inflación monetaria adquirió contornos catastróficos inmediatamente después de abril de 1952. De esta última fecha a 1953 el costo de vida logró elevarse en un 173% y en 1956 en el 2.270 %. Se trataba de un proceso incontrolable y que disminuía de manera constante los salarios reales. Si en un comienzo el manipuleo gubernamental con la moneda no se tradujo en inestabilidad política, esto porque

47 La alta jerarquía movimientista se organizó en infinidad de células de importadores, economistas, etc, con la finalidad de beneficiarse con generosos préstamos bancarios. El proyecto bismarckiano, de poner en pie la burguesía industrial, ausente hasta ese momento, contó con importantes recursos económicos, pero no con la correspondiente mentalidad empresarial burguesa. Los créditos bancarios menudearon, pero fueron despilfarrados en una vida ostentosa y propia de la feudalidad.

48 El Ministerio de Economía en el Gobierno de la Revolución Nacional, La Paz, 1953.

49 René Ortuño, Op. cit.

obreros y campesinos todavía seguían pensando que el gobierno del MNR era el suyo, bien pronto se convertirá en el detonante de la arremetida popular contra el oficialismo si se toma como base 1952 para la cotización del dólar, en 1956 fue del 3.104% y en 1958 de 4.774%.

La industrialización, una política económica fiscal debidamente calibrada y la propia incentivación de las inversiones de capital foráneo, exigen una moneda estable o una inflación cuidadosamente controlada. Es siempre mejor que esa medida de valor que es la moneda permanezca relativamente invariable, porque así se convierte en una segura referencia para el cálculo de los intereses capitalistas y estatales. Los regímenes del Movimiento Nacionalista Revolucionario se plantearon inútilmente como meta el acabar con la inflación, que era tanto como acabar con la incertidumbre económica.

En mayo de 1953 Víctor Paz Estenssoro dictó las primeras medidas encaminadas a lograr la estabilización monetaria y fue también el pionero en el intento de entregar esta operación a técnicos del imperialismo. Si analizamos lo que hizo el primer gobierno del MNR, veremos que la estabilización sólo podía consumarse a expensas de los trabajadores, reduciendo salarios reales, política que estaba dictada por la naturaleza del régimen. Los decretos de estabilización puestos en práctica por Paz Estenssoro fueron pacíficamente soportados por la Central Obrera Boliviana y por todo el movimiento obrero. Esta confianza y pasividad frente a todo lo que hiciese el dueño del Palacio de Gobierno era el resultado de la situación política en ese momento, caracterizada por la unidad que se observaba entre las masas y el MNR.

Los cambios diferenciales, que en cierta medida importaban una subvención en favor de los artículos alimenticios y también de ciertas actividades empresariales, habían sido heredados del pasado. Los salarios particularmente en las minas se venían pagando de dos maneras: en moneda y en especie (pulpería a precio rebajado). Una verdadera estabilización no podía menos que acabar con este estado de cosas, que en alguna forma contribuían a crear un caos en la economía. La solución adoptada por el nacionalismo, perjudicó a los sectores populares, porque se trataba de materializar un plan de estabilización exigido por el imperialismo y por la propia política económica capitalista del gobierno.

Cuando en 1956 el presidente Hernán Siles Zuazo, un connotado y consciente portavoz de la derecha del Movimiento Nacionalista Revolucionario, rubricó los planes estabilizadores proyectados por Mr. Eder, la moneda fue devaluada de 196 bolivianos por dólar americano a 7.700 y más tarde a 12.000.

Se eliminaron los cambios diferenciales y los subsidios en favor de algunas importaciones. Los precios congelados en las pulperías fueron reducidos a cuatro artículos alimenticios. Todo esto importó una disminución de los salarios reales y en compensación se añadió un bono a las remuneraciones. El secreto de la operación no fue otro que la dimensión del bono compensatorio, resultaba muy por debajo de la disminución de los salarios reales.

Esta vez la medida estabilizadora desencadenó agudas luchas sociales. Eder dirá más tarde que fue engañado por las autoridades. Para la efectividad de su plan contaba con el apoyo político incondicional de los trabajadores al gobierno, cosa que no sucedió porque el movimiento obrero había comenzado a seguir su propio

camino, en franca oposición a la orientación gubernamental.

Según Zondag “una vez que el programa de estabilización monetaria tomó fuerza, se detuvo la desastrosa caída en el producto bruto por cápita de mediados de los años cincuenta. Durante los años 1959-63, la oferta de dinero aumentó en un promedio de sólo 15% anual y el producto bruto interno empezó a aumentar... volvió a llevar a Bolivia por el camino del crecimiento económico”⁵⁰.

La Triangular

El imperialismo norteamericano ha demostrado que considera a las minas bolivianas como su reserva natural y estratégica de materias primas fundamentales para su existencia, particularmente de estaño, que la naturaleza ha colocado solamente en determinadas y muy pocas regiones del mundo.

No bien los trabajadores comenzaron a pasar a la oposición, las deficiencias tecnológicas y administrativas empujaron a la Corporación Minera de Bolivia a un acelerado colapso. El gobierno movimientista no atinó a dar ninguna respuesta satisfactoria al desfase que se había creado entre los proyectos de descolgamiento de las regiones pobremente mineralizadas y los ingenios dejados por la gran minería y que habían sido estructurados para tratar cargas de más alta ley de estaño. La catastrófica consecuencia era que las rocas extraídas del interior de la mina pasaban casi intactas a los desmontes que crecían con inusitada rapidez. Los costos de producción dispararon hacia arriba. El capital financiero, contando con la complacencia y la complicidad del Movimiento Nacionalista Revolucionario, proyectó salvar a las minas bolivianas de la ruina segura por medio del muy publicitado Plan Triangular. Los técnicos del imperialismo fueron colocados por encima de la administración de la COMIBOL. El Plan Triangular volvió a golpear duro a los trabajadores, que protagonizaron grandes movilizaciones buscando rechazarlo.

Por obra del gobierno nacionalista, las minas estatizadas acabaron bajo el control del imperialismo, que para justificar su entreguismo ideó la teoría de que la instalación de hornos de fundición de minerales era imposible en el país o al menos antieconómica. Va a ser necesario el advenimiento de los regímenes militares para que se demuestre la falsedad de la teoría tanto tiempo desarrollada por “estadistas” y dirigentes sindicales adictos al gobierno.

“Los planes macro-económicos empezaron en 1952 y han continuado desde entonces” (Zondag). “Otro de los puntos que ha merecido especial atención del gobierno ha sido la reorganización de la COMIBOL, a cuyo efecto llegó a un acuerdo con el Banco Interamericano de Desarrollo, el Gobierno de la República Federal de Alemania y la Agencia para el Desarrollo Internacional. En dicho convenio... se estableció que las tres partes citadas proporcionarían la suma de 37.700.000 dólares en el término de tres años, especialmente a efectos de que la Comibol renovara su equipo operativo y efectuara nuevas exploraciones de yacimientos”⁵¹.

50 C. H. Zondag, Op. cit.

51 René Ortuño, Op. cit.

Entre 1962 y 1965 fueron despedidos casi cinco mil obreros de las minas y fue rebajado el salario básico y se puso en práctica una política de acrecentamiento de los beneficios empresariales. "Como consecuencia de ello, los costos de explotación bajaron en un 12% durante el año 1965, y en 1966 hubo una sensible mejoría en el rendimiento financiero de la Corporación" (Ortuño).

Melvin Burke sostiene que la Triangular, lejos de rehabilitar a la Comibol, "actualmente ha resucitado al sector minero privado y... la historia una vez más se repite con el regreso del capitalismo corporativo multinacional a Bolivia y su explotación concomitante de los mineros"⁵².

A partir de 1960 se realizaron, siempre contando con la presencia de técnicos de organismos internacionales, proyectos encaminados a planificar la economía. Es Claro que se trató de ejecutar planes limitados, porque resultó imposible superar los intereses de los empresarios privados y establecer esquemas preelaborados por el Estado respetando a aquellos.

Reforma agraria

La reforma agraria, que adquirió un carácter conservador con referencia a la ocupación directa por los campesinos de gran parte de la tierra labrantía, que en ese momento se encontraba en manos del gamonalismo, fue ideada por los ideólogos del movimientismo y también por los técnicos controlados por la metrópoli imperialista para lograr que la mayoría campesina se trocase en una masa de pequeños propietarios prósperos. No fue la revolución agraria que hubiera tenido que pasar por la parcelación de la tierra para luego ser proyectada por la dictadura del proletariado hacia la granja colectiva, sino una reforma burguesa dirigida contra aquella, a fin de evitarla, para así eliminar definitivamente el peligro de la revolución obrera. El fracaso de la reforma agraria, más que el de la nacionalización de las minas, ha puesto en evidencia la caducidad de la burguesía nacional, esta vez expresándose por medio del pequeño-burgués MNR.

La reforma agraria burguesa fue realizada a medias. Se ha detenido en la simple parcelación, en el minifundio, no ha desembocado en la gran propiedad agraria capitalista, como exige el cumplimiento de las leyes económicas propias del régimen burgués. De esta manera no ha logrado ensanchar el mercado interno, en la medida en que pudiese impulsar la producción industrial, tampoco ha disminuido los precios de los alimentos de los productos agrícolas y de las materias primas, factores indispensables para que funcione la industrialización. La empantanada reforma agraria movimientista actúa como un poderoso obstáculo para el desarrollo económico del país y para su planificación.

"La consecuencia inmediata fue la reducción temporal de los índices de producción, ya que la estructura de la empresa privada agropecuaria se vio considerablemente afectada" (Ortuño) .

⁵² Melvin Burke, "LA DESAPARICIÓN DE COMIBOL", La Paz, junio 1976.

Política contradictoria

La minería mediana, juntamente con la momentánea bonanza de la agroindustria oriental, han conocido un ritmo acelerado de crecimiento, sobre cuya base se ha levantado una poderosa capa social burguesa que tiene decisiva influencia en la economía y en la política nacionales.

La mediana minería rápidamente se ha convertido en el canal a través del cual actúa el capital financiero para controlar más cómodamente las riquezas mineras. Se desarrolla, de igual manera que las demás industrias privadas, a costa de la COMIBOL y contando con la protección y complicidad del Estado.

Toda vez que el imperialismo y los sectores contra-revolucionarios nativos han logrado imprimir un giro derechista a la economía del país, los gobiernos de turno, particularmente los militares fascistizantes se han empeñado en salvar a la economía de su bancarrota a costa del empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, y para el logro de este objetivo se ha procedido a la destrucción física de las organizaciones de los trabajadores. El gobierno del general

René Barrientos Ortuño procedió a la disminución de los salarios y a la anulación de bonos y remuneraciones por trabajos extraordinarios. Estos regímenes han tenido como norma el mantener, mediante la violencia, congelados los sueldos y salarios, mientras permitían la constante elevación de los precios. Al mismo tiempo se han esmerado en crear las mejores condiciones para la inversión de capital financiero y han colocado la explotación de las riquezas naturales en manos de los consorcios internacionales.

La política económica de los gobiernos nacionalistas ha sido contradictoria en todo momento. Imposibilitados de romper las cadenas opresoras del imperialismo se han limitado a combinar las medidas dirigidas contra ciertas formas de explotación del imperialismo con otras de concesión de privilegios a empresas canalizadoras de capital financiero. Víctor Paz Estenssoro ha ingresado a la historia como el presidente que ha estatizado las minas, sin embargo él mismo entregó la zona aurífera del río Kaka de la provincia Larecaja del departamento de La Paz a la South American Gold and Platinum Company de New York de los Estados Unidos mediante Decreto Supremo 04425 de 12 de Junio de 1956, bajo el pretexto de "cumplir un plan intensivo de diversificación y desarrollo de la economía nacional". La concesión era tan grave porque se trataba del monopolio en favor de la empresa norteamericana para "explorar y explotar yacimientos y minas de oro, platino y minerales complejos de estos metales"⁵³ y también para exportados, esto pese a que existe un banco minero estatal.

El general Alfredo Ovando Candia estatizó las pertenencias de la Gulf Oil, pero se apresuró en entregar en arrendamiento a una empresa norteamericana el rico yacimiento de zinc del complejo Matilde (1966).

Los regímenes nacionalistas democráticos o fascistizantes, han recurrido al crédito internacional tanto para resolver sus problemas internos como para permitir el

⁵³ Contrato de exploración montaje y explotación de oro entre el Supremo Gobierno y South American Placers Inc., La Paz, Diciembre, 1965.

agravamiento del predominio económico y político del imperialismo sobre el país. Ciertamente que los empréstitos pueden jugar, en condiciones favorables, el papel de palanca impulsora del desarrollo económico, pero en otras llevan implícito el peligro de estrangularlo. Bajo la dictadura de Hugo Banzer S. la deuda externa contratada se aproximó a los 3.000 millones de dólares y el servicio por intereses y amortizaciones del empréstito invertido comenzó a sobrepasar el 25% de los ingresos, amenazando con convertirse en nudo, corredizo colocado al cuello del país.

En 1952, Víctor Paz Estenssoro impulsó la producción petrolífera. Las inversiones hechas dieron inmediatas ganancias y fue descubierta la estructura de Sararenda. En 1953 Bolivia produjo 1.600 barriles día de petróleo crudo y en 1955 se elevó a 12.000 barriles. En 1955 fue promulgado el Código del Petróleo, con la finalidad de atraer a empresas extranjeras, bajo este aliciente se instaló en el país la Bolivian Golf Oil Company. En 1964 la producción llegó a 3.132.615 barriles por año. Actualmente el auge de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos ha llegado a su fin. La producción ha caído verticalmente y los costos se han elevado de manera excesiva. YFFB está prácticamente en quiebra, endeudada en extremo, de igual manera que Comibol que debe 170 millones de dólares.

La Revolución de 1952

La revolución de 1952 inaugura un otro período nacionalista de decisiva importancia para el propio Movimiento Nacionalista Revolucionario y para las masas trabajadoras, que se verán obligadas a madurar dentro de este proceso. La izquierda en general, nuevamente sometida a dura prueba, saldrá de ella profundamente impactada

A diferencia de lo que sucedió ente 1943-1946, esta vez el nacionalismo, cumplirá a plenitud todo su ciclo. En vísperas de 1952 y durante gran parte de este año, el partido pequeño-burgués dio rienda suelta a su historia antiimperialista. Victor Paz Estenssoro, no solamente que se autoproclamó marxista, sino que demandó la expulsión del país de las diversas misiones, norteamericanas. Este personaje va a concluir como punto de apoyo nada menos que del golpe de Estado consumado por los gorilas Banzer y Selich y como candidato presidencial de un frente burgués derechista (1978-1979). El que debutó como encolerizado antiyanqui acabó como la carta favorita del Departamento de Estado. Paz Estenssoro resume en su persona toda la evolución a la que está obligado, en la época de desintegración del capitalismo, el movimiento anti-imperialista dirigido por la burguesía. Se explica que sea tan trágica la historia del líder movimientista que tuvo la fortuna y la desdicha, al mismo tiempo, de sintetizar toda la historia, toda la curva de la evolución imprescindible del nacionalismo de contenido burgués.

Como toda organización política popular, el multitudinario Movimiento Nacionalista Revolucionario expresó, por el canal de sus propias luchas internas, los intereses de las diversas clases sociales. En 1952 eran ya perceptibles tres sectores claramente delimitados: la derecha, francamente pro-imperialista y enemiga jurada del movimiento obrero y de la COB y a los que identificaba con el comunismo, estaba representada por Hernán Siles, Luis Peñaloza, etc.; la izquierda que se autodefinía como bloque obrero-campesino, sostenía las, posiciones, más radicales, se decía antiimperialista y se expresaba a través de Lechin y sus amigos; el centro, organizado alrededor del Presidente Víctor Paz y que constantemente fluctuaba entre

las posiciones extremas del partido pequeño-burgués, se pudo afirmar haciendo concesiones tanto a la derecha como a la izquierda. El centro fue, en los primeros momentos, un virtual prisionero de la COB, base de sustentación de la izquierda. Pudo mantenerse en pie e ir afirmándose más y más como dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario gracias al apoyo que le prestó la izquierda y a la depresión a la que no tardó en ingresar el movimiento obrero. Su habilidad consistió (sus maniobras pudieron prosperar porque la situación política le favorecía) en debilitar constantemente a la derecha y en penetrar en el movimiento obrero, lo que dio lugar a que concluyese controlando los movimientos de los izquierdistas. La lucha de clases (básicamente la lucha entre el movimiento obrero y la burguesía moviéndose dentro de la política impresa por el imperialismo) se tradujo en el choque entre sí de los diversos sectores movimientistas. Los trabajadores estaban seguros de estar luchando contra la reacción cuando prestaban su incondicional apoyo a la izquierda movimientista o bien cuando se desplazaban hacia el centro pazestensorista, toda vez que eran atacados por la derecha. El lechinismo no representaba entonces, ni representa ahora, una política diferente a la que corresponde a los intereses de la burguesía nacional, lo que no impide que sea un sector obrero; más que expresión de la voluntad de los explotados ha sido y sigue siendo una avanzada de la política burguesa en el seno mismo del movimiento sindical, de aquí se desprende la peligrosidad de su conducta.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario en su conjunto fue oscilando constantemente desde las posiciones obreras hasta las del imperialismo y viceversa, todo dentro de la gran línea de desplazamiento hacia la derecha. Los diversos gobiernos nacionalistas se convirtieron en ejecutores de esa derechización. Como quiera que tal proceso se dio a través de las luchas fraccionales internas, no apareció muy visible para el observador, se le antojaba tratarse de ocasionales equívocos, de errores tácticos, cuando en realidad no eran más que episodios del proceso de capitulación del nacionalismo en su conjunto frente a la metrópoli opresora. El lechinismo, por ejemplo, no siempre se mantuvo fiel a sus primeras posturas radicales, sino que osadamente se encaminó a ganar la confianza de los yanquis y de la misma reacción criolla, aunque sin perder del todo su posibilidad de aparecer como fracción izquierdista del Movimietno Nacionalista Revolucionario.

La propia identificación del nacionalismo con la metrópoli no se dio linealmente y sin contradicciones internas, sino a través de la lucha fraccional. En cierto momento es el grupo timoneado por Guevara Arze el que con mayor precisión interpreta la subordinación del nacionalismo a los Estados Unidos. Esta evolución no supuso grandes modificaciones programáticas: se siguió hablando de la unidad de las clases contra el enemigo común y del antiimperialismo como una exigencia destinada a lograr el reacondicionamiento de las relaciones entre la metrópoli y la semicolonias. Por esto las masas comprendieron muy dificultosamente el cambio de posición que se operaba en el gobierno nacionalista. Este mismo proceso puede explicar que, en definitiva, hubiese sido el centro el que resultó el más favorecido en la lucha fraccional. La derecha se vio forzada a abandonar las filas oficialistas para constituir el MNRA y luego el PRA. Si se exceptúan algunos enclaves en el campo sindical, este sector perdió rápidamente su popularidad. Como quiera que la izquierda, que en alguna forma expresaba la presión de las masas y constituía un grave peligro para la efectivización del viraje hacia la derecha del MNR en su conjunto, concluyó siendo eliminada, en 1964, para inmediatamente después conformar el PRIN, que no ha podido soportar la dura prueba de la propia experiencia nacionalista. La evolución

política seguida por el nacionalismo ha influenciado directamente en la fisonomía y destino de toda la izquierda, que, en alguna forma, se estructuró teniendo como referencia al partido de gobierno; a su turno el MNR no ha sido extraño a la presión que sobre ella ha ejercitado la ideología marxista en sus múltiples facetas.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario, que en ningún momento pudo aplicar debidamente su programa inicial, llegó al poder con traje prestado, como tan atinadamente se ha señalado. Esto quiere decir que no tuvimos más remedio que tomar prestadas algunas fórmulas del arsenal ideológico de otras organizaciones políticas. De esta manera las frases sueltas, presentadas deliberadamente como muy radicales, sirvieron para distraer y complacer a los explotados enfervorizados por la lucha. Las voces de orden que utilizó el nacionalismo en su primera etapa gubernamental le llegaron a través de la campaña propagandística del trotskismo. A la radicalización de las masas se ajustaba perfectamente el contenido y el tono de las campañas poristas. El lechinismo y su líder, hasta acomodarse mejor a la situación política de ese momento, repitieron lo que decía el Partido Obrero Revolucionario; Lechín en 1943-1946 vivió su primera experiencia filotrotskista. En el sexenio se fue identificando más y más con su propio partido, el MNR. Durante la acentuación del ascenso de masas que siguió a 1952 nuevamente lo vemos adoptando poses poristas.

El MNR no se limitó a repetir las consignas del POR, sino que al hacerlo buscó desplazar al trotskismo de la dirección de las masas. El radicalismo fue un disfraz utilizado por Paz Estenssoro y sus seguidores a fin de poder controlar a la Central Obrera Boliviana, a los sindicatos obreros y campesinos y a las propias milicias, cosa que finalmente logró. El primer gobierno del MNR fue presentado como obrero-campesino.

Cuando se va a producir la depresión del movimiento obrero y cuando los regímenes movimientistas van a consumir su viraje hacia la derecha, el Movimiento Nacionalista Revolucionario y también el señor Juan Lechín, se esmerarán en olvidar su antiguo radicalismo y en rechazar toda manifestación marxista.

El nacionalismo cede ante la presión del imperialismo

Constituye un lugar común la especie de que los obreros desarmados aplastaron al ejército en las calles y en batalla formal. En verdad, las Fuerzas Armadas que fueron aniquiladas en las jornadas de abril, habían perdido ya su capacidad de fuego y su unidad. Con todo, su desaparición y su reemplazo por las milicias, que con algún fundamento se las podía llamar "el pueblo en armas", significó una valiosísima conquista de los explotados. Las primeras milicias no eran propiamente del Movimiento Nacionalista Revolucionario, lo que viene a demostrar poca autoridad política sobre las masas, eran sindicales y se movían bajo el impulso que les daban las tendencias radicalizadas. Durante ese período no se podía todavía decir que el Estado se hubiese estructurado del todo, la capacidad compulsiva estaba en manos de la Central Obrera Boliviana y de sus grupos armados. Es la época del doble poder y se podía decir que la perspectiva de marchar hacia la conquista del poder todavía no se había cerrado para los explotados.

Si el radicalismo del Movimiento Nacionalista Revolucionario fue el resultado de la poderosa presión que ejercitaron sobre él los explotados y, a través de éstos el mismo trotskismo, no estuvo del todo ausente la influencia todopoderosa del imperialismo sobre el gobierno nacionalista. Los Estados Unidos no buscaron derrocar de inmediato a Víctor Paz Estenssoro, sino que trabajaron lenta y cuidadosamente para convertirlo en su propio instrumento, cosa que no tardó en suceder. La preocupación de la metrópoli fue mucho más concreta: fortalecer y dotarle de la suficiente capacidad ejecutiva al Estado boliviano, a fin de que pudiese actuar como una fuerza de control (de las masas desorbitadas, como un elemento capaz de garantizar el régimen de la propiedad privada. Estas preocupaciones se tradujeron en la exigencia de poner en pie nuevamente al ejército y de desarmar a las milicias. El gobierno nacionalista, colocado ante crecientes necesidades económicas, no cesó en su demanda al imperialismo de una siempre mayor ayuda económica. En los hechos, el gobierno y el capital financiero norteamericano actuaron como puntos de apoyo del proceso de estabilización y fortalecimiento de los regímenes castrense del propio nacionalismo. Merece una explicación movimientista y lograron en compensación, importantes concesiones de los gobiernos que vivían bajo la sombra del prestigio de haber nacido en el seno de una descomunal convulsión social. Uno de los mayores favores que prestó el nacionalismo a la metrópoli opresora fue, precisamente, la reconstrucción del ejército, esta vez bajo el directo control y financiamiento del Pentágono norteamericano. Se puede argumentar que dicha medida contribuyó también a la consolidación del gobierno criollo; con todo, su mayor significación radica en que funcionó como elemento que hizo posible, mediante la violencia descargada sobre las masas, el debido cumplimiento de los planes colonizadores de los Estados Unidos.

La puesta en pie de un ejército totalmente entregado al imperialismo tuvo dos consecuencias que fueron perfilándose con nitidez en el futuro: preparó la derrota de las masas y, al mismo tiempo, creó las bases materiales para el control el hecho de que fuesen Paz Estenssoro, Hernán Siles Zuazo y Juan Lechín, es decir, las expresiones políticas de toda la gama del nacionalismo de contenido burgués, los autores de la reorganización del ejército. Si tomamos en cuenta la descomunal significación que tuvo la destrucción de las Fuerzas Armadas en 1952, debemos concluir que su reestructuración no se debió a ningún accidente o error táctico, sino que fue la consecuencia de una política cuidadosamente elaborada, el anticipo de lo que será un poco más tarde una total capitulación y entrega al imperialismo. El Movimiento Nacionalista Revolucionario en su conjunto demostró que se movía dentro de la convicción de que su propio porvenir radicaba en su alianza con la "democracia" yanqui, que podía permitirle mantener a raya a un proletariado amenazante y que pugnaba por llegar a ser la dirección política de toda la nación oprimida. Se puede decir con certeza que es en este momento en que se consuma la mayor traición contra los intereses fundamentales de la revolución boliviana, cuyo camino debe necesariamente pasar por el aplastamiento de la potencia imperialista que se levanta ante ella como uno de los mayores obstáculos. Fueron los líderes nacionalistas los que engendraron al gorilismo, al fascismo uniformado, que en su momento llegará a destrozarlos a ellos mismos. La jerarquía castrense estaba llamada a cargar en sus espaldas la capitulación nacionalista ante el imperialismo y no hay por qué extrañarse que sus progenitores hubiesen concluido siendo sus víctimas propiciatorias.

Desde el momento en que el movimiento obrero ingresa al período de su momentánea declinación, el nacionalismo desarrolla una política francamente antipopular y se encamina a someter a un estrecho control a las organizaciones sindicales. La

arremetida movimientista contra las conquistas alcanzadas por las masas llega a su punto más elevado durante el gobierno derechista de Hernán Siles Zuazo y que corresponde con exactitud a la acentuación del viraje proimperialista que consume el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Es indiscutible que el segundo gobierno de Victor Paz buscó ser la rectificación de la postura derechista de Siles, pero apenas si concluyó como una ligera oscilación izquierdizante, esto porque la agudización de la lucha de clases no dio lugar para una maniobra acentuadamente obrerista. A pesar de todo, la destrucción sistemática de lo que habían logrado las masas, seguía canales democratizantes: a la arremetida y a la represión seguían el diálogo y la componenda. El nacionalismo civil podía efectivizar su política con ayuda de la burocracia sindical, tan inclinada a atenuar el poderío de la acción directa mediante la conciliación con las autoridades.

El gorilismo

El Movimiento Nacionalista Revolucionario se tornó tolerable para el imperialismo no porque hubiese proclamado su adhesión a los principios de la democracia burguesa, sino porque demostró ser un efectivo control de las masas, un freno que iba atenuando su marcha y que podía canalizar el impulso de los explotados hacia las trincheras de los propios Estados Unidos. Lo que decimos se demuestra porque, en cierto momento del desarrollo político, fue el Pentágono el que propició y dirigió el derrocamiento del movimientismo civil para reemplazarlo por el castrense. Esto fue posible debido a que Victor Paz Estenssoro había perdido toda posibilidad de seguir controlando política y organizativamente a la mayoría nacional. Fue la respuesta -norteamericana al peligro de una acción independiente y revolucionaria de la clase obrera, convertida en caudillo nacional, y que tan nítidamente asomaba en el horizonte. Había que oponer de manera rápida un poderoso muro de contención a la arremetida popular. Esta es la explicación del cambio de guardia en el Palacio Quemado que tiene lugar en noviembre de 1964, El propio Paz Estenssoro ha pretendido demostrar que el General René Barrientos, que fue su acompañante ante de fórmula en las elecciones presidenciales de 1964, fue parte de un fenómeno extraño y contrario al Movimiento Nacionalista Revolucionario. La verdad es que el gorilismo fascistizante se fue creando lentamente en el vientre del nacionalismo, alimentado por las tendencias derechistas . que ya contenía en si aquel partido. La acentuación de la tendencia derechista del MNR se tradujo en gorilismo. Durante algún tiempo el nacionalismo abrigó la esperanza de poder controlar de cerca al reorganizado ejército mediante su célula militar; sin embargo, ésta fue el semillero del que brotaron los futuros gorilas.

El viraje movimientista hacia la derecha, su capitulación ante el imperialismo y las medidas antipopulares que puso en práctica, acentuaron el proceso de diferenciación política entre las masas y el gobierno, que estaba presente como posibilidad desde el momento mismo en que el proletariado se incorporó al partido que logró capitalizar la victoria plebeya de abril.

Mientras el Movimiento Nacionalista Revolucionario marchaba aceleradamente hacia la derecha, los explotados acentuaban su radicalización y reafirmaban su independencia de clase. Este proceso se cristalizó en la aguda crisis interna del partido de gobierno, en la agravación de su lucha fraccional. Cuando el MNR se agotó como dirección efectiva de las masas, cuando agonizaba impotente ante las

desgarraduras internas de que era víctima, emergió potente la célula militar, como árbitro de los grupos en contienda y con fisonomía partidista propia.

Estaban dadas pues las condiciones políticas y partidistas para que el civilismo emeenerrista fuese desplazado por el gorilismo. El nacionalismo no se agota con su frustración desde el poder y a través de los gobiernos civiles movimientistas, sino que su ciclo se proyecta hacia su desintegración que se cumple en los regímenes gorilas. Se suceden las pseudo-democracias y las dictaduras emeenerristas, todas ellas formando parte integrante del ciclo nacionalista.

La caducidad del nacionalismo y la izquierda

Cuando hablamos de la caducidad del nacionalismo de contenido burgués nos referimos a que ha perdido la posibilidad de aparecer, aunque sea engañosamente, como dirección revolucionaria de las masas, como la respuesta a sus problemas fundamentales. Esto no implica que no siga actuando. En ciertos momentos puede inclusive crecer numéricamente, puede ganar elecciones, servir de eje a frentes políticos, etc.; pero lo que nunca ya podrá es retornar a lo que fue en 1952: el canal de la movilización revolucionaria de toda la nación oprimida. Para no perder el derecho de permanecer en el escenario político, las diversas gamas del nacionalismo burgués no sólo se comprometen a respetar y preservar a todas las instituciones existentes, sino que se han tornado intransigentes defensoras del orden jurídico establecido. El nacionalismo es ahora una fuerza conservadora y en tal condición puede sobrevivir mucho tiempo; constituye uno de los instrumentos más valiosos en manos del imperialismo y en este terreno puede conocer innumerables éxitos, ciertamente que momentáneos.

No bien fueron adoptadas las medidas que han sido catalogadas como trascendentales por los seguidores del Movimiento Nacionalista Revolucionario, este partido consideró que se había abierto un largo período de consolidación y legalización del proceso revolucionario, que todo estaba acabado y que correspondía traducirlo en disposiciones jurídicas. Cuando posteriormente dicho partido pasó a la oposición y retornó a medias al poder, no modificó tal criterio.

En sus momentos de mayor predicamento, cuando logró concentrar en su seno a las masas, el nacionalismo se distinguió por su vocación golpista y su itinerario de conspiraciones es realmente impresionante. En su decadencia, en los momentos en los que su preocupación fundamental no es otra que la de hacerse agradable a los ojos del enemigo foráneo, se ha tornado demócrata a ultranza, adversario de la violencia e incondicional defensor de la Constitución.

La izquierda, en sus múltiples facetas, ha salido claramente diferenciada y definida del tortuoso proceso nacionalista. La obligada delimitación de posiciones de los múltiples grupos ha permitido ver con claridad el papel que jugarán en el proceso de la revolución proletaria.

Los partidos comunistas han seguido una línea contradictoria a pesar de sus múltiples desplazamientos hasta posiciones extremadamente radicales, han concluido

retornando a su verdadero eje principista y que los define como fuerzas contrarrevolucionarias en escala internacional. Bolivia muestra el caso excepcional de una poderosa influencia del trotskismo sobre el movimiento estalinista, lo que no debe interpretarse como si éste hubiese dejado de ser enemigo de la revolución proletaria.

El Partido Comunista de Bolivia germinó en el vientre pirista, en plena época del contubernio con la rosca y el imperialismo. Entre ambas, organizaciones hay un hilo conductor que las une e identifica. El PCB., luego de la caducidad del PIR., se ha limitado a adaptar el stalinismo a condiciones políticas nuevas.

Lo vemos debutando como sostén fundamental de los gobiernos movimientistas, época en la que desarrolló la teoría de que el nacionalismo burgués y cuya naturaleza clasista aparecía oculta detrás de una difusa fraseología antiimperialista, era revolucionario y antiyanqui. El Movimiento Nacionalista Revolucionario demostró que era de su interés el relativo fortalecimiento del stalinismo, esto para poder neutralizar más fácilmente a los trotskistas. Víctor Paz Estenssoro y los lechinistas actuaron en el campo sindical a través del Partido Comunista de Bolivia, al que prestaron cooperación directa e indisimulada. Inmediatamente después de 1.952 es cuando el stalinismo criollo aparece acentuando su antiporismo.

El nacionalismo nunca pudo zafarse del todo de la influencia teórica del Partido Obrero Revolucionario. Cuando el Movimiento Nacionalista Revolucionario concentró en sus manos el control del movimiento obrero, se esmeró en esbozar sus propias ideas programáticas, era la única forma de luchar realmente contra el trotskismo. El Movimiento Nacionalista Revolucionario comparte con el stalinismo la posición de que la opresión imperialista, siendo nacional y no únicamente de clase, obliga al proletariado a postergar sus propias reivindicaciones y a diluirse en un amplio frente democrático dirigido por la burguesía. La contradicción fundamental sería la planteada entre nación oprimida e imperialismo y no entre el proletariado y la burguesía. Deliberadamente se pasa por alto la necesidad de establecer qué clase social en nuestra época es la que mejor puede expresar, desde el punto de vista revolucionario, los intereses de la nación oprimida. Las numerosas aproximaciones y separaciones entre stalinismo y nacionalismo burgués, no solamente que se explican, sino que forman parte de la tendencia general hacia la identificación de ambos movimientos. De esta manera el stalinismo en el campo obrero cumple la función precisa de canal de difusión de la política burguesa. No hay ningún contrasentido cuando se sostiene que los partidos comunistas son partidos obreros burgueses.

Después de 1.952 y en la actualidad, los partidos comunistas stalinistas se esmeran en empujar a los trabajadores hacia las posiciones reaccionarias del nacionalismo burgués.

Los partidos comunistas, consecuentes con la teoría de la revolución por etapas, hablan del socialismo como de una promesa para un futuro indeterminado y se emplean a fondo en la materialización de la revolución democrática (burguesa) y del gobierno democrático popular y antiimperialista, que no sería otra cosa que la alianza en el poder de varias clases bajo la dirección política de la burguesía nacional, moviéndose en el estrecho marco de los intereses de ésta. Durante mucho tiempo, por lo menos desde la pos-guerra chaqueña hasta después de 1952, esa fórmula pasó como una consigna revolucionaria e inclusive como sinónimo de socialismo o de gobierno obrero. Fue precisa la superación programática del trotskismo para

revelar el contenido y limitaciones de clase del gobierno popular.

La radicalización del stalinismo durante el sexenio se acomodó al gran ascenso revolucionario de las masas en 1.952, precisamente, identificando al régimen de Paz Estenssoro con el gobierno popular antiimperialista. Para el grueso de los observadores no fue perceptible que esta postura estaba poniendo en evidencia el carácter contrarrevolucionario del Partido Comunista de Bolivia y su total subordinación política a los objetivos de la burguesía nacional, esto porque todavía no era visible la naturaleza conservadora del MNR.

El PCB, al proponer la unidad nacional alrededor del MNR para rechazar la opresión imperialista, contribuyó a consolidar al gobierno emeenerista, e impidió la evolución política de las masas. Para el PCB no existía la perspectiva de la diferenciación política entre las masas y el nacionalismo, pues éste era presentado como la única posibilidad revolucionaria en nuestra época, como la expresión antiimperialista de los sectores más avanzados de la burguesía. Cuando se dio esa diferenciación, pese a todos los esfuerzos que hizo el stalinismo en sentido contrario, el PCB se acomodó a la nueva situación política y realizó un trabajo sistemático para que el proletariado continuase enganchado al carro de la burguesía y no desarrollase una política independiente de clase. Su línea frentista, que a veces se tradujo en pura gimnasia, estuvo siempre enmarcada en la perspectiva de subordinar a la clase obrera a los supuestos sectores progresistas de la clase dominante y no a arrastrar a la burguesía nacional detrás del programa del proletariado. El stalinismo está orgánicamente obligado a capitular ante el enemigo de clase y encubre su actitud detrás de la unidad por la unidad. La unidad en abstracto sólo puede servir a la clase dominante.

Para el PCB la liberación nacional constituye una finalidad estratégica, esto de acuerdo a la viabilidad de la revolución democrática. Si la transformación va a ser puramente burguesa es claro que el objetivo máximo de la liberación nacional debe permitir unir a toda la nación oprimida bajo la dirección de la burguesía, no puede haber ningún otro planteamiento para el stalinismo, si éste no incurre en el error estratégico y momentáneo de repetir, inconscientemente o no, los planteamientos trotskistas, como ha sucedido a veces entre nosotros.

Toda vez que el nacionalismo desde el poder se esforzó por estatizar a los sindicatos, el stalinismo se acomodó a los planes gubernamentales y su militancia permitió el funcionamiento de organizaciones laborales que se limitaban a ejecutar los planes del gobierno. El programa del PCB no permite plantear con seriedad la independencia ideológica y organizativa de clase, lo que hace es formular su libre desarrollo como organización partidista únicamente. Nos explicamos, si los objetivos centrales y programáticos del PCB buscan la unidad nacional y antiimperialista bajo la dirección de la burguesía, lo correcto será agotar todos los recursos para uniformar a las clases, entre ellas al proletariado, dentro de la política de los dueños de los medios de producción, extremo que es todo lo contrario de la independencia política de clase.

Después de 1952, el Partido Comunista de Bolivia, que había heredado todo el equipo obrero del PIR, conoció un visible crecimiento en el campo sindical. Aprovechó no únicamente la confusión política imperante, sino que se benefició del apoyo que le fue prestado por el MNR desde el poder.

La nacionalización de las minas, la reforma agraria, el voto universal y la misma reforma educativa, recibieron el entusiasta apoyo del PCB, porque para él se trataba de realizaciones de un gobierno revolucionario y antiimperialista, del único que podía darse en Bolivia. Posteriormente, lanzó críticas a las medidas que inicialmente las había catalogado como la más alta expresión del nacionalismo y de la liberación nacional. Esas críticas no se orientaban a demostrar la limitación clasista que llevaban implícitas las medidas, sino que estaban encaminadas a perfeccionarlas dentro del marco burgués.

En la polémica habida en el campo de la izquierda nunca fue superada la enrevesada confusión terminológica que no pudo menos que obscurecer los conceptos. Para el trotskismo, en esta época de la revolución proletaria, son revolucionarias únicamente las posiciones que tienden a la destrucción de la propiedad privada; para el Partido Comunista de Bolivia, por tratarse de la revolución democrática, es revolucionaria toda postura que tienda a limitar o modificar la gran propiedad privada burguesa.

Cediendo a la presión de las masas, el stalinismo se sumó a las teorías burguesas que sostienen el carácter no estrechamente clasista del nacionalismo, como si estuviera al margen de la burguesía y del extremismo obrerista. El manipuleo semántico le ha servido al PCB para justificar y acomodarse a los gobiernos militares nacionalistas, en los que ha creído descubrir virtudes por encima de toda consideración clasista.

El stalinismo boliviano nunca sostuvo la necesidad de la revolución proletaria y, por esto mismo, no tuvo que hacer mucho esfuerzo para identificarse con las tesis centrales del eurocomunismo. Cuando se escisionó del PIR apareció propiciando forzosamente el método insurreccional, a fin de repudiar el parlamentarismo de aquel partido; pero bien pronto se alineó detrás de quienes postulan los múltiples y variados caminos hacia el socialismo. Ha concluido estrechamente democratizante y parlamentarista sobre todo porque así se acomoda mejor a las exigencias de la clase dominante y del imperialismo. La coexistencia pacífica se traduce para los stalinistas bolivianos en la cooperación político y gubernamental con los diversos sectores de la burguesía que, funcionan y perciben limosnas como instrumentos de los Estados Unidos.

Papel del Partido Obrero Revolucionario

Para el trotskismo la revolución de 1952 fue un acontecimiento de vital importancia, esto porque lo obligó a afirmar y superar sus planteamientos programáticos, El Partido Obrero Revolucionario, de igual manera que la clase obrera, tuvieron que vivir y forjarse en la experiencia nacionalista; para los poristas no se trataba de un hecho inédito, aunque los acontecimientos de 1952 mostraban rasgos diferenciales de mucha monta, porque ya tuvieron en su favor la experiencia de 1943-1946. Pocas tendencias se fortalecieron al enfrentarse con el nacionalismo o por seguir su curso. El POR libró una descomunal batalla contra el nacionalismo, las más de las veces en condiciones sumamente desfavorables y, sin embargo, salió enormemente fortalecido, como una de las tendencias fundamentales dentro de la política boliviana.

Diremos que también en esta época, y tal vez más que en ninguna otra, el trotskismo boliviano tuvo que pagar muy caro la extrema debilidad organizativa y política de la Cuarta Internacional, en permanente crisis como consecuencia de la aparición en

su seno de tendencias portadoras en definitiva de la ideología burguesa. Ese factor negativo no le permitió desarrollarse rápidamente y ni siquiera lograr un alto nivel teórico. Sin embargo, fue la tendencia política que mejor pudo asimilar críticamente la experiencia vivida por las masas dentro el nacionalismo.

El Partido Obrero Revolucionario planteó con nitidez que el desarrollo posterior del proceso revolucionario pasaría indefectiblemente por el aplastamiento político del MNR o incluso de su sector de izquierdo y obrerista (lechinismo), Para la dirección de la Cuarta Internacional de ese entonces lo correcto es aplicar frente al nacionalismo el apoyo crítico, clara concesión el stalinismo y el propio Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Se puede sacar el balance de que la permanencia y fortalecimiento del Partido Obrero Revolucionario se han debido a la corrección del aspecto fundamental de su programa; sin embargo, ese programa tuvo que ser ajustado y superado en muchos aspectos tácticos, Todo la experiencia acumulado no permitía eón señalar el camino concreto por el que pasaba la marcha de las masas hacia el poder: la estructuración de los órganos de poder.

Unicamente el Partido Obrero Revolucionario, esto por la naturaleza del tipo de revolución que propugna, fue capaz de dar expresión política a las tendencias instintivas y más ocultas que se agitaban en el seno de las masas en proceso de radicalización. La diferenciación política del proletariado con el nacionalismo encontró en el trotskismo su expresión política más elevada.

Cuando se observa en perspectiva la historia del movimiento trotskista se percibe que el partido y las masas describen grandes curvas hacia un eje común, que no es otro que el encuentro con el programa revolucionario que fue planteado desde los años cuarenta.

Las grandes luchas antimovimientistas que libró el Partido Obrero Revolucionario en el seno de la COB tienen como fundamento la explicación hecha más arriba. En el primer período de la Central Obrera Boliviana, el trotskismo aparece como una de las tendencias más poderosas, lo que sería inexplicable sino se tomase en cuenta que tuvo el mérito de expresar en el campo teórico la dualidad de poderes que se planteó en los hechos y que llevaba a ese plano el choque de intereses contrapuestos entre el proletariado, actuando como caudillo nacional, y el nacionalismo cumpliendo el triste papel de guardián de parte de los intereses de la propia reacción nacional e internacional.

En su momento constituyó una novedad y un acierto indiscutible el haber tenido el suficiente coraje para romper con el criterio generalizado de que las grandes medidas adoptadas por el gobierno movimientista eran por sí mismas revolucionarias. El trotskismo fue la única organización que señaló, esto en franca polémica con el Partido Comunista de Bolivia, que esas medidas mostraban un inconfundible carácter burgués y que, con referencia al desarrollo político de las masas y a la orientación seguida por la Central Obrera Boliviana, eran conservadoras. El proceso revolucionario no podía ignorarlas pero estaba obligado a transformarlas bajo la poderosa influencia política del proletariado.

El nacionalismo y los stalinistas estaban seguros que con el establecimiento de los gobiernos movimientistas la revolución estaba acabada, que correspondía realizar únicamente ajustes internos. Para el trotskismo el proceso apenas si se había iniciado y su desarrollo futuro pasaba necesariamente por la contradicción entre la revoluciónnacionalista y la proletaria. Este planteamiento fundamental no sólo que le diferenció del resto de la izquierda, sino que se convirtió en el eje alrededor del cual se fue estructurando la corriente trotskista como partido político y eliminando de su seno a las tendencias que en alguna forma reproducían la política de los partidos de las clases extrañas al proletariado.

Pugnó porque los sindicatos recobrasen su libertad política frente al gobierno, para ponerse al servicio del programa revolucionario. Denunció la burocratización laboral cuando ésta fue utilizada por el gobierno para controlar desde arriba al movimiento obrero.

Toda la gama de la izquierda estaba segura que las masas al desplazarse hacia el nacionalismo habían consumado un hecho definitivo y no se les planteaba ya la posibilidad de que políticamente pudiesen superarlo. Excepcional y contrariamente, el Partido Obrero Revolucionario dijo que los obreros y los campesinos que multitudinariamente se habían sumado al partido de gobierno estaban sólo de paso por él, que la conquista del poder pasaba esta vez por el camino necesario de la conquista de las masas para las posiciones revolucionarias. Cuando el pablismo formuló su teoría de que los explotados ya estaban en el poder, que su radicalización y marcha veloz no permitían la estructuración del partido trotskista, estaba demostrando que se había desplazado hacia las posiciones burguesas.

Cuando se produjo el choque entre las masas y el gobierno de Hernán Siles, por haber éste encarnado la acentuación del viraje pro-imperialista del nacionalismo, se vio claro que los explotados marchaban al encuentro de las posiciones que había venido sosteniendo el Partido Obrero Revolucionario en condiciones sumamente difíciles. En los documentos partidistas se podía descubrir la formulación de que el choque de los explotados con el gobierno se traduciría rápida y mecánicamente en el fortalecimiento del trotskismo.

Todo esto demostraba que no había sido debidamente asimilada la experiencia del pasado. El antimovimientismo de las masas, que fue eso la oposición a Hernán Siles y a Víctor Paz Estenssoro, se desarrolló por medio de la lucha fraccional del Movimiento Nacionalista Revolucionario y del apoyo a su ala izquierda.

La modificación de la situación política confirmaba lo que había predicado el Partido Obrero Revolucionario, pero al mismo tiempo, le obligó a ubicarse junto al stalinismo y a los lechinistas, lo que ciertamente impedía su fortalecimiento orgánico como partido. Según las circunstancias del momento, unas veces era el lechinismo y otras el PCB los que sacaban mayor ventaja de la lucha diaria.

Durante la primera etapa las posiciones trotskistas aparecieron nítidas en el campo sindical porque lograron diferenciarse de lo que hacían y decían stalinistas y movimientistas; cuando la Central Obrera Boliviana arremetió contra los gobiernos derechistas, esa nitidez se fue esfumando en los amplios bloques opositores que impuso el momento político.

La izquierda siempre practicó un obrerismo barato, base de su momentánea prosperidad y, a su vez, su talón de Aquiles si se la observa dentro de la perspectiva de la lucha revolucionaria. Generalmente se cree que la Central Obrera Boliviana y los sindicatos son revolucionarios por sí mismos y que todo lo que hacen está bien. Esta postura tiene mucho en común con la especie de que la clase obrera en todo momento está dispuesta a tomar el poder. A diferencia de este planteamiento, el Partido Obrero Revolucionario desarrolló la tesis de que la orientación revolucionaria de los sindicatos está subordinada a la existencia de una dirección también revolucionaria. Únicamente la influencia ideológica del partido político puede garantizar que las organizaciones obreras cumplan la función de instrumentos al servicio de la revolución. El Partido Obrero Revolucionario, de manera consciente luchó, por conquistar la dirección política de los sindicatos. En ciertas circunstancias, esto cuando la dirección sindical es políticamente revolucionaria, puede ser viable la consigna de conquista del poder por los sindicatos; pero se transforma en postulación sumamente débil y hasta contraria a la revolución cuando los sindicatos están dirigidos por la burguesía.

Lo importante radica en que en todo el proceso de diferenciación política entre la clase obrera y el nacionalismo, el POR fue señalando sus hitos decisivos, particularmente a través de la actividad de los mineros. Entre ellos cobra mayor significación la Tesis de Colquiri-San José (Julio de 1958) porque señala con toda claridad que los obreros del subsuelo repudiaron al gobierno movimientista y declararon su independencia política y su decisión de marchar hacia la constitución del gobierno propio de los explotados, utilizando los métodos insurreccionales.

Es cierto que en esta etapa hubieron avances y retrocesos; en algunos instantes (los inicios del segundo gobierno de Victor Paz Estenssoro, por ejemplo) las masas volvieron a soldarse con el partido de gobierno, pero todo dentro de la gran perspectiva de la progresiva separación de las masas del nacionalismo de contenido burgués y de su marcha en direcciones contrapuestas. Paralelamente, el POR vio ensancharse su influencia política. En resumen: la agudización de la lucha de clases planteó la posibilidad de la dirección del trotskismo sobre las masas, proceso que se dio de manera progresiva y a través de altibajos. Durante el segundo gobierno de Victor Paz, la movilización antimovimientista estuvo inconfundiblemente acaudillada por el POR, esto porque la tendencia más poderosa en ese momento era, precisamente, la lucha por la constitución de un régimen de obreros y campesinos.

Durante este período y también antes, la consigna gubernamental esgrimida por el Partido Obrero Revolucionario era la de "gobierno obrero-campesino", en el sentido que le dieron los bolcheviques durante la revolución de 1917, es decir, de expresión popular de la dictadura del proletariado, con la finalidad de subrayar que esta estaría asentada en el campesinado y en las organizaciones de masas. En la historia boliviana, si se exceptúa lo sucedido en la pre-guerra chaqueña, tal consigna siempre se empleó en su versión bolchevique. El Programa de Transición también la utiliza como equivalente a una forma gubernamental previa a la dictadura del proletariado, pero esta segunda versión no corresponde a la tradición boliviana.

El análisis marxista de los movimientos nacionalistas de contenido burgués y, más concretamente, del Movimiento Nacionalista Revolucionario, permitieron al trotskismo definir con exactitud el rol del ejército en el seno de dichos movimientos; por esto fue la primera organización política que señaló el peligro que significaban las tendencias castrenses para el porvenir de la revolución y que el gorilismo aparecía

como una de las expresiones extremas de la derecha movimientista.

Noviembre de 1964

Durante los últimos días del segundo gobierno de Víctor Paz Estenssoro, el Partido Obrero Revolucionario marchó junto con los obreros que se movilizaron vigorosamente contra el entreguismo del Movimiento Nacionalista Revolucionario y, por esto mismo, chocó con el ejército (masacre de mineros en Sora-Sora). Dando expresión política a lo que en los hechos buscaban los trabajadores, el Partido Obrero Revolucionario planteó la perspectiva de que los explotados se encaminasen hacia la conquista del poder. Mientras tanto, las diferentes expresiones de la oposición democrática y "marxista" se concentraron alrededor de los generales golpistas, con la seguridad de que así trabajaban en favor de la rectificación de los errores cometidos por Paz Estenssoro y de la desaparición de la dictadura que suponía la existencia del Control Político. La verdad es que los Lechín, Siles y otros "demócratas e izquierdistas" que se sumaron a las huestes que apuntalaron el golpe de Estado de noviembre de 1964 adoptaron una actitud francamente contrarrevolucionaria. El golpe fue consumado desde la perspectiva derechista, planificado y dirigido por el Pentágono norteamericano, y no por la izquierda y mucho menos por la clase obrera, que en ese momento seguía su propio camino, de espaldas al nacionalismo en su conjunto.

Desde la derecha tradicional hasta la izquierda movimientista, incluidos los grupos stalinistas y los pablistas conformaron un frente de siglas que pretenciosamente se colocó el rótulo de Comité Revolucionario del Pueblo, dirigido nada menos que por esa señora que ahora oficia de Presidenta del congreso. Inmediatamente se puso en evidencia que los generales estaban seguros que los Siles y Lechín les asegurarían un masivo apoyo político y también popular y obrero.

Prácticamente solamente el Partido Obrero Revolucionario quedó en la oposición orientando a los trabajadores para que ajustasen las filas de sus organizaciones, a fin de poder rechazar al gorilismo y pasar al ataque. Mientras tanto el Comité Revolucionario del Pueblo agotó sus pocos recursos en su empeño de empujara las masas hacia las trincheras del gobierno militar. No bien los generales Barrientos y Ovando comprobaron que movimientistas disidentes, prinistas y "marxistas" no arrastraban ni a su sombra, sacaron a relucir sus verdaderas armas y planes: aplastar a las organizaciones de masas (y de paso a sus aliados de la víspera) mediante una bestial represión física. Había que hacer retroceder a los explotados, que tan amenazadoramente se habían puesto en pie de combate, y para ello los jefes uniformados recurrieron a la masacre, esto porque las arengas y las incitaciones de los políticos profesionales no surtieron el menor efecto.

El esquema de Juan Lechín, Hernán Siles y sus amigos fue elaborado partiendo de la certeza de que los generales golpistas, incluido el traidor general Alfredo Ovando, no tenían más propósito que liberar al país de la opresión pazestenssorida, para luego, después de haber dado cima a su "patriótica y piadosa" misión, entregar el poder a los políticos profesionales. Cuando Lechín comprobó que los militares se limitarían a cumplir su propio juego y su esquema, creyó que dando un empujón a las puertas del Palacio de Gobierno podría llegar al poder. Su marcha hacia la victoria se trocó en una pantomima. No es en esa oportunidad que se le cerraron las puertas de la presidencia, eso ocurrió cuando en la plenitud de su poderío popular no se percató

de que las tendencias obreristas para vencer tenían indefectiblemente que pasar por encima del cadáver político del sector pazestenssista.

La afirmación del gorilismo como dictadura sólo podía darse a través de la sangría de las masas, cosa que efectivamente sucedió. El apresamiento y destierro del Secretario Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana fue realizado dentro de una provocación destinada a lograr que los obreros saliesen a la calle, a fin de poderlos reprimir mejor. El asesinato en las minas y su ocupación por las fuerzas del ejército constituyen hitos en la instauración de la dictadura gorila.

El gobierno bicéfalo contó con el entusiasta respaldo, al menos inicialmente, de una parte de la clase media desesperada por su situación económica y ante la incertidumbre política que se vivía, y de los estudiantes, lo que le imprimió rasgos fascitizantes.

En la oposición el trotskismo (POR) estaba ya batallando y a él se agregaron los perseguidos de última hora. Nuevamente los izquierdistas aparecieron rodeados de la aureola revolucionaria. No todos ellos estaban convencidos de la importancia de continuar el trabajo dentro del país, de organizar a los explotados que se aferraban en la resistencia, por esto los más decidieron exilarse voluntariamente.

Ya entonces los opositores desarrollaron la teoría de que cuando se trata de luchar por el respeto y vigencia de las garantías constitucionales, lo que resulta obligado bajo una dictadura, hay que limitarse a los objetivos exclusivamente burgueses, hay que impedir que la clase obrera plantee sus propias reivindicaciones y objetivos históricos, que por tratarse de una clase revolucionaria coinciden con los nacionales, todo esto a fin de no espantar a los sectores democratizantes de la clase dominante, de no escisionar el frente nacional, lo que importa subordinar a la clase obrera a la burguesía. Esta fue la conducta que observaron los nacionalistas y también los "marxistas", durante los breves períodos democratizantes de Siles Salinas, Ovando y Tórres. Para ellos la consigna central era ensanchar la brecha democrática a costa del abandono de la política propia de la clase obrera.

Fascismo y democracia

Lo que fue mero ensayo bajo los generales René Barrientos y Alfredo Ovando, se trocó en política firme durante la dictadura bestial de Hugo Banzer. Toda la izquierda se trasladó paulatinamente hacia el polo burgués, se tornó derechista. Si las masas tuvieron que pagar un precio muy alto por las ilusiones generadas en la lucha por las garantías democráticas, aquellas fueron empujadas por sus direcciones tradicionales hacia las trincheras que habían levantado los sectores democratizantes de la burguesía. Las elecciones de 1978 pusieron en evidencia de que obreros y campesinos se agitaban desesperadamente en el estrecho marco del parlamentarismo, que abandonaron sus propios métodos de lucha para imponer sus reivindicaciones y que esperaron pacientemente que sus problemas fuesen solucionados en el Poder Legislativo. Partiendo de su propia experiencia los obreros, pero no los campesinos, comenzaron a radicalizarse, a retornar a su eje político revolucionario y a recurrir a sus tradicionales métodos de lucha, es decir, a la acción directa. Mientras los explotados ganaban las calles y protagonizaban innumerables y caóticas huelgas, los "izquierdistas" seguían agotándose en su empeño de demostrar que el parlamento servía para algo y en preparar cuidadosamente planes para la

tercera elección presidencial. Como se ve, paulatinamente fue ensanchándose el abismo que separaba a las masas agitadas y a las corrientes de izquierda enfeudadas a la burguesía. La excepción siguió siendo el trotskismo, que durante el periplo de los trabajadores por el campo de la burguesía tuvo el coraje e de mantener en alto la bandera revolucionaria y luego fue gradualmente identificándose con las masas que luchaban desesperadamente por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

Durante la experiencia nacionalista, una curiosa amalgama de las tesis centrales del stalinismo y de la burguesía nacional, cristalizó en un movimiento alentado por intelectuales de la clase media, los más desesperados por lograr notoriedad, que dio en llamarse "izquierda nacional". No es extraño, pero si anecdótico que uno de los teóricos de este movimiento contrahecho hubiese sido un periodista resentido, de apellido. Solis, que peregrinó por mucho tiempo por los predios del trotskismo. La izquierda nacional se dice marxista, pero solamente toma de los clásicos aquello que puede servir de justificativo para la supervivencia de los regímenes burgueses y repudia todo su contenido revolucionario, lo que ciertamente no es una novedad, pues eso lo han hecho y siguen haciendo los reformistas de toda laya. La izquierda nacional, que utilizó todos sus recursos para apuntalar a los generales Ovando y Tórres y para impedir la política independiente y revolucionaria del proletariado, sintetiza la capitulación total de los presuntos marxistas ante la burguesía nacional, en esta medida es más stalinista que cualquier otra cosa.

Durante este período la pequeña-burguesía, y no el proletariado, tuvo que pasar por la experiencia foquista. Los estudiantes y los intelectuales desesperados creyeron posible acortar los lapsos del proceso revolucionario recurriendo al foco armado, en la creencia de que éste podía sustituir a la clase revolucionaria y a su partido político un ruidoso y total fracaso del ensayo, obligó a su protagonistas a retornar a su verdadero redil: al nacionalismo burgués. No otra cosa es la triste experiencia del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) y del propio Ejército de Liberación Nacional (ELN). No pocos analistas creían que la experiencia negativa del foquismo se ha tornado en experiencia valiosa al contribuir a la formación de la clase obrera. Este no es exacto; es experiencia para las masas únicamente lo que éstas hacen con sus manos, no lo que sucede a sus espaldas y lo que es práctica realizada por otras clases sociales.

b) El movimiento obrero

La Central Obrera Boliviana

Partiendo de la experiencia de la Central Obrera Nacional y en medio de la creciente radicalización de las masas logró estructurarse (abril de 1952) la poderosa Central Obrera Boliviana.

El protagonista de la revolución en un país atrasado como Bolivia no es únicamente el proletariado, sino toda la nación oprimida por el imperialismo, que es un conjunto de clases sociales diversas. En un período de normalidad la Central Obrera Boliviana habría sido una entidad estrictamente sindical y su esfera de influencia se habría extendido cuando más hasta el campesinado. En el convulsionado año de 1952 fue puesta en pie una entidad de rasgos soviéticos, que organizativamente

demonstró tener una descomunal elasticidad y que le permitió englobar a casi toda la población: estudiantes, campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, inquilinos, contrabandistas, organizaciones femeninas y populares y hasta carabineros. Lo curioso radica en que los izquierdistas no se percataron de los verdaderos rasgos diferenciales de la Central Obrera a cuyo nacimiento asistieron, para ellos se trataba simplemente de una hipertrofiada organización sindical. Esta miopía fue el resultado de la total incompreensión de los contornos y proyecciones de la revolución de abril, pues consideraban que se asistía a una transformación puramente democrática y nacionalista, no percibían las tendencias oscuras que se agitaban en el seno de las masas y fueron éstas, precisamente, las que afloraron y se concretizaron en la Central Obrera Boliviana. Tal es la raíz de la dualidad de poderes que no tardó en dominar todo el escenario político. A diferencia de lo que sucedía bajo la CSTB stalinista, la nueva central se organizó alrededor y bajo la dirección política del proletariado, en el marco de la Tesis de Pulacayo, como se desprende de sus primeros documentos. La instintiva desconfianza de la clase obrera frente a la dirección política nacionalista y la tendencia proletaria a rebasar el marco de la propiedad privada burguesa, adquirieron expresión política dentro de la Central Obrera Boliviana, gracias a la actividad orientadora y esclarecedora del Partido Obrero Revolucionario, que rápidamente se convirtió en su corriente fundamental.

La Central Obrera Boliviana resultó, en el momento mismo en que vio la luz, englobando a las milicias obreras fuertemente armadas e impulsó mucho más su organización. Era un poder real que casi de inmediato entró en fricción con el gobierno oficial, que no se tradujo en grandes problemas capaces de poner en discusión el destino y legitimidad del régimen, porque el centro pazestensorista se replegó tácticamente haciendo innumerables y sucesivas concesiones a los trabajadores.

Hemos indicado que el nacionalismo ejecutó sistemática y paulatinamente un plan de control y burocratización de los sindicatos y de la Central Obrera Boliviana. La operación utilizó como pivote principal a los empleados públicos, en ese momento casi el único sector directamente controlado por el gobierno. El telón de fondo de esta maniobra fue -y hay que recalcarlo- la momentánea depresión del movimiento obrero que se inicia casi inmediatamente después de dictada la nacionalización de las minas. El período de pujante dualidad de poderes y de radicalización dura pocos meses, no más de ocho, lo que determinó que todo este proceso se diera sólo como germen y que después conocerá un mayor desarrollo en 1970-1971. La historia ha demostrado que la dualidad de poderes, que siempre es un régimen transitorio por su esencia, se resolvió en favor del nacionalismo de contenido burgués, vale decir, en contra de la revolución y del proletariado.

¿Por que el proletariado no conquistó el poder?

¿Por qué no pudo el trotskismo, partiendo de la dualidad de poderes, dirigir a las masas hacia la conquista del poder, que en ese momento importaba el derrocamiento del nacionalismo (MNR)? La posibilidad fue planteada de una manera real en ese entonces y no en abril de 1.952. El obstáculo más grande que se encontró fue la convicción de la mayoría de los explotados en sentido de que el régimen movimientista era su propio gobierno. Cuando la Central Obrera Boliviana adopta decisiones que las impone al gobierno central, lo hace de una manera elemental, no como el resultado de una postura política. Es cierto que estos hechos podían permitir a los explotados

comprender la naturaleza conservadora del Movimiento Nacionalista Revolucionario y diferenciarse políticamente de él, como sucederá algún tiempo después. La actividad del Partido Obrero Revolucionario se proyectó en ese sentido, pero la confusión imperante en los medios obreros limitó enormemente su acción esclarecedora. No existieron condiciones para acelerar este proceso, que, repetimos, duró poco tiempo. La posibilidad de que las masas tomaran el poder no pudo trocarse en realidad. Hay que anotar un otro factor negativo: la actividad febril del stalinismo -cuya fama obrerista era indiscutible- estuvo encaminada a consolidar al gobierno nacionalista, a impedir que las masas abandonasen al MNR. Todo este trabajo tenía, como estamos viendo, un carácter marcadamente contrarrevolucionario. El stalinismo, simultáneamente, se empeñó a fondo en la tarea de cercar y aislar al trotskismo, lo que también era un propósito reaccionario. Observado el problema en su perspectiva histórica, se llega a la conclusión de que el Partido Obrero Revolucionario era el único factor político que luchaba por la afirmación de la independencia del proletariado y el avance de la conciencia de clase, elementos claves que, en su desarrollo, podían resolver el problema del poder, que en ese momento aparece planteado como una simple tendencia.

Paz Estenssoro de una manera consciente y Lechín sin saber exactamente lo que hacía, recurrieron a la fórmula engañosa del co-gobierno para poder contener la diferenciación política entre las masas y el Movimiento Nacionalista Revolucionario, para colocar un descomunal muro frente a los explotados que pugnaban por marchar por su propio camino, que necesariamente tenía que ser contrario al seguido por el nacionalismo de contenido burgués. Se dijo que se trataba del co-gobierno entre la Central Obrera Boliviana, para dar a entender que estaban englobados obreros y campesinos, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario, o sea, la clase media desarrollando una política independiente a la de la burguesía. Hay que subrayar que el período de oro del co-gobierno coincide con la depresión del movimiento de masas.

La Central Obrera Boliviana estaba dirigida por el lechinismo, dirección que acentuó sus perfiles emeneeristas como consecuencia de la momentánea depresión de las masas, lo que viene a demostrar que su política se inclinaba más y más a identificarse con la orientación que daba el gobierno Paz Estenssoro. El lechinismo a la cabeza de la COB partió de posturas radicales para desplazarse hasta la capitulación ante el imperialismo. ¿Por qué no pudo el trotskismo desplazar al ala izquierda movimientista de la dirección de la Central Obrera Boliviana? Porque no logró desvanecer la confusión política imperante en el seno de la Central Obrera, porque no tuvo tiempo para constatar ante las masas y a la luz de los hechos, que el lechinismo no era su legítima expresión política, que cumplía la función, tanto en sus momentos de radicalización como del desplazamiento hacia la derecha, de agencia del nacionalismo burgués en el seno mismo de los trabajadores. La presencia y la pujanza del lechinismo, fue, pues, uno de los mayores impedimentos para que el proletariado, actuando como caudillo nacional, que así se movió durante esta etapa, asaltase el poder político. Es imposible no concluir que el lechinismo, más que ninguna otra fuerza política, ha jugado un indiscutible papel contrarrevolucionario sumamente peligroso porque siempre encontró la forma de camuflarse en los medios revolucionarios.

El POR actuó de manera homogénea y unitaria cuando se trató de señalar las limitaciones y el carácter conservador del MNR, pero mostró muchas deficiencias

y hasta cayó en la incoherencia, toda vez que se vio obligado a definir su actitud frente al lechinismo. Está indicado que Lechín inmediatamente después del 9 de abril volvió, por breve tiempo, a leer los discursos que redactaban los dirigentes poristas, lo que dio lugar a que prosperase la leyenda de que el líder obrero había vuelto a tornarse trotskysta y muchos esperaban que fuese un hecho definitivo. Existió la oscilación de Lechín hacia la izquierda, pero el error de gran parte de los trotskystas radicó en no ubicar esa oscilación dentro de las características esenciales del ala izquierda del MNR. Lo correcto habría sido, sin dejar a un lado la política frentista con el lechinismo, orientarse con firmeza a su liquidación política. No fue posible esta tarea porque en el seno del POR no había unanimidad acerca de la caracterización de Lechín como contrarrevolucionario; sin decirlo expresamente, era tratado como un centrista que constantemente oscilaba hacia las posiciones del POR y que, en esta medida, coadyuvaba a la evolución política de las masas.

Cuando todavía los explotados no habían logrado acabar del todo con el co-gobierno, éste fue cancelado desde el poder por el derechista Siles Zuazo.

La COB de la primera época importó la más seria amenaza para el gobierno movimientista, que no contaba todavía con un ejército en el cual poder apoyarse y que dependía de lo que dijese e hiciesen las milicias obreras y campesinas. La estabilidad y fortalecimiento del MNR en el poder dependía de que la COB pudiese ser política y organizativamente controlada, lo que se convirtió en una tarea prioritaria para el oficialismo y en su cumplimiento jugó un papel preeminente el lechinismo. La COB burocratizada y políticamente dirigida por el movimientismo funcionó como el sostén más poderoso del oficialismo, esto hasta el momento en que se perfiló con alguna nitidez la diferenciación política entre las masas y el gobierno.

La conciencia clasista y la COB.

La Central Obrera Boliviana del período de la radicalización funcionó como el canal a través del cual se expresaba parte de la política revolucionaria del trotskismo, en esta medida contribuyó a la evolución de la conciencia clasista y a la afirmación de la independencia y rol hegemónico del proletariado. Al mismo tiempo, afloró una tendencia sindicalista en el peor de sus sentidos: se difundió la especie de que la COB podía resolver todos los problemas fundamentales de la revolución y, entre ellos, el del poder-político. No se trató de un acontecimiento de poca importancia o que no hubiese tenido influencia sobre el movimiento obrero e inclusive sobre las ideas y la vida de los partidos de izquierda. Tenemos señalado que la desviación sindicalista mostraba antecedentes enraizados en épocas pasadas y siempre estaba presta a aflorar no bien las condiciones le fuesen propicias. El lechinismo la alentó porque para él constituía una forma indirecta de afirmar su poderío político.

Lo grave fue que la "izquierda marxista" e inclusive parte del trotskismo fueron víctimas del error. Era moneda corriente el creer que la COB no podía equivocarse y que únicamente ella debía decidir si se tomaba o no el poder. Se olvidó que la Central Obrera Boliviana convertida en gobierno no habría significado más que la prolongación gubernamental del MNR, bajo su versión lechinista. En el período de radicalización la consigna de "todo el poder a la COB" fue progresista, esto aunque llevaba implícito el riesgo de que pretendiese sustituir al partido por el sindicato.

Cuando la COB se burocratizó y fue políticamente controlada por el MNR, esa consigna se convirtió en una venda colocada en los ojos de las masas y que les impedía ver correctamente la situación política y orientarse en ella.

La Central Obrera Boliviana, cuya línea política estaba definida conforme a la naturaleza de su dirección, actuó francamente contra las masas toda vez que apareció identificada con el gobierno y preocupado de consolidarlo y de hacerle aparecer como la expresión política de los explotados. Ese fue el caso del primer congreso de la Central Obrera, en el que se adoptó un Programa de Principios contrario a los lineamientos de la Tesis de Pulacayo e hizo todos los esfuerzos posibles por identificar al gobierno de Víctor Paz con los objetivos de los trabajadores.

Sin embargo, la Central Obrera Boliviana se vio obligada, una y otra vez, a pasarse la oposición como consecuencia de la acentuación de la política derechista de los gobiernos del MNR y de la persecución desatada contra los sindicatos de base, los políticos izquierdistas y los líderes obreros. En tales oportunidades abrió sus puertas a los marxistas y éstos pudieron llegar hasta las masas, lo que contribuyó a la maduración de las masas, proceso que se vio entorpecido por el virtual frente conformado entre las diversas tendencias opositoras, desde las nacionalistas (ocasionalmente inclusive los pazestenssistas) hasta los trotskistas, pasando por los partidos comunistas y los izquierdistas independientes. Estos frentes despertaron en las masas la ilusión de que todos los grupos izquierdistas eran igualmente revolucionarios y les impidieron ver con claridad las diferencias programáticas que existían entre ellos.

Las expresiones derechistas del nacionalismo, no únicamente el gorilismo, sino también las tradicionalmente emeeneristas y democratizantes, sin que esto suponga que no sean de derecha (el silismo, por ejemplo), comprendieron que la COB, pese a su burocratización y a sus tremendas limitaciones políticas y orgánicas, constituía para ellas un grave peligro por su capacidad de actuar como canal de movilización de las masas y porque siempre podía transformarse en un instrumento en manos de las tendencias revolucionarias. Así se explica que los gobiernos movimientistas de derecha hubiesen puesto tanto empeño en dividir a la COB, en destruir su capacidad de lucha y en crear organizaciones sindicales directamente controladas desde el Palacio Quemado. Siles Zuazo creó la COBUR, gracias al apoyo que le prestaron la reacción y cierto sector stalinista. El imperialismo entroncó en esta tendencia y no tardó en orientar ideológicamente a los reestructuradores. La lección que emerge de esta dolorosa experiencia enseña que toda vez que las organizaciones laborales no son orientadas revolucionariamente concluyen en manos de la reacción y del imperialismo, generalmente gracias a la mediación del nacionalismo y de las tendencias reformistas.

Los gobiernos gorilas no se conformaron con dividir a los sindicatos, sino que procedieron a su destrucción física y la COB tuvo que soportar los golpes más duros. La burocracia laboral, que se apoltronó en un largo ejercicio de conversaciones con las autoridades, no pudo mantener a la Central Obrera Boliviana como una efectiva dirección de las masas en los períodos de clandestinidad. No sólo que desapareció como comando único sindical sino que abandonó las ideas revolucionarias, buscando ser tolerada en alguna forma por el oficialismo. Es esta burocracia, afiliada a los partidos de orientación nacionalista vergonzante (PRIN) o a las tendencias stalinistas, la que ha utilizado a la COB como una palanca para su trabajo de empujar a las masas hacia el polo burgués en los llamados períodos democráticos o electorales.

Como consecuencia de la marcha del grueso de los trabajadores y de los tradicionales partidos izquierdistas hacia el campo democratizante de la burguesía, la COB acabó controlada por la UDP, un frente burgués confesadamente proimperialista. No bien los trabajadores emprendieron su marcha de retorno a su eje revolucionario tradicional, la dirección de la COB y también de las federaciones más importantes, desarrollaron una política contraria a los intereses de las masas, las sabotearon abiertamente toda vez que recurrieron a la acción directa para imponer sus reivindicaciones, buscando en todo momento encerrarlas en la trampa parlamentaria, prestando así un grueso servicio a la contrarrevolución.

En el proceso de radicalización de la vanguardia obrera fue perceptible la influencia del trotskismo que, como hemos visto, encarna la evolución de la conciencia de clase del proletariado. El desarrollo político más elevado de las masas tuvo lugar no sólo en oposición al nacionalismo sino también a las corrientes stalinistas que en alguna forma fortalecen las posiciones de la burguesía. En este terreno, no se puede olvidar que los trabajadores radicalizados reaccionaron vigorosamente sobre los partidos comunistas y les obligaron a adoptar posiciones extremas; sin embargo, este hecho actuó como un freno que impidió un mayor progreso de la conciencia clasista, porque la creencia de que el stalinismo sigue siendo revolucionario o puede trocarse en tal, constituye un elemento perturbador de la conducta revolucionaria de las masas. Cuando los partidos comunistas se han aliado abiertamente con diversos sectores de la burguesía hay que mostrar su verdadero rostro contrarrevolucionario ante las masas.

Durante la dictadura de Barrientos-Ovando, los trabajadores aprendieron la lección de que el gorilismo sólo puede ser extirpado de raíz mediante su propia acción, que necesariamente se orientará hacia la destrucción del mismo régimen burgués. A pesar de que un poco más tarde la izquierda en general fluctuó hacia la política ovandista, los sectores de avanzada del proletariado se afirmaron en sus tradicionales posiciones revolucionarias. El Cuarto Congreso de la COB, que se realizó al margen de la influencia movimientista, importó un reencuentro con las ideas fundamentales de la Tesis de Pulacayo. La presencia numéricamente importante del PCB logró desvirtuar, en cierta medida, esa orientación. La Tesis Política (elaborada en el congreso Minero de la época) adoptada por el Cuarto Congreso cobista tiene como columna vertebral la teoría de la revolución permanente y fundamentalmente sostiene que las tareas democráticas sólo podrán ser cumplidas por el proletariado desde el poder; sin embargo, esos enunciados aparecen oscurecidos y hasta negados por los parches que logró colocar el stalinismo y que corresponden a la revolución por etapas.

La perspectiva señalada en el IV Congreso de la COB impulsó la lucha política independiente de las masas, que pasaron de largo frente al gobierno nacionalista de izquierda del general Tórres y dispuestas a sobrepasar los límites burgueses. Paralelamente, se esforzaron por encontrar formas organizativas que correspondiesen a la creciente incorporación a la lucha de masas siempre más vastas. Así nació el llamado Comando Político de la COB y del Pueblo y que, en cierta manera, sirvió para acentuar la radicalización y movilización de la nación oprimida. Lo integraron todos los sectores políticos que se encontraban luchando junto a las masas, esto por encima de su ideología o de sus perspectivas de lucha en el futuro. En ese instante no se podía saber con certeza si ese organismo constituido por convocatoria de la propia COB haría tal o cual cosa, se agotó al impulsar la movilización de los sectores mayoritarios y demostró no tener ninguna capacidad para imprimirles

una orientación francamente revolucionaria, pues el mismo no tenía una posición ideológica homogénea, se limitaba a declarar que su programa era el de la COB, que se convertía en una abstracción toda vez que no se la concretizaba en consignas adecuadas al momento político que se vivía.

Para el Comando había un dilema insoslayable: convertirse en parlamento, destinado a controlar al gobierno de Tórres y a inspirarle determinadas medidas, o transformarse en un soviet. La primera variante fue sostenida por los nacionalistas y foquistas, entre ellos el MIR y los maoístas. Mientras tanto, grandes sectores de la clase obrera habían ganado las calles y en ese escenario demostraron que su voluntad no era otra que la de luchar por el establecimiento de un gobierno propio de los explotados que fuese capaz de abrir la perspectiva del socialismo. La izquierda en general no atinó a darse cuenta de lo que esto significaba. Únicamente el Partido Obrero Revolucionario logró dar un elevado contenido político a esta tendencia tan perceptible por ruidosa. Osadamente se lanzó a transformar al caduco Comando Político en órgano de poder de las masas y que nació con el curioso nombre de Asamblea Popular. Esta organización, inconfundiblemente soviética, dominó el escenario político enarblando como suya la Tesis Política de la COB, declarando en voz alta sus propósitos revolucionarios de frente antiimperialista, que se proclamaba soberano y no dependiente más que de la voluntad de las masas bolivianas. Históricamente los soviets nacieron de una manera espontánea, sin una clara idea política, sin un propósito deliberado de convertirse en canales de movilización de los explotados hacia el poder; eran, sin embargo, la respuesta a una necesidad histórica que daban las masas en su empeño de incorporarse a la lucha. La Asamblea Popular correspondió a la elevada politización de las masas bolivianas y en ella se resumió y potenció toda su experiencia acumulada a lo largo de la historia.

No fue cosa del azar el que el trotskismo hubiese actuado como dirección política y fuerza decisiva dentro de la Asamblea Popular; en realidad, esta organización no hizo más que efectivizar las ideas políticas del POR y que correspondían a las tendencias reales que se agitaban en el seno de las masas. Por primera vez los trabajadores encontraron el camino para efectivizar sus aspiraciones históricas y no simplemente las inmediatas. La clase obrera, y particularmente su vanguardia, jugaron un rol hegemónico dentro de la Asamblea, lo que aseguraba la posibilidad de que el movimiento no fuese traicionado por la inclinación al compromiso claudicante que caracteriza a las otras clase sociales.

La Asamblea Popular constituye en la historia boliviana el punto culminante al que llega la evolución de la conciencia de clase cuya altura se debe medir porque la vanguardia de las masas comprendió que los problemas nacionales y de clase sólo podían ser resueltos desde el poder y que el camino que conducía a él no era otro que la estructuración de organizaciones soviéticas, capaces de englobar y dirigir a las capas más vastas de la población.

Esta experiencia y esta perspectiva se incorporan como la adquisición más valiosa al arsenal revolucionario. El nuevo ascenso no podrá menos que hacer reflotar las enseñanzas que emergen de tal práctica revolucionaria y sé nutrirá de ellas.

Con todo, es preciso puntualizar que la Asamblea Popular no triunfó, fue aplastada por el golpe gorila de 1971. La perspectiva era justa, por esto queda como el camino ya abierto y que lleva al poder, pero fue insuficiente la movilización de la nación

oprimida, insuficiente en extensión y en profundidad. Hacía falta incorporar al grueso del campesinado a su seno y también que la avalancha revolucionaria debilitase y fracturase al ejército, al extremo de hacerle perder su capacidad de fuego y de actuación disciplinada. La Asamblea Popular duró muy poco tiempo y, sin embargo pudo trazar las grandes líneas de la victoria revolucionaria. El mayor desarrollo de este órgano de poder habría permitido que la nación oprimida se viese colocada ante la necesidad de conquistar el control del aparato estatal. Ni duda cabe que no se trata de transformar al Estado burgués en socialista, sino de destruirlo para estructurar en su reemplazo la dictadura del proletariado, que estará cimentada en las organizaciones de masas, que reproducirán y proyectarán en escala mayor los rasgos diferenciales de las organizaciones soviéticas; su capacidad para resolver los problemas y ejecutar sus propias decisiones.

El ascenso revolucionario obliga a la contrarrevolución a ponerse en pie; el secreto de la victoria radica en que aquel marche más aceleradamente que los aprestos reaccionarios, a fin de evitar que se consuma el golpe preventivo del que forman parte estos últimos. Los que razonan en sentido de que las masas no deben hacer nada a fin de evitar que la contrarrevolución no se ponga en marcha concluyen proponiendo que la clase dominante permanezca indefinidamente en el poder.

En 1971 hacía falta incorporar a la lucha a mayores sectores de la ciudad y del campo, para lograr ese objetivo concreto se lanzaron dos consignas: reorganización de la universidad con la participación del proletariado y administración obrera mayoritaria de la COMIBOL, debiendo aquella designar al gerente general. Esta última medida no era más que el control obrero colectivo. La marcha por imponer estas reivindicaciones debía colocar a las masas ante la necesidad de tomar el poder.

Después, en 1979, la administración obrera, esta vez llamada cogestión, fue utilizada por la burocracia en un sentido reaccionario, para salvar a las minas dentro del capitalismo y bajo la administración del gobierno reaccionario y pro-imperialista de Guevara Arze. La primera vez la consigna no tenía más objetivo que acelerar la marcha de los explotados hacia el poder, en el segundo caso la fórmula fue lanzada para preservar la intangibilidad del capitalismo.

Octubre de 1979.